Editorial A B C.—Bogotá.

JOSE MARIA RIVAS GROOT

NOVELAS Y CUENTOS

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

BOGOTA - 1951

Biblioteca Popular de Cultura Colombiana

JOSE MARIA RIVAS GROOT

NOVELAS Y CUENTOS

BOGOTA, 1951.

Publicación del Ministerio de Educación Nacional, bajo la dirección de la revista "Bolívar".

Impreso en la Editorial A B C — 1951.

José María Rivas Groot

NOVELAS Y CUENTOS

BIBLIOTECA POPULAR DE CULTURA COLOMBIANA

INDICE

Págs.

José María Rivas Groot 7
La obra y el autor 21
Prólogo de la Primera Edición 27
Carta dirigida a la señora Condesa Maurice de Courville sobre la novela "Resurrección" 32
Valioso testimonio 35
Preámbulo a un libro de amor y de fe 37
"Resurrección" 43
El triunfo de la vida 109
Julieta 255
El conquistador de Roma 276
El hermano de Monseñor (costumbres rusas) 282
Bodas de oro 287
La novela en la historia 294
Palabra de rey 301
Cuento oriental 306
El vaso de agua 317
Víctimas de la guerra 323
Un discípulo de Nietzsche 329
El "Aguila de Acero" 337
La hora exacta 345

JOSE MARIA RIVAS GROOT

El nombre de este poeta se halla vinculado, principalmente, al recuerdo de su famosa poesía titulada "Las Constelaciones", una de las notas líricas más altas del Parnaso colombiano. Sin embargo la obra de Rivas Groot es copiosa, y abarca los más diversos géneros literarios. Fue poeta, crítico, novelista, autor de cuentos, historiador, polemista católico, tratadista de cuestiones internacionales, etc. Claro está que su obra, en cada uno de estos campos, no es extensa, pues a veces sólo dejó algunas valiosas muestras de su talento en las distintas actividades que ensayó, y otras sólo aparece como cultivador accidental de ciertas disciplinas más o menos ajenas a su carácter. Nos referimos a esta vasta amplitud de sus capacidades para poner de manifiesto la generosa hospitalidad de sus inteligencia, y para contradecir a quienes, desconociendo la totalidad de su obra, la reducen a unas dos novelas cortas y a la poesía ya mencionada. No. Rivas Groot fue un incansable obrero de la pluma. Sobresalió, ante todo, como novelista, después

como poeta, y finalmente como historiador. Estas son las tres fases principales de su talento, y las tres caras de esa pirámide bruñida cuyo vértice se orientó siempre hacia la estrella de las supremas esperanzas.

Hijo de don Medardo Rivas y nieto del historiador José Manuel Groot, el autor de "Las Constelaciones" no tuvo más que volver los ojos sobre su propio espíritu para encontrar allí las fuentes de la vocación literaria. Llevaba en la sangre la inclinación hacia las letras, de modo que, al comenzar a escribir desde muy joven, no hizo más que seguir esos misteriosos impulsos que suben de la ancestral raíz de la estirpe y cuajan en propósitos firmes y definidos, por medio de los cuales se forja un anillo más en esa cadena de la tradición espiritual de una familia. Que Rivas Groot supo corresponder a los antecedentes intelectuales de su casa es indudable, y por eso su nombre se hombrea con el de su padre y, principalmente, con el de su abuelo, con quien poseé mayores nexos de solidaridad espiritual.

Su juventud tuvo la aureola de un capitán que comanda huestes asimismo juveniles, y les enseña derroteros nuevos. Formó en la vanguardia de ese movimiento literario que, en los

años finales del siglo diez y nueve, aspiró a renovar fundamentalmente los cánones estéticos hasta entonces imperantes, y en dos prólogos famosos, el de "La Lira Nueva" y el que puso a la Antología de Julio Añez, publicadas ambas hacia 1886, sintetizó las aspiraciones del grupo juvenil que hubo de congregarse en esas páginas, y dictó las cláusulas de lo que podríamos llamar nuevo decálogo poético. Fuera de cuestiones de simple forma, el nuevo credo se redujo a ampliar considerablemente el ámbito de la poesía, haciendo entrar en sus dominios las preocupaciones científicas y filosóficas de esos días, y a convertir el verso en arma de las reivindicaciones sociales. Hay en todo esto un eco de Núñez de Arce y de Víctor Hugo, representantes de la poesía llamada entonces militante, en el sentido de la lucha por ciertos ideales humanitarios, lucha que era el primer balbuceo de las reivindicaciones sociales que, después, convertirían el planeta en piélago de sangre. Pero, en ese entonces, las tentativas sólo tenían como instrumento las cuerdas de la lira, y el mundo podía todavía dormir tranquilo, arrullado por la voz vengativa, pero armoniosa, de los poetas.

Como poeta, Rivas Groot fue fiel al progra-

ma trazado por él mismo en los prólogos antedichos. Su producción en verso es escasa, y puede reducirse a tres o cuatro poemas de importancia, entre los cuales sobresale, como es natural, "Las Constelaciones". Pero en tan poca materia realizó muchos de los ideales que había proclamado teóricamente, al hablar, con acento de grave entonación, de la misión que el poeta debe desempeñar en la sociedad contemporánea. Rivas Groot no convirtió la estrofa en arma de combate, pero hizo de ella un instrumento de alta especulación filosófica y religiosa, siguiendo en esto las huellas de sus dos maestros predilectos, Lamartine y Víctor Hugo, sobre todo este último. "Las Constelaciones" recuerda, sin exageración, las mejores piezas poéticas, de "Las Contemplaciones", sin que haya en esto servil imitación ni mucho menos plagio; pero se advierte allí la lectura frecuente del formidable poeta francés y la asimilación perfecta de algunos de sus procedimientos artísticos, como el de la antítesis, que Rivas Groot maneja a la perfección. Y aquí es de advertir que no solamente en el verso, sino en la misma prosa sonora, imaginativa y llena de contraposiciones, de los prólogos tantas veces mencionados, se advierte la influencia del autor de "La Leyenda

de los Siglos", poeta a quien Rivas Groot, por otra parte, rindió expreso tributo de admiración en el volúmen titulado "Víctor Hugo en América", colección de traducciones del gran poeta francés, al que antecede un prólogo del propio autor de la recopilación, escrito con desbordante y juvenil entusiasmo.

Al lado de "Constelaciones" es indispensable colocar la poesía que lleva como título "La Naturaleza" escrita, como la anterior, en versos alejandrinos, y concebida dentro de un plan filosófico análogo. Aquí también plantea el autor hondos problemas relacionados con el destino final del universo, manteniéndose firme en sus conclusiones espiritualistas, las cuales forman como el núcleo central de ambos poemas. No estaría por demás agregar a estas composiciones, otra, de menos trascendencia desde el punto de vista filosófico, pero de más finos quilates estéticos, y es la titulada "Lo que es un nido", poesía en la cual aparece de manera más notoria la huella de Víctor Hugo, pero que Rivas Groot desarrolla con elementos propios en cuanto a la concepción y a la ejecución. Esta poesía, por cierta técnica literaria, recuerda "El viaje de la Luz" de Joaquín González Camargo, también discípulo de Hugo, más que Bécquer, como se ha sostenido.

En fin, Rivas Groot, como poeta, no obstante la parquedad de su obra lírica, puede ser colocado al nivel de Pombo o de Fallon, con la circunstancia de que aventaja a éstos por haber redactado el estatuto poético de la generación que corresponde, más o menos, al año de 1886, de profundas renovaciones en todos los órdenes de la vida social colombiana, y por haber realizado, en parte, ese programa, a tiempo que la mayor parte de los poetas incluídos en las Antologías de "La Lira Nueva" y en "El Parnaso Colombiano", o se mantuvieron dentro de los cánones tradicionales, o contradijeron, en su obra, las cláusulas en que encarnaba la revolución, o naufragaron en el olvido, a causa de la endeblez de su producción lírica. Hoy se recuerda muy poco a Manuel Medardo Espinosa, a Emilio Antonio Escobar, a Ernesto León Gómez, a Alejandro Vega, a Leonidas, Alejandro y Manuel de Jesús Flórez, a Rubén J. Mosquera, a José María Garavito A., a Julio Añez, a Pedro Vélez Racero, a Nicolás Pinzón W., a José Angel Porras, a Alirio Díaz Guerra, a Miguel Medina y Delgado, a Juan Cancio Tobón, a Francisco Antonio Gutiérrez, etc., que figuran en la primera de las Antologías dichas, como representante de la falange poética nueva,

pero cuyos nombres quedaron totalmente eclipsados por los de Rivas Groot, Ismael Enirque Arciniegas, José J. Casas, Belisario Peña, Diego Uribe, Julio Flórez, Carlos Arturo Torres y José Asunción Silva, únicos poetas que lograron destacarse y pasar a la posteridad de entre esa oscura legión de simpáticos y meritorios vates, cuyos versos aparecen en esa recopilación como mariposas muertas. Con la circunstancia curiosa, además, de que sólo un poeta, Silva, iba a tener el significado de una bandera de combate, y a realizar una profunda revolución dentro de la lírica castellana. Pero esto no podía preverlo, por entonces, Rivas Groot, no obstante la agudeza de su olfato crítico, porque la reforma de Silva hace referencia a cierta escuela que empezaba a lanzar sus primeros reflejos sobre el panorama de la lírica hispanoamericana, o sea el modernismo, y Rivas Groot, capitán de los ejércitos románticos, apenas representaba la reacción de la poesía de contenido social y humanitario, científico y filosófico, estilo Núñez de Arce, frente al seudo clasicismo que había dominado en buena parte del siglo diez y nueve, o frente a la agonía de la escuela romántica, que expiraba rodeada de falsas ternuras y de amores melodrámicos. De allí que Rivas Groot dijese:

"no más versos eróticos", y reclamase para la lírica un tono más viril, de acuerdo con la época, orgullosa de los adelantos científicos.

Muchos de los poetas que dejamos mencionados figuran también en la colección de Añez, pero aquí sucede cosa análoga a lo que hemos hecho notar cuando tratamos de "La Lira Nueva". Hay en el "Parnaso Colombiano" poetas como Clodomiro Castilla, Eusebio Esguerra, Tomás Martín Feuillet, Juan S. de Narváez, Carlos Sáenz Echeverría, Hermógenes Saravia, Filemón Buitrago, Bernardino Torres Torrente, Juan Ignacio Trujillo, Olegario Valverde, y muchos otros, cuyos nombres pasaron al olvido, posiblemente desde los días de su inclusión en esa Antología; pero con la diferencia de que Añez se propuso dar una muestra general de la poesía colombiana, desde los días de la colonia, con la Madre Castillo, hasta los últimos años del siglo diez y nueve. Pero el prólogo de Rivas Groot que antecede a esta benemérita recopilación, tiene acentos de clarín que llama a la refriega. Léase, si no, este párrafo:

"Lleve el poeta en los labios el gemido para las desdichas ajenas, y la imprecación para las maldades ajenas, pronto a proteger y a llorar, como lloraron y protegían los antiguos Cides,

los antiguos Orlandos. Detenga a los fuertes que abusan, ampare a los débiles que caen. Sea como extraño gladiador que entra en la liza, y desdeñando la vocería de los espectadores, levanta a los esclavos en la arena y mata a los leones en el circo. Sin esquivar la contienda ni flaquear en ella, clamará por la paz para los buenos. El verdadero poeta, terrible y sonriente, halla la armonía de la naturaleza física, guerreadora y fecunda, con la naturaleza moral, fecunda y apacible. Acepta la viril lucha con la primera, como necesaria para la selección de las razas; pero reclama el apaciguamiento de la segunda, como indispensable para la selección de las almas. Fortalece su mano en la batalla, y emplea esa misma robusta mano en aventar semillas y en repartir bendiciones. Es como aterradora espada que tiene la forma santa de una cruz en la empuñadura."

Es todo el "humanitarismo" de Hugo, vertido en cláusulas de arrogancia oratoria.

Con los años, fuese templando ese fervor de Rivas Groot por el autor de "Los Miserables", se recobró a sí mismo, y entonces produjo páginas tan densas y mesuradas como sus prólogos a los dos tomos de la "Vida de Jesucristo", por Monseñor Bougand, como sus discursos en ho-

nor de Santa Teresa de Jesús y de don Marcelino Menéndez y Pelayo, como su introducción a la obra "El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII", escrita por él mismo en colaboración con Jerónimo Bécquer, como su estudio "El Papa, Arbitro Internacional" y algunas otras páginas de historia y de elocuencia, que revelan ya la madurez del escritor.

Muy distinto es el aspecto que Rivas Groot ofrece como novelista y como autor de cuentos. "Resurrección" su primera novela, en el orden cronológico y en el de la calidad artística, despertó en su época apasionadas discusiones y, de inmediato, se creyó que fuese traducción del francés, a causa del escenario en que se mueven los personajes, del ambiente social que la rodea, y del problema mismo planteado en ella. Nada tiene de colombiano ni de americano esa preciosa narracción, que más bien pudiera clasificarse como cuento largo. Su tema es casi inexistente, en el sentido del interés propiamente novelesco. Parece, mejor, un poema escrito en prosa armónica que, en ocasiones, se acerca bastante al verso. Las descripciones son lo mejor de ese libro. Allí campea bizarramente el arte de Rivas Groot, sobre todo en su sentido de la naturaleza, de la que suele darnos sensaciones

tan frescas, que semejan grandes brochazos. Todo lo pinta y describe con arte inimitable, en largos y nutridos párrafos, que dejan en la retina una sensación de frescura y de realidad como sólo puede darse caso semejante en algunas páginas de Pierre Loti, uno de los autores favoritos de Rivas Groot, ya que la comparación con Chateaubriand sería inexacta, pues el arte de "Resurrección" es más fino y delicado que el de "Atala", en lo que se refiere a la técnica estilística, y se aproxima mucho más al de aquel fascinante narrador de tristezas exóticas y de voluptuosidades cosmopolitas, que fue el autor de "Mi hermano Ives".

Hay en "Resurrección" algunos atisbos psicológicos, personajes "fin de siglo", que se hastían elegantemente en los casinos, abates inteligentes y artistas refinados y siempre insatisfechos, todo muy propio de esa novela europea que corresponde a los años finales de la pasada centuria, y que supo reunir todas las exquisiteces del estilo a todos los refinamientos del estilo. Hay bastante analogía, y es esta una consideración incidental, entre la novela de Silva "Sobremesa", y esta de Rivas Groot, claro está que no en cuanto al fondo, sino en lo concerniente a la mórbida concepción del estilo, cargado hasta el

exceso de sugerencias, recamado de imágenes preciosas, ondulante y conciso al mismo tiempo, como que pretendía robarle sus secretos por igual a la pintura y a la música. Hay párrafos de "Resurrección" que se van desenvolviendo como tapices historiados, o como concierto de flautas y de violines a la sombra de un palacio de mármol, edificado a la orilla del agua.

Por la tesis que plantea la novela de Rivas Groot puede decirse que pertenece a esa tendencia espiritualista que despertó en Francia la reacción contra las demasías naturalistas, con el regreso al catolicismo de los antiguos discípulos de Taine y de Zolá, como Bourget y Huissamans. Rivas Groot vivió intensamente ese ambiente religioso, y aspiró el efluvio de esa nueva primavera espiritualista que abría sus flores en los terrenos abonados por la pesuña de la bestia humana. "Resurrección", aunque fruto de una inteligencia que había vivido siempre abrazada al dogma religioso, quiso formar parte de ese movimiento de restauración católica, y el desenlace del relato resume toda la intención de la novela y es cifra del espíritu de esos días, tan fecundos en sacrificios y renunciaciones, y que se hallan marcados en la historia religiosa de Francia por la conversión de grandes literatos

y artistas, a los cuales siguieron, inmediatamente, todos aquellos que volvieron a Cristo como consecuencia de la primera conflagración mundial. En esa falange redentora ocupan puesto principal, desde Bourget, Huysmans, Rimbaud y Claudel, que pertenecen al siglo pasado, hasta Maritain y su esposa Raissa, Max Jacob, Jacques Riviere, Charles du Bois, Charles Peguy, Bernanos, Blondel, Fumet, Schwob, Ghéon y el nieto de Renán, Ernest Psichari, a quien sólo la muerte en el campo de batalla, durante los primeros meses del año de 1914, impidió vestir la sotana del sacerdote católico.

Al lado de "Resurrección" pero en plano un poco inferior, hay que colocar "El triunfo de la vida", la segunda novela de Rivas Groot que, a decir verdad, parece una continuación de la anterior. Y lo parece por el ambiente, que se repite, por los personajes, que pertenecen al mismo mundo social en que actúan los anteriores, y por el estilo, que guarda estrechas analogías con el de "Resurrección", aunque en "El triunfo de la vida" se advierte una mayor sobriedad y un mayor esfuerzo por condensar en breves palabras todo un paisaje. Pero es este el que predomina, con la circunstancia de que el siempre hermoso y sugestivo paisaje de Italia

ha sustituído aquí a los casinos y lagos de Francia. Cada párrafo de esta nueva novela es una obra maestra de evocación y de sugerencias artísticas. Se respira allí el hálito embalsamado del mar, de los bosques de pinos, de todos aquellos sitios adorables —islas y playas— a donde se retiraban los emperadores romanos a ver morir el Imperio, cegados por el brillo de las olas donde ya se advertía el choque anticipado de las picas y frámeas que amenazaban las urbes de mármol y los castillos ahogados por los mirtos.

Completan este volumen de la Biblioteca Popular de Autores Colombianos, un precioso relato llamado Julieta, tributo del autor a su ídolo intelectual de la madurez, y varios cuentos, muchos de ellos inéditos, en los cuales persisten y se relievan vigorosamente, las mejores cualidades del estilo y del pensamiento de Rivas Groot. Que este volumen ponga a las nuevas generaciones colombianas en contacto con un literato de primera categoría, que supo juntar en su obra los primores de la forma artística al potente hálito espiritual que henchía su alma creyente y de patriota.

R. M.

LA OBRA Y EL AUTOR

Pocas obras literarias del género de "Resurrección" pueden vanaglroiarse de haber triunfado al primer intento. Apenas vio la luz, fue saludada con unánime aplauso en los centros literarios, y el pueblo que siente y ama devoróla con afán.

Esto se explica porque el sentimiento es su nota dominante, el misterioso espíritu que la anima, la savia potente que circula por todas y cada una de sus áureas páginas. Cómo extrañar, pues, que este Cuento de Artistas, *este ramillete de delicadas filigranas, esta joya purísima de amor y de fe, conmueva a todo el mundo?*

Pero hay en ella algo más recóndito que el sentimiento, algo más sugestivo y trascendental: la abnegación, el sacrificio. El pueblo, que, por necesidad de su naturaleza, ama todo lo noble y grande, sabe que no hay nada tan noble ni tan grande como el espíritu de sacrificio. Por eso le atrae, le encadena, le subyuga el hecho heroico, en el cual vincula los grandes

alicientes de la vida humana, porque sabe que el heroísmo es siempre efecto del sentimiento de abnegación, como sabe —y por eso lo maldice y lo desprecia— que el egoísmo sólo engendra ruindades, villanías y miserias.

He ahí por qué ese canto de amor y de esperanza se ha abierto rápidamente paso en la república de las letras y en el hogar del pueblo honrado y fiel. Seis ediciones en diez años es por cierto envidiable ejecutoria de nobleza literaria.

Pero ¿está bien justificado este timbre de gloria?

Nada más sencillo y humano, como humana y sencilla debe ser toda obra que aspire a traspasar los umbrales de su época, pero nada al propio tiempo tan espiritual y trascendente como la acción de esta novelita, viva encarnación del soberano ideal de la belleza, de la sublime aspiración de la fe.

¡Cuán simpática y atractiva se nos ofrece Margot, la hija del barón de Chastel-Rook, al presentárnosla el autor como soñadora aparición, reclinada en la balaustrada de su castillo medioeval, "iluminada por el último rayo del sol poniente, vestida de claro, envuelta en la

calma de aquella tarde de estío, circundada de flores!"

¿Cómo no amarla? "Tenía los ojos negros, con suavidad magnética en sus profundidades, y la oscuridad de las pupilas grandes, demasiado grandes acaso, reforzaba la blancura del cutis, que presentaba la palidez mate de los mármoles soterrados por siglos en las ruinas de Grecia."

Por eso reúne en torno suyo, y esclaviza con las dulces cadenas del amor, a Pablo el marino, a Jenkins el pintor, a Dulaurier el poeta, a Blumenthal el músico, a Zonawysky el artista, almas todas que "han encontrado el mundo inferior al pensamiento"; y aun el abate Croiset se siente conmovido por aquel sello de belleza espiritual y divina, vivo reflejo de las perfecciones increadas. Por eso los celos estallan con violencia formidable en el corazón de dos adoradores, Pablo y Jenkins, que no saben sustraerse al influjo de la pasión innoble que palpita en el fondo de todo corazón humano, y se concierta un duelo, que el deber aplaza.

Mas ¡ay! que aquella belleza no es de este mundo; por eso vuela al infinito, dejando sumidas en profundo desconsuelo las almas escogidas que la adoran. Y caso extraño: los que

antes sólo pensaban en los alicientes y grandezas de esta vida, se sienten como reanimados y ennoblecidos al impulso del nuevo sentimiento que arde en sus entrañas. La belleza ideal los cautiva: Zonawysky traza el plan de la capilla que ha de encerrar los restos de Margot; Jenkins, que, dominado primeramente por el dolor, pinta El Rapto, *el rapto de este mundo, que le vale el dictado de* Pintor de la Muerte, *traza, al calor de la nueva inspiración, un cuadro ultraterreno, la* Resurrección de la materia. *El mismo asunto inspira al poeta Dulaurier, el que antes diera a luz* Cenizas *y* Los Astros Muertos. *En una palabra: todos han resucitado a la fe, todos menos Pablo. Y como creyentes que ya son, como almas que viven ya en la región de la luz, van todos a presenciar un acto conmovedor y heroico como pocos: la despedida de los hijos de la luz, del amor, del sacrificio, en la Capilla de las Misiones Extranjeras.*

Y ¡oh prodigio de la fe! Allí ven a Pablo, el marino, a quien creían sepultado por el dolor y la desesperación en las profundidades del Océano. Venle allí, vestido el tosco sayal del misionero, "radiante de paz y de tranquilidad interior".

La escena es grandiosa, indescriptible. Allí todo se perdona.

¡También Pablo ha resucitado!...

¿Qué decir ahora del autor? Mucho sentimos que la estrecha amistad que con él nos une no nos permita expresar aquí lo que debiéramos. Pero, ¿a qué repetir lo que han dicho los demás y puede leerse a continuación? ¿A qué exponer aquí lo que todos pueden apreciar saboreando su prosa vibrante y castiza, moldeada al calor del sentimiento, admirando los trazos vigorosos y geniales, las frases felicísimamente concebidas y gallardamente expuestas, la luminosa sobriedad de las descripciones, la asombrosa realidad de los caracteres, la flexibilidad de un lenguaje animado y pintoresco, de un estilo diáfano y puro, y con frecuencia sublime, en medio de su envidiable sencillez?

Sólo recordaremos aquí que el autor es colombiano, que ama con pasión a España, por lo mismo que ama con delirio la virgen y generosa tierra que lo vio nacer. Resurrección, *digan lo que quieran los franceses, es nuestra, porque la ha escrito un alma hispanoamericana, un alma ardiente, enamorada de todo lo*

sublime. Podrá ser que el aparato externo sea francés, pero nosotros los españoles y los colombianos debemos reivindicar el sentimiento y el espíritu que la anima, porque el amor y la fe nos pertenecen de derecho.

MODESTO H. VILLAESCUSA

Barcelona, 25 de enero de 1912.

PROLOGO

DE LA PRIMERA EDICION

El libro que ahora sale a luz es el que menos necesita de proemio, ni por el autor, ni por la obra misma, ni por el que estas líneas escribe; no por el autor, conocido tiempo ha en la República de las Letras, y cuyo nombre, para honra suya y de la Patria, ha salvado los límites de la Nación (1), no por la obra, que, publicada incompleta y fragmentariamente en LA OPINIÓN, *el año pasado, fue acogida con entusiasmo; ni por el prologuista, que ningún derecho tiene para entrometerse en regiones que le son desconocidas, y por tanto vedadas, a no ser el cariño acendrado que le profesa al autor, y que en el presente caso no ha podido abstenerse de felicitarlo por este nuevo triunfo literario, felicitación que no tiene otro mérito que la sinceridad y el provenir de su ínfimo amigo y conterráneo.*

"Resurrección" (Cuento de Artistas), *por J.*

---

(1) *Menéndez Pelayo,* Historia de las Ideas Estéticas en España.—*Valera,* Cartas Americanas.—*Rubió y Lluch, L. Alas,* Crítica literaria, *etc.*

de Roche-Grosse; tal es el título de la obra que empezó a publicarse en el mencionado periódico, correspondiente a abril del año último. Su lectura llamó vivamente la atención y originó discusiones y apuestas: quienes juzgaron que era una correcta traducción del francés, inducidos por el pseudónimo adoptado; quienes que era producción original, aunque no acertaban si era colombiana o extranjera; quienes dieron en lo cierto y señalaron inequívocamente al autor verdadero.

Ochoa, tratando de un asunto semejante, dijo:

"Creemos que, en materia de estilo, lo esencial para un escritor es tener uno suyo propio, espontáneo, que no se confunda con ningún otro, que viva por sí. Creemos que sin esto ningún escritor merece el nombre de tal; literariamente, es como si no existiera." (1).

De lo dicho se originaron comentos, principalmente entre las sensatas cuanto bellas lectoras. Hoy se publica, a solicitud de muchos, con el nombre y el retrato, por iniciativa y a costa del que suscribe. Cúmplenos aquí dar las gracias al señor don José María Samper Matiz por el interés especial que tomó para que se editara el libro en su renombrado establecimiento tipográfico.

---

(1) París, Londres y Madrid.

El señor Rivas Groot, que como polemista católico y como Ministro de Estado, no ha sido indiferente a la situación actual de la República, flagelada por la espantosa guerra civil —dado que cuando fue director del periódico arriba mencionado, publicó artículos magistrales, encaminados a restablecer la armonía entre sus conciudadanos, y que junto con otros escritos suyos, políticos o de otra índole, serán de los pocos que en lo futuro merezcan el honor de una compilación—, tampoco abandonó el campo literario de sus afecciones, y daba a luz la novela de que tratamos, en la que se ha exhibido, una vez más, maestro peritísimo de la lengua, demostrando que no hay necesidad de mojar la pluma en cieno ni de seguir el repugnante y desconsolador naturalismo de Zola, ni de irse en pos de revesados vocablos ni de alambicados pensamientos para interesar al público, sino que, por el contrario, sin salirse del terreno de la Religión y la Moral, es muy hábil en realizar la opinión de Guy de Maupassant, de que "para decir cualquier cosa no hay sino un sustantivo que la exprese, un verbo que la anime y un adjetivo que la califique". Y de que "es preciso buscar, hasta descubrirlos, ese sustantivo, ese verbo y ese adjetivo, y no contentarse jamás con los aproximados, ni recurrir a

supercherías, por felices que sean, ni a piruetas de lenguaje, para evitar la dificultad" (1).

La lectura de la obra será la confirmación de lo que acaba de expresarse; como en ella campean descripciones de vigoroso realismo de buena cepa, a la manera de Pereda y de Sienkiewics, a la par que reflexiones que levantan el espíritu a regiones suprasensibles.

Los escritores a modo del señor Rivas Groot merecen bien de la Patria, tanto como el gramático o el filólogo, puesto que, según nuestro insigne Cuervo, "cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a la uniformidad de éste es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerlos uno solo. De modo, pues, que, dejando aparte a los que trabajan por conservar la unidad religiosa, aspiración más elevada a formar de todas las razas y lenguas un solo redil con un solo pastor, nadie hace tanto por el hermanamiento de las naciones hispanoamericanas como los fomentadores de aquellos estudios que tienden a conservar la pureza de su idioma, destruyendo las barreras que las diferencias dialécticas oponen al comercio de las ideas" (2).

Siga el señor Rivas Groot por el camino que ha emprendido, con tan buen éxito y tino, que

---

(1) *El mal ejemplo en Literatura.*

(2) *Prólogo de las* Apuntaciones Críticas.

es obra santa combatir el error en cualquier campo que se halle, con armas iguales, si no superiores, como en el presente caso.

Las Letras Patrias están de plácemes por la adquisición del bello libro de que hablamos, cuyos rotundos y correctos períodos contribuirán, sin duda alguna, a conservar intacta la hermosa lengua castellana en este riñón de los Andes.

ANDRÉS VARGAS MUÑOZ

Bogotá, diciembre de 1902.

La novela "Resurrección" juzgada por Armand de Nouvrac. Carta dirigida a la señora Condesa Maurice de Courville.—Chalet Saint Goustav.—Le Croisic.

Señora Condesa:

A diferencia de otros años, en este veraneo he venido a residir en los alrededores de Plombiéres, en un sitio pintoresco, circundado de montañas a las cuales dan sombra grandes pinos, cerca de la Sémouse, que, entristecida y apacible, se desliza entre rocas, cortando aquí y allá praderas risueñas y desapareciendo en los flancos caprichosos de las colinas que se alzan en suave pendiente cubiertas de bosques espesos, donde cruzan sus ramas las encinas y los álamos blancos. Aquí la brisa murmura, su perfume embriaga; en suma, vivo deliciosamente en uno de ls más hermosos rincones de la Alsacia.

Gozo con estos paisajes en que el encanto de la vida —un poco solitaria, es verdad— me vuelve un tanto soñador y me permite en mis horas de ocio, que aquí parecen prolongarse, hojear escrupulosamente lo que me trae el correo, en el cual me ha llegado un grupo de opúsculos y de entregas hebdomadarias o mensuales.

Aquí, en este apacible retiro, tengo el tiempo de releer a mis queridos compañeros y maestros Bourget, Coppée, Loti, que se codean en mi biblioteca de viaje con Sully Prud'homme, Octave Fauillet, Verlaine, France y otros tantos que piensan y sienten intensamente... Entre los numeroso folletos que me han llegado he encontrado un libro artístico que me remiten de España y se titula Resurrección.

No es andaluz, ni catalán, ni vasco; es francés,

completamente francés, sin dejar duda, a juzgar por el estilo; y con todo esto, concebido y escrito en la América del Sur, en Colombia, en medio de los Andes, lejos de nosotros, los *civilizados*, según nuestra opinión personal.

Yo desearía dejaros saborear y apreciar vos misma esa novelita, que es una verdadera joya en su género, y en la cual se transparenta el espíritu profundo, analítico y psicológico del autor; pero siento el deseo de decir algo de lo que pienso respecto de esa obra, algo de lo que encuentro en esas páginas, escritas en un lugar tan lejano, y que, sin embargo de ello, me han impresionado de tal modo, que las he leído sin interrupción, con placer, y penetrado por las impresiones, las descripciones tan verdaderas y sentidas de ese americano que escribe con el espíritu de un francés de nuestra época... El tema es sencillo, sin artificios complicados; la trama es natural, el estilo correcto, claro, y sobre todo muy puro. Y se refleja ahí un alma que siente, que aspira la vida en medio de sentimientos delicados y nobles. No diré que el autor es un psicólogo como Pablo Bourget, un soñador exótico como Loti, o un sentimental como René Bazin. En algo, sí, se asemeja a todos ellos, y se comprende que son sus autores favoritos.

El autor de RESURRECCIÓN se dedica al estudio de los sentimientos nobles, al análisis del alma de sus personajes, a tocar aquellas fibras que más nos enternecen y conmueven. Su propósito es la moral, pero una moral suave, presentada con tan atractivo aspecto, en un estilo tan flúido, que al autor se le escucha y se le comprende aunque todos no participen de sus propias ideas.

RESURRECCIÓN es un verdadero cuento de artistas, puesto que sus personajes lo son en efecto, y el libro constituye un poema en prosa hecho con leves pinceladas, numerosas e insinuantes, y hay en él notas musicales que se confunden y se suman, formando una armonía suave, que llega al corazón y esparce —es verdad— una suave melancolía, la melancolía

que experimentamos inevitablemente al pensar que los tiempos cambian, que el género literario sentimental tiende a desaparecer en nuestra época, llevándose acaso consigo lo que hay más elevado en el pensamiento humano. Lo que más llama la atención en ese librito sentimental es la descripción perfecta de sus personajes, a quienes el autor no ha visto sino de paso, pero de los cuales conserva una memoria indeleble; y los sitios que ha visitado sin duda y que permanecen reflejados en su mente con tal nitidez, que los reproduce todos en un estilo acaso desconocido en América, si consideramos que las costumbres de aquellos países son tan diferentes de las nuéstras.

Hay un verdadero color local, y para que un autor lo posea es necesario que el escritor vea, analice y comprenda las cosas que le son extrañas, tal como nosotros las observamos y sentimos.

Entre nosotros vemos que Loti deja su amada Francia para emprender largos viajes y presentarnos luego visiones pintorescas de países exóticos. En América, Rivas Groot abandona sus zonas ecuatoriales para venir a Francia a beber en una nueva fuente; se inspira en escenas de una tierra que no es la suya; describe en un estilo que le es propio lo que ha visto y vivido entre nosotros, y nos hace palpar así una vida que es más nuéstra que suya. He ahí una propiedad especial del autor de RESURRECCIÓN, que merece notarse. Por tal motivo el prefacio de la obra nos habla de la sorpresa causada allá en los centros literarios, pues se creyó en un principio que esa novela no era un producto nativo de América, sino traducida de un autor francés a la lengua castellana.

Cuando se descubrió que M. Roche Grosse no era sino un pseudónimo, las controversias cesaron y se admiró, como yo admiro, ese librito azul, flor de literatura, que se abrió en la cordillera de los Andes, y cuyas hojas dejan escapar un aroma de gracia, de delicadeza; nos hace soñar por instantes en esa bella Margot, pura y pálida como las flores ecuatoriales, transportada a un país diferente del suyo, y admi-

rada por los corazones entusiastas y fervorosos de artistas europeos, enamorados de la Belleza, cautivados por esa noble y delicada amiga, y unidos, a pesar de sus diversas doctrinas, en un mismo culto sentimental, de tal manera que esa joven, al marchitarse al soplo de la muerte, viene a ser el ideal secreto y puro que los hace estrecharse la mano a la orilla de una tumba y pensar y creer en la verdadera resurrección.

Al terminar, señora Condesa, esta carta, me viene a la memoria el haber visto en la *Revue Bleue* y a propósito de la traducción de las obras de Víctor Hugo al español, una crítica de Madame Levynk, en que elogia a Mr. Rivas Groot como lo merece, según creo.

Este hecho y algunos otros me explican su predilección por la literatura francesa, y me atrevo a esperar que el autor de RESURRECCIÓN no se limitará a este primer trabajo, y que sus futuras publicaciones tomarán su puesto entre nuestros autores, que son —podemos decirlo con legítimo orgullo— los más leídos en el mundo entero.

Reciba usted, señora Condesa, la expresión de mi distinguida consideración.

ARMAND DE NOUVRAC

Plombiéres, agosto 15 de 1905.

VALIOSO TESTIMONIO

Barcelona, 25 de julio de 1903.

Sr. D. José María Rivas Groot.

Mi excelente y siempre recordado amigo:

¿Lo creerá usted? Tengo ya mi barba gris, y al concluir la lectura de su primorosa novela RESURRECCIÓN, tan llena de filigranas de estilo, como de delicadezas de pensamiento, me he sentido vivamente conmovido. Me he visto arrollado como un niño por

la corriente impetuosa del sentimiento, que es para mí la gran fuerza humana, y lo será mientras haya corazón e ideales, a pesar de los triunfos de la razón y de la voluntad. Hacía años que no había experimentado una impresión tan intensa; talvez porque los libros que suelen caer ahora en nuestras manos nos sumen en una *noche insondable de amarguras*, sin vislumbres de auroras, ni frescas gotas de rocío.

Su cuento de artistas es un hermoso canto al ideal entonado por todas las bellas artes y perfumado con el aroma de la Religión.

Yo ya había admirado en usted en algunas de sus anteriores producciones, al alma noble y generosa que sabe sentir todo lo más puro y santo de la vida, a la vez que al aristocrático hombre de mundo, para quien le son habituales todos los refinamientos artísticos, y a quien no sólo le es dado mirar cara a cara al Ideal, sino predicarlo con el valor del apóstol y la unción del sacerdote. Este presentimiento de tanta exquisita delicadeza, acumulada por raro privilegio en una sola alma, se ha confirmado plenamente para mí en su RESURRECCIÓN. ¡Dichoso el que como usted haya tropezado en la vida con seres tan nobles como Margot, y que aspirando todos los efluvios de claridad y pureza que dejan en el ambiente, sepa recogerlos como una esencia inmortal que se guarda cuidadosamente para confortarse con ella, cuando nos marean el vaho de la tierra y las miserias de la vida!

¡Cuánto le envidio a usted, que así sabe derramar y esparcir la semilla más pura de su espíritu, como fuego comunicativo y ardiente que prende de corazón en corazón, hablándoles a todos el lenguaje augusto de los amores del cielo, arraigando en unos un amor, inflamando en otros una fe, y despertando en los más una generosa aspiración! Sean benditos, una y mil veces, libros que como el de usted provocan un deseo de ennoblecimiento del alma, una sed viva de depuración espiritual, o la añoranza mística del cielo.

Los partidarios del arte novísimo que sólo conceden el derecho de beligerancia artística al cieno y

a la podredumbre de la vida, y niegan el derecho a la existencia a las estrellas con centelleos de inmortalidad y a los arcos iris de la esperanza, hallarán quizás demasiado simétrica la traza de su cuento simbolista, construído *ad hoc* para levantar sobre él el alcázar de la virtud y de la fe... Pero digan lo que quieran, la obra de usted es esencialmente humana, porque es hondamente sentimental. Las grandes delicias humanas, ha dicho un sabio prelado de mi tierra, provienen del sentimiento. A mí me interesa y me encanta aquella aparición diáfana y tenue de Margot, a quien ofrendan sus dones los artistas, como personificación del amor, inseparable compañero de la belleza ideal, uniendo después de su muerte de un modo misterioso y con un culto sagrado, a los que la pasión separó en vida, atrayéndoles con vuelo de águila a las regiones del infinito y de la serena Inmortalidad.

Prosiga usted, mi noble amigo, trazando sobre el tenebroso mar de nuestra vida moderna, muchas estelas luminosas como la de RESURRECCIÓN. No se avergüence usted de dejarse llevar de su corazón y de encauzar sus pensamientos por esa suave corriente de ensueños y esperanzas. Los grandes ideales llegan a las alturas de su Tabor, más por la fuerza del sentimiento, que por la palanca de hierro de la voluntad o por los destellos refulgentes de la razón.

Le felicita con toda su alma, y le agradece con efusión su delicado obsequio, su antiguo admirador y amigo devotísimo,

ANTONIO RUBIÓ Y LLUCH

PREAMBULO

A UN LIBRO DE AMOR Y DE FE (1)

Hay, en diversos continentes, pueblos que, ya por

(1) Traducción del prólogo que encabeza la edición francesa de esta novela publicada con el título de *Fleur Exotique*.

sentimiento, ya por razón, viven orientados hacia Francia. Para ellos es esta nación como un sol. Sus ideas son rayos de luz, que originan en ellos su claridad moral y la visión que tienen del linaje humano. La ficción, la confianza, la admiración que le tributan atestiguan la continuidad de su irradiación intelectual.

Otras naciones combaten, conquistan, dominan, civilizan, gobiernan, se hacen amar o aborrecer según el valor de los hombres por ellas empleados y las circunstancias de su acción. Ninguna como Francia se insinúa en la cabeza y en el corazón de los habitantes del país en que penetra; ninguna difunde más ideas nuevas, ninguna abre más horizontes desconocidos.

La América latina es particularmente propensa a dejarse llevar de la influencia francesa. Causa de ello es, en primer lugar, la afinidad de raza. Esparcidos en un dominio inmenso, frondosísimo, prodigioso, los habitantes de esta parte del globo, han llevado el sello greco-egipcio de las tradiciones mediterráneas. Sus desmontes, sus ciudades, sus instituciones se inspiran en las reglas de sus antepasados europeos. Y justamente porque se hallan a la faz de un mundo nuevo todavía para ellos, y porque se ven dispersos y en período de organización primitiva, necesitan fortalecer sus pensamientos y sus actos, bebiendo inspiraciones y consuelo en las fuentes más vivas de la energía latina. Puestas en este caso, por instinto se dirigen a Francia, la cual atrae y absorbe, entre el *Rhin* y *el Mediterráneo, lo selecto* de todos los mundos; semejante a un crisol en que todo se purifica, mezcla romanos con griegos, celtas con iberos, transformando a unos y a otros en franceses, en los cuales se encarnan, por gracia del suelo, del cielo y del clima, las cualidades latinas en lo que tienen de más útil al desarrollo del espíritu y a la organización de la tierra.

Entre los países de la América del Sur, Colombia es hoy uno de los más alejados de nosotros los franceses por la naturaleza, y de los más cercanos por el cora-

zón; país que aprecia como el que más nuestra civilización y nuestros esfuerzos. Tres veces mayor que Francia, seis veces menos poblada, tiene a la vista un soberbio porvenir. En su paz y prosperidad, debe su fortuna incipiente y el orden que la enriquece a un gobierno de varones prudentes e ilustrados, que aman por igual la república y la religión; que saben perfectamente que, para enseñar las obligaciones a un pueblo, lo esencial es conocer los derechos de Dios; que procuran con esmero que la educación de la democracia no ande separada del respeto al ideal, que la tierra que trabaja vaya unida al cielo que la mira; que tienen fijos los ojos en lo infinito, puesto que están muy distantes de alimentar la orgullosa locura de los que creen que el infinito es ciego.

Uno de estos hombres, no de los menos principales, ha sido conquistado por la cultura francesa hasta el punto de saber escribir en esta lengua tan bien como en la materna, y de no ignorar cosa alguna de la historia y de la literatura francesa. Fue ministro de Instrucción Pública en Colombia. Supo estudiar lo generoso y saludable de nuestras leyes de enseñanza, y olvidar sus errores pasajeros. Nos conoce y ama mucho para estar convencido de que nuestras faltas, nuestras pasiones, nuestros odios hallan una excusa en su misma sinceridad; y mucho también para comprender que nuestras divisiones y luchas son testimonio de fuerza y vitalidad.

Tengo a gran honra rendir, desde estas páginas, tributo de homenaje a S. E. el señor Rivas Groot, Ministro Plenipotenciario y Embajador Extraordinario de Colombia en la Santa Sede. Pero lo que más admiro en él no es ya al hombre de Estado, ni al diplomático, sino al sencillo literato, cuya obra se ilumina y colora con el fuego de la fe, y refleja el azul del cielo, poblado por nuestras esperanzas con espíritus inmateriales, guardianes eternos del amor, de la justicia y de la verdad.

Amo a los creyentes, porque sólo ellos poseen el verbo que, con una palabra, nos levanta sobre las mise-

rias de la vida, porque sólo ellos nos enternecen y mejoran.

Léase este librito, en el cual conduce el señor Rivas Groot al lector desde el lago de Enghien hasta la capilla de las Misiones Extranjeras. En él, además del perfecto conocimiento del corazón humano y de las cosas parisienses, se advierte tal delicadeza de sentimientos, cual sólo es dado poseer a un poeta alimentado con el culto de lo divino. Más de uno de los escritores franceses podríamos envidiar la forma literaria del señor Rivas Groot. No fue estéril el estudio que hizo de nuestros mejores escritores; no leyó en vano a Maupassant y Flaubert. Posee el sentido preciso de las palabras; es exacto en sus imágenes. En fin, ve muy lejos y eleva su mirada a gran altura. El heroísmo del sacrificio le parece natural; por esto el señor Rivas Groot es tan *superior a nosotros, con* demasiada frecuencia escépticos y desilusionados, hasta el día en que merced a un soplo purificador que pase sobre Francia, nos empuje a la epopeya.

Pero ¿de dónde proceden estos fuertes vientos de las almas, que son como el hálito de nuestros grandes muertos, y que de cuando en cuando barren nuestros errores y nos arrastran de nuevo a un torbellino de ideales? Quizás proceden de lejanas tierras, donde se conservan, en una naturaleza inmaculada, las tradiciones que son la salvaguardia de los pueblos. Paréceme que el país de donde nos ha venido el señor Rivas Groot es una de estas tierras de elección. Imagino que en los Andes el hombre vive para su familia, para su patria y para su Dios. En medio de la decoración sublime de las Cordilleras, se considera pequeño y humilde; si quiere elevarse hasta pensar, producir, triunfar, sólo el amor a los suyos, a su tierra y a su religión pueden libertarle de los sentidos, apoyar sus esfuerzos y ligarlo a la colectividad humana. En aquellas cimas puras se perpetúan mejor que en otras partes, en saludable sencillez, los principios que aseguran la existencia de las sociedades.

Mil plácemes merece el señor Rivas Groot por

habernos traído de allí la impresión de aliento de estas páginas, en las cuales, si el amor es tan tierno, tan sincero y a la vez tan aflictivo, es sólo porque toma todo su vigor y delicadeza de una conciencia iluminada por la estrella que encuentran siempre en el cielo los que oyen en su corazón un llamamiento misterioso, y toman, como los Magos, el camino de Belén.

ENRIQUE DE NOUSSANNE

RESURRECCION

Pablo ya me esperaba en su bote, que se mecía sobre el agua dormida. Bajé la escalera del Casino y me senté en la proa. Mi amigo arrojó al agua el cigarrillo; con su destreza de oficial de marina empuñó los remos, afianzó los pies en el travesaño, echó el busto de atleta adelante, y con un movimiento rítmico que lo hizo vibrar del talón a la nuca, arrancó vigorosamente y lanzó el bote hacia el centro del lago. Remamos un rato, conversando, mirando los castillos de las orillas o saludando al paso los botes cargados de músicos, de mujeres, de flores, que cruzaban dejando en el ambiente una estela de notas, de risas y de aromas.

Al declinar la tarde cesaba la brisa, y el lago de Enghien, sin un pliegue en su extensión, copiaba delicadamente todos los detalles de las orillas, el verde oscuro de las masas de árboles, los mármoles blancos y rosados de los palacios, y aun los gajos de rosales que, sumergidas las raíces en el agua, lanzaban sus tallos llenos de savia, tupidos de hojas frescas, y en arabescos caprichosos se engarzaban a las balaustradas y escalinatas de los jardines.

Nos internamos en un canal sombreado por árboles gigantescos que, llenos de jugo en pleno estío, al extender con majestad las ramas

entre la calma del crepúsculo, parecían tener conciencia de su energía al través de los siglos. Las líneas horizontales de sus brazos manifestaban reposo, protección, silencio.

—Aquí estamos más cerca de la Naturaleza —me dijo Pablo—, y se respira mejor lejos de esas marquesas italianas que se pavonean al son de los valses de Strauss, y de los *snobs* ingleses que, sentados en el corredor del Casino, metidos en el *smocking,* aspiran el humo de los cigarrillos rusos soñando en la próxima partida de *lawn tennis,* con la gravedad de quien prepara una campaña napoleónica. Aquí, a falta del olor de las olas, aspiro este olor de savia, este aroma de tierra húmeda, que se filtra en las venas y enriquece la sangre. Al volver así, aunque sea por una hora, al seno de la Naturaleza, viene a la memoria aquella frase del gran Flaubert: "No debemos nunca olvidar que existe el Ganges..."

Y dilatando la nariz, aspiraba los aromas del crepúsculo aquel marino que, en su viaje por todos los continentes, había hecho especial estudio de las armonías de la Naturaleza. Se había acostumbrado en sus viajes a mirar con una misma cortés indiferencia sinagogas, pagodas, mezquitas y templos cristianos. Nacido en el noble barrio de San Germán, formado en la escuela de los mares, era un ser a un tiempo lleno de delicadeza moral y de vigor físico, con los sentimientos de un latino del Bajo Imperio y los sentidos e instinto frescos de un hombre primitivo.

En las cartas que me enviaba del Cairo, de

la India, del *País Amarillo,* tenía un estilo enteramente suyo: impresiones directas, frases manchadas de color, impregnadas de aromas, con adjetivos que, por la propiedad con que se ajustaban a la sensación, parecían recién fabricados; con verbos llenos de vida, como vaciados en molde nuevo. En materias de epítetos tenía su teoría sobria: "El epíteto para agradar debe ser como el perfume que ponemos en el pañuelo: tres gotas."

Temperamento artístico en cuerpo de atleta, como un perfil de Apolo en medalla de bronce. "Para mí (me decía en una ocasión) la literatura, la estética toda es una voluptuosidad que se agrega a la voluptuosidad de cortar los mares remotos con el espolón del navío, a la dicha de respirar flores exóticas, de penetrar en las pagodas del Ganges o aspirar el humo del cañoneo cuando nuestra escuadra visita las costas del *País Amarillo.*"

Prevalecían en él la voluntad y los sentidos. Hombre de resoluciones prontas, prácticas; sin las ansiedades metafísicas de Fausto, sin las abstracciones melancólicas de los temperamentos "hamléticos", como él mismo decía.

En aquella soledad le gustaba explayar sus ideas, sus sentimientos, hablaba pintorescamente de todo, describía con frases felices los lugares que había visitado, los pueblos varios que había conocido; me describía un nuevo sistema de blindaje que estaba inventando, trazaba proyectos, fantaseaba un libro sobre el Nilo, ideaba la conquista de algunas regiones de Africa.

La sangre de los veinte años nos golpeaba las

sienes; creíamos en el futuro; en torno nuéstro flotaba la esperanza de una vida llena de abnegación, de gloria y de pureza.

Los libros le habían afinado el espíritu, y los ejercicios de marina robustecido el cuerpo. Sus viajes por tan diversos mares y tan remotos países le habían mostrado que el hombre es uno mismo en todas las latitudes. Había ampliado sus sentimientos y generalizado sus ideas. No se explicaba las rivalidades entre dos aldeas, entre dos naciones. Todo aquello le parecía, según su frase, "lucha de hormigueros". Veía en la redondez del mundo espacio para todos y no entendía por qué dos pueblos se empobrecían y desangraban por rectificar en el mapa la línea roja o azul de una frontera.

Sus sentidos tenían una intensidad extraña, particularmente respecto de los colores y los aromas. En sus notas de viaje —*Mar y Tierra*—, gracias a los adjetivos felices y a los verbos vibrantes, pasaban como en ráfagas los olores salados de las olas, la acritud resinosa de las selvas del Norte, el vaho de pescados de los puertos del Sur, el aroma de las pagodas indias, el perfume soñoliento de los harenes, la fetidez de amoníaco de las aldeas chinas.

*

* *

Después de remar un rato, Pablo acercó el bote a la orilla, hundió con vigor la proa en la vegetación exuberante que caía sobre las aguas y nos hizo sumergir entre un nido de verdura. Luego sacó del fondo de la barca un tomo.

Me gustaba oírle sus comentarios en mate-

ria de autores: tenía siempre una visión clara, una expresión original sobre cada página. Su autor predilecto era Shakespeare, y éste le servía de punto de partida para medir a todos los pensadores.

Aquel día Pablo abrió al acaso un tomo de Bourget, los ensayos sobre *Psicología contemporánea,* y leyó:

"La visión de un *más allá* que explique la excelencia del Universo y nuestra propia excelencia, tal es la preocupación suprema de nuestra época, a pesar de la marea ascendente del positivismo. Sí, todos somos positivistas en teoría; le pedimos al arte que se funde en el estudio positivo del hecho; le exigimos a la política que se base en la explotación positiva del hecho; tenemos costumbres que tienden a hacerse más positivas cada día, y año por año aumentamos los complicados pormenores del *confort* moderno... Con tales razones y tales fundamentos en "los hechos", se logra satisfacer muchos apetitos del hombre. Sólo hay un apetito que no se sacia y al cual los doctrinarios de nuestros días no se dignan prestarle atención, aunque ese apetito, según la ciencia, debe existir en nosotros y con fuerza irresistible. Hablo precisamente de esa necesidad de un *más allá,* de ese místico anhelo de infinito que nos han transmitido, cada vez con mayor refinamiento y vigor, al través de los siglos, las generaciones sucesivas de creyentes..."

Pablo se detuvo, y dando campo a sus propios pensamientos, dejó vagar la mirada por el espacio. Esas ideas sobre el alma, sobre la inmor-

talidad, ¿también lo habían asediado a él, a pesar de su vida práctica y "positiva" a bordo del *Bayardo?* Hasta entonces nuestras conversaciones no habían rodado sino sobre asuntos de gustos literarios, y más habíamos tratado sobre los autores y sus estilos que sobre el alma y sus problemas.

—Bourget acabará pulsando la cuerda mística —dijo con ironía—; y para no entrar en materia volvió a remar.

A la izquierda, tras las masas de follaje, se levantaba un castillo de estilo Edad Media, que sobre el cielo azul se destacaba con suntuosidad discreta; los muros, escalinatas, cornisas, parecían abrumados por la cortina de los rosales.

Los racimos de rosas blancas brillaban sobre los telones de verdeoscuro. Cada vez que el viento sacudía los gajos, una oleada de aromas envolvía la casa y se extendía por el parque. De la fachada se desprendía una imponente gradería que venía a morir en el agua. En la última grada, a uno y otro lado, dos esfinges se erguían en sus garras de mármol y tendían la mirada hacia una enigmática región desconocida, como si se empinasen para contemplar los horizontes sagrados del Egipto. Atamos el bote entre la sombra de los álamos. Aquel rincón era nuevo, misterioso. Veíamos sin ser vistos. Una joven apareció en lo alto de la escalinata y se reclinó en la balaustrada. Iluminada por el último rayo del poniente, vestida de claro, envuelta por la calma de aquella tarde de estío, circundada de flores, pasó a ser como

el centro de hermosura, como la nota triunfal entre todas las armonías dispersas de la Naturaleza. En torno suyo todas los cosas parecían servirle, humillarse, contribuir silenciosamente a su gloria, adaptarse al ritmo de sus líneas, formar aureola a la nitidez de sus contornos. Su frescura triunfaba entre la frescura de la vegetación teñida de blanco por las constelaciones de rosas pálidas.

Era una tarde llena de serenidad, de calma, una de esas tardes de estío en que el solo hecho de vivir constituye una delicia. La sombra en torno iba creciendo. El lago meció el reflejo de las primeras estrellas. Desde la orilla opuesta el Casino nos envió el resplandor rojizo de sus linternas, el rumor de su muchedumbre, el eco de su placer, la música de su orquesta. Los acordes, amortiguados por la distancia, atenuados por el follaje, se deslizaban sobre el agua y llegaban más profundos, como aterciopelados por la sordina e impregnados de infinita dulzura. La Naturaleza parecía filtrar, purificar religiosamente los ecos de aquella fiesta profana. Y en lo alto de aquella escalinata de mármol, la joven, dilatadas las pupilas, entreabiertos los labios, como aspirando esa armonía mezclada a los aromas del crepúsculo, iluminada por lumbres lejanas de antorchas y de estrellas, parecía colocada fuera de la vida común, intangible, bañada por un reflejo de ultratumba.

A veces, como a pesar suyo, cuando el viento perfumado pasaba deshojando alguna rosa y esparciendo los pétalos, se estremecía, parecía

en su ensueño meditar en la fuga de la vida, escuchar una frase de misterio; con una expresión de miedo pintada en sus pupilas miraba lentamente en torno, como sintiéndose asechada desde todos los rincones de la sombra por los ojos de la Muerte.

*

* *

Dos o tres encuentros en el lago, una presentación en el Casino, y quedamos amigos de M. de Chastel-Rook. Era un antiguo amigo del padre de Pablo; como contralmirante de la Marina francesa había viajado por el Nuevo Mundo, y se había casado con una hermosa hispanoamericana, que murió al llegar a Francia.

A la tarde siguiente, atendiendo su invitación a comer, entramos en el canal, atamos el bote, y llenos de emoción, con el deseo de ver más de cerca a la joven soñadora, subimos la escalera de las esfinges. Había tres o cuatro invitados. Las bujías de una araña central iluminaban el salón discretamente. El dueño de la casa hizo las presentaciones de estilo:

—El señor abate Croiset.

—El señor Jenkins, de la *Royal Academy*.

—El señor Dulaurier.

Una frente alta, cruzada por un mechoncito napoleónico, luego otra frente de líneas enérgicas enmarcada por cabellos de oro, en seguida unos rizos suaves que constrastaban con una frente pálida, fue lo que por el momento pude distinguir con la luz que caía del techo. Después surgieron en la penumbra las pupilas: en el abate, pupilas de una oscuridad intensa;

en el pintor, de un gris con reflejos de acero; en el poeta, de un tono opaco con reflejos azules. Aquellos ojos, aunque de tintes diversos, tenían todos una misma expresión: la melancolía irremediable de almas que han encontrado al mundo inferior al pensamiento.

Mientras el abate Croiset y el joven Dulaurier admiraban una vista del lago tomada por Jenkins, el dueño de la casa me informó sobre sus convidados.

—Sin duda ha oído usted hablar del orador Croiset... Ahí lo tiene usted: es el célebre conferencista que tuvo la originalidad de denegarse a lucir su hermosa figura gótica en la cátedra de Notre-Dame y que en cambio solicitó el puesto de capellán en el hospital de San Roque. Por su tarea en las enfermerías, adquirió una dispepsia que ha venido a curar en las aguas de Enghien. No he visto carácter más noble y extraño. Es de la raza de Lacordaire... un "sobrehumano", como diría Emerson. Merece que se le castigue con la púrpura de Cardenal.

Momentos después la joven se presentó en el salón, con un traje violeta pálido. Tenía ademanes fáciles, elegantes. No era ya el ser misterioso que habíamos visto: tomaba parte en la conversación y sobre los asuntos más elevados conversaba fácilmente, con la propiedad de las aves que se ciernen en lo más alto del aire con las alas extendidas, inmóviles.

Tenía los ojos negros, con suavidad magnética en sus profundidades; y la oscuridad de las pupilas grandes, demasiado grandes acaso, re-

forzaba la blancura del cutis, que presentaba la palidez mate de los mármoles soterrados por siglos en las ruinas de Grecia. La garganta llena, y al propio tiempo de curvas largas. Todo el cuerpo con la esbeltez oriental, imprimía al vestido los pliegues largos que los artistas pretenden trazar en la túnica de las vestales.

Por el calor de la tarde tomó un abanico, que movía acompasadamente, con esa vibración aletargada que tienen las alas de la mariposa cuando se adormecen sobre una flor rica de aroma.

Dulaurier, a instancias de Margot, leyó de sobremesa varios sonetos de un poema intitulado *Cenizas*. Era el poema de la destrucción, de la muerte, del olvido. Un canto a las cenizas de las ciudades heroicas o malditas, Troya y Cartago, Babilonia y Pompeya; estrofas a las cenizas de amores antiguos, de razas extinguidas, a la pavesa de cirios mortuorios, al polvo negro que yace en el hueco de tumbas ya sin fecha ni nombre...

El contralmirante aplaudió la inspiración, pero con franqueza estalló contra el asunto:

—Los de la generación anterior veíamos de otro modo la vida: nada de dudas vagas, ni de incertidumbres y melancolías por ese estilo. Podíamos ser antirreligiosos, pero con energía, con fuego, con fe en nuestra duda. Eramos luchadores convencidos de algo, oponíamos el *no* al *sí*, creíamos en algún bien, en alguna verdad, buscábamos un ideal nuéstro, y lo buscábamos ofrendando nuestra tranquilidad, nuestra existencia... Pero esta nueva generación duda del bien y del mal, duda de su duda, y lanza un her-

moso canto a la "infinita vanidad de todo..."

El abate Croiset, con discreción llena de elegancia, hizo la defensa del Ideal, y mientras habló, valiéndose de imágenes artísticas, cautivó el positivismo de Pablo y el escepticismo doloroso del poeta.

Pablo quedó en la mesa al lado de Margot: no apartaba de ésta la mirada. Al levantarnos, deslicé unas palabras al oído de mi amigo:

—¿Principia el idilio?

—Tú conoces mi amor por todo lo exótico...

Después de la comida, nos invitó Margot al invernadero, donde cruzaban sus gajos y tendían sus hojas disformes diversas plantas de América. Salimos a tomar el café al terrado que domina el lago, bajo el pabellón de los rosales. Desde allí veíamos cómo los jardines del Casino se iban iluminando con las linternas *azules, rojas*, amarillas, que en racimos y collares brillaban entre los árboles, y reflejándose entre las ondas, formaban en el agua regueros de chispas azulinas, bermejas y doradas. En el jardín reservado se instaló, cerca del canal, una orquesta; saltaron las notas agudas que arrancaron los músicos a los violines al templarlos, y tras un silencio, en medio del cual vibró con dos toques secos, imperativamente, la batuta del director, principió a deslizarse entre el follaje, a flotar sobre el lago una música quejumbrosa, con acentos de pasión, de dolor y de dulzura.

Margot, aislándose de las conversaciones, escuchaba embebecida aquella música extraña, que simulaba un diálogo, un dúo de amor en-

tre la voz femenina de la flautas y el acento viril de los violoncelos.

De improviso, sin que nada pudiese explicarlo, por un momento entrecerró los párpados, como abatidos por el peso de las pestañas, inclinó la cabeza, abrió suavemente los labios, permaneció inmóvil, como si estuviese escuchando una campanada en las sombras, una voz que predijera desgracias, mientras sus mejillas se cubrían de una palidez dolorosa. ¿Sufría?... ¿Gozaba? Se estremeció, como si una mano fría la hubiera tocado en la espalda. En seguida, volviendo a su serenidad, sonrió, tomó de nuevo parte en las conversaciones, hizo traer el té y obsequió a cada uno de los amigos. Era una mujer extraña, exótica, a la vez que sencilla y práctica; en ella se mezclaban cierto misticismo de española, la gracia mundana de una francesa y las soñadoras languideces de la criolla. Después del té nos ofreció una bebida tropical, de color violeta —el color de su traje— que tenía, según pude discernir, alguna esencia del plátano y aroma de vainilla. En aquel temperamento mixto revivía así, revelándose en algunos detalles, la sangre de la madre, renacía la nostalgia de los países remotos de la zona tórrida, donde la tierra, alumbrada con reflejos de incendio, entre un vaho caliente y perfumado, hace brotar flores con pétalos color de llama y pájaros color de esmeralda.

*

* *

—El señor Blumenthal, Maestro de capilla.

Estreché aquella mano flaca, de huesecillos

largos. El célebre músico era un ser de figura extraña. Aquel cuerpo contrahecho y desarticulado sostenía con dificultad una cabeza medio sublime, medio grotesca: la frente, las cejas, la mirada, con las nobles líneas y la expresión vigorosa de un Júpiter; la nariz encorvada, la boca enorme y rodeada de arrugas como cuchilladas, presentaban los trazos de una máscara de payaso. Todo él, mezcla de miseria y de nobleza, de dolor y de inspiración, con las coyunturas rotas y las miradas de fuego, parecía un aguilucho herido por el rayo.

Blumenthal, semana tras semana, componía sus declaraciones de amor en lenguaje musical; y mientras la orquesta ejecutaba aquellas sinfonías, el jorobado, oculto en el canal en el fondo de un bote, tras las enredaderas de la orilla, observaba a Margot, espiaba con anhelo cada uno de sus movimientos, trataba de leer a la luz del crepúsculo las emociones que en aquella alma llena de vibraciones iban despertando los acentos de ternura.

Pronto estrechamos relaciones, y más de una vez le invité a pasear por el lago. Era el dueño de la orquesta que tocaba frente al palacio del barón; pero el jorobado nunca empuñaba la batuta. De la amistad pasó a las confidencias; me relató su vida.

Desde niño, llevado por su padre y acurrucado en el coro, se había acostumbrado a las sombras de las viejas catedrales; allí palideció su frente y sus pupilas se dilataron entre la penumbra de las antiguas naves; su oído aprendió a gozar extáticamente con las vibraciones que,

arrancando del órgano en ráfagas potentes, flotaban por el coro, hendían las nubes de incienso en el altar, sacudían las llamas de los cirios, vibraban en los arcos, y centuplicadas por los ecos, devueltas por los muros, estremecían los corazones, subían como oleadas, estallaban triunfalmente en las cúpulas y hacían temblar los vidrios de colores. De la emoción estética subió a la oración; de la música ascendió a un misticismo sereno.

Como su oído tenía la intuición de todas las armonías, su corazón tenía la intuición de todas las delicadezas.

A pesar de su deformidad y de su aislamiento, aquel músico no era un misántropo; aislado entre sus papeles cruzados de rayas y salpicados de notas, encaramado en el coro rodeado de sombras, no había conocido a la humanidad sino en su actitud más digna, en sus sentimientos más nobles: cuando los hombres de rodillas ante el misterio de los altares, al escuchar el *sursum corda*, levantan al cielo los ojos y las manos, se desligan de la tierra, sacuden el lodo que hollaron, y en espíritu van subiendo las gradas luminosas que Jacob contempló en su sueño bíblico.

—He conocido en toda su intensidad el amor de las madres: más de una vez he visto a una mujer enlutada entrar en la iglesia solitaria, buscar el rincón más sombrío, abatirse hiriendo el pavimento con las rodillas, y, en la desnudez del dolor, hablar en voz alta, pedir por el hijo ausente o extraviado, y con la humildad de sus lágrimas, con el imperio de una súplica llena

de intensidad, en un monólogo atropellado y sublime de fe y de agonía, obtener la violencia divina del milagro.

—He visto entrar en el templo —agregó— a aquellos ancianos que, arrastrando los pies, golpeando ruidosamente y sin tacto las baldosas con el bordón, van a sentarse ante el santuario, e iluminados por la luz de la lamparilla, que hace brillar las cabelleras de plata y las barbas de apóstol, toman actitudes de letargo, y majestuosos en su decrepitud, se adormecen allí, como preparándose ya bajo la mirada del Eterno a las sombras del sepulcro y al sueño de la muerte.

A la tarde siguiente se ejecutó un trozo wagneriano, en que se mezclaban hermosamente rumores de selva, estallido frenético de olas, píos de aves entre las ramas, rugidos de torrentes salidos de madre, ecos de huracanes y gemidos de brisa.

Atamos el bote a la sombra de un puente de estilo rústico, formado con precioso artificio por troncos cubiertos de musgo que caían hasta el agua. Le pedí que me explicara sus ideas estéticas. Habló extensamente, con un ritmo amplio en sus expresiones.

—*Las artes unen la tierra al cielo* —me decía el jorobado—, son como los peldaños por los cuales subían y bajaban aquellos ángeles que Jacob vio en sueños. Las artes no son un placer, son una necesidad del alma dolorida. Son el grito de nostalgia que el espíritu lanza en el destierro. Creo que la música es la más ideal, la más divina manifestación del alma. En el

templo, cuando el hombre enmudece ante lo infinito, cuando la palabra es insuficiente en los momentos del más alto arrebato religioso, entonces acude la música en auxilio del hombre, surge el canto del órgano y la frase musical interpreta el silencio reverente de las muchedumbres encorvadas... Las otras artes —lienzos, estatuas, monumentos— algo imitan en lo terreno, y están forzosamente adheridas al suelo. La música nada terreno copia, no tiene modelos en la naturaleza material, no está pegada a la tierra: baja del cielo, original y pura, entona sus himnos misteriosos y flota sin tocar el suelo, y antes que el polvo del mundo le empañe la orla del manto, vuelve a perderse en las alturas.

Una banda de cisnes se acercó al ojo del puente, cortó en silencio el agua, pasó cerca de la barca. El jorobado se detuvo como temiendo interrumpir el ritmo de los cisnes.

—Wagner fue un luchador, un Quijote de lo ideal en estos tiempos del militarismo, del vapor, del ciclismo, de la negación y del suicidio —me decía el músico con exaltación creciente—. Ha enriquecido el tesoro de la humanidad con obras idealmente hermosas, obras que llevan esa hermosura fuerte y sencilla que desafía a los siglos. Y no es sólo un artista, es también un pensador y en todos sus escritos ha lanzado anatemas contra el materialismo; ha denunciado el Estado moderno como "la negación completa del Cristianismo"; ha luchado contra la torpeza invasora del dinero. Ha proclamado que sólo dos fuerzas poderosas redi-

men hoy a la humanidad: la Religión y el Arte. Imponiéndose al respeto de los pueblos, ha formado ese arte religioso de *Parsifal* que contribuye a elevar al espíritu sobre la materia y viene a cooperar en la lucha entre la Religión y la Incredulidad, entre la adoración de la Belleza eterna y el culto sistemático de la Nada postrera.

*

* *

—Betty está ya enganchada en la carreta —me dijo Jenkins mientras recogía los pinceles y empuñaba el látigo del coche—. ¿Quiere usted acompañarme a la floresta de Montmorency? Es un hermoso paseo. Deseo ilustrar, para el próximo salón, una escena del *Rey Lear*, de Shakespeare. Necesito una selva vieja y ésta de los Duques de Montmorency está intacta desde los galos.

Subimos a la carreta; el pintor dio un chasquido con el látigo y Betty partió al trote largo por la carretera.

—Necesito estudiar hoy los musgos en sus diversas tonalidades. ¿No ha observado usted? Hay musgos crespos como esponjas; musgos rojizos como ascuas, que se adhieren a los troncos de encina; hay musgos suaves de terciopelo verde en las junturas de las rocas; musgos de raso blanco en la corteza de los álamos; musgos grises que cuelgan de los robles viejos, como barbas de druidas.

La yegua trotaba deliciosamente por la caldeada carretera. El viento nos traía los olores de resinas que exhalaba la selva. El aire libre,

el sol, el movimiento vertiginoso nos hacía sentir la plenitud de la existencia.

En un recodo nos envolvió de pronto un soplo fresco, apareció una gran sombra entre silencioso recogimiento: la selva.

—*¡Stop, Betty!*

La yegua paró en seco. Nos internamos a pie por senderos que sólo Jenkins conocía.

Escogimos un sitio donde los troncos se entrelazaban en la altura como las columnas de una catedral gótica. El sol, tamizado por el follaje, formaba una penumbra deliciosa para la pupila de un artista. Mientras pintábamos, mi amigo, acaso estimulado por aquella soledad, me habló por primera vez de su admiración por la señorita de Chastel-Rook.

—Un día —me dijo Jenkins— me interné por el lago en busca de algunos efectos de claroscuro en el agua dormida. De pronto aparecieron las esfinges que, en medio de la vegetación, destacaban su blancura y se reflejaban nítidamente en la onda sombría. Creí hallar asunto para algún cuadro del Nilo. Tomé los pinceles y me puse a la obra. De pronto en el agua tembló un reflejo gris, en medio del reflejo marmóreo de las esfinges y de la sombra verdosa de los árboles; levanté la mirada: una joven —ella, Margot—, de pie en la escalinata, y sin verme, contemplaba el horizonte... Las esfinges, los reflejos misteriosos, el canal, todo desapareció... El asunto para un cuadro, para un lienzo maravilloso —que acaso no pintaré nunca— era esa joven pálida y esbelta, cuya blancura armonizaba con los tintes delicada-

mente grises del traje. Si hubiera tenido un traje rojo, que constrastara con el verde del follaje, talvez no me habría cautivado —los artistas tenemos tales caprichos—; pero esas tintas de un gris aperlado correspondían en gradación suave con el mármol viejo, con la media tinta del agua, con la sombra aterciopelada del follaje...

El silencio de la selva era tan grande, que a cien pasos se oía, entre las hojas de un sendero, el movimiento de una paloma que recogía hilos de hierba para el nido.

—Quince días después —agregó Jenkins sin suspender el trabajo— estaba yo aquí engolfado en el esfuerzo de tomar, según la escuela impresionista, el chispeo vivo del sol sobre la escama plateada de los troncos. Tan distraído estaba, agotando contrastes y contraponiendo manchas de color, que no caí en la cuenta que se me observaba sino cuando oí crugir algunas hojas en la explanada. El barón de Chastel-Rook, su hija y dos amigos, se acercaron a observar el cuadro, con mil excusas. Margot hizo dos o tres observaciones de gran penetración. Le ofrecí el lienzo, y a la tarde siguiente me presenté en su casa a llevarlo... ¿Excusará usted estas minuciosidades...? La verdad es que ella es una mujer excepcional, y es grato hablar de ella. Todos la admiramos: el abate Croiset la admira por la pureza y la ingenuidad de su alma; Dulaurier ve en ella a la heroína de un poema; Pablo encuentra un ser exótico que despierta en su imaginación no sé qué imágenes tropicales; yo veo en ella la nitidez de lí-

neas, la armonía del colorido, cierta suavidad de curvas que encuentro también en el lienzo de Josefina de Beauharnais trazado por Prudhon... Cada cual busca lo ideal, aunque por distintos caminos.

Se inclinó a recoger un pincel caído entre la hojarasca y se retiró un momento a contemplar el efecto de las últimas pinceladas: entrecerró los ojos, inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo, según su costumbre. Al cabo de unos minutos volvió al tema:

—¿Por qué no escribe usted, copiando la realidad con algunas variantes, una novela en que figuremos los artistas enamorados de esa mujer tan extraordinaria y sencilla?... Usted podría hacer un cuento nuevo, un cuento de artistas.

*

* *

El cielo, de un azul pálido, resplandecía como una lámina de metal bruñido. El sol convidaba a tomar un baño.

—Necesito continuar el régimen de las duchas frías —me decía Dulaurier mientras caminábamos por la orilla del lago hacia la casa de baños—. Anoche dormí media hora. Este organismo mío no es sino una red de nervios electrizados... A la verdad que no hay humildad en declararlo. ¿Recuerdas? César les tenía miedo a los hombres pálidos y nerviosos... Vamos —agregó burlonamente mientras se enroscaba el breve mostacho a estilo de mosquetero— vamos, que no es malo inspirarle temor a un emperador como Augusto.

Al llegar al extremo de la avenida de acacias

que conducía a las aguas, divisamos de lejos las torrecillas del palacio de Chastel-Rook. La conversación de mi amigo recayó sobre Margot.

—¿Margot amará a Pablo? Nunca he podido definirlo, aunque la vea complacerse en las conversaciones del marino, en aquellas escenas impregnadas de vida, de colores y llenas de imágenes vibrantes. En el fondo me parece ella uno de esos espíritus insaciables, siempre ansiosos de un más allá, de lo ignoto, del misterio. Acaso está esa alma femenina atormentada por ideales místicos, ansiosa de tender las alas del espíritu por las claridades azules de horizontes infinitos. He adivinado que aquella música es escrita para ella, sólo para ella. Su alma busca inconscientemente aquella otra alma que, a través del boscaje, llega a hablarle con la voz femenina de las flautas, con el acento viril de los violoncelos. Sin duda, en sus ensueños, cuando mira desde la escalinata con mirada semejante a la de las esfinges del parque, ella creerá ver aquel desconocido, y arrobada por las armonías musicales, se lo imagina quizás con la hermosura serena de un dios griego, seductor como un príncipe de cuento árabe.

*

* *

Estábamos en el salón de lectura de la casa de baños. Jenkins, tendido en una silla mecedora, desaparecía tras un número de *El Times*.

Dulaurier rasgaba las hojas del último número de *Cosmópolis*, reclinado en un sofá de mimbres. Entró de pronto Pablo, y acaso sin notar la presencia del artista, dio la noticia de

una derrota de los ingleses en Egipto. *El Times* se frunció con la sacudida de una mano nerviosa, y el pintor, como leyendo para sí, replicó con la lectura de otra noticia:

"*Noticias de Africa.—Cable especial para El Times.*—Una expedición francesa se encaminaba a las fuentes del Níger para ocupar el territorio. Halló la región ocupada desde el día anterior por nuestros exploradores británicos, a las órdenes del coronel Mackingtosh. Hubo un choque entre las dos expediciones; los franceses han abandonado sus pretensiones a las fuentes del Níger..." Y con acento de ironía nerviosa tararcó Jenkins la orgullosa canción de los marinos ingleses: *Rule, Britannia, rule the waves.*

Pablo, que había tomado *El Fígaro* replicó leyendo con acento de sarcasmo:

"*Calcuta, agosto 24.*—Movimiento de insurrección en la India a causa del hambre. El gobernador se ha refugiado en el barrio del centro. Veinte mil indígenas han perecido de miseria. La insurrección en la región de Bombay tiene proporciones terribles. Cinco mil ingleses degollados..." Y con acento en que vibraba la cólera y el sarcasmo, agregó: *¡God save the Queen!*

La mano enérgica de Jenkins rasgó *El Times;* Pablo arrojó lejos *El Fígaro,* y los dos hombres, de pie, heridos, frenéticos, se miraron cara a cara. Dulaurier y yo hicimos esfuerzos por calmarlos, pero todo en vano. La electricidad positiva de Pablo y la electricidad negativa de

Jenkins necesitaban de un choque, una descarga.

Una hora después se habían enviado los testigos y quedado arreglado un duelo para el día siguiente, al caer de la tarde, en un sitio solitario de la floresta, frente a la ermita que habitó Juan Jacobo Rousseau.

*

* *

—Ya lo ves —me decía Pablo al día siguiente, mientras abría la cortina de la ventana—: el día de un duelo como este, brilla una mañana tan alegre como cualquiera otra. Si esto pasara en una novela, se pintaría un amanecer sombrío, con su escenario de lluvias y relámpagos, para armonizar con la muerte de uno de los protagonistas. A propósito: me viene ahora a la memoria el verso de Racine en *Fedra:*

A verte vengo, oh sol, la vez postrera.

Y sonrió con una sonrisa fría que no pasó de los labios, sin iluminar la pupila, sin ir al fondo del alma.

Mientras él sellaba algunas cartas que, escritas durante la noche, debían ser entregadas en caso de accidente funesto, pretendí una vez más impedir aquel duelo, doblemente absurdo.

—Tú sabes —replicó— que por mi carácter nunca vuelvo atrás en una determinación. Los padrinos ya lo han preparado todo... Los míos son dos oficiales del *Bayardo,* que por acaso habían llegado ayer: los del amable Jenkins son el escultor Daloux y aquel ex príncipe polaco Zonawizky, que cultiva a la vez todas las

artes y que anda en busca de emociones que llenen el hastío de su existencia.

Y continuó hablando largamente sobre el ex príncipe polaco y sus aventuras, sin duda para no verse en la necesidad de reconocer el absurdo que entrañan esos encuentros de armas.

—Si esta tarde yo... quiero decir, si no me ves regresar de la floresta después de las seis, haz que esta carta *(y aquí su voz se ablandó por primera vez con la sordina de una intensa melancolía),* haz que le llegue a mi pobre madre... esa noble viejecita que vive postrada de rodillas durante meses, rezando por mí, mientras yo... ¿no es verdad que los hijos somos muy ingratos?... voy cruzando en mi buque los mares de Oriente.

A las diez llegaron los padrinos, dos oficiales macizos y fríos, que se dieron, en el saloncito contiguo, a limpiar y colocar en la caja un par de pistolas. Parecían ejecutar aquello con indiferencia, examinaban con esmero el juego de los gatillos, ejecutaban su labor como si estuviesen persuadidos de que cumplían un deber ineludible. Pero cada vez que levantaban la cabeza y se cruzaban sus miradas, con los ojos se decían:

—¿No es esto un crimen?

Al salir de allí encontré a Dulaurier, que venía de visitar al polaco Zonawizky.

—Todos estamos convencidos —me dijo— de que esto es un absurdo... y todos, sin embargo, permitimos el duelo. Los padrinos de Jenkins desearían no prestarse al caso, y al mismo tiempo se ven como impulsados por una ley

ciega... algo así como aquel *fatum* de los antiguos... No quieren, y con todo, han convenido en que el duelo sea a muerte. Nada menos común que el sentido común, ¿no es cierto? Por esto prefiero yo pensar por mi cuenta... aunque el barón de Chastel-Rook me clasifique entre "los no clasificados".

Conversábamos todavía, perplejos y mal humorados, cuando vimos a un cartero que llegó precipitadamente y sacudió con vigor la campanilla. El portero sacó la cabeza.

—Telegrama urgente para el señor Pablo Rocroy.

Dulaurier tomó el sobre azul y lo miró, como si pretendiera adivinar el contenido.

—Mira —me dijo—, no sé por qué, pero adivino que aquí viene la solución del asunto.

Y subió de dos en dos los escalones.

Pablo abrió el telegrama, frunció las cejas, estrujó el papel, y lleno de cólera, dio un golpe con el pie, que hizo temblar las porcelanas de la chimenea. Nos tendió el papel sin proferir palabra. Leímos:

"Sr. Pablo Rocroy.

El "Bayardo" zarpa hoy a las siete de la noche para el bloqueo de Pekín. Venga a su puesto de honor.

ESPAGNAC,
Capitán del *Bayardo*."

Después de leer el telegrama del Capitán, Pablo se dejó caer en una silla y quedó pensativo, perplejo. Los dos oficiales, advertidos por

Dulaurier, determinaron que era preciso marchar inmediatamente por el tren expreso que salía a las dos de la tarde. Tomaron un coche y se encaminaron a la casa de Zonawizky. Media hora después trajeron un acta firmada por los cuatro testigos, en que se establecía que el duelo quedaba aplazado para el día en que Pablo volviera a pisar las playas de Francia.

*

* *

Llegó el final de la estación de baños: las primeras brisas frías comenzaron a rizar las aguas del lago y a deshojar las rosas de Bengala. Los paseantes y las golondrinas empezaron a huir en bandadas; los unos hacia París, las otras hacia el cielo de Africa. Las ramas tiritaban, se enrojecían. Los jardines del Casino fueron quedando abandonados; las callejuelas de arena, blancas y solitarias, se iban cubriendo de hojas marchitas. Los músicos guardaron sus instrumentos, como previendo los catarros, entre fundas de lana, entre estuches de terciopelo. Citándonos para el próximo estío, con sonrisas en que había cierta contracción de tristeza, temiendo y esperando en el futuro, nos dispersamos a los cuatro vientos.

*

* *

Un año después, en los primeros calores del estío, busqué a Dulaurier, y tomamos, llenos de emoción, el tren que salía para Enghien. Compré en la estación un libro nuevo de Bourget, e instalado en el coche, empecé a cortar las hojas. Al acaso registraba la obra, y sin saber por qué,

me detuve en las frases con que principia el viaje a Corfú, y leí en voz alta: "¿Conviene volver a ver a la mujer amada, de la que nos hemos separado por algún tiempo, cuando ya los años han pasado sobre ese amor, sobre nuestro corazón y sobre su belleza? ¿Conviene abrir de nuevo el libro que leímos con embriaguez en otra época, y que luego olvidamos a medias en los anaqueles de la biblioteca paterna, donde yace entre su forro deslustrado y con aquel título que nos representa algunas de las horas más deliciosas de la existencia? ¿Conviene regresar, con el caudal de la experiencia, al país que visitamos en la primera juventud, el cual nos ha quedado en la memoria como un oasis de perfume, de luz y de ensueños? Al amigo que me dirigiera tales preguntas, harto sé que yo le contestaría: "¡Ah! que el pasado sea el pasado..."

—Tienes razón —dijo Dulaurier—. Bourget ha analizado con finísimo estudio el corazón humano. Es la verdad: no debemos volver a Enghien. Conservemos esa ilusión, guardemos intacto ese recuerdo que basta para embalsamar toda nuestra existencia. En nuestra época se vive demasiado aprisa, el espíritu se gasta en breve, el corazón envejece demasiado pronto. Un año de nuestro tiempo es como diez, como veinte años para los hombres de otras generaciones no corroídas por esta duda, no agotadas por la fiebre de un hastío sin nombre. Hemos venido tarde a un mundo ya gastado. Tenemos la voluntad enferma, quebrantada por Renán, por Anatole France, con sus contradicciones

que desconciertan, con su bonhomía malévola y su ateísmo que huele a incienso... Un año... ¡cuántas cosas han pasado en un año por mi espíritu, mas sólo han dejado cenizas! ¿He tenido glorias?... Los triunfos, los "laureles", como se dice pomposamente, sólo dejan hastío. ¡Cómo envejece uno por dentro, hora tras hora, aunque se conserve negro el cabello y la mirada risueña! ¡Un año...!

Y se detuvo a recordar, con los ojos llenos de melancolía y fijos, como los de un hipnotizado, en el botón de cobre bruñido con que se abría la portezuela.

—Sí, no debemos volver... Esa página me ha decidido. Debemos tomar el tren de regreso. ¿No es verdad que los libros influyen de un modo misterioso en nuestras determinaciones? Somos esclavos a veces de una frase truncada que leemos en un libro abierto al acaso... Tiene razón Bourget; respetemos nuestra ilusión, talvez vamos a encontrar solitarios los lugares antes llenos de amigos; talvez el sol nos parecerá opaco, el paisaje desteñido, y es que acaso ya llevamos la vejez en la retina...

Y se detuvo a meditar de nuevo, no ya en el pasado, sino en el futuro, con los ojos llenos de melancolía, fijos siempre en el botón de cobre bruñido.

*

* *

Dulaurier, después de hablar extensamente, se hundió en un largo silencio, por esas transiciones frecuentes en su temperamento. De improviso el interior del vagón se iluminó con el

reflejo de los muros de la estación, cubiertos de anuncios rojos y amarillos, que reverberaban con el sol de estío.

—¡Enghien!... ¡Enghien! —gritaba, dominando el resoplido de la locomotora, el guarda de la estación; y aquel grito parecía convidarnos, infundirnos nuevo vigor, recordarnos con entusiasmo que allí estaban nuestros antiguos amigos, el mismo lago dormido entre las orillas cubiertas de encinas y coronadas de rosas.

—No deberíamos ir —dijo Dulaurier...— pero vamos.

Se retorcía con emoción el bigote de mosquetero, estaba aún más pálido, y las ventanillas de la nariz se entreabrían y le palpitaban nerviosamente, mientras nos arrojábamos en un carruaje y nos internábamos por aquellas avenidas, en las cuales un banco de piedra, un árbol, nos parecían amigos viejos y nos hablaban el lenguaje de los recuerdos.

Por la tarde nos internamos por el canal que conducía a las escaleras de las esfinges. Queríamos evocar, una por una, las conmociones del año anterior. Los cisnes parecían reconocernos. Los robles extendían siempre sus brazos en líneas horizontales y parecían indicar protección, calma y silencio.

El castillo nos pareció desierto; pero después de algún tiempo, por una ventana entreabierta brotaron algunos acordes del piano —un trozo de Blumenthal— cuyas notas se desgranaron entre la agonía del crepúsculo.

*

* *

A la tarde siguiente me dirigí con Dulaurier a visitar al barón de Chastel-Rook.

El crepúsculo estaba tibio, y Margot se encontraba en la explanada, respirando aquel aire que emanaba de la vegetación.

No pude decir si aquella palidez extrema de sus mejillas provenía de los reflejos morados que venían del ocaso.

La brisa de la tarde, que podía ser nociva a Margot, nos hizo entrar. Bajo la luz de la araña central volvieron a reunirse los amigos del año anterior, y vi de nuevo, como la primera noche, la frente alta del abate, cruzada por un mechoncito napoleónico, la frente huesosa y fuerte del pintor, la frente pálida del poeta, y reconocí en todas las pupilas la misma melancolía irremediable de almas que, como decía Dulaurier, consideran que "juzgar la vida es mejor que vivirla".

Faltaba el marino, y ocupaba su lugar el príncipe Zonawizky.

—Este Zonawizky —me decía el barón, que se deleitaba analizando los caracteres—, es un ser sencillamente raro; un orgulloso... sin vanidades; en suma, debemos clasificarlo entre "los no clasificados", es decir, es de los nuéstros. Se apasiona por todo, y todo le hastía. Fluctúa eternamente entre el entusiasmo y el tedio. En otros siglos habría sido un cruzado o un conquistador de América, como los que pinta con maestría Heredia en sus sonetos. Pero en este siglo del carbón y del humo, del riel y del do-

llar, ese hidalgo se asfixia. Gasta su espíritu en los viajes, en las artes, en los libros; ha hecho de todo; deja el pincel para trazar un libro sobre los proletarios polacos; suelta la pluma para esbozar una estatua; deja fresca la arcilla a medio modelar, para entregarse con fiebre a la ejecución de un drama que empieza a escribir por el quinto acto... En su libro *Hacia el Ideal* se revela un genio altivo y melancólico. Creo que nunca publicará esas páginas incoherentes y sublimes... En suma, un Chateaubriand frustrado.

*

* *

Dos o tres veces por semana íbamos a visitar a Margot.

Los días pasaban sin incidentes, sin aventuras, pero con el interés palpitante e íntimo que despertaba esa sociedad de almas superiores.

Día por día declinaba la salud de la joven. Había días de entusiasmo en que la considerábamos salvada; días de fiebre y desaliento, en que el barón se agitaba con la cólera de una fiera herida. Los médicos estaban perplejos, hablando de "neurosis", y discutían en voz baja; trazaban fórmulas con letra irregular sobre el papel exornado con el escudo de los antiguos barones... y hora por hora Margot declinaba.

Una tarde fuimos a visitarla. No había salido a la explanada, y el señor de Chastel-Rook nos condujo al saloncito azul, donde ella tenía sus cuadros favoritos, sus libros, su piano.

Por la cara de los concurrentes comprendí que se estaban agotando las esperanzas.

Tendida en su larga silla, hundida la cabeza en los cojines de raso color de violeta marchita, correctamente ataviada, Margot sonreía con sonrisa cada vez más suave, más tranquila: sus ojos estaban impregnados de dulzura húmeda y enigmática; las pupilas, más oscuras aún, parecían dilatarse ante las cercanas sombras de la tumba. Le habían prohibido que hablase. Me miró, y adivinando mi emoción, me preguntó con los ojos: "¿Tiene usted temor?" Y con la sonrisa agregó: "Resignación". Sentí que la garganta se me anudaba; con gran atención me puse a observar un grabado de Doré, como si me interesara en extremo; era que temía encontrar de nuevo aquella mirada, aquella sonrisa...

Acaso Margot comprendió; me tendió las manos con ademán de agradecimiento. ¡Oh! aquellas manos, casi transparentes en su blancura, extendidas así, como una ofrenda en el instante supremo, en aquella hora que jamás volvería... yo hubiera querido besarlas de rodillas, regarlas con mi llanto.

Ella miró en torno, creyó leer en los semblantes, a través de sonrisas fingidas, la desesperación, el presentimiento de la muerte, y resignándose a todo, pero resuelta a consolarse y a consolarnos, profirió una sola palabra de suprema esperanza:

—Resurrección...

No convenía a la enferma prolongar la escena: salí.

En el jardín los amigos conversaban en voz baja, circulaban a pasos cortos, y cada vez que se movía una puerta volvían la cabeza acechando una frase de esperanza. Me internó por un lado solitario del parque. En una callejuela de arena se arrastraba de lado, temblando, una mariposa con el ala quebrada... Retrocedí, encontrando no sé qué analogías. Sin mezclarme en los grupos, crucé la explanada, y sin darme cuenta, rabioso, tronché dos o tres tallos, como si tuviesen parte en la desgracia que acontecía. Anduve, al acaso, entre las hierbas recién segadas. De pronto retrocedí: una guadaña, olvidada por el segador, brillaba odiosamente. Todo hablaba de dolor, de agonía, de destrucción. Volví hacia la casa, y sintiéndome cobarde para entrar, me recliné sobre la balaustrada del pórtico, en el lugar mismo donde el año anterior la habíamos visto por vez primera. El viento precursor del invierno seguía soplando; las últimas hojas temblaban en los árboles con estremecimientos de agonía. Las esfinges, en el crepúsculo de la estación que se enfriaba, tenían un aspecto misterioso, miraban a lo lejos, llenas de recogimiento, como si vieran llegar algo irrevocable.

*

* *

Una hora después recibí un telegrama de Pablo, en que me anunciaba de Marsella que aquella tarde llegaría a París y seguiría inmediatamente para Enghien. Aproveché el tren que partía en aquel momento y encontré a Pablo en París, en la estación. Un abrazo y pasamos

al otro vagón. El tren volaba de París a Enghien. Lloviznaba. Las bocanadas del humo de la máquina cortaban las ráfagas oblicuas de la lluvia. Por el cristal corrían algunas lágrimas. El marino se acordó de Jenkins.

—Traigo dos pistolas, obsequio de Abul-Bey... una maravilla.

Luego pasó a relatarme los incidentes de su viaje.

Tú no crees en sueños... Yo tampoco. Voy a referirte un sueño muy extraño que tuve en la travesía de Suez a Marsella, pesadilla debida acaso al exceso de plantas que para Margot traía en mi camarote, flores que yo mismo regaba y que recargaban el aire con sus perfumes. Soñé que navegaba en alta mar, solo, en un yate que yo mismo manejaba; un buque pintado de gris, bajo un cielo plomizo, sobre un mar color de ceniza... Todo aquello teñido con las tintas neutrales de los sueños en que sucede algo ridículamente desgarrador, absurdamente melancólico. Yo iba de pie, con la mano en el timón, la mirada fija en la desolación infinita de las olas, y sabía por el aspecto de la Naturaleza que iba a suceder algo doloroso, algo funesto... Sueño de curiosidad y de agonía: deseaba ver y no ver a un mismo tiempo. De pronto allá en alta mar, donde no podía haber anclajes, surgieron unas varas pintadas de rojo, de las que sirven para indicar algún peligro. Continué. Las varas se movían, se agitaban silenciosamente, se retorcían como brazos llenos de angustias. Debía evitar aquello, y con todo, continuaba. Yo sabía que ahí

estaba *aquello* que yo quería y no debía ver (¿cómo sabré explicarme?) y que había de causarme un dolor infinito, y, a pesar de ello, necesario. Los brazos rojos se abrieron como dos hileras de palmas, y pasé: al extremo se alzaba el peligro, un escollo, un trozo de roca en forma de altar, al cual se llegaba por una gradería cavada en la peña y resguardada por dos esfinges. Los brazos seguían retorciéndose. Continué avanzando. Sobre el altar yacía... ¿ya imaginas quién?... sí..., ella..., muerta, con las manos cruzadas sobre el pecho y una rosa pálida entre los dedos rígidos. La muerte, que suele poner una máscara horrible en los semblantes, no la había descompuesto... Vamos, dame un cigarrillo y no mires de ese modo...

Encajó el cigarrillo en la pipa de espuma de mar, trató de sonreir, y continuó:

—En uno de los escalones tallados en la peña y mojados por la espuma, estaba sentada la Melancolía, aquella Melancolía del cuadro de Durero, con sus dos inmensas alas de murciélago y los ojos llenos de sombra. Al ver cómo me miraba la Melancolía sentada en la roca, comprendí que para mí todo había acabado, que mi vida estaba frustrada para siempre, que después de haber visto a aquella muerta tendida en el escollo, ya no había objeto para mí en seguir cruzando aquel mar color de ceniza, bajo aquel cielo color de plomo. Y la Melancolía me revelaba que pronto iban a empezar allí todos los misterios indecibles de la podredumbre... Vi a la hermosa muerta hundirse en la nada, en la desolación definitiva, y me asaltó la

frase del poeta Quincey: "Hundirse en el fondo de una eternidad que no está por venir, eternidad pasada e irrevocable." Vaya, todo eso fue un absurdo, y ahora me río de ello. Voy lleno de esperanza. ¿El médico ha dicho que hay vida para unos meses? Yo digo más; para años. Ahora, ¿quieres que explique fisiológicamente aquella pesadilla? Antes de dormir, leí algunas páginas de *Romeo y Julieta,* la escena del panteón, en que Romeo encuentra a la joven veneciana tendida en el féretro. Por añadidura, el capitán me había mostrado dos días antes una revista alemana, *Mar y Tierra,* con un grabado de la Melancolía de Durero. ¿Me explico? Moraleja: no leer a Shakespeare antes de dormir.

*

* *

El tren volaba; ya se distinguía en el horizonte la masa negra de la selva de Montmorency, la mancha de verdor fresco en torno del lago de Enghien. El tren volaba, y mi pensamiento volaba aún más, adelantándose a imaginar lo que habría sucedido, lo que estaría sucediendo a aquella hora en la casa del barón. Entrecerrando los ojos, veía de nuevo aquellas dos manos blancas, transparentes casi, y recordaba de nuevo aquella palabra consoladora y triste: "Resurrección."

Una curva en la línea, el pitazo de la máquina, crujido de frenos y cadenas, el choque de los coches al pararse, perfume de jardines, la frescura del lago: ¡Enghien!

Pablo tomó un manojo de flores orientales. Partimos. La verja lateral del parque estaba

entreabierta. Nos detuvimos a observar. El carruaje del médico esperaba.

—El aroma exótico de estas flores hará más que las drogas —observó Pablo—. Conozco su temperamento... Espera: el tallo de esta flor se ha tronchado. Ahora sí, continuemos.

Algunos grupos se paseaban silenciosamente. De pronto se levantó la cortina del vestíbulo, sacudida por una mano frenética. Salió el Almirante, tendió los brazos al vacío; cubrióse el rostro, retrocedió, cerró los puños, extendió de nuevo los brazos hacia el lago, con la expresión que debía tener cuando en la tempestad veía hundirse una barca sin poder salvarla; su vestido en la espalda se frunció con un repliegue convulsivo y resonó un sollozo. Luego, entre el estupor general, se abrieron las ventanas, corrió el aire por las piezas que antes se cerraban con tanto esmero... Un reflejo amarillo sale del cuarto azul; cirios encendidos. ¡Es posible!... ¡Tan pronto!... Y en medio de un silencio más profundo, distintos de otros silencios, la palabra terrible corre a media voz de boca en boca. ¡Muerta!... ¡Muerta!

*

* *

Pablo, clavado en el sitio, no quería, no podía comprender aquella palabra. Apretó los puños colérico, como rechazando una mentira, una afrenta. Lanzó en torno una mirada de asesino. Después, su cólera cedió ante la férrea voluntad, como el tigre ante la varilla del domador. Se dejó caer en un banco del parque y

se apretó las sienes, como si temiese que estallaran.

Subí. El abate Croiset, puesto el roquete blanco, extendía los brazos, trazaba con lentitud una bendición en el aire, sonoramente pronunciaba las preces latinas, y con su esbelta figura y con su fisonomía inspirada, parecía, ante la dulce muerta, al reflejo amarillo de los cirios, un sacerdote de la iglesia primitiva orando ante una virgen de las catacumbas. El Contralmirante, de rodillas en la alfombra, en los transportes de su naturaleza efusiva besaba los pies, besaba la manos, besaba los cabellos de su hija, y en medio de un sollozo interminable, que a veces apagaba el rumor cadencioso de las oraciones, luchando con la realidad, mintiéndose a sí mismo, le rogaba a la muerta que no se muriese, que no le abandonase a él, pobre viejo solitario, cansado de la vida.

—¡No ha muerto! —decía—. ¡Aire... luz... aire!...

Y él mismo, levantando en sus brazos vigorosos la silla de Margot, la sacó a la explanada e interrogó al abate Croiset con los ojos.

—"No ha muerto, duerme" —dijo el sacerdote con la frase del Evangelio.

La tierra se ennegreció, se redujo; creció el firmamento, brillaron las estrellas, surgió el infinito. La luna brilló en el horizonte; por su delgadez semejaba un anillo roto.

Noche de majestad triste, noche de transparencias azules; profundidades, soledad, calma; caía sobre el mundo la paz de las estrellas; subían hacia los astros los aromas soñolientos de

las rosas que una a una se desgajaban en silencio sobre las ondas,

Pablo permaneció mudo en el banco de piedra, con la frente entre las manos. Allá en el fondo del canal, tras las enredaderas, resonó un sollozo y me acordé del jorobado.

*

* *

Una hora después empezó a iluminarse el jardín del Casino; en los árboles brillaron los farolillos, que ya no alumbraban sino ramas escuetas o follajes con hojas medio secas, color de naranja y de vino tinto. De cuando en cuando un soplo precursor del invierno hacía bambolear las linternas, y las hojas muertas, temblando, se desprendían, revoloteaban fantásticamente en torno de las luminarias, como enjambres de mariposas moradas o amarillas, y luego dispersándose, huían a la sombra, caían en el agua. Soledad, silencio. De pronto, en medio del silencio y de la soledad, bajo la paz de la bóveda cuajada de estrellas, entre el revoloteo de las hojas marchitas, entre el aroma de las últimas rosas de otoño, empezaron a tender el ala, a dilatarse sobre el espejo del lago los acordes de la orquesta solitaria; los violines lanzaban sus largos gemidos, cantaban las flautas con sus voces femeninas, los violoncelos hacían vibrar sus notas graves; y aquellas melodías, ya lentas, ya rápidas, sumadas por la distancia en una armonía solemne, se deslizaban sobre el agua, se mecían en la brisa, llegaban hasta la cámara mortuoria, como la oleada de un canto a la vez profano y religioso que refería toda

una historia; sinfonía en la cual vibraban notas de serenata morisca, palpitaban compases de fiestas perdidas en el pasado irrevocable, flotaban ecos de alegrías olvidadas, estallaban endechas de amor, himnos de pasión; y luego, en un cambio de tonos, cantos de despedida, voces de almas que se dan los supremos adioses, y tras silenciosos súbitos, tras pausas de horror, surgían los acordes fúnebres, ondulaban entre las sombras arpegios en que cada nota llevaba la humedad de una lágrima, gemidos de desesperación, ruegos, gritos, sordas imprecaciones, ráfagas de miserere, solemnes de profundis, frases musicales de infinita agonía, todo el dolor humano, todo el diálogo tremendo del Hombre con la Muerte.

La hermosa muerta, colocada ante la escalinata, reclinada en los almohadones, bajos los párpados, entreabiertos los labios, agitados suavemente los cabellos por la brisa del lago, parecía asociarse a aquella fiesta, y como sumergida en el letargo doloroso y dulce, parecía aspirar en su sueño los aromas del otoño que se moría, escuchar con ternura los acordes de la orquesta que sollozaba, sumergirse con languidez augusta en la paz de aquella noche lúgubre cuajada de constelaciones.

Y en tanto las esfinges, bañadas suavemente por la luz de la luna, velaban el sueño del cadáver, y parecían llenas de recogimiento, vuelta la cara de piedra hacia los astros, como supieran la palabra del enigma.

*

* *

Los amigos se fueron alejando de la escalinata y conversaban en el jardín en grupos separados. A la media noche sólo quedaban junto a Margot el barón y el abate. Entonces Pablo salió de su inacción, se levantó del banco de piedra, subió a la explanada y se cruzó de brazos ante la muerta. ¿Soñaba?... Recordó el sueño de la travesía, y el sueño y la realidad, se confundieron en su mente...

Se dijo en voz baja la frase de Shakespeare: "Los gusanos del sepulcro serán tus camareros." Se le presentaron los horrores de la tumba, todos los espectáculos que son abominables, los indecibles secretos de la podredumbre.

Comprendió todo lo que hay de salvaje en la naturaleza, en la destrucción de aquella obra sublime; sintió el vandalismo infame de la muerte, que así rompía aquella maravilla de vida y de arte. Protestó contra todas las fuerzas oscuras que le arrebataban aquel objeto de ternura y de belleza. Por primera vez maldijo de las leyes naturales; todas sus ideas se dislocaron, y en su cólera, en su desconcierto, quiso buscar, quiso inventar una ley más alta, una ley más fuerte, que anonadara las leyes de insensatez destructora y ciega... El abate, que lo observaba en silencio, extendió las manos y señaló el Crucifijo. Los ojos de Pablo se detuvieron por un instante en la cruz de marfil... De nuevo sus pupilas se clavaron en la muerta, miró aquel cadáver, lo envolvió todo en una contemplación tenaz, de intensidad infinita, como si fue-

ra la vez última y quisiera fijar para siempre su recuerdo, y luego, con una contracción de ironía en la boca, arrancándose de allí, sin volver la cabeza, sin oir, sin un gemido, bajó con paso fuerte la escalinata, dio impulso a los remos, desapareció.

En un grupo del jardín hubo un movimiento de sorpresa, de miedo; y entre el murmullo de un comentario fatídico, resonó esta palabra: "Suicidio."

*

* *

El artista me convidó un mes después a su estudio en Inglaterra.

Era un macizo castillo del tiempo del rey Eduardo II, según la inscripción del portal, donde, entre el musgo de la piedra, se admiraba una cabeza de ciervo con la cifra 1326. En torno se extendía el parque de olmos que cruzaban las ramas sobre un brazo del Támesis, cuya agua sinuosa copiaba las orillas salpicadas de botones de oro. En el arco de la escalera que conducía al torreón central, el artista excéntrico había trazado con el pincel esta leyenda encontrada en el claustro de un convento de Ravena:

O magna solitudo!
O sola magnitudo!

El grande artista, que lejos del taller permanecía callado, volvía a prodigarse en ingeniosas conversaciones íntimas una vez que se hallaba de nuevo en su atmósfera, acariciado y estimulado por el aroma de su té y por el olor de los

barnices y de los pinceles. Y así, hundido en el diván, circundado de sus revistas, rodeado por todos los esbozos a medio manchar, en que él veía de su alma mucho más que en sus cuadros definitivos, su espíritu se espaciaba al sentirse envuelto por aquella media luz en la cual reposaban las pupilas fatigadas, mientras se entreabrían sus ensueños como extrañas flores del crepúsculo.

Y en tanto que el pintor me hablaba, se complacía en extender y reunir y de nuevo amasar con la espátula el blanco de plata sobre la paleta.

—¿Va usted a pintar?

—No: es que todo artista experimenta una sensación grata, indefinible, pero poderosa e inspiradora, aun en los momentos de descanso, en jugar con el color flúido, en probar la elasticidad de la espátula, en aspirar el olor de los aceites, en palpar el tejido del lienzo donde va a trazar líneas y a evocar sus ensueños. Usted sabe que Miguel Angel, ciego en sus últimos años, experimentaba cierta ternura al tocar con las manos temblorosas los mármoles del Vaticano.

—Los artistas —agregó— ya no somos apóstoles, sino mercaderes. Se busca el éxito, nos mezclamos en la lucha, cortejamos con afán al público, tememos a la prensa y pensamos en el valor del lienzo que exhibimos más que en el valor de la idea que exponemos. Aquí, en este retiro, quiero recogerme, puedo pintar para mí solo, para mi propia conciencia... ¿Qué me importa la prensa? Ya usted habrá visto lo

que de mí han dicho pintándome como Hamlet, sentado al borde de las tumbas recién excavadas con un cráneo en la mano.

*
* *

Digno discípulo de Dante-Gabriel Rossetti, reunía en sus estudios la tendencia al simbolismo y la reproducción de la verdad. La mañana siguiente, mientras tomábamos el té en el saloncito, enseñóme Jenkins lo que él llamaba "su álbum de Enghien." La primera mitad estaba llena de estudios sobre Margot: retratos de perfil, retratos de frente, de tres cuartos; trazos en que revelaba, página por página, una actitud, la inclinación aristocrática de la cabeza, la línea divina de la frente, el movimiento noble de una mano, el óvalo de la barba, la ondulación de aquel perfil hecho de un solo trazo e inconcluso, como si un temor reverencial hubiera detenido la mano. En la última página había una calavera, simplificación de todos los estudios precedentes.

Iniciado ya en las intimidades del taller, extendí la mano hacia otro álbum que en la portada tenía con lápiz una fecha posterior y este título: *Nature Morte*. Estaba lleno de estudios de la "morgue", manchas de anfiteatro y notas de cementerio; cadáveres en todos los grados de descomposición: caras amarillas, moradas, verdosas: vísceras con reflejos viscosos, rojos y azules; cabelleras de mujer sólo adheridas a la piel del cráneo; calaveras con los ojos hueros; sudarios que por la dirección de los pliegues

largos revelaban esqueletos medio dislocados; gusanos, tablas de ataúd, coronas marchitas, musgos que brotan en las tumbas olvidadas...

Después de unas tazas de té y de un vaso de grogg, el artista me invitó a que pasáramos al taller de pintura. Tocó un botón, y la sala contigua se iluminó profusamente. Las armaduras de acero para caballos e infantes quebraban la luz eléctrica y la devolvían en relámpagos. Para el estudio de trajes había en los muros y sobre los divanes trozos de tela, sedas, terciopelos, que resplandecían con tonos diversos. En medio estaba el caballete, con un lienzo apenas bosquejado.

—Por los dos últimos cuadros que he llevado a la *National Gallery*, un crítico del *Graphic* me llama "el pintor de la muerte..." Es la verdad. Mi inspiración, desde aquel día funesto, sólo flota alrededor de las tumbas como mariposa de cementerio.

Descorrió una cortina y me señaló su cuadro llamado *El Rapto:* era un canal sinuoso, que reflejaba melancólicamente el celaje de una aurora de otoño, aurora con toda la palidez mortecina de un crepúsculo. Todo aquello tratado con tintas frías, en una luz crepuscular interpretada con fulgores grises y sombras violáceas. En mitad del canal una barcaza, sobre la cual, como un féretro cubierto de paños morados que caían hasta el agua, iba una joven muerta, entre manojos de rosas tan pálidas como ella. De pie en la popa, rigiendo el timón, envuelta en un manto negro y llena de tristeza, a pesar de la sonrisa de las encías descarnadas, se er-

guía la Muerte, que emprendía el viaje a una región desconocida.

El pintor me dijo:

—Vendrá una última primavera, y en su última aurora se abrirá una rosa tardía, la cual morirá en el último ocaso del otoño postrero. Y tras de ese ocaso, vendrá la noche sin aurora, la sombra definitiva, entre la cual la tierra sin ríos, sin vegetación, sin atmósfera, girará calladamente por el espacio solitario. ¿Será esto así por todos los siglos?... ¡Horror!... El instinto humano dice que no; tras esa noche, tras ese invierno, volverá la aurora, reflorecerá una primavera perpetua; resucitará la carne, y volveremos a vagar por estos parques, a ver las caras amigas, todo hermoseado por una luz sagrada... ¡Ah! si así no fuese, si yo no lo creyera... mire usted... el invierno pasado tuve unos instantes de duda, creí sólo en la nada definitiva... y extendí la mano hacia aquella cuchilla para cortarme la yugular... ¿Otro vaso de grogg?

En el centro de una panoplia colgada del muro, una daga damasquina de puño primorosamente cincelado lanzaba reflejos azules. Tarde ya, nos separamos, y pasé a mi aposento. Al amanecer me despertó un golpe sobre el entablado del cuarto vecino, y ruidos de pasos y de voces. Cuando entré en el salón de mi amigo, lo vi sentado en el diván, un poco pálido: la panoplia estaba por tierra; el criado tenía la daga damasquina que le había arrebatado a su amo.

—Dispénseme usted —me dijo el pintor, mientras fijaba en mí con ingenuidad triste sus ojos

de acero—... Volvió aquella hora de duda, miedo, de *spleen*... Le prometo a usted que no sucederá esto de nuevo, Dios mediante. Le obsequio a usted esta daga...

*

* *

El invierno siguiente recibía una esquela del abate Croiset: en nombre del Contralmirante me invitaba a la apertura de la capilla recién construída en Chastel-Rook, donde ya reposaba Margot. Tomé el tren. Con la frente apoyada contra el cristal de la ventanilla, por la cual se deslizaban los copos de nieve, observaba distraídamente aquella comarca desolada. Silencio, tristeza, duelo... Todo era blanco en la llanura, a excepción de algunas chimeneas, que de trecho en trecho humeaban, y de algunos esqueletos de árboles negros. Llegué a la hora del ocaso. Los otros invitados, después de la ceremonia, se habían retirado. En la sala principal, en torno de la chimenea, había cuatro o cinco personas. Una frente alta, cruzada por un mechoncito napoleónico; otra frente de líneas enérgicas, circundada por cabellos de oro; en seguida otra frente de líneas nerviosas sombreadas por suaves rizos: reconozco a los antiguos amigos, a la luz discreta que caía del techo. Surgen luego en la penumbra las pupilas, y vuelvo a observar en ellas, como tres años antes, la melancolía de almas que han encontrado al mundo inferior al pensamiento. Todos mudos, con los ojos fijos en la llama, como si les interesase en extremo el chisporroteo del tronco de encina. Reinaba el silencio, el cansancio que

sigue a las grandes emociones tristes. El barón, con un esfuerzo, salió de su abstracción, quiso ser cortés, me hizo tomar una taza de té hirviendo; para cortar el silencio, habló forzadamente de cosas pueriles. Luego volvió a caer en su abatimiento, y todos de nuevo seguimos con atención el chisporroteo de la llama. Aquel anciano en conjunto no había envejecido: siempre afeitado, limpio, correcto; pero su mirada era otra: tenía los ojos hundidos, las pupilas cansadas.

—Es un valiente —me dijo el abate al oído—: ni una lágrima durante la ceremonia.

Y seguimos observando la llama. Todos los pensamientos estaban lejos de allí, fijos en la muerta.

De cuando en cuando, maquinalmente, volvíamos la cabeza hacia la puerta lateral, como si creyéramos que ella de un momento a otro habría de apartar la cortina y aparecer con su antigua sonrisa misteriosa.

El Almirante salió por la puerta que daba al vestíbulo. El abate me invitó a seguirle, pues no quería dejar solo al pobre padre, que sin duda iba a rezar sobre la tumba.

La capilla, hecha bajo la dirección de Zonawizky, se alzaba al frente del castillo, en el sitio de la antigua explanada. Silenciosamente giraron las hojas de la puerta, y entramos en el santuario. Poco a poco se fue demarcando la forma interior del edificio, y empezamos a entrever el color morado de los muros, un morado de manto de Arzobispo. Aclárase lentamente la penumbra y se distingue, como a través de

una niebla azulina, que el edificio es todo de un jaspe violáceo, cruzado de la base a la cima por mosaicos que, remedando rosales de Bengala, ostentan en rica labor de incrustaciones rosas de mármol blanco. En el fondo se alza una gradería guardada en la parte superior por dos esfinges llenas de recogimiento, que tienen la una un niño entre los brazos, la otra una calavera bajo la garra de piedra. Reconozco la "escalera de las esfinges". En el terrado superior reposa, a la sombra del altar, una urna de mármol color lila, sobre la cual una *M* resplandece a la luz de la lamparilla en que la llama tiembla incesantemente como una mariposa herida. El silencio es tan profundo que a intervalos se oye el chisporroteo de la llama. No hay puerta lateral ni ventanas. La capilla está únicamente iluminada por la luz, que, atravesando vidrieras color lila, cae de la cúpula sobre el altar, y formando un crepúsculo violáceo, como una claridad ultraterrena, baña por encima el dorso de las esfinges, ilumina la pupila de piedra, flota como una niebla azulina sobre la urna, se desliza por el pedestal, desciende calladamente las escalinatas, y, apagándose por grados en un crepúsculo misteriso, va a extinguirse y a formar una sombra morada en los muros de jaspe y en los rincones del santuario.

El barón se arrodilló, puso la frente contra el mármol, y creyéndose solo, principió a hablar en voz baja, como si conversase con Margot: era una conversación de ternuras, de reproches, pueril y desgarradora. Entonces estalló todo el raudal de las lágrimas que se había bebido. El

abate se acercó en silencio, se arrodilló al lado, rodeó con el brazo aquel cuerpo estremecido por los sollozos. El Almirante, sacudido siempre por aquel dolor interminable, reclinó como un niño la cabeza en el hombro del sacerdote. Este murmuró al oído la última palabra de Margot: *Resurrección*. Al través de las lágrimas brilló vagamente una sonrisa, una luz consoladora. Así, postrado ante la tumba, entre las dos esfinges, parecía aquel anciano el símbolo del dolor humano sostenido por la suprema esperanza.

*

* *

A la tarde siguiente regresamos a París. Dulaurier iba entregado a sus meditaciones, hundido en los cojines del vagón y con los ojos fijos, como hipnotizados, en el botón de metal bruñido. Debió de recordar, por este detalle insignificante, lo que hablamos dos años antes.

—Sí... Mejor hubiera sido no volver a Enghien. ¿Recuerdas que aquí leímos una página de Bourget? El libro nos decía que debíamos conservar nuestra ilusión, sin pretender llegar al final de aquel ensueño. Es conveniente seguir las inspiraciones súbitas de un libro abierto al acaso. Hicimos lo contrario, y ya lo ves... ¡cuánto hemos sufrido! Abusamos de la realidad. ..y la vida se nos presentó tal como es, no tal como debía ser según nuestros ensueños. Ya caminamos como peregrinos que nada buscan, que nada esperan al final del viaje, que adelantan su camino sin objeto y vuelven de

cuando en cuando la cabeza hacia el país de que se alejan...

Dejó de vagar los ojos por la campiña solitaria, y deslumbrado acaso por el resplandor de la nieve, entrecerró los párpados; por un instante volvió a hundirse en el silencio.

—Si en mí reinara la fe... si yo creyera que algún día y en alguna región volvería a verla, pero a verla tal como era, real e ideal a un mismo tiempo!... ¡Ah, si el abate Croiset con su elocuencia llegara a persuadirme de esto, si me infundiera aquella esperanza!...

Y tan vehemente fue aquella frase sin concluir, de tan hondo arrancó aquel deseo, que a través de los ojos entrecerrados, brotó una lágrima que tembló por un instante en las pestañas. Para ocultar su emoción, se volvió a contemplar el paisaje y pegó la frente contra la vidriera.

—Este anhelo de fe, este deseo de esperanza, como dos alas rotas, nos pesan en los hombros; son alas que se desangran y duelen, pero que no sirven para alzar el vuelo...

—Sí —dijo Zonawizky envolviéndose perezosamente en su manta de grandes cuadros grises—; al final de este siglo de dudas, en la aurora del siglo XX, hora crepuscular en que las almas van a tientas, se necesita un espíritu superior, un genio, otro Chateaubriand, que lance de nuevo un grito de combate contra el escepticismo, un grito de fe y de amor, un grito de resurrección, y que en medio de la filosofía racionalista y de la literautra brutal, conmueva a las muchedumbres con voz profética, y por el

camino del arte, las conduzca a los pies de Jesucristo. "Entre esta zozobra y esta duda —como lo anota Copée en el libro que ha tenido el valor de lanzar ante nuestro público parisiense—, los suicidios aumentan y el horror de vivir se hace cada día más patente en nuestras sociedades envejecidas, que adelantan en medio de convulsiones..."

Volvió a contemplar aquel paisaje árido, que parecía obligarnos a las meditaciones tristes.

—A propósito de suicidio... ¿Dónde se arrojaría Pablo? No fue en el Sena ni en el lago, pues quince días estuve yendo a la *Morgue* a reconocer los cadáveres... ¿En la floresta de Montmorency? No lo creo; estos marinos siempre buscan la muerte entre las ondas. Acaso tomó un tren y se arrojó al mar para dormir en aquel fondo desconocido, entre la soledad verdosa de las olas y la sombra de selvas de corales.

Sonó el pito del tren, vibró la campana de la máquina, se bamboleó entre la bruma en un clamoreo que armonizaba con el paisaje frío y con nuestras conversaciones melancólicas; y un instante después entrábamos en la estación, nos hundíamos en esa marea de luz, de ruido, en ese París que, en medio de carcajadas, parece ignorar el dolor y la muerte.

*

* *

El invierno llegaba a su fin cuando recibí una tarjeta con dos líneas trazadas por Jenkins en su letra de rasgos precisos:

"Amigo mío: estoy en París. Deseo que vea otro cuadro de *El pintor de la Muerte.*"

Me recibió con un vigoroso apretón de manos, y me ofreció al punto una taza de ponche. Mientras la llama azul oscilaba suavemente y calentaba la ponchera, el pintor se sentó y dio curso a sus ideas:

—El artista es inferior y es superior a la Naturaleza. Es inferior, porque la Naturaleza es más rica en líneas y colores, tiene una luz que no se encuentra en ninguna paleta, cierta delicadeza de líneas y tal amplitud de proporciones, que no podremos nunca poner en un lienzo; ella posee lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, tiene el insecto y el océano, la belleza de la flor y la sublimidad del firmamento. Además, ella a un tiempo impresiona varios sentidos y produce sensaciones mixtas que no podemos definir con el pincel ni con la nota. Loco estaría el artista que pretendiera medirse con la Naturaleza.

Calló y se acercó a avivar la llama azul de la ponchera.

—Permítame usted..., se está acabando el alcohol y esto aún no está hirviendo... Decíamos que el artista es inferior a la Naturaleza... y superior al mismo tiempo. Hay en el alma imágenes que no están en el mundo que nos rodea. El pintor debe trasladar al lienzo esas concepciones del espíritu. Hay un placer doloroso en esa creación del artista; por decirlo así, cosechamos entre espinas. He llorado, he sufrido al trazar esos cuadros que me han ganado el título de *Pintor de la Muerte;* pero por nada renunciaré yo a esa dicha desgarradora.

Zonawizky y Dulaurier llegaron; con la ma-

yor confianza arrastraron dos sillones hacia el fuego.

El pintor puso de nuevo alcohol en la ponchera, y su rostro se reanimó con la llama azul que se retorcía lamiéndole las manos.

—El día está hermoso y frío como la gloria póstuma. Acepte usted esta taza de ponche... ¿No lo nota usted muy perfumado? Está hecho por una receta que aprendí en Moscow, el país clásico del frío... ¿No les fatigo a ustedes con mis teorías? Como decía, hay una amargura dulcísima en el esfuerzo artístico, particularmente cuando se llena la misión de perpetuar nuestros sentimientos, nuestros recuerdos. He aquí otra superioridad del pintor: la Naturaleza destruye; el pintor conserva, resucita, inmortaliza al ser amado... Este anhelo tenaz, este deseo loco de la resurrección, lo realiza en parte el artista... Ahora, ¿desea usted ver cómo he resucitado a Margot, cómo espero contemplarla algún día al cabo de los siglos, cuando renazcan las rosas y azucenas de la carne, esa gloriosa primavera?

—Menos teorías y más cuadros, querido Jenkins —dijo Zonawizky— veamos el lienzo.

El pintor corrió una cortina, y apareció el cuadro: en la parte baja del lienzo se veían pedazos de sudarios sobre los cuales hervían masas de gusanos; huesos en desorden, con adherencias de nervios; calaveras que por las cuencas dejaban destilar gotas de lodo; jirones de mortajas entre fragmentos de ataúdes; ceniza, tierra, sombra, podredumbre. De entre aquella masa de horrores, se alzaban lirios que purifi-

caban el lodo, y luego una escalinata de jaspe, más y más resplandeciente a medida que las gradas tocaban a la altura; por la escala subían y bajaban, deslizando sin ruido los pies desnudos, unos ángeles que sonreían tristemente, como enfermos de misterio y de belleza. En la grada superior, donde triunfaban todas las tintas suavemente luminosas, resplandecía Margot, real e ideal, con la gloria de sus líneas inmortales bañadas por la apoteosis de un azul pálido de ultratumba. Y allí, en las claridades de esa luz ultraterrestre, ella, la adorada, sonreía castamente, irradiaba como el símbolo de la vida eternamente joven, inmarcesiblemente hermosa.

—Escriba usted, mi amado poeta —me dijo apoyándose en mi hombro—, un himno a la resurrección de la materia, un canto a la belleza de la carne purificada por la muerte y glorificada en el día postrero.

*

* *

Durante los cuatro meses de invierno, los antiguos amigos de Enghien nos dábamos cita en el salón de la Escuela de Bellas Artes, para escuchar las conferencias de Taine, quien, formando una mancha de contraste, destacaba su levita sobre el muro circular donde resplandecían los personajes suntuosos del fresco de Pablo Delaroche. Al concluir el estudio sobre los *Orígenes de Francia,* al disiparse el timbre monótono del maestro, Zonawizky nos invitaba a su casa, y allí, al lado del fuego, mientras Blu-

menthal se absorbía en alguna sonata, dejábamos correr las horas conversando de arte, de amor, de la muerte.

Gozábase una delicia extraña dialogando en aquel salón-museo, entre los muebles añejos y las sederías de antaño, en compañía de los lienzos de Rembrandt, de Frans Halz y de Velázquez, bajo la mirada de aquellas cabezas que resumiendo la fisonomía definitiva de otros siglos, los caracteres esenciales, fijaban en nosotros sus pupilas con misteriosa intensidad de expresión y de vida.

*

* *

Durante varios días, Dulaurier, fue a visitar al abate Croiset. ¿De qué hablaban? Cuando el poeta venía a buscarme parecía ya menos agitado. Cierta tarde, mientras mirábamos el ocaso en el bosque de Boloña, y cuando el poeta parecía más distraído por la forma de una nube que remedaba un yunque negro, sobre el cual yacía una espada roja,

—Esa muerta —me dijo— ha ejercido en nuestros ánimos una extrema influencia. Ella, que viviendo nos habría dividido, muerta ya nos une de un modo misterioso. Sigue influyendo en nuestra vida, en nuestras ideas, en nuestros más hondos sentimientos. Al hundirse en lo desconocido, en lo infinito, ha atraído hacia ella nuestras almas, y al querer seguirla, hemos vuelto la mirada a las alturas: hundimos la mente en esos misterios del mañana, extendemos las manos para llamarla, y queremos te-

ner alas para seguirla en esa región de inmortalidad serena...

*

* *

Pasaron algunas semanas; una mañana de mayo subió un cartero y me entregó dos paquetes: el uno era el poema de Dulaurier —*Resurrectio*— y el otro la *Revista Cosmopolita,* fundada bajo la inspiración del príncipe Zonawizky. Encontré allí, señalado al margen con lápiz rojo, un artículo del mismo príncipe. Pasé la vista por algunos trozos:

"Han acontecido en Francia tantas cosas en estos quince días, que los sucesos de la semana anterior nos parece que pertenecen a un pasado remoto. Sin embargo de ello, hay un acontecimiento que durará por mucho tiempo en nuestro espíritu y en la memoria de nuestros lectores. Hablamos de la aparición del poema de Dulaurier.

"Hermosamente editado por la casa Constantin Frères, y con ilustraciones de Mililza y de Daloux, acaba de aparecer en los escaparates de las librerías el poema *Resurrectio*...

"No diremos que el poema ha tenido buen éxito; preciso es decir algo más: ha sido un triunfo. Cuando la tierra vuelve a engalanarse, cuando resucitan la luz y la vida en nuestros campos, se presenta ese hermoso libro como un síntoma consolador, y nos habla también de la resurrección en los espíritus, y palabras de amor, de inmortalidad, resuenan en esas estrofas triunfales. Sí, Francia, fatigada más

bien que envejecida, indolente, pero no atea, necesitaba acentos como esos, que vengan a despertarnos, a recordar que somos los nietos de Chateaubriand y de Lamartine, hijos de la Fe y heraldos de la gloria. Convenía que un poeta como Dulaurier uniera su acento a la voz de Brunetière, de Coppée, de Pablo Bourget, de tantos otros pensadores que, desengañados de las promesas del positivismo y en presencia de la 'bancarrota de la ciencia', se vuelven a las fuentes de la moral cristiana, única a la cual se debe la civilización de los pueblos.

"Dulaurier era el autor de *Cenizas* y de *Los Astros Muertos*. ¿Cómo pudo efectuarse en él esa transformación, esa 'resurrección', diremos, para emplear el término de moda? ¿Qué causas hondas y secretas han influído en el ánimo de nuestro poeta?... He ahí —como dice Tattemberg— 'un caso psicológico' que entregamos a los críticos aficionados a tales estudios. Alguna conmoción profunda, una tormenta poderosa debió de remover el fondo de esa alma, para hacer surgir aquella perla.

"Ese poema es la confesión de un alma; palpitan en él la ingenuidad de un corazón recto y sensible. No parece sino que el autor se ha propuesto la máxima de Shakespeare: *Esto ante todo: serás sincero contigo mismo, y todo resplandecerá como el día tras de la noche. Si haces esto, no podrás ser falso al tratar con los demás hombres.*

"Fausto ha sacudido sus dudas, ha arrojado lejos sus alambiques y sus filtros, ha apartado la niebla de su hastío y ha vuelto a la esperanza al

escuchar el toque de *aleluya;* después del poema ya conocido —*Cenizas*—, ha brotado este poema de vida y de calor, como brotan sobre las lavas de Pompeya los sarmientos de la viña que producen racimos almibarados. . ."

*

* *

Vino la primavera; huyeron las nubes barridas por las brisas que traían un delicioso calofrío; brilló el cielo con un azul lleno de claridad y de frescura como recién lavado; con los soplos del mediodía, regresaron en bandadas las golondrinas, que se posaban como notas de pentagrama en los hilos telegráficos. Las lilas brotaron, se entreabrieron, esparcieron en el ambiente su aroma temprano, y los tulipanes desplegaron suavemente sus hojas de seda. Apuntaron en los álamos los botones, lustrosos, como recién engomados. Las campanas de Pascua, echadas a vuelo, vibraban con tañidos heroicos y hacían palpitar con nuevo impulso los corazones.

Encontré a Dulaurier al pasar por el jardín de Luxemburgo; parecía meditar en aquella transformación de la Naturaleza, en aquella nueva vida que sonreía en todo. Un mismo nombre vino de pronto a nuestros labios, Margot, y coincidimos en un pensamiento melancólico.

—Hoy predica el abate Croiset en la Capilla de las Misiones Extranjeras. Desea que asistamos.

Nos reunimos con Zonawizky y Jenkins, y a medio día tocamos la campana en el portalón

del edificio, al extremo de la calle de Sevres. Ya estaban reunidos en el jardín espacioso los concurrentes. Era un día solemne; la despedida de un grupo de misioneros.

—Ya Veuillot y Coppée han descrito esta ceremonia; pero la realidad es más conmovedora que todas las páginas de los maestros... Ahí tiene usted, amigo Jenkins, asunto para un cuadro sencillo y terrible.

Al extremo de una avenida del jardín se alzaba un altar, y en él se destacaban entre las llamas de los cirios, que parecían más rojas ante la claridad azulina del día, un Crucifijo hecho a manera de Velázquez y una Virgen de Lourdes, cuya túnica resplandecía con la fresca luz de la primavera.

Aquellos misioneros estaban orando postrados ante las imágenes, como para aprender de ellas la lección del martirio y la lección de la pureza.

Sólo los veíamos por la espalda, encorvados hacia la tierra, como si ya se inclinasen hacia la tumba que pronto se abriría para ellos.

A veces, extendía alguno los brazos hacia el altar en una actitud de ofrenda; parecía ansioso de que se aceptase en breve el sacrificio de su existencia.

En voz baja murmuraron una oración; después cantaron los himnos de la Virgen, entonaron las gloriosas letanías. La concurrencia contestaba *ora pro nobis* con voz temblorosa, y todos nos sentíamos conmovidos, llenos de simpatía dolorosa, al unir nuestra voz a la de aquellos héroes que iban a dejar patria, hogar, amigos,

todos los afectos, cuanto sonríe en la vida, para encaminarse a regiones desconocidas en busca de la muerte, y de una muerte dolorosa e ignorada.

Los misioneros continuban sus ruegos.

—Reina de los mártires...

Hubo una pausa.

—Rogad por ellos, rogad por ellos... —contestó la asistencia en un transporte de compasión, con un estremecimiento de angustia, y todos caímos de rodillas en la callejuela de arena.

Levantáronse los misioneros, y por una puerta lateral entraron en la capilla y ocuparon las gradas del presbiterio. Distingo la fisonomía de los más cercanos: caras de líneas francas y de expresión resuelta, con el temple requerido para ir a atravesar las soledades de regiones tropicales, a romper la maraña de las selvas, a penetrar en las tribus semibárbaras. Tienen los ojos bajos, como para aislarse de tantos objetos queridos, para evitar la vista de los sitios familiares, que parecen invitarlos a quedarse allí a prolongar una existencia suave, uniforme, consagrada a la meditación, entre la paz, los libros, los afectos.

La figura del abate Croiset, admirablemente noble, se destacó en el púlpito. Habló de la vida, de la tumba y de la resurrección. A aquellos hombres que iban a entrar en las sombras del sepulcro, les pintó, con imágenes brillantes, los horizontes del infinito; a aquellos mancebos que iban a desposarse con la Muerte, les habló de la inmortalidad. Luego trató de la tristeza y

del poder de Cristo ante el misterio del sepulcro.

"...Contemplad a Jesucristo cuando se halla ante la obra de la muerte: en tales ocasiones vemos en El lágrimas, súbitos estremecimientos, manifestaciones de honda tristeza, de perturbación dolorosa, que eran indicios de su amor hacia los hombres y de su horror al sueño de las tumbas. Recordemos aquella compasión suya tan humana y tan divina, aquel vehemente impulso con que se encaminó hacia el féretro del hijo único que iba seguido por una pobre y llorosa madre... No olvidemos aquella emoción tan reprimida pero tan profunda, cuando resucita a la hija de Jairo. ¡Y qué extraordinario fue su sobresalto, qué extraña su conmoción ante la tumba de su amigo Lázaro!... Aquellos estremecimientos del más sensible de todos los corazones no penetran en la región tranquila donde reside su poder milagroso. Con serenidad perfecta, quebranta el poder de la muerte. Resucita los muertos de la misma manera que ejecuta las acciones más sencillas; habla como soberano a los que duermen el sueño eterno, y al verle y oirle, se comprende que es el Dios de los vivos y los muertos..."

En la nave principal estaban los padres, los hermanos, los amigos de aquellos futuros mártires. La palabra inspirada del orador pasaba sobre la muchedumbre, agitándola como el viento las espigas; cuando trazaba imágenes de muerte, todas las frentes se doblegaban, y volvían a erguirse cuando pasaba el acento de la inmortalidad, cuando resonaban las palabras de

resurrección y de gloria. Todos se sentían penetrados por la fe, y así fortalecidos, cobraban valor ante los desfallecimientos de la despedida, ante el horror de la separación irremediable. Sí, llegará un día en que, salvado el abismo de la fosa, volverán a reunirse los seres amados, a hablarse, a platicar íntimamente, en coloquios interminables, entre el esplendor de una aurora que no tendrá ocaso.

Cuando terminó el orador, brotaban entre la multitud algunos sollozos en que había cierta agonía mezclada con supremas esperanzas.

Al punto resonó en el coro la voz del órgano; primero fue el aleteo de un acorde, una melodía que tímidamente dilataba el vuelo por la nave; después brotó la armonía como un torrente que se despeña, y luego, mezcladas la melodía y la armonía, refirieron una antigua historia, una leyenda triste, en la que hablaban los acentos del órgano remedando voces de flautas y gemidos de violoncelos. Jenkins y Dufaurier se miran; reconocen la antigua música de Enghien, al borde del canal, la música que hacía soñar a Margot en las tardes de estío. Sólo que esa música está ahora impregnada de la melancolía religiosa, pasa a transformarse en sinfonía sagrada, con acentos de ternura mística, con dejos de tristeza y vibraciones de gemido. Y tras pausas de horror, tras silencios de muerte, brotan ecos de *Miserere*, solemnes *de profundis*, gritos, sollozos, imprecaciones, todo el dolor humano, todo el diálogo terrible del hombre con la muerte. Poco a poco, de entre este conjunto de notas sombrías, se va alzando una voz feme-

nina que parece cantar en el alba, que parece entonar un himno de aurora, y hablar de inmortalidad, de resurrección, de esperanza...

Durante la sinfonía de Blumenthal, los misioneros, "los mártires", como los llamábamos ya interiormente, se alinearon al pie del altar, sonrientes, llenos de una serenidad augusta.

—¡Ah, qué asunto para un cuadro!... —decía Jenkins.

Y entornaba los párpados como para retener la forma, el color, la armonía de aquel grupo sublime.

Acto seguido dióse principio a la parte más conmovedora de la ceremonia. Todos los concurrentes, aquellos padres encorvados por la edad, aquellas madres sacudidas por la emoción, principiaron a desfilar ante los misioneros para besarles los pies primero, deseándoles buen viaje, y luego las mejillas para manifestarles el amor fraternal y darles el ósculo de un adiós eterno. Cuando en el desfile llegaba una madre al sitio en que estaba su hijo, cuando un anciano estrechaba en sus brazos al joven que era la dicha de su casa, estallaban diálogos breves, sollozos, frases entrecortadas... ¡Querían decirse todavía tantas cosas! ¡quedaban por cambiar tantos afectos! Mas ya no podían, los instantes estaban contados; se veían, se hablaban, se estrechaban en los brazos por la vez última... Las lágrimas corrían de aquellos ojos cansados, quemaban las mejillas de las madres, se perdían entre las barbas de los viejos, mojaban las sotanas

de los mártires. Todos los corazones estaban oprimidos, todas las gargantas anudadas por el dolor, todos los párpados mojados por un llanto que ningún esfuerzo podía reprimir.

Cuando llegó nuestra vez no vacilamos.

—Esto es verdaderamente grande —dijo el poeta.

—Vamos —dijo el pintor subiendo las gradas.

Y los tres nos inclinamos ante aquellos hombres que simbolizaban el valor, la abnegación, el ideal, la fe, el martirio.

De pronto vi a Jenkins, que nos precedía, detenerse, retroceder aterrado. La sorpresa, el espanto, se reflejaban en sus pupilas.

Jenkins miró a derecha, a izquierda, apretó con ademán supersticioso el brazo de Dulaurier. No sabía si retroceder o avanzar, o caer de rodillas. ¿Qué causaba su asombro? Dulaurier y yo nos lanzamos hacia adelante, llenos de curiosidad, y a un tiempo nos detuvimos, temblamos, dejamos escapar un grito de sorpresa:

—¡Pablo!...

—¡Pablo!

Uno de los misioneros, envuelto por la penumbra del altar, levantó la cabeza, sonrió con sonrisa llena de dulzura enérgica, y nos estrechó en sus brazos de atleta. El marino estaba radiante de paz y de tranquilidad interior. La luz que caía de la cúpula realzaba sus facciones con un sello augusto, hacía más hondas las cuencas de los ojos, más profunda la sombra de las pupilas.

—Amigos míos... ¿Me olvidarán?... ¿Olvi-

darán a Pablo? Yo era Saulo... Adiós, un abrazo, el último...

Hubo un instante de enternecimiento; por la primera y por la última vez vi dos lágrimas correr por la cara del marino.

Volvió Pablo los ojos y vio al pintor clavado en un mismo sitio, mudo, como herido por el rayo.

Los dos enemigos se miraron cara a cara, se contemplaron fijamente sin palabras. Fueron momentos de angustia para los concurrentes. El marino prorrumpió:

—¿Jenkins aquí? Ya le esperaba. Dios me lo envía. ¡Qué consuelo en esta hora suprema!... Amigo mío, olvidemos... Hermano mío, perdonémonos... Un abrazo, perdón, olvido...

Pero Jenkins, lleno de respeto, no se atrevió a estrechar en sus brazos al misionero; puso ambas rodillas en tierra, dobló el cuello, extendió las manos, y con humildad, con recogimiento que enterneció a los concurrentes y los hizo estallar en sollozos, estampó un beso de amor y de paz en los pies del mártir cristiano.

FIN DE "RESURRECCIÓN"

EL TRIUNFO DE LA VIDA

PROLOGO

Circunstancias particulares de mi vida hicieron que sorprendiera yo en mantillas la preciosa novela que entre las manos tienes, lector; más que en mantillas, y aun antes, por mejor decir, en los momentos mismos en que a las cuartillas de papel iba cayendo al brotar de la mente creadora. Y ahí tienes la única razón de que esta joyita literaria se presente al mundo con un apadrinamiento tan modesto como el que mi firma le presta.

Claro está que en el campo de las letras ninguna necesidad tiene el señor Rivas Groot de padrinos; y... si así no fuera, en manera alguna me hubiera yo prestado a ocupar este puesto, en el cual soy yo el que resulta muy honrado.

¿No has leído Resurrección...? *(1) Es la hermana mayor de* El triunfo de la vida. *¿No has leído* Pax...? *(2) ¿No has leído poesías tan hermosas cual la que —por citar una— lleva*

---

(1) Está traducida al francés y al portugués, y en castellano lleva ya cinco ediciones.

(2) Es novela de altos vuelos; y a diferencia de las demás obras del autor, es novela netamente americana. Está escrita en colaboración.

por título Constelaciones...? *¿No has leído o no has visto representar* Lo irremediable...? *(1). Esto en el orden puramente literario; que si asuntos de más enjundia quieres, podrás haber leído el folleto de actualidad palpitante, aunque hace ya bastantes años publicado, que por tema y título lleva:* El Papa árbitro internacional, *o las* Páginas de Historia Colombiana *y demás estudios de carácter histórico-político.*

*

* *

Mas volvamos a El triunfo de la vida. *No pienses en la guerra, lector mío, aunque en la guerra luchen vida y muerte, y con el triunfo y la victoria de la vida será seguramente la lucha coronada.* El triunfo de la vida *fue concebido mucho antes de que el sangriento conflicto estallara, y viene a ser en cierto modo una profecía y un aviso. Un aviso, porque señala el camino por el cual la vida triunfa y lo enseña a las modernas sociedades, en las que sordamente, ingloriosamente, indecorosamente, la vida languidece y se iba extinguiendo. Y una profecía al mismo tiempo, porque al no emprender las sociedades tal camino, fácil era prever que la vida, antes que dejarse ir extinguiendo y apa-*

(1) Drama también traducido al francés y bastante representado en América.

gando por una muerte lenta y traicionera, con dulzuras regaladas y enervantes en el cuerpo y una estéril filosofía del placer en el lugar del alma, a rebato habría de tocar sus bélicos clarines, porque en sangrienta batalla el pleito de una vez se decidiera, y aun de entre ríos de sangre poder salir triunfante y renovada.

En días de aparente paz se concibió y se fue escribiendo El triunfo de la vida. *¿Pues de qué necesita la vida entonces triunfar...? Algunos más años hace publicóse en París un libro titulado* Tristesse contemporaine, *donde se da por sentado que la tristeza es la característica de los modernos tiempos, sobre todo entre las clases altas, entre los felices del mundo. La sed, la persecución anhelante de diversiones y placeres, no es sino una fase de la lucha encarnizada contra la tristeza dominante y el aburrimiento invasor; tristeza, decía aquel autor por experiencia, nacida del sentimiento de la propia inutilidad. Pues bien, la tristeza es hermana de la muerte, y es ya una muerte que comienza.*

El señor Rivas Groot descubrió esa muerte, que avanza oculta, y mostró el camino por el cual sobre ella se alcanza el triunfo de la vida. El libro que anteriormente acabo de citar, el señor Rivas Groot no lo conocía; pero sí conoció otro libro titulado El triunfo de la muerte, *y proponiéndose contrastarlo, vino a hacer*

otro infinitamente más amplio y más profundo, más universal, más humano.

*

* *

¿A quién no interesa desde el primer momento el Vizconde de Ogheroff, el tipo de esa muerte disfrazada que nos habla, pero que no es capaz de reírse, "ajeno a toda vida espiritual", "a un tiempo señor de los salones y esclavo de las conveniencias", ocupado siempre "en buscar el modo de expresar con entusiasmo, las impresiones que jamás sentía?..."

En las sombras de esa muerte estaba Alberto, discípulo predilecto del Vizconde y héroe que al fin conseguirá el triunfo; muerte que a sí misma de este modo se define: "mi carrera *es vivir de mis rentas, ir a caballo a la pista por la mañana, venir al club en la tarde, y por la noche ir a mi palco de abono"; muerte, a la que, sin embargo, los días y las noches parecían infinitamente largos. De esta muerte, a la que caminamos por virtud de su* carrera, *es de la que tiene Alberto que triunfar. Lo demás, lo de la herencia, no es sino un accidente o un pretexto.*

Y ¿cómo triunfa?... Por el contacto con la naturaleza, que es madre de la vida; por el ambiente sano y gozoso del trabajo, en la "Villa de los Mirtos" sobre la colina de Frascatti; por las alturas acariciadoras del arte espiritual, serena

y profundamente sentido por el escultor, por el músico, el joven abate Petrucci; por el aliento, sobre todo, vivificador y confortante del ejercicio de la virtud, que llena todo el vacío del alma, que da a la vida un contenido, haciéndonosla sentir útil para algo, y cambiando así la tristeza en alegría.

En último término y de una manera más gráfica, la novela del señor Rivas no es sino el viaje dichoso desde el salón del club *de la primera página, de la primera línea, donde Alberto y el Vizconde, roídos por el* tedio, *ahogándose en la mortífera y asfixiante atmósfera de la* vida mundana, *conversan, reconociendo y aceptando, impotentes y cobardes, el triunfo de la muerte que les oprime... hasta el risueño parque de la página final y el último párrafo, donde, al arrullo suave de las olas, dos almas fuertes y enlazadas con esperanzas de vida, alzan, como para pedir su bendición, una mirada anhelante al Crucifijo de la altura, que sobre un firmamento infinito de profundo azul, extiende con amor los brazos rodeado de constelaciones.*

El triunfo que de este modo realiza Alberto lo había realizado antes, aunque por caminos bien diversos, su abuelo Delecluze; con lo que el triunfo es doble, no sé si porque la ley de la herencia quede al fin cumplida, o mucho me-

jor, sencillamente, porque la introducción de ese anciano da a la escena un velado horizonte de misterio que aumenta su interés, y porque en él es natural y fácil colocar las virtudes que con su ejemplar atractivo habían de señalar la nueva senda.

*
* *

El señor Rivas Groot es un enamorado entusiasta de la naturaleza. La ama y la admira, lo mismo en la calma que en la tormenta, lo mismo en los bosques, que en el cielo, que en el mar, que en las pacíficas luchas que con ella el hombre sostiene en las faenas agrícolas. A espíritus menos delicados quizás alguna vez lleguen a parecer demasiado largos los purísimos deleitosos entretenimientos que el señor Rivas con ella tiene. Sobre todo, que tanto con ella llega a sentirse compenetrado, que insensiblemente la ordena y manda; y ella obedece, y jamás deja de enviarle un rayo de luz, un tinte de rosa o un velo oscuro, un golpe de vendaval o de rugiente marea, cuando hacen falta. Un tanto mágico o divino pudiera esto creerse, pero es hermoso. ¿Quién negará al pintor la facultad de dar a su cuadro el fondo de cielo que más le plazca, o al dramaturgo de combinar la decoración a su mejor talante?...

*
* *

Los personajes de esta novela, observará el lector, que todos tienen entre sí cierto parentesco. Es como un aire de distinción, una espontánea elegancia, un sello de nobleza, que a todos hace parecer miembros de una familia de rancia alcurnia y luengos pergaminos. Los que hayan leído Resurrección *recordarán acaso que también allí tienen los personajes este mismo aire de familia. Y casi casi me atreveré a decir, que los que conozcan al autor, deben de haber caído en sospechas de que ese lazo familiar que a todos los une ha de ser un tanto de parentesco que todos tienen con la familia del señor Rivas. Así a la vez pudiera explicarse la confianza con que el autor anda por todas las partes de sus novelas; pero hay que convenir en que jamás llega hasta molestar, pues marcha siempre muy discretamente y no va nunca sino en servicio de los lectores.*

Pues volviendo al carácter de los personajes, todos son artistas, nobles y buenos, y más o menos capaces de apreciar cualquier género de belleza, natural, moral o puramente inteligible. Todos tienen fibras delicadas en el corazón; todos discuten, como si estuvieran de antemano convenidos, con una mansedumbre y una finura impecable, dispuestos por natural propensión a

dejarse convencer del adversario, gozándose mucho en ello.

¿Es esto un defecto?... Piénselo así quien quiera. A mí nunca se me ha ocurrido tener lo real, lo real en bruto, por única medida de la belleza. Quizás entonces fuera la fotografía la suma expresión del arte. Quizá más bello entonces que el ramillete de flores industriosamente aderezado, fuera el puñado de verde que arranca paciendo el buey, donde juntas van sin discernir ortigas y violetas.

Esa delicadeza de sentimientos en los personajes del señor Rivas alcanza a veces una finura verdaderamente encantadora. Vaya un solo ejemplo: "La compasión, observó el Conde, existe aun en los animales; se extiende a cuanto se mueve y vive en la naturaleza... He observado que a veces durante la noche, en la soledad, se alza el grito de un animal herido. Entonces los campos enmudecen para escuchar la queja; todo calla para dejar que se alce sola en medio del silencio aquella voz que llena la noche con su agonía. Diríase que para no perder una nota de aquel drama que se desarrolla a lo lejos, toda la vida en el bosque, la pradera, en los pantanos, contiene el aliento ante aquella voz solitaria, que habla del dolor y de la muerte."

¡Qué delicadeza tan inefable demuestra el alma en esta observación!

En resumen: la lectura de esta novela del señor Rivas va dejando en el alma esa placidez deleitosa que produce siempre la belleza; nos hace sentir, y aun aprender a sentir, porque educa el sentimiento; nos hace pensar con suavidad y sin pena, porque el camino, claro y bien definido, está abierto; y con todas estas cosas y algo más, sin sentirlo ni pensarlo nos hace a la postre más buenos, *que es sin duda alguna el summum del arte: mejorar deleitando.*

Fr. Albino G. Menéndez Reigada,
O. P.

Madrid, 8 de febrero de 1916.

Conversaban los dos amigos en el salón del club, al lado de la chimenea.

—Hemos venido demasiado tarde a un mundo demasiado viejo —dijo el Vizconde de Ogheroff.

Alberto le escuchaba con profunda atención: sabía que el Vizconde, después de ser el árbitro de las elegancias y un cazador de emociones, tenía esa experiencia que, por la melancolía y la dispepsia, hace que ciertos hombres de mundo tornen hacia el refugio de la higiene en las postrimerías de una existencia refinada y precaria.

—El tedio es nuestro mal —contestó Alberto.

—Sí, la enfermedad elegante del siglo XX.

A los ojos de Alberto, el Vizconde era un modelo de laboriosidad y de elegancia, un hombre que, ajeno a toda vida espiritual, había aceptado la vida mundana como una misión, y desempeñado su ministerio con esmero, como quien atiende a una empresa complicada, sin flaquear una hora, sin descuidar un pormenor, sin un instante de reposo; a un tiempo señor de los salones y esclavo de las conveniencias, obligado a sacrificar sus gustos y a crearse otros ficticios, a cambiar de opiniones, de trajes, de amistades, cuando las circunstancias y la moda lo exigían; presente en todos los lugares que le desagrada-

ban, para aplaudir una música disonante que le hería los nervios, o un cuadro impresionista que le desconcertaba la pupila, y ocupado siempre en buscar el modo de expresar con entusiasmo las impresiones que jamás sentía.

El Vizconde agradecía la admiración de Alberto, veía en él un discípulo y le protegía con sus consejos.

—Y puesto que estamos solos y en nuestra hora de confidencias —agregó el Vizconde— te hablaré ingenuamente... Me hastío de todo, por todo y donde quiera: en mi casa y fuera de ella; en el Café Inglés, desde que, pasadas las primeras ostras y la segunda copa de Cháblis, huye el apetito; en el baile, desde que entro en la sala; en el teatro, desde que penetro en él y cambio los primeros saludos... Nada se apodera de mí, nada me sacude, nada me llega al corazón... y nada es tan largo como mis días...

—Pues, sí, hay algo más largo —replicó Alberto—; mis noches...

El Vizconde se levantó lentamente, dio una vuelta por el salón, se acercó a la chimenea, se miró al espejo, observó con simpatía y con tristeza su rostro fatigado, la nariz enjuta, la barba gris, cortada en punta, toda aquella fisonomía exangüe, que le daba una vaga semejanza con la mascarilla en yeso de Enrique IV.

—Y, sin embargo, amigo —dijo Alberto desde su asiento—, en ciertas novelas se nos llama "los felices del mundo".

—¿Nuestra alegría?... ¿Nuestra felicidad?... todo eso es tan falso como un epitafio.

—Lo confieso: yo no he tenido otra pena que la muerte de mis padres...

—Y la de aquel abuelo tuyo que, anticipando su partida, te anticipó una fortuna.

Alberto no contestó a la irónica interrupción del Vizconde; encendió un cigarrillo ruso, fue a la ventana, miró al través de los cristales, que empañaba la escarcha en aquella tarde de invierno.

—Continúa nevando.

Volvió a su asiento, se hundió en el sofá, y mientras seguía con su cansada pupila las espirales de humo.

—Es verdad —dijo—, soy rico, me agasajan, me solicitan; no tengo ocupación para el presente, no tengo ninguna preocupación por el futuro, y en medio de todo me hastío, tanto como tú, por lo menos.

—Inverosímil.

—He consultado a mi médico... tú lo conoces.

—¿El doctor Murphy?

—El doctor Murphy... Ya sabes lo que responden siempre...

—¿Neurosis?

—Sí, neurosis... toda mi atención se dirige hoy a mi mal, y a fuerza de observar los síntomas, de estudiar mis sensaciones, de analizar la naturaleza de mi tedio, he llegado a adquirir una certidumbre que reservo para mí solo...

—Y que vas a contarme ahora mismo —observó el Vizconde sonriendo fríamente.

—No he querido decírselo todo al médico...

—¿Temeroso, sin duda, de que él con una mirada, con un gesto, confirme tus ideas?...

—Ellos tienen palabras especiales, ¿no es verdad?

—Suelen decir las cosas en griego... para mayor claridad.

—Tú lo sabes: hay un término que indica la fatalidad de la herencia...

—Atavismo... determinismo...

Silenciosamente, Alberto hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Te comprendo —dijo el Vizconde.

—¿Me comprendes?... ¡La ley fatal!... Pues bien, ya lo he dicho todo; aquel abuelo, el padre de mi madre, de quien hablaste ahora, sufrió este mismo tedio; como sabes, no quiso arrastrar por más tiempo esta vida de hastío... y en un viaje a Oriente...

—Conozco la historia... Se arrojó al mar. Todos los diarios hablaron del suceso... Y puesto que tú has llegado a sufrir del mismo hastío... supones...

—Que obedeceré sencillamente a la ley de la herencia.

—En ese caso —observó el Vizconde con una sonrisa helada— eres más feliz que yo. Tu abuelo miró la muerte de frente. Yo no podría, lo confieso. Después de haberlo "vivido todo", como decimos, me muero de la idea de morirme... Tengo un mal interno...; mi médico, el doctor Tópífer, no quiere confesarme la verdad; pero yo lo siento, lo comprendo y me enfado con él cuando disimula. Ayer me dijo: —"Su en-

fermedad me tiene sin ningún cuidado." —"Lo mismo me pasaría, doctor —le repliqué— si usted fuera el enfermo."

El Vizconde se miró detenidamente la mano, exangüe, cargada de anillos.

—Ello es —agregó— que mi mal absorbe todas mis ideas, todas mis horas: cuando me hablan estoy pensando en mi mal; pero la atención de este mal no me cura de ese otro, del mismo que tú sufres, del hastío. A veces abro un libro, pero los libros ¡son tan poco agradables!... ¿los buenos, los clásicos? ¡Serios, profundos!... ¡Es necesario darse el trabajo de admirar!... ¿Los ligeros? Nada tan gastado como esas "novedades", que he leído hasta saciarme. Vejeces recientes, ligerezas que abruman. Sólo por el dibujo de la portada conozco ya a la protagonista, sólo por el título, adivino ya el desenlace.

Y con un suspiro agregó el conocido verso:

Helas! la vie est triste, et j'ai lu touts les livres!

—Los libros chinos —dijo Alberto— se leen al revés de los nuéstros: los abrimos en la última página, los leemos de abajo para arriba, de derecha a izquierda. Así leo yo todos los libros de ese género de aventuras.

El Vizconde suspiró, se alzó del sillón con lentitud, se dirigió a la ventana.

—Sigue nevando.

Largo silencio.

Volvióse hacia Alberto:

—Pero al menos tú, que estás aún joven, podrías quizás distraerte... leer...

—¿Estudios serios, lecturas?... —observó Alberto, desde su asiento, sin abrir los ojos.

—He ensayado... Comenzar no es nada; ¡pero proseguir! Me pregunto luego con qué objeto, porque todo en este mundo debe tener un fin práctico.

—Conforme.

—Tú sabes que mi "carrera" es vivir de mis rentas, ir a caballo a la pista por la mañana, venir al club por la tarde y por la noche ir a mi palco de abono. Sin que me tome el trabajo de estudiar, tengo y tendré todo eso.

—La verdad —dijo el Vizconde con otro suspiro— la verdad es que este mundo está mal hecho: los placeres deseados desazonan, los placeres poseídos hastían, los placeres perdidos atormentan.

Lentamente volvió de la ventana al sillón, se dejó caer en los cojines, encendió un cigarro, luego se contempló la mano, exangüe, que iba invadiendo la enfermedad.

—Sí, lo repito —agregó el Vizconde, sin abrir los ojos, y en tanto que dejaba extinguir el cigarro—, tú eres feliz: cualquier día te despides de la vida tranquilamente, como tu abuelo. Lo que ha de suceder al fin sucede... Así es mejor... A mí me esperan la vejez, los dolores... ¡Ah! gastamos la primera mitad de la vida en prepararnos los males de la otra mitad...

Y los dos amigos quedaron en silencio, entrecerrados los ojos, como hipnotizados por el tedio.

Y seguía nevando sobre la ciudad en esa tarde de invierno.

*
* *

Aún no había concluído el invierno. Alberto fue a visitarme, hízome una larga confidencia, me reveló sus presentimientos, refirióme sus conversaciones con el Vizconde. Comprendí que era inútil contradecirle: en vez de combatir de frente su monomanía, le invité a que me acompañase en un viaje que yo preparaba a Italia. Acaso de tal suerte se lograría, si no impedir, por lo menos retardar el desenlace trágico.

—¿Cuándo partimos?

—Mañana.

—¿Mañana?... Acepto.

Mas observé que no aceptaba para abandonar sus ideas, sino para realizarlas "de un modo más perfecto, más artístico". Díjome que en algún islote del Mediterráneo podría, como hombre de gusto, hacer levantar un sepulcro de mármol hermoso, "confortable" entre un bosque de mirtos, al arrullo de las olas, bajo el azul del radiante cielo de Italia.

*
* *

Tomamos el tren expreso. A la mañana siguiente pasó el tren de los Alpes, cruzó el túnel, dejó atrás las nubes y las nieves. Se abrió ante nuestros ojos el panorama de Italia, primero con sus montañas y sus valles en que se precipitan cascadas espumantes, luego con sus

colinas y llanuras cubiertas de olivares y viñedos. A medida que el tren volaba, la vegetación cambiaba de forma y de color; la aridez y aspereza de los verdes septentrionales se iban trocando por la suavidad y dulzura de los boscajes dorados y azulinos del mediodía. Nos detuvimos a orillas del Lago Maggiore. Almorzamos en el Casino y tomamos una barca. La luz de la mañana armonizaba todas las líneas, fundía en una tonalidad suave la nota alegre de los viñedos, el verde pálido de los trigales nuevos, el terciopelo oscuro de los pinos. Una brisa ligera, tendiendo el ala sobre el lago, formaba pliegues color de agua marina, blandas ondulaciones en que se mecían los reflejos de las nubes. El aire traía hasta nosotros los aromas de las orillas cubiertas de rosales y naranjos. Aquel soplo perfumado parecía rejuvenecer y refrescar a Alberto.

A veces su rostro se iluminaba por un momento; las pupilas brillaban un instante y las ventanillas de la nariz se dilataban, se estremecían para aspirar con avidez la fragancia de esa brisa cargada con los efluvios de la primavera. Desaparecieron las dos arrugas que en la comisura de los labios le daban cierto aire de vejez prematura. La tez se colora; las pupilas reflejan con curiosidad y asombro aquel panorama lleno de luz y de armonía. Entrecerró los párpados. Sin duda, en una evocación restrospectiva, contempló sus últimos años, y notó el contraste de su espíritu melancólico con el aspecto risueño de aquella naturaleza que se ataviaba con la pompa florida de la primavera. En el fondo del

lago se copiaban las colinas, las masas de árboles, las nubes sonrosadas, y en el fondo de aquel espíritu se reflejaban con líneas grises la aridez de su vida, sus años de inacción y de hastío. Comprendí que por vez primera notaba Alberto esa oposición entre su espíritu y el paisaje, pues nunca había contemplado la naturaleza.

—Sólo el hombre —me dijo, con voz velada, como si saliera de un sueño— sólo el hombre envejece o nace marchito. La tierra se conserva fresca y fecunda como el primer día del paraíso.

En tanto que nos entregábamos a la contemplación, oíamos como un acompañamiento adormecedor, que convidaba al ensueño, el golpe acompasado de los remos y el blando beso del agua contra el costado del bote.

*

* *

Dos días después salimos para Venecia. Cruzamos aquellos campos donde la savia hinche las cepas y da lustre a las hojas; fecundas comarcas bucólicas, donde la fertilidad del Norte se enlaza con el ardor del Mediodía. Vuela el tren. A la magnificencia de la tierra se une la decoración trazada por el hombre: monumentos, palacios, fortalezas, templos en medio de los olivares, entre los parasoles de los pinos, los festones de las viñas y las pirámides de los cipreses.

Al declinar la tarde llegamos a Venecia. Tomamos una góndola en el Canal Grande, y bogando por entre la doble fila de palacios y la bandada de góndolas que se deslizaban en silencio, nos hicimos llevar a la laguna. Yo desea-

ba que mi amigo desde el primer momento recibiera una impresión inolvidable.

Son las seis de la tarde. Una franja escarlata con cambiantes anaranjados se extiende en el ocaso. En la cálida luz oriental, que llena el horizonte, los mástiles de los buques y el corvo cuello de las góndolas, se perfilan con líneas bermejas; las olas reflejan con tonos de carmín las nubes inflamadas del poniente; los palacios de mármoles retostados por soles seculares y bruñidos por las brisas marinas, parecían surgir triunfalmente, y en la evocación de la luz, resplandecer con vida nueva. Las cúpulas de San Marcos, heridas al sesgo por los rayos del ocaso, resplandecen como inmensas tiaras de oro. El palacio de los Dux, con sus mármoles rojos, parece teñir las ondas con la sangre de sus tragedias, bañar en las aguas la púrpura de sus glorias.

Al otro lado, el dombo de Sancta María della Salute, envuelto por los esplendores que llegan de las nubes y que saltan de las olas, reflejan su mole en las aguas incandescentes. En la extremidad del puerto, surgiendo de un bloque de granito verde, el faro se alza y une su fanal a los fuegos del ocaso. El sol, rojo, redondo, se va hundiendo con lentitud, con majestad, como orgulloso de su pompa, tras de los islotes lejanos que destacan sus perfiles negros entre las ondas encendidas y la llamarada del poniente, como cascos de naves que van naufragando entre el incendio.

—Gracias —dijo mi amigo— ¡gracias!... he

visto, antes de morir, algo que yo no había soñado!...

Alberto lanzó un suspiro cuando las cúpulas de bronce y las fachadas de mármol, tras un último resplandor, palidecieron, se esfumaron en la sombra del crepúsculo, se apagaron en las aguas y se hundieron en la inmensidad de la noche.

*

* *

Y así transcurrieron los días: apoyados en la terraza del Hotel a las primeras luces del alba, o reclinados en la góndola, a la caída de la tarde, asistíamos a aquellas escenas de magnificencia y poesía, sumergidos en contemplación muda ante el paisaje, sintiendo a un tiempo, en las pupilas y en el alma, las caricias de la luz y el encanto de los siglos pasados; experimentando extraño anhelo ante la belleza fugitiva del alba y del ocaso, gozando ante el misterio que encierra en la naturaleza todo lo que balbuciendo un himno surge con la aurora a la vida y todo lo que en la tarde entonando una alegría se sumerge y se borra en las tinieblas.

Una noche, en la serenata de la laguna, entre un centenar de góndolas que se mecían en torno de la barcaza donde los músicos entonaban el himno de *Santa Lucía,* creí reconocer una cara amiga.

—¿El Conde Angelini?

Contestó con un saludo y dio al barquero la orden de acercar a la nuéstra su góndola.

Nos refirió que había llegado el día anterior

de Viena y que se iba a su castillo en los Abbruzzos. Nos pidió que asistiésemos a una cacería de jabalíes. Aceptamos la invitación y al siguiente día nos pusimos en camino. Pensé que aquella excursión entonaría los nervios de Alberto.

Entre dos tajos de la serranía, en el fondo de una selva, a la sombra de los pinares, se alza el castillo del Conde, cruzados los muros de cicatrices y las almenas cubiertas de musgos.

Después de un día de caza, volvemos fatigados al castillo. Cae la nieve, bajan las sombras. Ocho cazadores forman rueda en torno de la chimenea, donde el fuego de tronco y sarmientos entona su hermosa canción que a intervalos vienen a acompañar las ráfagas del viento en las almenas. Junto al fuego, en un sillón de brazos, el cura de la aldea entretiene la velada contando con dicción espiritual y gráfica, llena de colorido y de fluidez, que revelan al orador en la sencillez misma del relato, las antiguas leyendas del castillo.

Todos le escuchan con atención; pero de cuando en cuando vuelven la mirada hacia la puerta del salón vecino, donde, según la antigua usanza se prepara la cena: ven el pernil de un jabalí, que da lentamente vueltas ante la llama gigantesca de un tronco de cedro. A veces el cura interrumpe el relato, y no se oye sino el ruido de las llamas y del viento. Cesa a trechos la racha, la llama se aquieta y el gran silencio de la selva envuelve el castillo.

Al través de los cristales se columbra un sen-

dero que se hunde entre el bosque; al fulgor de la luna entre la espesura se ven serpentear las curvas del camino; más allá brilla con vagos reflejos un estanque.

Al mirar en torno suyo aquel grupo de hombres alegres y sanos; al oír los relatos de aquel sacerdote espiritual y franco; al contemplar ese fuego de troncos que, sobre los muros cubiertos de panoplias y adornados con cabezas de ciervos, hacía danzar entre hermosos reflejos de oro, las sombras de los cazadores; al respirar ese aroma de selva virgen, Alberto sintió que se iba acentuando en él una transformación; pensó que acaso iba convirtiéndose en otro hombre; luego, dando rienda suelta a su fantasía: "Imagino —me dijo, en tanto que acercaba su sillón— que he vivido siempre aquí, en este ambiente de paz, de salud y de alegría, ignorando los tedios malsanos, las relaciones que desengañan, las ingratitudes que desconciertan. Tras un silencio agregó:

—"¡Oh!, qué lejos la ciudad con su fiebre; qué lejos el club con su tedio y su melancolía... ¿En dónde?... Allá, tras de los montes..."

La hora de la cena. Uno de los criados, vestido a la antigua, según los hábitos tradicionales, se presentó en la puerta, se inclinó, con rostro enrojecido y feliz, como si el fuego, al dorar el pernil de jabalí, le hubiera encendido las mejillas y prendido una chispa de alegría en los ojos.

—"Señor Conde... la cena está servida."

Sonrió el sacerdote, sonrieron los cazadores. Pasamos al salón contiguo. Un vaho de jabalí asado y un aroma de perdices llenaban el vasto

aposento. Ocho jarros de plata, anchos y profundos, señalaban los puestos, sobre el mantel, realzado con las cifras condales, entre guirnaldas de espinos en flor y de lirios silvestres.

El cura antes de sentarse juntó las manos.

—*Benedicite.*

La cena copiosa fue sazonada con nuevos relatos de caza, entrecortada la narración por silencios en que se oían los silbidos del viento.

—Me agrada la caza del jabalí, del oso, en fin, de las alimañas nocivas al hombre —dijo el Conde—. En cambio, no les permito jamás a los perros perseguir un ciervo...

—Y los hay por docenas en el bosque —observó el cura.

—Considero —agregó el Conde— que hay cierta falta de hidalguía en acorralar a un ciervo, en abrumarle con la fuerza y con el número, hasta que palpitante, rodeado por los perros, se arroja al agua, y sin esperanza, alta la cabeza, triste la mirada, se prepara a rechazar el último embate de la jauría.

—Es preciso volver a las emociones primitivas, a los instintos de la naturaleza —replicó uno de los convidados, un cazador empedernido.

—La compasión —observó el Conde— existe aun en los animales; se extiende a cuanto se mueve y vive en la naturaleza... He observado que a veces durante la noche, en la soledad, se alza el grito de un animal herido; entonces los campos enmudecen para escuchar la queja; todo calla, para dejar que se alce sola, en medio del silencio, aquella voz que llena la noche con

su agonía. Diríase que, para no perder una nota de aquel drama que se desarrolla a lo lejos, toda la vida en el bosque, en la pradera, en los pantanos, contiene el aliento ante aquella voz solitaria que habla del dolor y de la muerte.

Alberto miraba con atención al Conde, le escuchaba con encanto; observaba aquel cuerpo delgado, nervioso; la frente alta; los cabellos ya grises en las sienes; los ojos grandes, escrutadores, profundamente encajados en las cuencas.

La boca, de un trazo fino y largo, con expresión a un tiempo benévola e irónica, revelaba, en consonancia con el fuego de sus pupilas y con el arco movible de las cejas, todas las delicadezas del sentimiento, todos los matices de la idea, aun antes de que hubiese proferido una palabra.

De pronto, el tronco que ardía en la chimenea se retorció, se hundió con estrépito, esparció en torno haces de chispas de oro. Un perro aulló a lo lejos. El cura suspendió el relato de un episodio que había hallado entre los pergaminos del monasterio en Monte Cassino; todos miramos hacia afuera; sobre la escarcha brillaba la luna; las sombras de unos ciervos se deslizaron por la explanada, frente al castillo. Era delicioso el contraste entre aquella selva escarchada y aquel salón caliente, junto a la chimenea.

Los cazadores encendieron los cigarros, se hundieron en los sillones de cuero, saboreando con el cansancio del cuerpo, la paz del espíritu. El viento, adormeciéndose, balanceaba blandamente las ramas de los pinos, recamadas de pla-

ta por los hilos de escarcha y por los rayos de la luna. Un bienestar profundo y sano parecía aletargar a la naturaleza y adormecer a los hombres.

Nos retiramos a nuestros aposentos. Los armarios de cedro y las colgaduras de brocado exhalaban un aroma otoñal, peculiar de esos castillos donde se guardan las añejas tradiciones y donde parece que aún flota y se respira la poesía de los siglos remotos.

*

* *

Pasó una semana. Una tarde recibió Alberto una carta del Vizconde Ogheroff. No quise saber el contenido, pero noté que Alberto tenía de nuevo cierta expresión de hastío y de tristeza.

—Vuelven —dijo en voz baja—, vuelven los presentimientos oscuros...

Pidióle al Conde el nombre y las señas de un escultor que pudiera encargarse de ejecutar "un sepulcro de familia".

—Aquí mismo, entre los convidados. Llegó esta mañana... ¿dónde le encontraremos?...

El Conde se asomó a uno de los ventanales del castillo.

—¡Ah! Ya le veo —exclamó—; está en la explanada... ¡Vamos!

Salimos del salón y, cruzando la explanada, nos encaminamos hacia el artista. Pasados los saludos de presentación, Alberto y el escritor se alejaron, conversando, hacia el estanque, y en tanto el Conde.

—¿Quiere usted caminar un poco? —me preguntó.

—Bien, vamos con ellos. ¡Se respira a esta hora un aire tan puro, tan oxigenado!

La figura del escultor resultaba original e interesante: el cabello largo y ensortijado empezaba a blanquear en las sienes; los ojos, de un gris oscuro en que se advinaba una bondad inteligente, presentaban en la manera de entrecerrar los párpados esa curiosidad apácible y constante de la pupila del artista, que sin cesar busca la armonía de una línea, la majestad de un movimiento, la elegancia de una actitud para retenerlas grabadas en la retina y evocarlas luego en la plasticidad de la arcilla y perfilarlas después en la cándida nobleza del mármol.

El Conde, con su genial facilidad oratoria, nos refirió la vida de aquel artista. Le había conocido joven todavía, años atrás, en Pisa; se habían encontrado en el cementerio, contemplando en silencio los frescos de Orcagna, el célebre *Triunfo de la Muerte.*

—La necesidad del infinito atormentaba en aquel tiempo el alma cándida y fuerte del artista —nos dijo el Conde—. Creyó en un principio calmar ese anhelo y satisfacer esa necesidad descubriendo en las formas creadas algunos vestigios de la belleza increada que en ellos se refleja; pero la belleza material le pareció luego deficiente y mezquina ante el esplendor de la virtud y el sacrificio. Siguió la inclinación de su alma, y cierto día, arrojando a un rincón cinceles y coronas, cerró el taller, renunció al arte.

—"Voy a servir mejor a Aquel que me ha llamado" —me dijo.

Para acortar la distancia entre su espíritu y su ensueño, con lágrimas en los ojos, pero mostrando en el semblante extraña alegría, fue a golpear a las puertas de un convento, en Asís... Pero acaso fatigo con esos pormenores.

—No —dijo Alberto, interesado ya con la historia de esa alma.

—Durante un año, sin mirar atrás, se entregó, lleno de humildad, a las labores que le imponía la regla monástica, y sólo ante las órdenes de un director espiritual, hombre de gran visión que adivinó el tesoro oculto en la imaginación rica y soñadora del neófito, el artista volvió a sus labores...

—¿Salió del convento?

—Sí; visitó entonces a Roma, permaneció allí dos años, estudiando los modelos antiguos. Algunas noches me pedía que le acompañase a visitar las ruinas del Coliseo...

Lo recuerdo aún: salíamos de la vía Babuíno (por entonces en esa calle había una serie de talleres y una colonia de artistas), cruzábamos la Plaza de España, y por la vía de las Serpientes nos dirigíamos al Coliseo...

A la luz de la luna, sentados en la rota gradería, pasábamos horas enteras contemplando aquella arena que se había bebido la sangre de millares de víctimas... Luego iba a encerrarse en su taller... yo le encontraba amasando la arcilla, hiriendo el mármol, la frente cubierta de sudor, la mirada llena de fuego. Evocaba en su imaginación de artista aquellas escenas en

que trabaron guerra a muerte el mundo pagano con su orgullo, su lujo, sus fieras, y el mundo moderno con su humildad, su amor y sus mártires...

La primera obra que exhibió fue una revelación; presentó ya los rasgos distintivos de su genio, la armonía de la materia y del espíritu; del idealismo y de la realidad; la perfección humana en la forma, la inspiración divina en la idea. Aquel grupo en mármol, que conmovió a Roma, representaba un joven mártir devorado por una leona... El artista grabó en el pedestal el título de su obra, una síntesis de historia, el compendio de aquella lucha entre dos edades, entre dos mundos:

"Victor Quia Victus"

*

* *

Partimos para Roma. En compañía del Conde y de Alberto fui una tarde a visitar al escultor en su taller, sobre el monte Aventino. Alberto deseaba concertar todo lo relativo al "sepulcro de familia".

—Podemos levantarlo cerca de Roma —dijo el artista— lo cual haría más fácil mi tarea... Frente a Porto D'Anzio, el antiguo lugar de baños donde Nerón pasaba el estío, se alza un islote, con una corona de pinos. El nombre mismo es artístico, casi risueño: "Palmarola".

Desarrolló luego el escultor sus ideas; tomó el carboncillo, trazó líneas sobre el papel, esbozó un sepulcro ornamentado con festones de laureles y ramos de palmas...

El Conde, girando por el salón contemplaba en tanto algunos trabajos en mármol.

—¿Y esto? —exclamó, y se acercó a un grupo colosal—. ¡Ah! ya lo había visto en el esbozo de arcilla... y era magnífico; pero cuánto gana pasado al mármol...!

—Es necesaria —dijo el escultor— toda la dureza del mármol para presentar la dureza del paganismo.

Nos acercamos. Dos grandes grupos en mármol estaban colocados en el fondo del salón, frente a frente: de un lado, se erguían dos gladiadores que extendían los brazos, el uno con arrogante vanidad, el otro con resignación estoica; abrían la boca para lanzar el saludo al César. En el pedestal se leía la frase ritual, *Morituri te salutant*...

Al frente se erguía el grupo de Nerón y Popea.

—¡Bravo! —repitió el Conde, tras una pausa—. Aquí está todo el paganismo sensual, escéptico y suicida. Las pupilas de Nerón, duras y fijas, parecen contemplar a lo lejos el combate de gladiadores. Los labios firmemente cincelados parecen aspirar el vaho de la sangre y el aroma de la lisonja.

—Y parece —agregó Alberto conmovido— que Popea escucha con delicia la alabanza que profieren los labios de las víctimas... "Los que van a morir te saludan".

—Tiempos aquellos —dijo el escultor, enarcando las cejas— en que nada valía la vida del hombre.

Alberto, ligeramente pálido, parpadeó, se

acercó al grupo de mármol. El Conde retrocedió unos pasos para contemplar la obra en conjunto.

—El César —dijo— encontraba natural y sencillo que un hombre, en pleno vigor, en plena juventud, y creyendo ciegamente en el destino, considerándose víctima de la fatalidad, inmolara su existencia.

En la frente de Alberto creí adivinar que, por el estado de su espíritu, asimilaba las frases a su preocupación interna: "...en plena juventud... víctima de la fatalidad... inmolara su vida"...

—Y ofrecía su existencia —continuaba el Conde con una sonrisa— sólo por darle un momento de emoción, al amo implacable... En este grupo está condensado ese mundo en que sólo tiene derechos el amo, en que todo le pertenece al que ha sabido domar la fortuna. Y el fuerte, el amo hecho de humana voluptuosidad y de crueldad inhumana —agregó vuelto hacia el grupo de Nerón y Popea— el poderoso, ajeno a todo sentimiento de justicia, sordo a toda palabra de caridad, hace uso del derecho pagano de un modo natural, sin remordimientos, sin angustias, puesto que la víctima, aspirando sólo a morir con elegancia, comparte las ideas y el sentimiento del verdugo...

El escultor corrió una cortina y nos hizo pasar al taller, alumbrado suavemente por la luz que caía del techo de vidrieras.

—Aquella época en que el paganismo y la idea cristiana luchan cuerpo a cuerpo —dijo

mientras iba pasando ante los trípodes y levantando los lienzos húmedos que cubrían los bocetos de arcilla— aquella edad de Césares y leones, de cristianos y mártires, de cortesanas y de vírgenes, es la más fecunda en asuntos... una cantera riquísima de ideas y de formas... Tengo diez, tengo doce esbozos distintos... pero ¿alcanzaré a retocarlos, a pasarlos al mármol? Ya me estoy haciendo viejo, y me duele el pensar que estas obras quedarán así, en proyecto, hechas sólo para morir con la arcilla deleznable...

—¡Ah! —exclamó el Conde— si alguno de esos locos cansados de la vida, de esos que no comprenden el valor de la existencia, pudiera por algún sortilegio venderle su juventud, para darle el tiempo de realizar tantas obras, que apenas están aquí esbozadas en el yeso o perdidas en el fondo del alma!...

En tanto, yo me preguntaba si el Conde, con sagacidad latina, habría adivinado el proyecto y las intenciones de Alberto, y si en la trama de aquella conversación se cruzaban algunos hilos de alusiones discretas, el fino estambre de una *ironía delicada y sutil, casi impalpable.*

*

* *

Al llegar el verano tomamos el tren para dirigirnos a Porto d'Anzio.

—Desde allí —me dijo Alberto— puedo inspeccionar el sepulcro que el escultor levanta ya en el islote de Palmarola. Es asunto de una hora. Un paseo en barca.

Al vuelo del tren cruzamos la campiña; ve-

mos desfilar la colosal arquería de los acueductos romanos; dejamos luego a la izquierda la colina de Frascati, cubierta de viñedos, cuyas cepas ya están cargadas de racimos.

Aquí y allá, interrumpiendo la monotonía, una casa de campo, en cuyo patio un grande árbol extiende las ramas para cubrir a los labradores que duermen la siesta. Más lejos, una hostería con su emparrado, inmenso pabellón de sarmientos, bajo el cual los aldeanos cantan y beben.

Una curva de la línea, la claridad azul de las olas, un soplo fresco: el Mediterráneo.

El tren se detiene en la estación, rodeada de quintas, de palacios, de "villas", cuyos mármoles rosados y blancos resplandecen al sol del estío tras los grupos de pinos y los ramilletes de palmeras.

—*Porto d'Anzio!*

Cruzamos la población, en que alternan dos edades: murallones grises, callejuelas con olor de vetustez y fachadas del tiempo del Imperio; luego un hermoso contraste, a la orilla del mar, formando larga avenida, paralela a la playa, quintas risueñas, *villas* de mármoles recién bruñidos, que ostentan todos los estilos, todas las líneas de una arquitectura juvenil y caprichosa. Los pórticos, bañados a trechos por el sol y por los reflejos de las olas, a trechos sombreados por las copas de los pinos y por los telones de las enredaderas, presentan un juego de luces y sombras que refrescan y acarician la retina.

Por la tarde, en compañía del escultor, reco-

rremos la avenida, por entre doble fila de quintas y palacios. A nuestro lado, a veces aparece el mar, a veces se oculta tras los edificios y jardines, pero siempre se revela por el rumor soñoliento de las olas al morir, fatigadas, en la playa.

Cruza por la avenida un carruaje, y a pocos pasos se detiene ante una verja: carroza brillante, dos caballos alazanes, cochero y lacayo de librea. Se abre la portezuela y sale un anciano, robusto, ágil, pues para bajar no se apoya en el brazo que le ofrece el lacayo. Luego una joven salta a tierra; el lacayo se aparta y va a abrir la reja del parque. El anciano se volvió hacia el mar, se detuvo a contemplar el horizonte; pude entonces observar sus facciones: la limpia serenidad en la mirada, contrasta con los cabellos blancos como la nieve; un rostro lleno de bondad y de franqueza, que inspiraba desde luego simpatía y respeto.

Alberto siguió a la joven con los ojos hasta que la vio desaparecer en un recodo de la escalinata, tras una cortina de jazmines del Cabo.

Notó, en medio de aquellas señales de opulencia, la extraordinaria sencillez del vestido de batista blanca con encajes de Venecia.

—Quién vive aquí?

—El Conde Angelini, nuestro amigo —replicó el escultor.

—¿Y ella?

—Su hija.

—¿La hija del Conde?... ¡Ah, qué hermosa!

—¿Y este anciano?

—Monsieur Delecluze: El hombre enigma.

—¿Por qué *"el hombre enigma"?*

—Su vida es un misterio; vino a Roma hace medio siglo. Desde hace algunos años vive en este puerto, lejos del mundo. Otros pretenden ser "profesores de energía"; éste es un "profesor de bondad". Se complace en ir por los caseríos, por los campos, por la playa, repartiendo vestidos y consolando tristezas... Blanca, la hija del Conde, suele acompañarlo en esas excursiones... Cada día han de descubrir una miseria, cada día han de enjugar algunas lágrimas. Por decirlo así, la caridad en este *anciano ha pasado a ser* monomanía. Recuerdo que una tarde el Príncipe Orsini, invitado a comer aquí, al llegar, le gritó al anciano a guisa de saludo, entre la risa de todos: —"No me des camisa amigo, ¡ya traigo una!..." Hace diez años que le conozco, siempre igual, consagrado al culto de las letras y al cuidado de los pobres. Pero tengo con él —agregó el escultor mientras continuábamos el paseo— tengo un motivo de rencor...

—¡Cómo! —replicó Alberto— el rencor... ¿la *vendetta?*...

—Sí —agregó el artista riendo— no puedo perdonarle: con esa hermosa cabeza, con esos magníficos cabellos blancos, que hacen aureola a sus facciones regulares y enérgicas, con tal sello de ancianidad y de grandeza, sería asunto magnífico para esculpir en mármol una cabeza de apóstol. Pero nunca me ha permitido que haga su busto.

—¿Humildad?

—Acaso se empeña en conservar el incógnito.

—Delecluze —dijo Alberto haciendo un esfuerzo de memoria—. Sí..., ya recuerdo: hablaron de él una noche en casa de la Baronesa Schtiakosky, en Roma. Alguien dijo que había un gran misterio en la vida de este anciano...

—¿Un misterio? —pregunté.

—Sí, un enigma impenetrable; así lo expresaron: díjose que lleva nombre supuesto, que nunca habla de lo que fue antes de venir a Roma.

—Es verdad —observó el escultor, con cierta emoción— nadie conoce esa primera parte de su vida. Es cierto; un enigma... acaso lo descifraremos algún día; no sé quién era, pero sé quien es: ¡un santo!

En el paseo habíamos llegado al extremo de la avenida, desde donde columbramos los restos del palacio de Nerón, que surgen de entre las olas: trozos de granito orlados de espumas.

*

* *

A la semana siguiente, invitados a comer, nos dirigimos a casa del Conde. El escultor nos anunció que encontraríamos allí al anciano, "alsanto", al "hombre del misterio".

Alberto iba ansioso por conocer de cerca, no a aquel "hombre esfinge", sino a la joven del traje blanco y el ramo de violetas.

Llegamos. Al través de los árboles del parque asoma la fachada, de aspecto a un tiempo señorial y sencillo. Las estatuas de mármol, a la luz del crepúsculo, albean discretamente entre el boscaje. Algunas plantas trepadoras ascienden

y se engarzan en la balaustrada, forman festones y se enroscan en espiral por las columnas del vestíbulo, y se alargan en orlas ondulantes por los frisos de la fachada. Macetas de azaleas hacen vibrar una nota clara entre la verdura de los mirtos y la penumbra que proyectan los pinos. Por encima del sendero que vamos siguiendo, robustos cedros cruzan sus brazos y envuelven la casa en un ambiente de aromática frescura.

Al llegar a lo alto de la escalinata nos detenemos a contemplar el paisaje: el parque rodea la casa, se extiende por el flanco de la costa y desciende hacia el golfo. Allá, a lo lejos, completando el panorama, se dilata el mar, donde cruzan las barcas, henchidas las velas por la brisa de la tarde y sonrosadas por el último rayo del poniente.

En el salón, entre un grupo de convidados, Blanca, vestida de claro, se hallaba al lado del balcón, y contemplaba la puesta del sol, que se iba hundiendo en el Mediterráneo.

El Conde nos presentó a los convidados. Vi que el anciano Delecluze, al oír pronunciar el nombre y el apellido de Alberto, de improviso se estremeció, y pálido, tratando de dominar su emoción, dio dos pasos atrás, se sentó en la penumbra que proyectaba un gran retrato colocado sobre un caballete.

—¿Se siente usted mal? —le preguntó en voz baja, con dulce acento, Blanca.

—No, gracias... no es nada.

Se pasó la mano por la frente sudorosa.

—¿Le ha fatigado el paseo?...

—Talvez... un poco de fatiga... No es nada... ya estoy bien, gracias.

Y dominando su emoción, tornó a la conversación general, que se iba animando.

Pero, ¿vio usted el milagro, don Petrucci? —decía el escultor.

—Lo vi —contestó con animación un joven sacerdote.

—¿Qué milagro? —preguntó Alberto acercándose.

—El milagro de San Genaro: la liquidación de la sangre.

—¿Estuvo usted presente? —inquirió Blanca.

—¿Presente?... ¡Tuve la ampolleta en mis manos...!

—Díganos usted... cuéntenos pormenores.

—Por cierto que fue un día de especial emoción... En aquella semana había rugido el Vesubio... Antes de las doce del día, y en representación de Mons. Sanfelice, asistí a la ceremonia de colocar la mitra en la frente del Santo, y luego tomé y deposité en el altar la ampolleta con la sangre, en presencia del pueblo que llenaba la basílica. Observamos la ampolleta, la volvemos a uno y otro lado, y comprobamos que la sangre está seca, coagulada. La muestro a cuantos se hallaban en el altar, al Cardenal Acquavella, al Coronel Prisco, a la muchedumbre... A las doce comienzan las preces, que se van elevando, y se refuerzan y ascienden fervorosas y solemnes hasta llegar al acento de la

imploración suprema... A las doce y media los napolitanos empiezan, a dar síntomas de perplejidad y de visible agitación, porque ha pasado ya tal hora sin que se realice el milagro. Desde remotos tiempos se atribuye un significado de gozozos o tristes pronósticos al milagro, según el momento en que se verifica...

—¿Y aquel día?... —preguntó con ansiedad Blanca.

—Aquel día continuaban las imploraciones, y finalmente, al decir *a peste, fame et bello libera nos, Domine,* la sangre se liquidó en la ampolleta... Gritos de júbilo se alzan de todos los pechos, mientras el órgano entona el *Te Deum* y los cañones de San Telmo y de la nave almirante en el puerto truenan con las salvas.

Alberto, que se sentía en un ambiente nuevo, seguía a Blanca con la mirada.

Admirábamos a aquella joven que en sus líneas armónicamente vigorosas y suaves, revelaba la energía y la hermosura de su estirpe. Bajo una cabellera que se retuerce como una corona, la frente pura y amplia, el perfil romano, de nobleza perfecta. La tez meridional, cruzada de venas azulinas, en su transparencia de lirio, contrasta con la oscuridad de las pupilas, dilatadas por la meditación y llenas de dulzura. Grande, fuerte, en la plenitud de su belleza, parece revelar más de veinte años; pero la boca, de diseño admirable, se entreabre a veces con sonrisa tan suave, que le da un aire de inocencia y de ternura infantiles.

Cruza el salón. El ritmo de sus movimientos

parece depender del ritmo de sus líneas; sus ademanes, sin afectación, tienen cierta lentitud llena de armonía y ondulan con la cadencia que les imprimen sus rasgos esculturales.

*

* *

—¡Ah! ¡hermosa! —me decía Alberto, mientras pasábamos a otro salón, con el objeto de admirar una de las acuarelas de Blanca—. Sí, hermosa; pero su hermosura, lejos de sorprender o de parecer exótica, se ostenta espontánea y natural en esta decoración del arte y de la naturaleza, bajo este cielo de Italia, al lado de este golfo azul, entre estas esculturas y esos bosques de mirtos. Parece una hermana de esas diosas de mármol que, en actitudes nobles y serenas, sonríen enigmáticamente en la penumbra del parque.

Durante la comida, el Conde que se hallaba a mi lado, entró en explicaciones sobre algunos de los convidados.

—Tenemos al frente —dijo bajando un poco la voz— al autor de los célebres oratorios sobre los Salmos de David... Sí, el sacerdote que refería el milagro de San Genaro... Es sencillamente un genio. Vuelve ahora de Ravena, donde se encerró durante meses en un convento para reponer su salud y también para adelantar en el silencio del claustro un poema sinfónico, intitulado *Stella Maris*.

Aunque el Conde bajaba la voz, por la excesiva expresión de su fisonomía nuestro vecino advirtió que de él se hablaba, y se ruborizó le-

vemente. Observé la fisonomía del joven sacerdote: a primera vista, la frente alta y pura, las pupilas de expresión candorosa, cierta timidez encantadora de los ademanes, le daban el aspecto de un seminarista; pero al observar la línea vigorosa de las cejas y el labio voluntarioso y firme; se adivinaba la pasión del arte, la energía del que está decidido a encontrar algo original, del que se siente llamado a crear y a imponer una nueva fórmula de arte.

La conversación fue pasando de uno a otro asunto. A propósito de una nueva edición de Lamartine, el anciano Delecluze enarcó las cejas.

—¡Ah! —exclamó— los románticos de la raza de Lamartine ya pasaron, pasaron para siempre, y por mi parte, lo lamento... La nueva generación, deprimida por un realismo malsano, no tiene ya los entusiasmos, las nobles alegrías que conocí en mi tiempo.

—Y en el mío —observó el Conde—. Octavio Feuillet nos pinta lo que era un joven romántico en nuestra época: el héroe de una de sus novelas, por ejemplo, salva los terranovas que se ahogan en los estanques, o se arroja desde las almenas por agradar a la dama de sus pensamientos. El éxito de la *Novela de un joven pobre* demuestra que tal era el ideal de la sociedad cuando teníamos veinte años.

—La verdad es —replicó Alberto, acaso para atraer la atención de Blanca— que hoy se lee poco esa novela.

—Lo cual prueba que la nueva generación no

es idealista —dijo el escultor—, y si puedo decirlo, haciendo excepción de los jóvenes aquí presentes, yo agregaría que nadie tiene veinte años en nuestro siglo XX.

—Me permito negarlo... hasta cierto punto —dijo el joven sacerdote, dejando su aire de candor para revelar su temperamento de energía—. Creo que la tendencia idealista o romántica, si hemos de darle ese otro nombre, es una eterna disposición del espíritu y forma parte de la naturaleza humana... No, no muere el entusiasmo, tan sólo se modifica, se transforma. Es el amor romántico, el amor de la gloria, lo que estimula hoy a los artistas en sus creaciones y a los sabios en sus descubrimientos.

—¡Bravo! —exclamó el escultor, sonriendo—: ¡la juventud vuelve por sus fueros!

—Daría tristeza pensar —observó Blanca en tono natural y sencillo y con la facilidad de expresión que había heredado de su padre— que no exista hoy el entusiasmo de otros tiempos. Creo que hoy, aun los hombres de ciencia, tienen un ideal y combaten por la gloria...

Y así continuó la conversación. Yo escuchaba en tanto, más que las razones, el acento musical de Blanca: tenía la voz sonora y al propio tiempo aterciopelada, como si la riqueza del timbre se amortiguara con la melancolía de un alma noble, pródiga, que aún no ha realizado todos sus ensueños.

*

* *

Salimos a la terraza; en grupos nos paseamos

por el jardín a la luz de la luna, acariciados por una brisa suave que traía los suspiros de las olas y esparcía en torno los aromas de los jardines.

Alberto se acercó al anciano Delecluze; hizo discretamente alguna alusión a Blanca.

—¡Cómo no admirarla! —exclamó el anciano, mientras nos internábamos por un sendero de mirtos—. ¡Cómo no admirarla, si une y armoniza en su persona, sin notarlo ella misma, el prestigio de la virtud, de la hermosura y del arte!... Al verla en el salón interpretando *con amore* una partitura de Verdi, un salmo de Petrucci, o al contemplarla en la terraza haciendo con entusiasmo una acuarela del golfo, diríase que el arte es la única pasión de su alma, y nadie podría creer que en la mañana, después de la Misa, va por la aldea con el mismo entusiasmo, buscando miserias en las caras de los pescadores, distribuyendo ropas, enjugando lágrimas, practicando la caridad... la más divina de las virtudes humanas, la más humana de las perfecciones divinas.

En tanto que caminábamos lentamente por la avenida del jardín, escuchábamos con inmensa curiosidad y respeto a aquel anciano que para los unos era el "hombre esfinge" y para los otros era el "santo".

El anciano dio algunos pasos, volvió a detenerse, conmovido al hablar de Blanca.

—En estas cuestiones tiene ella una serie de máximas encantadoras, y dicho sea de paso, que aplica textualmente: "Debemos, dice, dar a los pobres más de lo que podemos, para tener certidumbre de que damos tanto como debemos."

Habíamos llegado al extremo del sendero de mirtos. Regresamos. La luna iluminaba la terraza; Blanca, de pie, distribuía el café a los convidados.

—A veces Blanca —continuó el anciano, en tanto que contemplaba a la joven bañada por el fulgor de la luna— a veces desde esa misma terraza la joven observa el mar y recuerda los infortunios de los pescadores; porque este mar que ahora vemos en reposo, al acercarse el invierno tiene cóleras inesperadas, y asalta con furor las barcas, y su rugido en la noche llega a nosotros y parece contar sus batallas contra el hombre; imita los crujidos de los navíos desgarrados entre los arrecifes, remeda con burla trágica los lamentos de los náufragos; y el viento pasa imitando los sollozos de las viudas y de los huérfanos... Entonces Blanca encuentra, si puedo expresarme así, una especie de pasión, de júbilo, al lanzarse llena de caridad hacia la ola del dolor, ola acerba, saturada con la amargura del llanto... Y en sus facciones ha quedado el sello de ese aprendizaje, la huella de esa compasión, unidos a la alegría y a la dulzura de prodigar el consuelo... Ahora mismo, desde aquí, podemos observarla; sus pupilas miran a lo lejos, como escrutando el horizonte para descubrir y salvar a los náufragos de la vida.

Nos detenemos al pie de la terraza, a la sombra de un grupo de azaleas, y contemplamos a la joven. En sus miradas se adivina como una visión del más allá, sus pupilas tienen la belleza misteriosa de los ojos del marino o del místico,

ojos acostumbrados a vagar a lo lejos, lánguidos y profundos escrutando el horizonte, sondeando el infinito.

La luna se ocultó tras una colina, y sólo alumbraban el jardín las linternas de la escalinata. Los convidados volvieron al salón. Un acorde en el piano, el gemido de un violoncello.

—Va a cantar Blanca.

Subimos la escalinata. Las ventanas del salón están abiertas: se divisa un lado del golfo y un trozo de cielo. Penetran los efluvios del jardín y se ve en el fondo oscuro el parpadeo de las estrellas.

Blanca se acercó al piano.

—Hija —dijo el Conde— ahora algo para mí: la *Serenata de Schubert.*

En tanto que continuaba la melodía, dulce y quejumbrosa, el Conde tenía un ademán estático, echada atrás la cabeza, los labios entreabiertos, perdida la mirada en el espacio, como quien escucha un aire familiar, la canción preferida, el himno que va despertando uno a uno los recuerdos, evocando los ecos de la juventud, repintando, con tintes nuevos, los paisajes de antaño.

Entre aquellos recuerdos se alzaba la imagen de su esposa, muerta viente años atrás; la dulce compañera que, en otro tiempo, cantaba al lado *suyo la Serenata,* en noches de estío. ¡Ah, noches lejanas! También salpicadas de estrellas y llenas de aromas...

Veía de nuevo surgir la sombra de la amada Amalia, ante cuyo retrato —esbozado e incon-

cluso como su dicha— en los primeros años de su viudez, el Conde, haciendo vibrar el violín con aquellas notas melancólicas y lentas, ponía todo el amor y todo el dolor de su alma.

Y no era sólo la inspiración musical del autor, era la interpretación de Blanca, la voz delicada y sublime la que, dando a cada nota todo su valor, dando a los acordes todo su poder, hacía vibrar y desfallecer nuestro corazón al unísono con el de Blanca y con el del padre, y adivinar ocultas ternuras y recónditas armonías en aquellas almas, en nuestro propio espíritu y en aquella noche de estío, llena de aromas, poblada de cadencias y tachonada de estrellas.

*

* *

A la semana siguiente, una tarde, poco antes de caer el sol, nos dirigimos a casa de Blanca.

Tomamos el sendero de la playa. A la izquierda, el murmullo y el olor de las olas; a la derecha, el silencio y el aroma de los jardines. Llegamos al pie de la gradería que, en el flanco de la colina, al través del parque, conduce a la "villa" del Conde.

El sol filtraba sus rayos oblícuos al través del follaje, esparcía a trechos pinceladas de oro y encendía y alegraba, sin quitarle su frescura, el bosque de palmas y de cedros.

Sentía Alberto que el pecho se le llenaba de aire puro, el corazón de paz y de esperanza. Acaso no quería revelarme con palabras el estado de su espíritu, pero me lo dejaban comprender sus ademanes. Gozaba al ejercitar los músculos

en la subida, al hacer crugir bajo el pie la arena del sendero, y se sorprendió de pronto al oírse tarareando una canción que no entonaba desde niño.

Los dueños de casa estaban en la explanada que domina el golfo. Con algunos amigos tomaban bebidas refrescantes a la sombra de un cenador de enredaderas.

—¿Un vaso de *granita?* —preguntó Blanca.

—Yo —dijo el escultor— conservo mis caprichos del año pasado...

—Ya recuerdo —dijo Blanca— té frío con limón y...

—*Y sin azúcar.*

Contemplamos desde allí la playa, el golfo, el horizonte, aquel cielo del ocaso con sus arreboles de púrpura.

—Talvez desde aquí mismo —dijo el Conde, en tanto que extendía el brazo hacia el poniente— contempló Nerón, en una tarde como esta, una puesta del sol como la que estamos contemplando.

—Digna del César —observó el escultor— con ese oro y esa púrpura.

—En mi opinión —observó M. Delecluze mientras ponía la copa sobre la mesa y fijaba los ojos en el poniente— la naturaleza tiene para nosotros mayor poesía y elocuencia que para los paganos. Nerón estuvo aquí, pero jamás Nerón se detuvo a contemplar este paisaje.

—¿Lo cree usted? —interrogó el abate Petrucci, acaso con la intención de que el anciano desarrollara toda su idea.

—Lo creo, y usted sin duda lo creerá asimismo. La creación tiene mucho más que decirnos, se mezcla a nuestras penas y a nuestras alegrías, y al pensar que un Dios, nuestro Padre, conserva cada día esta naturaleza y renueva estos paisajes con todas sus magnificencias, disfrutamos de ellos considerándolos como emanaciones de su mano creadora y de su eterna providencia.

En tanto, Blanca y Alberto conversaban aparte. Comprendí desde la primera noche que, a pesar de su melancolía, y talvez a causa de esa misma sombra que asomaba en sus pupilas, Alberto tenía para Blanca el atractivo de un enigma que ella deseaba descifrar y la tristeza de un alma que anhelaba socorrer. A una pegunta de Alberto.

—Sí, soy feliz —contestó Blanca, con aquel timbre a un tiempo sonoro y velado, que anunciaba la franqueza y la dulzura de su espíritu—. Desde que volví del colegio... Usted sin duda lo conoce; está en Trinitá-dei-Monti, junto al paseo del Pincio... desde entonces no me he separado jamás de mi padre. ¡Nos amamos tanto!

—Sin embargo, no fue usted a la caza, en el castillo de los Abbruzzos.

—Es verdad: una excepción. Pero aquí acompaño a mi padre en todas sus excursiones. Trato de llenar en su corazón el vacío que dejó la muerte de mi madre. De cuando en cuando hacemos paseos a Rocca di Papa, a Castel Gandolfo, al lago de Nemi. Ayer tarde subimos a la colina de Frascati, en el punto más alto, donde

se encuentran las ruinas del palacio de Diocleciano y la Academia de Cicerón.

Cuando llegamos al anfiteatro, nos sentimos tan felices de encontrarnos en aquella altura en medio de la paz y de las ruinas, a la caída de la tarde, y contemplando desde allí toda la campiña romana, y en el fondo, entre una niebla azul, la cúpula de San Pedro... sí, nos sentimos tan conmovidos y tan dichosos, que mi padre me cogió la cabeza y la estrechó contra su corazón; yo le besé la mano, sin poder contener las lágrimas.

Alberto la escuchaba embelesado. En el mundo artificial en que había vivido, conociendo mujeres atractivas y perversas, no había encontrado una mujer como aquella, con tal frescura de corazón, con tal facilidad y sencillez de palabras y aquella visión de artista en las pupilas.

Por la ley del contraste, revoloteó en la memoria de Alberto y pareció flotar ante sus ojos otra imagen de mujer, la sombra de Nora-Wilson, que ante los muestrarios de los grandes almacenes, pasando de unas a otras fantasías, de las sederías multicolores a las pieles y a las joyas, se agitaba como una mariposa, incansable y ligera, mostrando en el mohín de los labios una sola preocupación, un solo pesar, que por momentos oscurecía sus pupilas azules: la tristeza de no poder comprar todos los tesoros que había admirado.

*

* *

En el otro grupo continuaba la conversación,

animada y serena, y llegaban hasta nosotros algunas frases entrecortadas por el murmullo de las olas.

—Sí —decía el abate Petrucci—el oído también se ha hecho más delicado por la cultura moderna.

Se detuvo un instante, como para escuchar y discernir las armonías dispersas en aquella hora tranquila.

—Sí, es verdad —agregó—: el oído no sólo se complace en las sinfonías románticas de la naturaleza, con los rugidos trágicos de la tormenta o con las lamentaciones a grande orquesta del viento entre los cedros, sino que goza al escuchar, como ahora, aquel trémolo con sordina de la ola en la playa, o el murmullo de aquella fuente que destila entre los musgos de la gruta, o bien las notas cristalinas de los pájaros, que se llaman y responden en la calma del crepúsculo.

Alberto y Blanca tornaron, tras una vuelta por la explanada, a sentarse a pocos pasos, en un banco de madera junto al cenador cubierto con un pabellón de jazmines.

Caía el crepúsculo. El mar tomaba un tinte más profundo, y en el fondo del cielo, claro todavía, las estrellas, una por una empezaban a brotar dulcemente. Las campanas de la aldea tocaron el *Angelus* y los tañidos se difundieron, agregando una nueva armonía a aquel ambiente cargado con los acentos de los pájaros en el ramaje y con los olores soñolientos de los jazmines.

Crecían las sombras. Los pájaros callaron en el parque, pero en el silencio de la noche que avanzaba se alzó una música más suave que los gorjeos en el ramaje, vibró el trémolo de las olas que sollozaban amorosamente al deshacerse entre la arena.

En la línea del horizonte, entre la oscuridad verdosa del mar y la oscuridad azulina del cielo, se tendió una ceja de luz: la luna se alzó lentamente, abrillantó el mar con reflejos de nácar e hizo palidecer las estrellas.

Un lado del golfo surgió de las tinieblas dividido de parte a parte por el reflejo de la luna de plata, que palpitaba y se cubría de chispas fosforescentes.

La curva de la costa, los ramilletes de palmeras, las masas de cedros, se esfumaron entre una niebla opalina y se envolvieron blandamente en una claridad llena de quietud y de misterio.

Y en el silencio melodioso de aquella noche, desde el fondo del golfo, allá, a lo lejos, amortiguada por la distancia, la voz de un pescador se alzó llena de pasión y de ternura, cadenciosa y solemne como un himno a la paz de la tierra, dulce y mística como un canto de amor de las almas.

*

* *

Di algunos pasos por el jardín al lado del abate Petrucci, escuchando con curiosidad sus doctrinas en materia de música, y con deleite, al través de su temperamento, las armonías disper-

sas de la naturaleza, que él sabía distinguir, interpretar y revelarme con expresión fácil y elegante.

Torné hacia el banco donde se hallaba Alberto y traté de adivinar el efecto que hacía en su alma aquella noche de Italia.

Contemplada desde la terraza, al lado de aquella mujer ideal y sencilla, entre los efluvios de los jazmines y el trémolo del oleaje, aquella noche de majestad y poesía, en el alma de Alberto a un tiempo despertaba el placer y la tristeza, con cierta languidez desgarradora, como la que produciría en sus nervios lastimados una melodía de violoncellos *que sollozaran prolongadamente.*

Alberto dejó vagar la mirada por el paisaje, luego la volvió hacia Blanca: la figura de la joven, bañada por la luz de la luna, se destacaba sobre el telón de enredaderas, y en aquella claridad azulina, en aquel resplandor ultraterreno, sus cabellos y sus ojos parecían más oscuros, sobre el cutis todavía más pálido. Las pupilas brillaban con esplendor aun más suave, y tenían, como el golfo y como el cielo, una profundidad luminosa.

Blanca, que estaba absorta contemplando el panorama y escuchando el canto que venía de la barca, salió de su abstracción y volvió los ojos hacia Alberto. Las miradas se encontraron. Alberto palideció. Permanecieron mudos, temerosos acaso de pronunciar esas palabras fútiles que interrumpen la elocuencia de los grandes silencios.

Y desde el fondo del golfo seguía alzándose y venía hacia nosotros aquel aire sentimental, himno de amor y poesía, que se había transmitido de generación en generación a través de los siglos, con su cadencia siempre antigua y siempre nueva, eterna como la juventud de la tierra e inmortal como el murmullo de las olas.

*

* *

Aquella noche Alberto, al cruzar bajo los cedros del parque, al descender hacia la playa y al vagar por el ribazo, sufría, pero con sufrimiento grato a su espíritu. Columbraba la tierra con aspecto nuevo. De pronto le vi alzar la frente: sentía ya, por la vez primera, el anhelo de vivir, cierta fiebre de actividad y de ignotas energías, una ambición de gloria, dulce y dolorosa. Parecióle que en su alma estéril empezaba a brotar el caudal de nuevos sentimientos, como esas fuentes que a la luz de la luna veíamos surgir limpias y frescas, entre los peñascales de la costa.

Y en tanto que Alberto y yo vagábamos por la playa, vimos a Blanca largo rato en la terraza, apoyados los brazos en la balaustrada de mármol, hundidas las miradas en la vaporosa claridad del golfo.

*

* *

A la mañana siguiente, Alberto, al descorrer la celosía que daba sobre el mar, experimentó por vez primera, en su plenitud, la felicidad de la vida. Los árboles del parque brillaban, recién mojados por el rocío. Al pie se extendía el

golfo, envuelto en neblina transparente y fresca. A medida que se alzaba el sol, la neblina se encendía con tintes de rosa y el golfo lanzaba reflejos de ópalo.

Pasó una brisa que sopló hacia el horizonte aquella gasa; descubriéronse las rocas, el puerto, los boscajes; y en la atmósfera azul la vida parecía despertar, alada y leve. Las barcas, saliendo a la pesca, se deslizaban blandamente sobre el agua; las gaviotas, balanceándose en las alas elásticas y largas, describían amplios círculos; zumbaban las abejas entre los mirtos y los emparrados y bandadas de mariposas revoloteaban sobre las flores de los almendros.

—¡El sepulcro! —dijo una voz a su espalda; Alberto se estremeció al oír aquella palabra y al sentir una mano que se posaba en su hombro.

—¿El sepulcro? —preguntó malhumorado volviendo la cabeza.

—Sí, señor —contestó el escultor, en tanto que le presentaba unos diseños—. Ayer concluímos la gradería en la roca y la base del monumento. Todo adelanta de prisa. He pensado hacer algún cambio en la ornamentación. Va usted a elegir entre estos dos proyectos.

Y sin querer notar el desagrado y la palidez de Alberto, extendió el dibujo sobre la mesa.

—¡El sepulcro! —me decía una hora después Alberto—. ¡Cómo suena fatídicamente esa palabra en esta mañana de primavera!

Y pretextando un compromiso conmigo para un paseo en barca, despidió al escultor con poca ceremonia.

Presentóse el camarero, entrególe una carta a Alberto, quien observó el sobrescrito con desconfianza y reconoció la letra con disgusto.

—Es del Vizconde Ogheroff.

Dejó caer el pliego sobre la mesa, al lado de los planos del escultor; luego volvió a tomar la carta y la abrió con disgusto.

"...Infórmame cómo va tu proyecto. Veo que has encontrado un lugar excelente, donde podrás realizar tu idea..."

Se interrumpió. La lectura de aquella carta volvía a traer a su alma la duda, el pensamiento lúgubre, el pasado funesto.

Se dejó caer en un sillón, la frente entre las manos; cerró los ojos; le pareció oír la voz del Vizconde, fría como una sentencia del destino; creyó ver de nuevo aquella figura, en el salón del Club; vio al amigo triste y demacrado, sumergido en la observación de "su mal", mirándose la mano, aquella mano enjuta, cargada de anillos.

—¡Aire... luz! ¡Salgamos! —exclamó Alberto como si sacudiera una pesadilla. Tomamos una barca. En el paseo hacia Neptuno hallamos al paso la barca del Conde. Las miradas de Alberto y de la joven se cruzaron, y tornó la luz a brillar en aquella alma torturada. Las gaviotas giraban en torno, en amplios giros. En la atmósfera azul todo entonaba el himno de la vida.

*

* *

Una tarjeta del Conde Angelini nos comunicó que aquella noche se iba a ensayar la *"Ro-*

manza heroica" del abate Petrucci. Cuando llegamos ya estaban en el salón los otros convidados. Blanca tomó el papel y se colocó al lado del piano. Acompañaban el canto dos violoncellos y un arpa. Principió la *Romanza*. Las notas ascendentes del canto van relatando la aspiración, tímida al principio y luego poderosa, de una alma libre y pura.

La melodía, acompañada por aparentes discordancias de la orquesta, se hiere a veces y se lastima entre las asperezas de los intervalos cromáticos; estalla el grito del dolor humano, mas luego se alza un himno de paz y de consuelo, que va ascendiendo, que va vibrando, dulce y poderoso, con el acento de las supremas esperanzas.

—Un aire a la vez sencillo y heroico, digno de su nombre —observó el escultor—. Desde el primer momento se comprende que va a decirnos grandes cosas.

—¡Magnífico, señor abate! —exclamó el Conde—. El movimiento ascendente de esa música nos va llevando de la ternura al entusiasmo, paréceme como el aleteo de un espíritu que se eleva de las tristezas de la tierra a la serenidad de lo eterno... Lo repito: ¡Magnífico!

—¡Admirable! —exclamó el anciano Delecluze, dando el ejemplo del aplauso.

—Esa romanza —me dijo conmovido— es la imagen del alma de Blanca.

—Explíquese usted —contesté deseoso de que hablara, pues anhelaba conocer el fondo de su espíritu, llegar por su palabra a penetrar en la

parte más secreta de su corazón. Me interesaba aún más desde que le había visto pálido e inmutado al oír el nombre de Alberto.

—Sí —agregó el "hombre-enigma" —esa romanza es un retrato de mujer, imagen en cierto modo interior, retrato espiritual, por decirlo así, en que el alma de Blanca, llena de enérgica dulzura, llena de caridad y de virtudes, capaz del sacrificio hasta el heroísmo, se encuentra retratada en la trama musical, se halla modelada por el sonido y el silencio, tal como un rostro que se deslínea y se destaca en la trama del lienzo por la graduación de las luces y las sombras...

Y así continuó hablando aquel anciano elocuente y extraño, encontrando secreta armonía entre las armonías de la línea y de la nota, la relación misteriosa entre las vibraciones del color y del ritmo, entre las virtudes del alma y las vibraciones de la música; y yo le escuchaba, tratando de adivinar a mi vez la relación oculta entre su vida presente y aquel pasado suyo que se hundía en la sombra y se ocultaba en el enigma. ¡Ah! pero aquel hombre que así hablaba —me decía yo, mientras seguía los movimientos de su hermosa cabeza de apóstol— aquel que de tal suerte sabía descifrar y sentir el arte y la virtud, no podía tener una mancha en su conciencia. ¿Por qué, pues, se envolvía en el incógnito?, ¿por qué persistía en extender sobre su pasado el paño negro del misterio? Y esto mismo hacía más interesante su figura, más enigmático su enigma.

—¡Bravo —exclamó el escultor al otro lado del

salón—. Es un aire valiente y heroico, digno de su nombre. ¡Qué admirable distribución de formas, de ritmos y de movimientos!

Alberto se había colocado al lado del piano, en la penumbra azulina formada por la pantalla de un candelabro. Desde allí contempló a Blanca, que alumbrada de lleno, con su vestido de gris perla, destacaba su figura escultural sobre el fondo carmesí de los tapices antiguos. Alberto se pasó la mano por la frente... ¿Soñaba?... Parecióle que había visto así a Blanca, en un tiempo lejano, en otra época remota... ¿dónde? ¿cuándo?... no: era una ilusión... era un sueño...

—He experimentado —me dijo, en tanto que me tomaba el brazo y que nos encaminábamos al balcón para respirar el aire fresco de la noche— acabo de sufrir esa impresión extraña por la cual creemos que lo que sucede en el instante actual ya había sucedido en un tiempo remoto, tan lejano, que no conservamos de ese pasado o de esa otra existencia sino un recuerdo vago y misterioso.

—Vuelve a la realidad —le dije—. ¡Ah! mírala, ¡qué hermosa!

Blanca dejó la partitura sobre el piano y volvió al lado de su padre; cruzó el salón con aquel andar suyo en que el ritmo del paso armonizaba con el ritmo de sus líneas esculturales.

—Sí, ¡hermosa!... —me contestó Alberto, con un suspiro involuntario—. ¡Ah! ¡demasiado hermosa!... —agregó con voz rota y velada.

Pensé que Alberto, asaltado de nuevo por un

presentimiento trágico, contemplaba con dolorosa admiración una felicidad que jamás alcanzaría.

La joven vino luego hacia nosotros, se colocó cerca del balcón, para recibir el soplo perfumado del parque. Alberto aproximó una silla, y dominando su emoción, habló de cosas triviales: una próxima excursión al lago de Castelgandolfo, un paseo en barca hasta Torre Astura...

—O una excursión a la isla de Palmarola —observó Blanca—. *¿No conoce usted ésa isla?*...

De pronto, mientras que se estremecía ante aquella mirada tan ingenua y ante aquella frase *tan sencilla, Alberto sintió pasar por su mente* un recuerdo, una sombra: Palmarola... el sepulcro...

—¿Por qué? —preguntó Blanca con cierta vaga inquietud en el fondo de sus grandes pupilas— *¿por qué toma usted* esa expresión de tristeza?

Un silencio. Alberto replicó al fin en tono grave, con la voz opaca de una incurable melancolía:

—*¡Ah! quisiera ser feliz, pero me siento tan* poco digno de serlo!... Acaso un día comprenderá usted mi respuesta... Usted principia la vida; yo, la termino.

Se detuvo.

Sintió acaso el remordimiento de no tener valor para concluir la frase, para confesarse y revelar el fondo de su alma, la lucha entre el amor y la desesperanza.

*

* *

Dos meses hacía que habíamos llegado a Porto D'Anzio.

—Sí —me decía Alberto, mientras paseábamos, a la luz de la luna, por el sendero de la playa, viendo el flujo y reflujo de las olas, que parecían imitar en su vaivén las fluctuaciones del pensamiento, la agitación amarga de aquella conciencia—. Sí, tienes razón: soy un desdichado, un ser contradictorio... Por un lado, con las magnificencias de la naturaleza, con las maravillas del arte y acaso con la ilusión de un amor puro, me llama la vida... Por otro lado, con mi antiguo tedio, con el hastío que han dejado en mi alma ciertas lecturas y con la creencia en la fatalidad del atavismo, me llama la Muerte...

Se detuvo, cruzó los brazos, clavó las pupilas en la sombra, a lo lejos, por encima de las olas.

—...Y aún el atractivo de aquel sepulcro que ya se termina, que pronto me espera, influye de un modo misterioso en mi conciencia.

—Vuelve la mirada hacia aquellos jardines —le dije— allí, ella... Blanca... ¿la amas?

—Sí, por desgracia, la amo...

—¿Por desgracia?...

—Si he de morir, si es inevitable la ley de la herencia, si al fin nada me ha de sustraer a mi destino, lamento el concebir ese afecto que he de truncar tan dolorosamente...

—Aparta esas ideas... tú cantarás al fin un himno de triunfo.

Fijó la mirada en la altura, en una balaustrada de mármol medio oculta entre los ramos de jazmines. En la fachada de la quinta se veía un balcón entreabierto, iluminado. La sombra de una mujer por un instante se destacó en el cuadro de luz... Luego el balcón se cerró, la fachada quedó en tinieblas.

—Aquello es como un símbolo —dijo Alberto—. Un instante de luz, de ilusión, de esperanza; después... la sombra... Continuemos nuestro camino por esta playa oscura, a lado de estas olas sin reposo. ¿Decías que yo cantaría un himno?... no lo sé. Acaso sea, como en la novela de D'Annunzio, "El triunfo de la Muerte".

Y continuamos por el sendero de la playa, silenciosos, en tanto que a nuestro lado sentíamos el oleaje que iba y venía, remedando la inquietud de esa conciencia.

*

* *

En la misma semana, agitado por ideas contrarias, determinó Alberto ir a consultar con el anciano Delecluze.

—Soy un enigma para mí mismo —me decía Alberto— y ese anciano es un enigma para todos... Los enigmas se atraen, simpatizan, se complementan, y acaso se explican uno a otro... Además, yo veo en su mirada, en su manera de hablarme, un interés misterioso con respecto a mí... ¿por qué? lo ignoro... Es otro enigma. En todo caso, él es el confidente de Blanca, y ha de ser también mi confidente... Voy a pe-

dir su consejo, a revelarle mis sentimientos y a solicitar su mediación para con el padre de Blanca. Acompáñame.

El anciano estaba en su cuarto de estudio: una inmensa biblioteca; el busto del Papa sobre el escritorio.

Alberto, dominando definitivamente su emoción, se sentó frente al anciano, y entrecerrados los ojos, sorda la voz, confesó sus luchas interiores, su amor y su agonía.

—Por respeto a usted —dijo, para concluir— por el amor a Blanca, acabo de hablar con entera franqueza; le he revelado el fondo de mi alma, todo el bien y todo el mal... esta lenta tortura entre la ilusión y la muerte.

El anciano le escuchaba en silencio, le contemplaba con mirada de misericordia y simpatía.

—Lo que usted llama ley de herencia o atavismo es una palabra vana, amigo mío...

—Siento su misterioso influjo... aquel abuelo mío... aquel fin trágico...

—Dejemos en paz a los muertos... —interrumpió el anciano— y debo decirle que no hay en esto ni leyes determinadas ni principios conocidos. Preséntanse argumentos en pro y en contra, aun sobre la herencia de las virtudes. ¿Piensa usted en la herencia trágica de aquel abuelo suyo?

—Así lo creo... lo siento...

—Dejémosle en paz... en la paz del sepulcro... Mas ¿por qué no pensar en los otros antepasados? ¿por qué no creer asimismo en la he-

rencia del bien, de la virtud, de la alegría? ¿Por qué no pensar en las virtudes de tantos otros antepasados suyos? Cada ser es el resultado de miles de seres difuntos, su carácter es como una amalgama de elementos que varían hasta lo infinito... Haré una comparación: anoche escuchábamos en casa del Conde la última "Salmodia" de Petrucci... admirable, original, única... y sin embargo se compone de notas siempre iguales, siempre antiguas. ¡Cuántas combinaciones nuevas pueden formarse con elementos seculares! ¡cuántas innovaciones por medio de la imaginación en el arte y por medio de la educación en la existencia!

Se detuvo, como si le embargara el recuerdo de su propia vida; pareció sumergirse en las sombras de su pasado ignoto; pareció hundir la mirada en su vida de misterio; mas luego, perdiendo las pupilas aquella expresión vaga de un alma que se ausenta, tornó a brillar su mirada y contempló a Alberto con creciente simpatía, con expresión de suprema ternura.

—La época —dijo— el medio ambiente, la educación, los amigos, las lecturas... ¡oh, sobre todo las lecturas!... convierten en virtudes ciertos vicios o pueden convertir en vicios ciertas nobles cualidades. La barbarie puede transformarse en laudable valentía; el orgullo necio, en ambición generosa; lo que es sólo temeridad, desprecio inconsiderado de la vida puede con una dosis de razón trocarse en heroísmo, en el heroísmo del sacrificio cristiano.

Y al pronunciar estas últimas palabras, de

nuevo pareció ausentarse con el pensamiento, perdida la mirada a lo lejos.

—Amigo mío —dijo luego con acento de enérgica franqueza, en tanto que se inclinaba en el sillón para colocar la mano en el hombro de Alberto—; amigo mío; ¿cree usted, como me lo dice, que ha vivido demasiado?... Yo pienso que usted no ha comenzado siquiera la vida. Usted cree haber conocido el placer hasta el hastío, y yo creo que apenas ha entrevisto, de lejos, las verdaderas dichas de la existencia.

Además, usted dice con el poeta decadente: *Hélas, la vie est triste et j'ai lu tous les livres!...* Amigo mío, usted no ha leído sino alguna docenas de malas novelas que le han desvirtuado la voluntad y perturbado el espíritu... ese espíritu generoso y hambreado de ideal, digno de nutrirse con medula de leones...

Alberto inclinó la cabeza, acaso ruborizado, cual si vinieran a su memoria los temas de aquellos libros que él mismo, en horas de confidencias con el Vizconde Ogheroff, reprobaba con amarga ironía.

—No, amigo mío —agregó el anciano—; guiado por un falso *cazador de emociones,* usted se ha extraviado, se ha fatigado, como tantos otros, explorando terrenos estériles, sin obtener compensación a sus fatigas, sin lograr una hora de satisfacción verdadera. No ha ensayado usted todavía ni el trabajo que dignifica y que redime... hablo ante todo del trabajo del espíritu, más noble y más arduo que la labor de nuestras manos; no ha ensayado el arte que eleva y exta-

sía, ni la caridad que conmueve el alma con santas e inefables alegrías... Apenas ha presentido, apenas ha entrevisto el amor, el verdadero, el puro, el infinito... Sí, amigo mío, usted ama a Blanca, y acaso ella le ama... Cultivemos ese noble afecto... Esta semana le hablaré al Conde.

El ánimo de Alberto empezó a abrirse a la luz de estas ideas; y al notarlo el anciano, agregó, para estimular los sentimientos que empezaba a despertar en aquella alma: —El corazón y el espíritu no pueden estar vacíos, es preciso colocar en ellos algo eterno; es preciso alimentarlos con una sustancia inmortal, con la bondad, la verdad y la belleza... Ya lo dije y torno a decirlo, amigo mío, debemos nutrirnos, como los antiguos atletas, con medula de leones...

*

* *

—¿Salimos a dar un paseo? —nos dijo a la mañana siguiente Delecluze.

—Vamos —dijo Alberto— el tiempo está hermoso.

—Podemos aprovecharlo —observó el anciano— yendo a la fragua donde trabajan en la cruz monumental que por iniciativa del abate Petrucci, y con el dinero colectado por Blanca, *debe levantarse en aquella colina*... allí... en el parque del Conde, sobre la costa. Alzaremos *al mismo tiempo, en aquel* peñón, un faro. La cruz y el faro, consuelo y esperanza en las noches de tormenta.

—¿Ya están cubiertos los gastos?

—El escultor y el Conde han regalado el cru-

cifijo, y ya está fundida en Milán la imagen en bronce... una obra maestra.

Media hora después llegamos a la entrada del caserío. De lejos oímos el repique de los martillos sobre el yunque. La fragua: entramos. Cuatro mozos, desnudos el cuello y los brazos, en torno al yunque, martillaban con tesón y alegría sobre un trozo de hierro caldeado al rojo blanco, que en la penumbra esparcía una lluvia de centellas. El abate Petrucci alentaba con su presencia a los cuatro atletas, y estos reían y martilleaban, sudorosos y contentos. En un rincón sombrío, la forja, con su resplandor y su acecido. Por una ventana penetra la claridad del campo, y en medio de aquella penumbra saca a trechos una nota brillante de los aceros y los cobres cincelados. Esas caras cubiertas de sudor y llenas de energía, esos brazos cruzados de venas y realzados por músculos de hierro, esos cuellos de hércules, inflados por la respiración, formaban un hermoso conjunto de fuerza, y bañados por la luz azul de la ventana y por el resplandor rojizo de la hoguera, presentaban con el contraste de reflejos un vigoroso conjunto de vida y de color, un cuadro sencillo y potente.

—¿Por qué no se ha dirigido usted a mí, señor abate, al hacer la colecta?

Y Alberto deslizó en la mano del sacerdote algunas monedas de oro.

—Cuando esté erigido el Calvario, señor abate, acuérdese usted de mí...

Se interrumpió; luego, a media voz, y con sonrisa dolorosa:

—Sí, rece usted... rece por un náufrago de la vida.

De regreso acompañamos al anciano hasta su puerta. Este, al despedirse, le estrechó con fuerza la mano a mi amigo, y en tono que revelaba su emoción:

—Gracias: usted ha contribuído para la obra del Crucifijo —murmuró con voz trémula—. Gracias en nombre de Blanca, gracias en nombre mío.

Se volvió hacia el mar y extendió el brazo:

—Aquel sepulcro que se levanta en la roca de Palmarola, es la negación de la vida, es la afirmación del egoísmo. Esta cruz que se alzará al frente de esa tumba, en los jardines de Blanca, es el símbolo de la fe, la consagración del sacrificio...

No había soltado la mano de Alberto, y la estrechó de nuevo:

—Y ahora, hasta pronto. Mañana iré a hablar con el padre de Blanca.

*

* *

Fiel a su promesa, el anciano pasó a visitar al Conde. Encontróle en su estudio, sentado ante la mesa, al lado del escultor, que le presentaba una fotografía y le consultaba sobre unos diseños.

Delecluze se colocó cerca del Conde.

—¿Soy importuno? —preguntó.

—Al contrario... ¡jamás!...

—Usted mismo —dijo el escultor— podrá darnos su parecer: tengo ya concluída gran parte

de aquel monumento, y traigo aquí dos proyectos para los bajorrelieves que han de adornar el sepulcro.

—¿Un sepulcro?

—Sí, el que actualmente se levanta en la roca de Palmarola —exclamó el Conde.

—He aquí la fotografía de lo que ya he terminado...

—Un sepulcro *de familia* —observó con ironía el Conde.

El anciano Delecluze bajó los párpados, se encorvó sobre la fotografía, se inclinó a mirar los diseños con esmero, temeroso de que el padre de Blanca adivinase en sus ojos las revelaciones de Alberto.

Cuando salió el artista, Delecluze principió a explicarse, a revelar con lentitud y precaución el objeto de su visita.

—Desde hace algún tiempo —observó el Conde— he creído adivinar, mejor dicho, he comprendido lo que pasa en el alma de ese joven.

—¿Qué ha comprendido usted?

—Comprendo sus melancolías; sus luchas... en suma, el objeto de esa tumba...

—¿De esa tumba?...

—Sí; lo adiviné desde la primera visita que él y yo hicimos al escultor en Roma. Algunas palabras mías dichas entonces de un modo alusivo le hacían palidecer, me revelaban su intención secreta.

—¿Ha comprendido usted?...

El Conde comprimió los labios, movió la cabeza con una expresión que decía claramente:

—Lo comprendo todo... ¡y es muy triste!

—Debemos compadecerle —dijo Delecluze.

—Sí, lo compadezco.

—Y tenderle los brazos, amigo mío...

El Conde frunció el entrecejo, como una protesta.

—Sí —dijo Delecluze—, lo contrario sería...

El Conde enarcó las cejas con una interrogación de alarma.

—Sería decretar su perdición definitva —agregó el anciano—. Sí, señor Conde, sería precipitarlo a la catástrofe...

—Es verdad, esperemos...

Silencio; momentos de ansiedad, de zozobra.

—Señalemos —dijo el padre de Blanca, tras lenta pausa— señalemos dos años de plazo.

—¿Dos años...? Largo término... ¡Ah, en dos años!...

—Sí, dos años de ausencia, sin que él ni mi hija vuelvan a verse.

*

* *

Alberto resolvió partir en seguida, en el tren de la media noche.

El anciano, lleno de compasión, conmovido hasta sentir que las lágrimas le enturbiaban las pupilas, estrechó la mano de Alberto.

Subimos al carruaje, la avenida estaba ya desierta. Neptuno y Porto D'Anzio dormían en la sombra. Al lado nuéstro, mientras nos encaminábamos a la estación, adivinábamos al través de la oscuridad compacta de los árboles, la oscuridad flúida de las olas. A trechos el viento

nos traía, como un estertor, el vaivén de la marea en los escollos.

La estación, casi vacía; dos o tres grupos de viajeros soñolientos y media docena de empleados silenciosos. Con su techumbre de vidrieras cubiertas de hollín, su asfalto negro, y sus linternas opacas por el humo, el edificio tenía cierto aspecto fúnebre. ¡Cuán distinto el cuadro a la llegada, entre el abigarrado concurso y a la vista de la playa resonante de música y de risas! Ya era la soledad de la partida, el silencio del abandono, entrecortado por aquel estertor lejano de la marejada en los escollos.

Alberto subió al vagón y se dejó caer en los cojines, pálido, como un sonámbulo. La fuerza de dignidad o de orgullo que lo había sostenido en su resolución, parecía abandonarlo a aquella hora... Por la ventanilla entreabierta miró a lo lejos, buscando acaso, en la sombra, una figura de mujer.

Extendió los brazos, como si la aparición se hundiera en el olvido para siempre.

—¡Blanca!... ¡Blanca!...

De sus ojos tristes, ojos de sonámbulo, brotaron dos lágrimas que enjugó en silencio. Sentía la soledad, veía el abandono. Era la separación como suele acontecer en la vida real, no en las novelas. Era el rompimiento sin una entrevista, sin una queja, sin una carta... Sentía en tal silencio, en tal soledad, el mayor de los suplicios.

¿Y Blanca? me preguntaba yo en tanto. Y evocaba la fisonomía de líneas puras, los ojos de

candor apacible y profundo, la sonrisa infantil de sus labios perfectos.

¿Y Blanca?... ¿sabía ella la resolución de su padre? ¿Sabía el viaje de Alberto? ¿Conservaba en tal momento aquella serenidad de estatua, aquella majestad de diosa que le había visto en las noches de estío, junto al balcón, bañada por el fulgor de la luna?

No podía yo evocar así su figura; imaginé verla asomada al balcón de la terraza, en aquella hora triste, hundidos los ojos en la sombra buscando al través de sus lágrimas la línea de fuego que, en la oscuridad de la campiña, trazaría un tren en marcha.

—*¡Partenza!* —exclamó un empleado, y su voz sonó de un modo lúgubre en la estación solitaria. Alberto se asomó a la ventanilla del coche. Extendió la mano.

—¿Hasta cuándo?

—Lo ignoro —me contestó con falsa indiferencia, más conmovido de lo que deseaba aparecer.

—Hasta pronto... Volverás.

—¿Volver?... ¡acaso nunca!

El guarda de la estación dio la señal, agitó en alto la linterna roja. La máquina lanzó un silbido, que desgarró el espacio; y el tren empezó a moverse lentamente.

—Adiós...

—Adiós...

Toda una época de ilusiones, toda aquella estación de flores y alegría, aquel período de entusiasmo, de esperanzas, de amor puro, de lu-

chas para vencer la suerte adversa, todo, de pronto, se desplomaba así, como un castillo de ensueño, con esas breves palabras finales.

El tren aceleró la marcha, salió de la estación, se hundió en la sombra.

*

* *

Pocos días después, el Conde y Blanca se dirigieron al castillo de los Abbruzzos. Concluída la estación de baños, todos nos dispersamos, entre la melancolía de los últimos adioses y las primeras tristezas del otoño. Empezaban a caer las hojas y a huir las golondrinas.

Llegóme a Roma una tarjeta del Conde, en que me invitaba a pasar algunos días a su lado. Fui a visitarle en su castillo de los Abbruzzos. Blanca pasaba los días trabajando con la aguja, fantaseando con los pinceles, orando y leyendo... Y en tanto, el cielo y la tierra se iban oscureciendo con las nieblas del otoño. Por las tardes, sentada en la terraza del castillo, la joven dejaba flotar la mirada por el paisaje; parecía seguir con ojos de ternura la fuga de las hojas que, unas en pos de otras, temblaban en las ramas, huían con la brisa, caían en el agua.

—¿Tienes algo?... ¿sufres?... —solía preguntarle el padre, al verla inmóvil, clavados los ojos en el ocaso que reflejaba su melancolía en el inmenso espejo verdoso del estanque.

—¿Sufrir?... ¿yo?... no, padre mío... Sufrir ¿por qué? Me encuentro muy bien. Mejor que nunca. Y al decir "mejor que nunca", pretendía reír, con risa en que él y yo oíamos una

nota falsa, un timbre roto; algo como la modulación velada de un sollozo. Acaso para disimular la emoción, o acaso para templar su voluntad en las notas de una armonía inspirada y valiente, pasó Blanca al piano, y a media voz moduló un trozo de la *Romanza heroica.*

Vuelve a la memoria la noche estrellada, la noche de estío en que por vez primera entonó Blanca esa Romanza: entonces las notas ascendentes iban relatando la aspiración, tímida al principio y luego poderosa de un alma libre y pura; el canto se alzaba como un himno de paz y de consuelo, y ascendiendo más aún, vibraba con el acento de las supremas esperanzas... Por el contrario, en el vasto salón del castillo, despertando ecos extraños en el vetusto artesonado, aquellos acordes de la *Romanza* tenían, en esa hora triste del crepúsculo, en esa estación moribunda del año, una ternura llena de misteriosas languideces, algo como los sollozos apagados de la desesperanza y los gemidos de los amores imposibles.

*

* *

Durante los meses de otoño recibí en Roma varias tarjetas de Alberto, algunas líneas, lo indispensable para dejarme entender que aún vivía, fechadas en Berlín, Viena, Trieste... Luego, silencio. Todos sus amigos entramos en una época de angustia.

Aquel silencio tenía una elocuencia trágica. Entró el invierno. El escultor vino a buscarme

y presa de creciente zozobra, me pidió noticias de Alberto.

—Temo lo peor —me dijo—. Aquel llamado "sepulcro de familia" que he construído por su orden... según llego ahora a sospechar, encierra un misteriso intento... Y a fe que no sé si desear o no que vuelva a Italia. Malo es no tener noticias suyas; peor aún saber que regresa a estos sitios donde le aguarda el sepulcro.

Fuimos a la colina del Pincio a contemplar desde allí la puesta del sol, tras la cúpula de San Pedro. El jardín, poco frecuentado en los días de lluvia, cuando soplaba la "tramontana" y se despejaba el cielo, tornaba a llenarse de gente. Regresamos al centro de Roma por la Piazza del Pópolo. El Corso Humberto, entre la Piazza del Pópolo y la Piazza Sciarra, se obstruye de pronto, con la aglomeración de los carruajes. Los caballos piafan con impaciencia, se encabritan; los automóviles roncan, trepidan sin poder adelantar un punto; los agentes van, vienen, tratan de restablecer la circulación, dan voces, alzan los brazos, y por las dos aceras, la muchedumbre de paseantes a pie, se arremolina, se aprieta y se revuelve en torno de los vehículos, como las ondas de un río entre los diques que comprimen la corriente.

Entre la multitud, con su mirada penetrante, descubre el escultor una cara conocida y lanza un grito:

¡Alberto!...

Acaso contrariado por el encuentro, acaso ensordecido por el rumor del tumulto, Alberto

pareció no oír; mas el artista repitió la exclamación:

—¡Alberto! ¡Alberto!

Alberto, comprimido por la multitud, no podía alejarse. Volvió la cabeza, contestó al saludo, se acercó al carruaje y subió a nuestro lado.

—¿En Roma?

—Llegué anoche...

Al cruzar por la Piazza de Venecia, nos detuvimos en el Caffé Faraglia.

—Ayer mismo —dijo el escultor a Alberto— recibí una carta de nuestro amigo Delecluze, en que me pide con ansiedad noticias suyas.

—¿Pregunta por mí?

—El y todos sus amigos. No podíamos olvidarlo. M. Delecluze desea verle. ¿Cuándo quiere usted que vayamos a Porto D'Anzio?...

Alberto palideció.

—En efecto, tenemos que ir a Porto D'Anzio... y de ahí a Palmarola —dijo con tristeza y en voz baja.

—Esta noche —insistió el artista— contesto a la tarjeta de M. Delecluze y anunciaré que iremos.

—Está bien —replicó Alberto, con falsa indiferencia.

—¿Cuándo iremos?

—Fije usted el día.

—¿Mañana?

—Mañana.

*

* *

Después de la visita al anciano, Alberto qui-

so permanecer en Porto D'Anzio. Acaso no podía alejarse de aquella comarca, ya solitaria, pero que encerraba para él tantos recuerdos. Aquellos parajes habían sido el lugar de un afecto irrealizable, y eran ya para Alberto el sitio de una muerte cercana. El sepulcro estaba terminado, regio, monumental, con sus dos esfinges aletargadas a la puerta del mausoleo. El artista había derrochado los mármoles y prodigado la fantasía.

Algunas tardes Alberto llegaba frente a la casa del Conde; al través de la verja de hierro lanzaba una mirada hacia el parque solitario. Un sol amarillento iluminaba los muros, doraba tristemente los follajes. En la quietud de la explanada el chorro de la fuente emite su murmullo, uniéndolo al zumbido de aquel viento de otoño, que saturado de humedad y de aromas enfermizos, pasa dejando en las callejuelas del parque un reguero de lágrimas y de hojas marchitas. Es la estación del recuerdo, es la hora del pasado, y el pasado con sus contornos melancólicos y sus evocaciones, surge con sigilo, se alza con la niebla de otoño que viene del valle, invade el espíritu y amenaza sumergirlo en su tristeza.

En torno nuéstro las cosas tomaban un tinte hermoso y mortecino como el fulgor del ocaso. Las piedras de la fachada y las frondas del jardín se teñían con un color de antigüedad, de decadencia, con la pátina dorada de las arquitecturas solitarias y las vegetaciones marchitas, y a los ojos del artista y al corazón del amante hablaban de grandezas que existieron, de ale-

grías que pasaron... La mansión conservaba la armonía de sus líneas, la pompa de las enredaderas que se engarzaban en las pilastras y seguían los diseños de la arquitectura, pero los festones, con agostada amarillez, se balanceaban tiritando ante la brisa precursora del invierno. Las estatuas en el claroscuro del parque parecen recogerse en la meditación, y en las cuencas de sus ojos de mármol, con una pincelada verdosa, el musgo ha puesto una sombra de melancolía.

Alberto contemplaba en silencio aquellos sitios; luego descendía por el camino de la playa, tomaba una barca y se dirigía al islote de Palmarola. Subía lentamente la escalera, tajada en el peñón, llegaba a la gradería del mausoleo, se sentaba en silencio al lado de una de las esfinges, dirigía la mirada hacia la playa de Porto D'Anzio, hacia el collado en que se levantaba el crucifijo de bronce; y en tanto que el sol descendía, el pensamiento de Alberto fluctuaba entre imágenes contrarias, entre la vida y la muerte. Dilatábanse las sombras, se oscurecían el mar y el cielo; aquel espíritu sombrío seguía flotando en el crepúsculo, continuaba en su vuelo incierto de los jardines remotos en que floreció su ilusión a la roca estéril donde ya se alzaba su tumba.

*

* *

Siguiendo los consejos de M. Delecluze, compró Alberto una quinta, la "Villa de los Mirtos", no lejos de Porto D'Anzio, en la colina de

Frascati, sobre aquella altura llena de recuerdos, donde se alzan las ruinas del palacio de Diocleciano y la academia de Cicerón, entre un bosque de encinas. Aquel sitio le parecía ligado a sus memorias: evocaba la primera noche en que Blanca, con voz musical y velada melancolía, le había referido un paseo con su padre a aquellos parajes.

La casa de Alberto, aunque no era moderna, con su manto de rosales y madreselvas resultaba alegre. Pertenecíanle además, en el flanco de la colina, un viñedo, y en la llanura, campos de trigo. Empleó algunas semanas en reparaciones del edificio. Al principio Alberto apenas miró la obra, luego hizo algunas indicaciones, y al cabo se fue interesando, se vio obligado a perfeccionar los pormenores, sumergido en una labor que le embargaba el tiempo y el espíritu.

Instalóse en su quinta al principiar el estío. A la mañana siguiente despertó con todos los ruidos de la campiña; sintió el corazón invadido por cierta melancolía mezclada de dulzura: con los rumores de la aurora volvían los recuerdos de la infancia, la época de paz y de inocencia, cuando iba en las vacaciones a pasar unas semanas en el campo. Escuchó los cantos del gallo, los martillazos en la fragua, el hacha del leñador en el bosque vecino, y oyó de lejos los acentos de los aldeanos que, la herramienta al hombro, se dirigían al trabajo.

Abrió la ventana, y un soplo de aire le acarició la frente. Entre los bosques que rodeaban la casa, los pájaros cantaban. La fuente borbo-

taba en la frescura de la mañana, con nueva alegría, salpicando de rocío las estatuas y los cuadros de flores. De la tierra, de todo el campo en torno, cuyo vasto panorama se veía a través del follaje, subía poderoso aliento de vida, saludable emanación de savia, el soplo de los bosques y de la llanura, que al pasar con estremecimientos de alegría, iba entreabriendo las flores para el aroma y los labios para el canto.

Entrecerró los ojos Alberto y evocó aquella otra mañana, de aire y de luz, en Porto D'Anzio, cuando sintió por vez primera la dicha de vivir, cuando vio el horizonte de mar, con las gaviotas que revoloteaban sobre las olas y las mariposas que con vuelo oblicuo giraban sobre las flores de almendro. Alberto comparó las dos épocas... ¿Había caminado hacia la felicidad o hacia el infortunio irrevocable? Se hacía esta pregunta al ver que la vida de nuevo le llamaba, que la naturaleza parecía de nuevo sonreírle e invitarle a la paz y al sosiego. ¿Podía pensar que tornaría la ilusión, la dichosa realidad, que había encontrado en Porto D'Anzio?... Si de él mismo dependían su dicha o su infortunio... ¿cómo recuperar la fe perdida?

Hizo enganchar la victoria y partió a visitar al anciano Delecluze en su quinta de Porto D'Anzio. "El hombre-esfinge" le invitó a entrar en la biblioteca y escuchó la nueva confidencia de Alberto. Un relámpago de esperanza brilló en las pupilas del anciano.

—Amigo mío, usted ha dicho varias veces: *¡Hélas, la vie est triste et j'ai lu tous les livres!...*

Venga usted; recorramos estos anaqueles... ve usted nombres desconocidos... Vamos a entresacar cuatro o cinco libros dignos de la noble alma que el Creador le ha dado.

Colocó algunas obras en la mesa, Alberto leyó los rótulos, y no pudo menos de sonrojarse... nombres de fama universal, cuyas obras él ignoraba.

—¿Y este autor? —preguntó con ansiosa curiosidad.

El anciano se estremeció al ver que Alberto extendía la mano hacia un extremo de la estantería.

—Dejémosle ahí —dijo en tono severo, para cortar la conversación.

—¡Si conozco su nombre! —insistió Alberto.

—Dejemos en paz a los muertos... —replicó el anciano, y propuso que saliéramos en seguida al jardín.

Aquel incidente, poco o nada comprensible, avivó en nosotros la curiosidad de saber quién era aquel anciano.

Cuando regresamos a la quinta de Frascati, Alberto abrió al acaso uno de los libros. Principió a leer con frialdad, con lentitud, con desconfianza, mas a pocos instantes el autor le había arrebatado con su imaginación potente, le había transportado a las alturas y conducido en espíritu a contemplar nuevos horizontes, y le hacía descubrir en su propia alma, y en el universo, a la luz de nuevas claridades, comarcas de belleza suprema, regiones de ensueño que eran al propio tiempo los dominios de la verdad.

Aquel aire de las alturas de la fe, parecía mezclarse al ambiente embalsamado de la campiña, y despertar en él la voluntad, invitarle a abrir las alas del espíritu.

Algunos días, al caer de la tarde, mi amigo tomaba alguno de aquellos libros y salía al parque a leer en un banco de piedra, a la sombra de las encinas. Decíame que aquellos hombres y aquellos árboles parecían armonizar en sus proporciones, en su vigor, en su armonía; decíame que aquellos espíritus le hacían leer mejor en el libro de la naturaleza.

*

* *

Una mañana al terminar el estío, Alberto descendió la colina, por entre los viñedos, y llegó a la llanura. Sentado en las ruinas de un acueducto romano, abrió un libro de Luis Veuillot, *"Los perfumes de Roma"*. Recorrió algunas páginas, y luego, meditando, alzó la mirada. A sus pies se extendían los trigales, cuya túnica de oro ondulaba al sol de la mañana. Los olivos, plantados a trechos, formaban manchas azulinas. Tendíase la mirada por la campiña, y en el horizonte se alzaba, entre un nimbo de luz sonrosada, la cúpula de San Pedro.

Llegó al lado de Alberto un grupo de segadores; sin verle, se pararon a contemplar las mieses. Uno de ellos entró en la onda del trigal, que lo cubrió hasta el pecho; arrancó algunas espigas, las restregó con fuerza entre las manos, infló los carrillos, de un soplo hizo volar las aris-

tas, y extendió la derecha: entre los dedos rodaron los granos de oro.

—Están pesados... ¡magníficos! —exclamó con júbilo—. Están llenos de harina.

—Miguel —dijo en tono alegre otro segador— este año Dios nos ha dado trigo bastante para hacer crujir con el peso los graneros del señor Alberto.

—Y para gastar las piedras del molino.

Reían, y a la luz de la mañana brillaban sus dentaduras. Miguel se quitó la chaqueta, la colocó a la sombra de un olivo y empuñó la hoz. Todos le imitaron; las hoces relampaguearon en sus manos.

—Amigos —dijo Miguel ceremoniosamente— ya sabemos cuál es la costumbre cuando principia la siega.

—Lo sabemos —respondieron en coro.

Con lentitud hicieron la señal de la cruz, movieron los labios, quedaron en oración unos momentos. La voz de Miguel ordenó:

—¡Adelante!... ¡Una... dos... tres!...

Todas las hoces a un mismo tiempo se alzaron, lanzaron un relámpago, se hundieron con un zumbido entre las ondas de espigas.

Alberto, sentado en el trozo de ruinas, reclinado contra un bloque de granito, contemplaba en silencio aquella escena, y la paz de ese libro, la tranquilidad de la campiña y la serenidad de aquellas almas lo iban sumergiendo en un ambiente de meditación religiosa y tranquila, y sentía que iba llegando a una hora decisiva

de su vida, en que se delineaba con mayor claridad la evolución de su espíritu.

Leyó de nuevo, y de nuevo dilató la mirada y contempló a lo lejos la curva azul de la excelsa cúpula. Continuaban los segadores su tarea y tras ellos un grupo de mujeres y de niños iban formando los haces de trigo, para llenar luego los carros. Todo le estaba diciendo la lección del trabajo, todo parecía a aquella hora cantar el himeneo del hombre con la tierra. A los viñedos seguían los olivares, a los olivares seguían las praderas con su manto de espigas. Y Alberto meditaba. Esos aldeanos, llenos de salud y de alegría, los campos cubiertos de espigas, esas colinas cargadas de racimos, parecían contarle la historia de la tierra y revelarle el destino de la especie humana.

Hundíase en aquellas reflexiones que iban como un reproche hacia su antigua vida y como una alabanza a las generaciones que, la diestra en el arado y la fe en el corazón, habían transformado la faz de la tierra.

Cuando regresó por la tarde, en vez de permanecer oculto, se acercó al grupo de aldeanos. Le saludaron con regocijo y con afecto. En tanto se concluía la jornada, y mientras recogían las hoces para volver a los hogares, reían, cantaban, con entusiasmo hablaban de la cosecha.

¿Por qué? se preguntaba Alberto. El campo no les pertenecía, aquellos haces de trigo iban a llenar el granero del amo, no el de los segadores. Y sin embargo, él, señor de aquellos campos, no sabía reír como los labradores, y ellos, cubier-

tos de sudor, cantaban... ¡Ah! esos aldeanos, se decía Alberto, habían roturado aquel suelo, apartado las piedras, abierto el surco, regado la semilla; habían asistido luego a la disolución, a la transformación del grano bajo la nieve; en la primavera habían contemplado con regocijo cómo iban brotando los tallos endebles, y más tarde admirado la abundante granazón de espigas que, meciéndose al soplo del estío, murmuraban un himno y parecían pregonar el milagro de todos los años, de todos los siglos, aquel milagro perpetuo de la multiplicación de los panes. La tarde ya caía, los segadores se alejaban en pos de los carros; mientras subían la cuesta de Frascati, por entre los viñedos, iban entonando, como en los tiempos de Virgilio, una canción dulce y vibrante, a la cual acompañaba el rechinar de los carros abrumados bajo el peso de las mieses. Las canciones se iban alejando, y los perfiles de las cosas se borraban en la niebla sonrosada del crepúsculo. Alberto seguía reflexionando; seguía meditando; acaso aquellos aldeanos, sencillos y creyentes como los pescadores de Galilea, experimentaban cierto gozo inefable, al ser testigos del milagro, sentían el noble orgullo de ser como los instrumentos de la Providencia, como los mediadores y ministros del milagro que para nutrir a las generaciones, se iba renovando al través de los siglos.

*

* *

Recibí en Roma carta de Alberto. La letra revelaba pulso más firme y el estilo voluntad más

educada. Observábase en sus frases una especie de vocación literaria, y pensé que entre sus antepasados podía acaso encontrar la herencia del amor a las letras. Invitábame en su carta a pasar con él algunos días, y para decidirme describía de esta manera la estación y la comarca:

"...Ven. Termina ya el estío. Deseo que vengas a contemplar una puesta del sol desde lo alto de mi terraza, al lado de la fuente que toma un aspecto fantástico, y se cubre con una niebla irisada, en tanto que los penachos de agua lanzan reflejos de escarlata. La luz del crepúsculo es de ámbar y las estatuas de mármol se perfilan con pinceladas de oro. Diríase que el sol de otoño, al ponerse entre nubes de púrpura, redondo y rojizo, ha entrado en madurez, como los trigales de la campiña, como los naranjos del huerto, como las uvas de estos collados de Frascati, que encendidas y jugosas, se almibaran entre pámpanos color de vino tinto..."

Al leer estas frases no pude menos de recordar las palabras que meses antes dirigía el anciano Delecluze a mi joven amigo... "No ha ensayado usted, ni el trabajo que dignifica y que redime, el arte que eleva y extasía..." "El corazón y el espíritu no pueden estar vacíos y es preciso alimentarlos con algo eterno, con algo digno de ellos, con la verdad, la bondad y el culto de la belleza..."

Continué leyendo: "Con el peso de los racimos se doblegan los emparrados, con el peso de las abejas se inclinan las flores; los festones de

rosales, los ramos de jazmines, cubiertos de polen perfumado, balanceándose con la brisa de la tarde, dejan exhalar sus aromas en torno de la casa y llenan con su fragancia el cenador desde donde te envío esta carta."

"Ven, los racimos de uvas, llenos de jugo, cubiertos de un vello delicado, parece que ya van a desgranarse. Ha llegado la época en que por toda la campiña, sobre el ala tibia del viento, van a vagar y a esparcirse las semillas. Ese viento que hace algunos meses, al morir el invierno, agitaba las ramas secas de los árboles y las cepas rigosas de las viñas para sacudir la escarcha y acelerar la subida de la savia, ahora pasa llevando el ala cubierta con el polen y va haciendo un reguero de semillas en el flanco de la colina, en los prados y en los bosques. Y este viento de otoño no sólo va a hermosear y fecundizar los jardines donde las gentes cantan y ríen, sino que, lleno talvez de compasión y poesía, lleva con la semilla la sonrisa y un último destello de hermosura a los arcos rotos de los acueductos romanos, y va a suspender una guirnalda de flores silvestres en los torreones derruídos del palacio de Tiberio, que abandonados por el hombre, se desmoronan lentamente en la majestad del olvido..."

*

* *

En dicha carta no había una sola línea referente a Blanca... ¿Orgullo?... ¿despecho? ¿olvido? Le escribí. Cuatro días después recibí la respuesta.

"...¿Olvidarla?... ¡jamás! Fue acaso la ilusión de un día; talvez el sueño de una hora. Acaso, por mi propia culpa, Blanca no ha de surgir del pasado irrevocable para convertirse en realidad del futuro. ¿Acaso seguiré, solitario, el sendero que de antemano me trazó el destino?... No lo sé, pero siento esa necesidad que tiene el alma de otra alma que venga a ahuyentar la soledad entre el oscuro misterio de las cosas."

En la gradual transformación de su carácter, en la difícil ascensión de su espíritu, Alberto había empezado por lanzar en torno suyo una mirada sobre la naturaleza, y entraba a descubrir paulatinamente el mundo de las almas. Decíame en su carta que M. Delecluze solía visitarlo cuando sus obras de caridad y de propaganda le dejaban alguna tarde libre, y entonces planteaban en sus conversaciones los grandes problemas de la vida y de la muerte.

—"Aun el hombre que no cree en la alegría espiritual (continuaba la carta) experimenta un efecto saludable al tratar a los que, poseyendo la fe y la paz del espíritu, se convierten en profesores de alegría... Si no existieran esas almas cristianas, esas almas serenas, felices por sí mismas y que tienen el don de difundir la paz y de prodigar el consuelo, ¡qué vacío y qué sombra habría en la tierra!"

"Tratando a un hombre como este anciano se comprende que la placidez inalterable de su alma, la alegría que en él abunda y que comunica generosamente, a veces con una frase, a veces con la autoridad de su mirada, son destellos de

su fe, de su probidad íntima y de su piedad sincera. A su influjo no puede sustraerse el corazón más afligido, el espíritu más enturbiado; se van disipando las nubes, se van ahuyentando las nieblas, se amansa la tristeza y el dolor sonríe. Brotan, entre los escombros del espíritu nuevas esperanzas, se abren en la melancolía del pasado nuevas ilusiones, como esas flores que he visto entreabrirse y sonreír en las ruinas de los palacios de los Césares. . . "

*

* *

Quince días de silencio. Luego, una breve carta, escrita con letra nerviosa, que revelaba la emoción de mi amigo. No eran ya las frases en que se detenía a hacer descripciones de la naturaleza, ni aquellas otras en que parecía hacer un ensayo de psicología. Eran cuatro rasgos trazados de prisa y en un momento de emoción suprema:

". . .¿Lo creerás?. . . He sentido hoy algo indefinible, un calofrío, un estremecimiento, mezcla de miedo y de sorpresa, al recibir la visita del anciano. . . Desde luego noté su palidez, comprendí su emoción: en seguida me anunció que, dentro de una semana, en la nueva visita, va a revelarme el secreto de su vida.

"¿Por qué esta emoción que me agita al conocer el misterio del *hombre-enigma,* como le llamábamos hace un año, del *santo,* como le llamamos ahora?. . . ¿Me agita la vanidad de ser el primero que logre levantar el velo de ese espíritu? No, no quiero oírle: le respeto y le amo

demasiado... ¿Qué oscura acción va a descubrir en su pasado?... Prefiero verle tal como es hoy, sin conocer la causa que le obligó a cambiar su nombre y a borrar su pasado... Y sin embargo, no puede ser sino para mi bien la revelación que me anuncia. Dispuesto a oírle propúsele la idea de que tú vengas. El aceptó. Ven... Te necesito... Te espero..."

*

* *

—Acaso nadie —dijo el anciano, con voz en que vibraba una emoción intensa—, acaso nadie ha visto como yo todas la grandeza y toda la miseria de la gloria humana. ¡Vanidad de vanidades!...

Nos hallábamos en el jardín de Alberto, sentados en un banco de mármol, al lado de la fuente, que sin apagar la voz, formaba con el murmullo de sus penachos de agua, como un fondo sonoro al relato del anciano.

Doblegó la cabeza el anciano y entrecerró los ojos... Se irguió de pronto, recobró su energía, como si le reanimaran los recuerdos, como si un reflejo de los soles de antaño viniera a iluminar por la vez última sus pupilas.

—"Voy a hacer, no una confidencia, una confesión... Quizás esta confesión contenga alguna enseñanza provechosa... Vamos al pasado, lejos, muy lejos, a los años de mi infancia. Muy remota, si contamos los años, y sin embargo, me parece que fue ayer mismo... No conozco nada más breve que la vida humana.

"Mi padre fue un valeroso militar, y murió

en el campo de batalla. Mi madre una artista que manejó los pinceles con maestría, y acaso habría llegado a descollar por sus cuadros de asuntos religiosos tanto como Rosa Bonheur se distinguió por sus pinturas de campo... Aquellos dos cuadros que conservo en mi cuarto de lectura vueltos contra el muro, son de mi noble madre... Una parálisis del brazo derecho obligó a dejar inconcluso el último lienzo.

"Hubo de vender, unos tras otros, todos sus cuadros, todos sus bocetos, que luego vi aprovechados, explotados, por un pintor de flaca conciencia en cuadros que obtuvieron extraordinario renombre... Pasemos... La parálisis avanzaba, los bocetos se vendían a bajo precio, y con la enfermedad mi madre se redujo a una situación de extrema penuria y de dolor resignado. La víspera de su muerte dictó una carta para sus compañeros de academia y les pidió que atendieran a mi educación, que no me abandonasen cuando ella hubiera cerrado los ojos para siempre... Murió cuando yo tenía trece años..."

La tarde iba declinando, y la serenidad y la melancolía del crepúsculo armonizaban con aquella evocación de una vida que llegaba al ocaso.

—"La *solicitud de mi madre* fue atendida, y entré como interno en el colegio de Carlomagno, donde fui un discípulo insurrecto, abrumado por el "pensum", rebelde ante los temas griegos y los versos latinos; pero al final de los estudios concebí verdadera pasión por la literatura clásica.

"*Llegué a aborrecer* y a desdeñar las novelas de Jorge Sand y de Balzac, que me habían seducido y que eran el "plato del día" en aquella época. En cambio, devoraba los *Anales* de Tácito, obra más trágica y más interesante que todas las novelas. No tenía yo el espíritu de un contemplativo, sino el de un ambicioso... Y no es ambicioso todo el que pretende serlo... Estaba enamorado de la vida, quería ser poderoso, anhelaba tener mando, ansiaba ser amado... Pasé a la Escuela Normal, donde fui compañero de Taine. Me encontraba en mi último año de estudio, cuando sobrevino el *2 de Diciembre, el golpe de Estado de* Napoleón III. Dejé los estudios por no prestar el juramento, y me lancé a la vida literaria. Ilusiones, escasez, trabajo... luché, escribí, perseveré... Una noche, mientras cenaba pobremente en un restaurante del barrio Latino, recibí una noticia que me conmovió, que me hizo palidecer al leerla en el periódico. Acababa de obtener un premio de 5.000 francos otorgado por la Academia a uno de mis escritos...

—¿El título? —preguntó Alberto.

—Lo he olvidado... Pasemos; seguí escribiendo, luchando... Me puse al frente de una casa editorial, me coloqué en la redacción de la *Revista Cosmopolita,* que vivió sólo dos años. Publiqué mi primera novela histórica, inspirada en uno de los cuadros de mi madre. Escribí para el teatro, fui aplaudido. Tres años después me presenté como candidato a un sillón de la Academia.

"Era joven, era rico, todo me sonreía. Los grandes salones me abrieron sus puertas, y tuve en ellos un círculo de admiradores. Conocí allí a una joven de la aristocracia, y un año después contraje con ella matrimonio. Una bella niña vino a ser la alegría de nuestro hogar. Sin embargo, no era yo feliz: quedaba un vacío en el fondo de mi alma, sentía la punzada de la ambición, me torturaba el doloroso anhelo del mando y de la gloria... Una tarde, al pasar frente al palacio de las Tullerías, de brazo con un amigo, me detuve con estremecimiento febril, y le dije en voz baja:

—"El amo de Francia, el amo del mundo, habita en ese palacio... Yo quisiera ser el amigo de ese amo del mundo..."

El sol continuaba declinando; la fuente parecía cantar y gemir en la tranquilidad de la tarde. El anciano continuó tras breve pausa:

—'Para lograr mi propósito, para conquistar la voluntad de aquel amo del mundo, busqué el sufragio del pueblo, y pretendí la entrada en las Asambleas, como había obtenido la de las Academias; el sufragio popular no lo quiso y me vi derrotado en los comicios. Publiqué luego un libro, que levantó una tempestad en la prensa...

—¿Su título? —preguntó Alberto con ansiedad, como si más que el título de la obra le interesase el nombre del autor.

El anciano talvez no oyó la pregunta.

Continuó:

—"Volví a encerrarme en mi biblioteca, mur-

murando como el poeta de la *Noche de Octubre:*

> ¡O trois fois chére solitude!
> Dieu soit loué! j'y suis donc revenu
> A ce vieux cabinet d'étude!

—"Algún tiempo después vi al amo de Francia en todo su esplendor, en toda su grandeza. Lo recuerdo... Sí!... lo veo de nuevo: fue el día en que, cubiertas de gloria, regresaron a París las tropas de la campaña de Italia..."

El anciano se detuvo a buscar una fecha, entrecerró los ojos, se llevó una mano a los labios:

—"Sí... ya recuerdo: fue en 1859. París a aquella hora brillaba con todo el esplendor de sus días de fiesta: los bulevares, empavesados de gallardetes, las fachadas cubiertas de estandartes, los balcones colgados de guirnaldas; de trecho en trecho, arcos de triunfo, obeliscos; la estatua de la Victoria, abiertas al sol las alas, circundada de laureles... De todas las ventanas, en tanto que desfilaba el ejército, al son de las músicas marciales, llovían las flores sobre las bayonetas.

"Me encaminé a la plaza de Vendome: vistosas guirnaldas de flores que, tendiéndose en las cornisas de los muros, realzan las líneas de aquella arquitectura imponente y simétrica. Sobre inmenso estrado que cubría largo trecho de la plaza, bajo un solio de terciopelo verde tachonado de abejas de oro, en medio de las damas de su Corte, veo a la Emperatriz Eugenia, en todo el esplendor de su hermosura granadina."

En el horizonte, el sol resplandecía circunda-

do por un nimbo de *gloria entre nubes orlea*das de escarlata.

Y el anciano continuó:

—"El sol, el mismo sol de Austerlitz y de Crimea, parecía aquella tarde tomar parte en la fiesta y complacerse en abrillantar con sus chispazos los uniformes rojos, verdes y dorados, de las grandes corporaciones imperiales, el Senado, el Consejo, el Instituto...

"Y entre aquella variedad de reflejos, entre aquella confusión de gallardetes y de flores, formando severo contraste, sin ninguna decoración, sin adorno alguno, la columna de bronce, en mitad de la plaza, arranca hacia el cielo; y en la altura, perfilándose sobre el diáfano azul, inclinada la frente, los brazos sobre el pecho, parece presidir aquella solemnidad, con el augusto silencio de la esfinge, la estatua de Napoleón el Grande..."

Los rayos del poniente llegaban a abrillantar con un reflejo de aureola la cabeza del anciano. Y él, en la evocación triste y gloriosa, parecía olvidar el lugar y la hora.

—"De pronto, en aquella plaza llena de clamores, reina el silencio. Es un hondo silencio de espectativa. *Escúchase luego un redoble de* tambores. Nuevo silencio; corre un murmullo por la multitud, pasa una palabra entre vago estremecimiento:

—"¡El Emperador!

"Volvemos todos la mirada. Caballero en un alazán árabe, Napoleón III desemboca en la plaza, escoltado por su Estado mayor, seguido por

su ejército... Un grito, un solo grito, que se agiganta y forma un trueno:

—"¡Viva el Emperador!

"La alegría, un júbilo radiante, se lee en su rostro... avanza. Desde el puesto que ocupo cerca del estrado puedo observarle en todos sus movimientos; veo los rasgos peculiares de su fisonomía, la tez pálida, los pómulos rosados, las pupilas grises, que siempre tenían una expresión indefinible y que en aquel momento brillan con fulgor inusitado, con el júbilo del triunfo... Pasa cerca de mí, aclamado, sonriente; contesta a los saludos llevando la diestra hacia el penacho blanco. Gira en la plaza al trote largo del alazán; planta en firme el caballo al pie de la columna, frente a la tribuna de la Cancillería, saca el acero, y con amplio ademán, lo pasea a derecha, a izquierda, abarca con su saludo marcial a la Emperatriz, al Príncipe Imperial, a la multitud, y da con la espada la señal del desfile.

"Va desfilando el ejército. Pasan a la cabeza los Mariscales Mac Mahon y Canrobert, en caballos orgullosos que se encabritan. Van pasando unas y otras divisiones: un *hurra,* un trueno cuando principia cada regimiento. Luego desfilan los heridos en fraternal confusión, en abigarrada mezcla de uniformes: zuavos de pantalón bombacho, carabineros de túnica flotante, voltígeros de chaquetín blanco, granaderos con peludos morriones. Al ver aquellas caras marcadas por la metralla y la cuchilla, al ver ese desfile de héroes, desechos gloriosos, mutilados en

los campos de triunfo, en Solferino y Magenta, en Tubirgo y Montebello; al mirar cómo desfilan, tratando de erguirse, esforzándose por sonreír en presencia de la Emperatriz y del pueblo; al verlos marchar, alta la cabeza, encendidas las pupilas por la fiebre, cobrando nueva energía para marcar el paso a pesar de sus heridas y dolores, un sentimiento de orgullo y gratitud eleva los corazones, un movimiento de simpatía aprieta las gargantas con la opresión del sollozo; todos tratamos de aplaudir; todos quisiéramos gritar, y sin poder alzar la voz, ahogados por la emoción en tanto que las lágrimas enturbian los ojos, arrojamos sobre los heridos, en silencio, puñados de flores."

El sol tocó a la línea del horizonte y flotó en torno la calma del crepúsculo. El anciano aquella tarde suspendió su relato.

*

* *

Al siguiente día, llenos de curiosidad, nos apresuramos a visitar al anciano.

Alberto, en tanto que nos encaminábamos por la avenida de olmos, me preguntaba conmovido:

—¿Quién es, quién puede ser este hombre?

Ya nos esperaba en el jardín. Salimos a dar un paseo a la orilla del mar; bajamos por una gradería cavada en la peña y nos sentamos sobre una roca.

—"Aquella tarde —continuó el *hombre-enigma*— al ver al Emperador en la plenitud de su gloria, sentí de nuevo, con anhelo más vehe-

mente, la ambición de ser el consejero de aquel árbitro del mundo. Para distraerme, busqué otra vez el silencio de mi biblioteca y me encerré a escribir un libro sobre Tácito. A la soledad de mi estudio fue a sorprenderme una esquela por la cual el Emperador me hacía llamar a las Tullerías... —¡Ah! exclamé, con el sentimiento del que ve realizarse su destino, el amo viene a buscarme!... Napoleón, que deseaba tener en torno suyo una corte de escritores, y lamentaba la enemistad de Víctor Hugo, según lo refirió más tarde Luis Veuillot en uno de sus admirables artículos, Napoleón quiso atraerme, como atrajo a muchos que le habían combatido con la pluma.

"Antes de la hora de la cita me encaminé, no a la sala de la audiencia, sino al "pabellón de Flora", donde esperaba encontrar a un colega mío, a un compañero de Academia, preceptor del Príncipe Imperial.

"Me condujeron al gabinete de estudio. Dos ventanas miraban al Puente Real; por la tercera se columbraba el panorama del Sena; veíanse en una orilla las moles de las Tullerías; en la otra, una hilera de palacios, dominados por la cúpula de los Inválidos, que a aquella hora resplandecía al sol con los reflejos de su oro recién bruñido.

"El Príncipe escribía en una mesa: pensé que con frecuencia se apartaría su mirada de los libros para vagar con delicia por ese cuadro de belleza extraordinaria, y para reposarse en el esplendor de aquella cúpula de oro, que tantas

reflexiones de grandeza, tantos ensueños de gloria debía evocar en el alma de aquel descendiente del César moderno.

"Por breves instantes alumno y maestro suspendieron su tarea para saludarme, y continuaron la conferencia. Era una lección de historia: la palabra del preceptor, incisiva, penetraba profundamente en el espíritu del Príncipe y en aquel momento repetía las palabras de Napoleón a Fontanes cuando le confió el Ministerio de Instrucción Pública. "Es preciso formar alumnos que sepan ser hombres... ¿Y pensáis que puedan serlo sin creer en Dios?..."

"Al pronunciar estas frases del Emperador, el Príncipe fue elevando la voz, como si creyera que alcanzaría a oírle aquel que, no lejos de allí, en su sepulcro de granito negro, dormía su sueño de gloria bajo la cúpula de oro.

"Terminada la lección, mi amigo me llevó al hueco de una ventana y me explicó, en voz baja, los deseos de Napoleón III. Quería designarme como Plenipotenciario ante una nación de Oriente.

"El Príncipe continuaba en su labor, inclinado sobre el cuaderno de temas; todo se hallaba en silencio cuando, de improviso, la puerta se abrió de par en par y el ujier exclamó con voz tonante:

—"¡El Emperador!... ¡la Emperatriz!...

"Vi que los soberanos, del brazo, avanzaban lentamente por el salón inmediato y desde lejos dirigían la mirada hacia el Príncipe, como anticipándose la dicha de saludarle o talvez gozan-

do de antemano la alegría de la noticia que iban a comunicarle.

—"Mira, Luis —dijo el Emperador, en tanto que le presentaba un papel— he aquí las últimas cifras del plebiscito.

"El joven tomó el papel y se arrojó al cuello de su padre. La Emperatriz, en tanto que cubría de besos a su hijo, dejaba traslucir en su sonrisa una sombra de duda, de incertidumbre, de melancolía, con el presentimiento profético de las madres.

En las pupilas grises del Emperador, por el contrario, brillaba la confianza, y creo que en sus ojos pude leer su pensamiento: "Hijo mío, el plebiscito te ha ungido. El Imperio no soy yo, no es el presente. El Imperio es el porvenir, eres tú, hijo mío."

*

* *

Dándonos cita para el día siguiente, nos separamos aquella tarde.

—Es extraño —decíame Alberto— ¡qué ideas tan singulares me pasan por la mente! ¿Quién puede ser este anciano?...

A la tarde siguiente nos reunimos en los jardines de la quinta de Alberto.

—"Durante una semana vacilé —continuó nuestro amigo Delecluze, en tanto que paseábamos por una de las avenidas del parque.

—Vacilar... ¿por qué? —preguntó Alberto, cada vez más interesado.

—"¡Indecibles contradicciones del corazón humano! A última hora no sabía yo si aceptar o

no el puesto que se me ofrecía. Se me brindaba la entrada al poder, mis sueños de ambición podrían acaso realizarse; podría volver de Oriente a ser consejero del Emperador; mas me dolía suspender mis conferencias académicas, que seguían con fe y con pasión un centenar de alumnos respetuosos. ¡Qué intensa melancolía me invadió, a pesar de toda mi ambición y mi esperanza, al despedirme de aquellos amigos, al apartarme de aquellos discípulos que habían creído en mí, que me habían acompañado, día por día, durante varios años de estudios! Y además, me dolía tener que callar, verme obligado en adelante a enmudecer con el silencio diplomático, cuando había poseído, si no el don, al menos la dicha de la palabra expresada en público, cuando había adquirido la costumbre del periódico y del libro, y me hallaba dominado por la deliciosa fiebre de la cátedra!... Callar... colgar la pluma, ¡retirarme!... Experimenté la emoción del jefe que, herido, imposibilitado en mitad de la batalla, tiene que retirarse y decir adiós a sus soldados!...

"Acepté. Miré al otro lado del horizonte: el nuevo sendero, la ascensión, el mando, el pastoreo de los pueblos, el dominio del mundo. Acepté: me encaminé al Oriente... El Oriente, a mi ver, tenía una misión misteriosa, una acción extraña sobre la vida del Occidente: de allí había regresado Napoleón I para ser el amo de Europa... Partí...

—¿A Constantinopla? —preguntó Alberto, pálido de ansiedad.

—"Partí. No tenía alianzas con ninguna fracción, con ninguna dinastía, y sin embargo, ciertos diarios me atacaron, ciertos amigos me hicieron comprender que desaprobaban mi conducta. Los que nunca me habían contado en sus filas, los mismos que me habían negado su voto en los comicios, ya me reclamaban como suyo para censurarme por haber recibido un favor del Imperio..."

La atmósfera, aquella tarde, era pesada. Soplaba el *cirocco*, el bochornoso viento de Africa, y aglomeraba nubarrones hacia el poniente. El anciano, fatigado, suspendió su narración por algunos momentos.

"Poco tiempo después de presentar mis letras credenciales, recibí la noticia de haberse declarado la guerra. En una de las batallas murió heroicamente el marido de mi hija, y ella expiró poco después..."

Se detuvo, vencido por el recuerdo... Alberto, pálido, inmutado, preguntó:

—Y ese militar ¿murió en la batalla de Gravelotte?

—Sí, murió en esa batalla.

—¿El coronel Pablo Sizerane, jefe de dragones?...

—Sí, era el coronel Sizerane...

Alberto retrocedió, lanzó un grito:

—¡Mi padre!

—Sí, era tu padre...

El anciano de pie, abrió los brazos: Alberto se arrojó en ellos, y el abuelo y el nieto, quedaron así, largo tiempo en silencio.

*
* *

Principiaron a caer algunas gotas de lluvia; se acercaba la tempestad; un nubarrón de polvo se alzó en la campiña romana y fue a unirse al nubarrón de agua que venía acortando el horizonte. Los árboles cabecearon y principió a redoblar la lluvia en las hojas.

Entramos. Un relámpago iluminó la sala; el viento y la lluvia azotaban las ventanas; gruesas lágrimas corrían por la vidriera, y al través de los cristales veíamos la lucha del viento con los árboles. Otro relámpago; un trueno se precipitó rodando desde Roca di Papa y se alejó hasta el confín remoto del Mediterráneo.

Debíamos pasar allí la noche.

En tanto que Alberto se alejó unos momentos a dar algunas órdenes, el anciano me explicó que, en Constantinopla, en medio del desconcierto y los estruendos de la guerra, había sabido por un periódico la noticia de que su hija había muerto sin que el diario consignase la circunstancia de haberse salvado el recién nacido. Ignoraba la existencia de su nieto; de ahí aquella sorpresa, aquel asombro que no pudo vencer, en casa del Conde, cuando vio por vez primera a Alberto.

Cuando éste hubo regresado, se sentó con nerviosa precipitación, al lado del anciano; con anhelante curiosidad le rogó que continuase, y le miraba con ternura mezclada de asombro, como si contemplase una aparición, un fantasma.

—"A aquellos dolores de familia vino a unirse

la trágica noticia: Acababa de desplomarse el trono de Napoleón III... ¡Cómo me hirió aquel golpe inesperado! ¡Cómo me desconcertó aquel desenlace trágico! ¡Qué ideas funestas cruzaron por mi mente oscurecida!... ¡Todo había terminado, todo había muerto!"

Pausa, silencio. Un relámpago serpenteó en el horizonte cargado de nubes.

—"Vi disiparse mis sueños, vi hundirse mi ambición; cortado el camino, negro el horizonte. Estoy haciendo aquí, no una confidencia, sino algo más grave, una confesión. Debo decirlo todo, debo humillarme, si esta humillación fuera saludable. Me hallé desconcertado, me sentí cobarde, me sentí sin valor para seguir luchando... Solo en el mundo, sin partido, sin familia, arreglé en dos días mis asuntos, harto sencillos; escribí una carta a un amigo, dándole cuenta de mi resolución trágica, irrevocable, y diciéndole adiós para siempre... Partí de la ciudad, me encaminé a la orilla del mar, subí a una roca... me asomé al abismo, que me atrajo..."

Alberto le miraba con ansiedad, contenía la respiración, abiertos los ojos como si mirase un resucitado.

—"Pero habló en el momento supremo la conciencia... Me detuve a la orilla del precipicio... Aquella misma noche, sin que nadie se enterase de mi partida, bajé a la playa, puse el pie en una barca velera y partí al acaso. Viajé con nombre supuesto por Egipto, por la India, por el Extremo Oriente; me internó en la Persia, torné a la Judea..."

*

* *

Quiso el anciano, a la tarde siguiente, continuar su relato al pie del Crucifijo de bronce:

"...Una tarde, a orillas del Mar Muerto, leí por acaso un periódico viejo, olvidado por algún viajero; allí se daba cuenta de mi "suicidio", no sin los pormenores fantásticos que logra obtener un diario "bien informado". Hasta cierto punto se me disculpaba en el artículo necrológico, se atribuía mi fin trágico a influencias fisiológicas: el viaje, el clima deletéreo, la depresión nerviosa... Esa noche la pasé meditando a la orilla de aquel mar que cubre con sus aguas las ciudades malditas... Comprendí entonces lo que va de la reflexión a la meditación: en mi vida anterior, yo había reflexionado; meditar, nunca. Aquella noche medité por vez primera... Cuéntase que el Emperador Carlos V, retirado en el monasterio de Yuste, lejos de los estruendos de la guerra y de la corte, asistió en vida a sus funerales. Lo que pasó por tal espíritu al presenciar sus exequias, eso, en forma menos romántica, pasó por mi alma al leer la noticia, documentada, de mi muerte, al leerla en aquella comarca de la desolación y del silencio.

"Me vi muerto, sentí que mi existencia anterior había concluído para siempre. Me detuve a considerarme, a preguntarme qué me habría acontecido si en realidad yo hubiera muerto.

"¿Dónde me encontraría? ¿En qué mundo ignoto, en qué regiones del misterio vagaría mi

espíritu? ¿qué espectáculo estaría yo presenciando?... Porque hay cuestiones que el hombre, sabio o rudo, en las horas supremas, plantea aún a pesar suyo... ¿Qué soy? ¿Qué es este mundo? ¿Por qué aparecen y desaparecen los hombres en la vida? ¿De dónde vienen? ¿A dónde van? ¿Por qué estoy en este mundo? ¿Hay algo más allá de la muerte, después del sepulcro? ¿Qué es ese algo que me espera? ¿Ese algo, esa región ignota en donde yo estaría si hubiera muerto?... ¿Qué es esa región *donde yo estoy* en concepto de mis antiguos conocidos?... ¿Y cómo será esa región de ultratumba?... Problema... ¡Gran problema! ¡Tremendo problema!...

"Sí, sombrío problema, oscuro enigma para todos, pues todos hemos de llegar a encontrarnos frente a frente con ese misterio; pero, en particular, oscuro y trágico problema para un hombre que, a juicio de sus contemporáneos, se encuentra ya en las sombras de la muerte.

"Hay períodos de aturdimiento o decadencia interior, épocas de inconsciencia intelectual, de enfermizo letargo, en que estas cuestiones están como dormidas en el fondo del alma, pero de improviso un choque las hace despertar; entonces el hombre más indiferente, aun el espíritu más aletargado, aplica el oído para escuchar la respuesta.

"Yo, muerto; yo, sepultado entre las olas de un golfo desconocido; yo, sepultado también en la memoria de mis contemporáneos; yo, vuelto a la sombra de lo desconocido; yo, espectro de mí mismo; sombra de una sombra, al vagar

aquella noche por la playa solitaria del Mar Muerto, escuché la voz de la conciencia, me detuve a sondear aquellos problemas de lo temporal y de lo eterno.

"Me aparté a las orillas del Mar Muerto y fui a golpear a la puerta de un convento, en la cumbre del Sinaí. Abrió un monje casi centenario.

—"¿Qué buscas, hermano?

—"Un asilo.

—"¿Quién eres?

—"No importa mi nombre. Un peregrino que anda a tientas.

"Sonrió, como si me conociera: otros, sí, muchos otros, sin duda habían llegado como yo a golpear a esa puerta, cansados peregrinos, perdido el rumbo de la vida.

—"Entra, hermano. Podremos ofrecerte un poco de pan y un poco de agua.

—"Pan para un alma que tiene hambre de verdad; agua para apagar esta fiebre, esta sed de algo eterno.

—"Entra, hermano.

"Crucé aquel portal sobre cuyas piedras había esculpida una palabra:

SALVE.

"Penetré en el claustro; en él leí otra palabra:

Silencio.

"Pasé allí semanas, pasé meses en la meditación y en el silencio. Medité sobre el destino del hombre... Mi fe de la infancia había declinado, y no hallaba explicación ni respuesta a los problemas que surgían para mí en aquella época de la vida... Uno de los más angustiosos

problemas que se presentan al hombre que ha perdido la fe es la contradicción entre las aspiraciones del alma y las realidades de la vida... La felicidad es el fin del hombre. Nos sentimos con derecho a la felicidad... y ella huye, y la vida se pasa entre anhelos y desengaños, entre deseos no satisfechos y esperanzas quiméricas... Los viejos, ya desengañados, suelen ponderar la dicha de la infancia, pero olvidan que la niñez tuvo lágrimas... ¿La adolescencia?... Edad ingrata, hecha de estudios, privaciones, aridece... ¿La juventud? Ambición angustiosa, tempestades, anhelos insaciables; dolorosa espectativa.

"Avanza la vida y llegamos a la edad madura; las flores de la primavera ya no adornan el camino; es ya el estío y el segador recoge el grano... Es la cosecha de la experiencia... ¡Cuantos desengaños, cuántas amarguras, cuando creíamos cosechar la gratitud, la amistad, la gloria!... Y el sol se va hundiendo, cae la tarde de la vida, el valle se oscurece."

Un telón de nubarrones negros, desgarrados en los bordes y rayados de fajas sangrientas, flota sobre la campiña. Melancolías de la hora que teñía con fulgor lívido esas riberas; melancolías del relato que cubría de sombra la frente del anciano conmovido... Continuó:

—"La vida se oscurece, la ingratitud y la muerte han formado la soledad en torno, y siguen cayendo las sombras y ya se acerca una noche sin aurora.

"Cuando el viejo solitario lanza la mirada al

sendero recorrido, sólo ve, de trecho en trecho, las losas de las tumbas, que sirven a sus ojos, ya turbios, y a su memoria, ya cansada, como piedras miliarias para adivinar a través de la niebla la senda de tristezas que ha seguido y para recordar sus años evocando sus duelos... Y entonces el anciano, declinado el sol, cerrado el horizonte, no tiene fuerzas para seguir peregrinando, renuncia a toda esperanza, se sienta a la orilla del camino, y espera... ¡Ah!... ¿qué espera?... Espera sólo que otros marquen aquel sitio del cansancio final con una piedra funeraria; como él marcó la partida de tantos seres amados que le precedieron en el camino de la muerte.

"Así meditaba yo a la sombra de aquellos claustros, en el Sinaí... Algunas tardes un monje compasivo venía a mi celda, se sentaba a mi lado, permanecía en silencio, como ante un enfermo que necesita reposo...

"Al fin me decidí a hablar, le confié el estado de mi alma.

—"La historia de toda las almas —me dijo—. El conflicto entre el espíritu inmortal y la vida transitoria... El hombre tiene derecho a la felicidad, es cierto: sólo que —agregó— esta vida no es la vida.

"Tornaba yo a quedar solo, y volvía la angustia febril; cara en tierra, la frente apoyada contra aquellas losas, como si pretendiera refrescar la fiebre de mi sangre al contacto de aquellas piedras que por siglos habían sido el refugio sereno de la paz, de la oración y el sa-

crificio... ¡Ah! no venía la calma, no se transfundía a mis venas el frescor de aquellos claustros, de aquellos muros, de aquellas cisternas, de aquellas almas.

"¡Ah! sin fe, sin esperanza, no sabía resignarme... Es fácil en un arrebato de entusiasmo, en mitad del combate, al clamor de las trompetas, precipitarse en la tumba, realizar un acto de heroísmo; pero cuando el sufrimiento es en la soledad, cuando se prolonga en el silencio, cuando las esperanzas se han alejado una por una, cuando queda el hombre solo consigo mismo, frente a frente con su propia miseria, entregado a su propia nada... ¡ah! entonces se comienza a comprender lo que es la agonía."

"En las horas supremas de tinieblas, le confiaba yo al monje mis luchas interiores.

—"Lucho por detener la ilusión que se va... que se fue para siempre; lucho por rechazar esta agonía que llega, pero mi voluntad está rebelde, el cáliz es demasiado amargo; se me acerca a la boca y aprieto los labios, y rehuso beberlo... No me resigno, no quiero, no puedo, es demasiado.

"El monje, cuando yo imaginaba que iba a persuadirme a que dejase para siempre el mundo, a que me encerrase por siempre en aquel claustro, con sorpresa mía extendió la mano, y señalando el horizonte, me invitó a tornar a los senderos de la vida, a la milicia activa por el Bien y la Verdad...

*

* *

"Bajé del Sinaí, crucé la Judea. Subí al Calvario..."

Se detuvo. Evocaba el momento supremo de su vida, la hora de la crisis moral, de la transformación divina.

Tenía los ojos nublados; brotaron algunas lágrimas al evocar, en silencio, aquella hora suprema.

—"Los recuerdos —dijo— rosas de Jericó que reviven y se entreabren mojadas por el llanto..."

En tanto, la tarde iba declinando, las aguas del golfo conservaban un reflejo del ocaso. En la sombra del jardín se iban cerrando en silencio las corolas, que se adormecían en el misterio y la tranquilidad de la noche.

Comprendí que el anciano, removiendo las profundidades del pasado, recordaba más de lo que nos decía y sentía más de lo que expresaba. Vi que de ese fondo de sentimientos y recuerdos evocados surgían algunas lágrimas, como agua salobre del abismo.

Sacudió la cabeza, movió los labios, volvió a hablar, y su acento se hizo cada vez más blando, como humedecido por las lágrimas.

—"Subí al Calvario, penetré en la cripta del Santo Sepulcro, doblé la rodilla, apoyé la frente contra aquella piedra... Allí medité en el dolor de Cristo y en el dolor humano... La luz descendió a mi alma. Comprendí el objeto de la vida y el objeto de la muerte. Con la muerte de un Dios estaba destruído el triunfo de la muer-

te, y con la resurrección de Cristo veía proclamado el triunfo de la vida-... La vida se me presentaba como una palestra para ganar una corona. Nuevos e infinitos horizontes se abrieron ante mi alma, y allí, entre las lágrimas y el gozo, aprendí a amar a Aquel cuyo amor no me dejaba sino una sola pena: la de haber empezado a amarle demasiado tarde..."

La voz del anciano vibraba con emoción suprema; su acento se hizo cada vez más blando, como humedecido por el llanto; tan suave, que al fin se fue apagando lentamente... Pareció perderse en un ensueño; respetamos su silencio. Como no podía hablar, lloraba. Dos lágrimas rodaron por sus mejillas, se hundieron en la barba.

Una gran serenidad reinaba en torno. Las estrellas empezaban a brotar, una por una. Permanecimos inmóviles, y el mar estaba en calma, y tal era el silencio, que nos pareció oír el ritmo de nuestros corazones.

El anciano sacudió la cabeza, mientras volvía una sonrisa a sus labios. Bajamos la colina. Sentíamos que una paz silenciosa reinaba en nuestra alma.

Nos detuvimos a mitad de la pendiente, contempló en torno, volvió la cabeza, extendió la mano, señaló la altura: allí, sobre la profundidad del cielo, el Crucifijo abría los brazos, rodeado de constelaciones.

*

* *

Era el 2 de noviembre. Alberto y yo salimos

a dar un paseo a pie por la colina de Frascati. El viento esparcía por el suelo las hojas marchitas y traía del campanario el doble por los muertos.

Un empleado de correo reconoció a Alberto y le entregó dos cartas, una de M. Delecluze, otra en el papel timbrado del Vizconde de Ogheroff.

—Es extraño —me dijo Alberto, al romper el sobre de esta última carta— viene en papel suyo, pero no es su letra, no es su firma... es de un amigo suyo...

Leyó, lanzó un grito:

—¡Desgraciado!...

Se detuvo, vaciló, se apoyó contra un árbol, extendió el brazo: en silencio me entregó la carta. No quise tocar el papel, no quise saber cuál había sido el fin trágico del Vizconde de Ogheroff.

Repuesto ya de su emoción, Alberto me pidió que leyese la otra carta. Era de M. Delecluze, que aquella tarde se hallaba enfermo.

"...Después de la fiesta de todos los santos, he aquí el día de todos los muertos. Aún aquellos que en torno de su tumba no tienen sino yerbas marchitas, aquellos sobre cuyas losas nadie se arrodilla, tendrán en este día sus oraciones, tributo que la Iglesia y las almas compasivas de los vivos ofrendan a las almas de los muertos olvidados."

Alberto suspiró. Me detuve. Vi que la sombra de un recuerdo pasó por sus pupilas.

"Cada año en esta fecha reina en nosotros

con mayor intensidad el recuerdo de los que fueron, y deploramos los largos olvidos, nos arrepentimos de haber abandonado el culto y la memoria de los que tanto nos amaron..."

Tornaba la tristeza a pasar por las pupilas de Alberto, y comprendí que el anciano, evocando la sombra de una madre olvidada, con intensidad tocaba las fibras más íntimas del corazón de Alberto.

"...¡Ah! esos seres que pasaron tan pronto en nuestro recuerdo, ocuparon tanto espacio en nuestra existencia!... El viento de otoño que hoy se lleva las hojas secas y descubre los nombres grabados en las piedras mortuorias, parece que al mismo tiempo pasa barriendo las negligencias, los olvidos, hojas marchitas que meses y años habían aglomerado en nuestro pensamiento.

"Hemos sido ingratos para con nuestros pobres muertos. Penetrados de arrepentimiento, tratemos, al menos este día, de reparar nuestras faltas. Llevemos a su tumba algunas flores, apartemos las hojas secas que cubren las lápidas, arranquemos las yerbas que en libertad hunden las raíces en esa tierra que está unida al polvo de los seres amados. Consagrémosles también algunos instantes de un tiempo que hemos disipado en tantas cosas fútiles, algunos pensamientos de un espíritu que durante el año se ha disipado en tantas ideas banales..."

Alberto se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar un remordimiento. Habíamos llegado a la entrada de la aldea Frascati. Por

cima de un grupo de olivos, veíamos el campanario de la iglesia. Las ráfagas del viento nos traían los dobles. La multitud se encaminaba al templo.

—Continúa la lectura —me dijo Alberto.

Nos detuvimos. Leí:

"...Y ellos, nuestros muertos, acaso escuchan con sorpresa y gratitud, el murmullo, por leve que sea de nuestras oraciones."

Densos grupos de aldeanos se encaminaban hacia el templo; como llevados por ellos, llegamos a la puerta de la iglesia, cuyo inmenso portal estaba colgado de luto. En el fondo se veía el resplandor de los cirios. Entramos. Alberto se apartó de mí, colocóse a la sombra de una pilastra; no dobló la rodilla; permanecía sobrecogido, fija la mirada en tierra.

*

* *

A la tarde volvimos a encontrarnos.

Alberto me entregó un papel.

—Mira: es la carta de mi abuelo; aún nos queda por leer la última página. Lee tú mismo.

Leí:

"...Sí, este día la sombra del pasado flota sobre nuestros corazones y sobre los cementerios. Las ideas toman un tinte melancólico; más que ideas, son como vagos ensueños, sentimientos indefinibles, con el matiz amortiguado que tienen ya los bosques presintiendo los soplos del invierno. No sé qué misterioso luto, formado por todos envuelve hoy el alma y la sumerge en

la melancolía como en una gasa crepuscular de otoño.

"Todo en este día, la misa de la mañana, los cirios que brillan entre los paños negros, los cantos fúnebres, el doble de las campanas, los peregrinos que van al cementerio, el otoño con sus languideces, el boscaje con sus amarillentas ramazones, este sol que envía sus rayos al través del ramaje marchito, este ambiente, cargado con los vapores que al pie de los troncos exhala la hojarasca, todo en la naturaleza y en el fondo de nuestro espíritu habla el lenguaje de las calladas agonías y de los supremos adioses..."

Alberto volvió en torno la mirada. Las nieblas se iban dilatando; pasaban lamiendo el flanco de la colina de Frascati, bajaban y se tendían por la campiña romana. Las hojas amarillas, seguían revoloteando, caían en silencio.

"...Acaso hemos cumplido nuestro deber cuando, en este día de los crisantemos sobre las tumbas, les consagramos un recuerdo a los seres amados? ¿Sólo este día hemos de vivir fieles a su memoria?... Creo que esos muertos tienen derecho a vivir presentes en nuestra alma todos los instantes de nuestra existencia.

"Al parecer, son nada, y en verdad lo son todo *para nosotros; que les oigamos o no,* su silencio nos habla, y aún sin que lo comprendamos, su voluntad nos manda. Pienso que esos muertos no están muertos: sus días pasaron como la sombra, pero su sangre corre por nuestras venas, y sus obras, su espíritu, quedan en nosotros viviendo nuestra vida..."

La sombra iba cayendo lentamente sobre la campiña romana. Sólo un vago resplandor sonrosado brillaba por el lado del poniente. A la luz del crepúsculo continué leyendo:

"Largas generaciones de creyentes (si hemos de invocar siempre la ley de la herencia) nos han transmitido su fe inmortal, este anhelo místico que es la paz interior de los que creen y la desesperación de los que dudan... Esos antepasados creyeron y también lucharon: ellos labraron nuestra tierra, formaron nuestro honor, hicieron nuestra historia.

"Debemos recordar que esas generaciones de hombres de fe y de acción al través de los siglos acumularon para nosotros un rico patrimonio de sagradas tradiciones, fundaron la patria de la tierra... y nos allanaron el camino a la patria del cielo..."

—Tiene razón —me contestó Alberto—. Como ves, mis ideas se han modificado sustancialmente, con las lecturas, con la reflexión, y por último, con la revelación de mi abuelo... y sin embargo, no sé orar... ¡Ah, si volviera la fe de mis primeros años!... Sin saber por qué, mi pensamiento voló al castillo de los Abbruzzos y creí ver a Blanca de rodillas, desgranando las cuentas del rosario y orando por la conversión del ausente.

Seguimos caminando paso a paso. Cayó la noche sobre la llanura. La niebla envolvió la colina por la cual vagábamos con la frente baja y el corazón oprimido.

Sopló luego la brisa y nos trajo el lejano do-

ble de las campanas. Cabecearon los árboles, huyó la niebla, y por encima del follaje brillaron las estrellas. Alberto levantó la mirada, permaneció largo rato con los ojos perdidos en el azul del firmamento. De pronto se estremeció: una estrella fugaz cruzó la bóveda oscura, trazó larga línea de luz en el cielo... Alberto la siguió con la mirada, y vi que un recuerdo cruzaba al par como una exhalación por el fondo de su alma y la iluminaba con luz tan suave, con claridad tan misteriosa como la de la estrella fugitiva.

—¡Madre!... ¡Madre mía!

Continuó vibrando a lo lejos la campana. Acaso parecióle a Alberto que en ese doble tan blando, y tan quejumbroso, y tan lejano, el alma de una madre muerta y olvidada le pedía una lágrima, un recuerdo, una plegaria...

Miró en torno, se acercó, me estrechó el brazo:

—Tú sabes rezar... rezar por ella.

Me descubrí la frente, él miró en torno de nuevo, se descubrió también, y en medio de la soledad, bajo aquella bóveda cuajada de estrellas, perdida la mirada en la altura, temblorosos los labios, como los de un niño que balbuce, principió a recitar el Ave María... y al final se apoyó en mi hombro, no pudo decir las últimas palabras, agitado por un sollozo que se esforzaba en reprimir y conmovido al sentirse evocando su fe, su oración y su acento de la infancia.

Al cabo no pudo contener las lágrimas que había reprimido, y lloró largamente, lloró como un niño.

—¡Madre, madre mía!... ¡Sálvame!

Alzó los brazos y cayó de rodillas en mitad del camino cubierto de hojas secas.

*

* *

Volví a Roma.

Entró el invierno.

—Podemos aprovechar un día como éste —me dijo el abate Petrucci— para hacer una excursión a Neptuno, y a la vez podemos visitar a nuestro amigo Delecluze, que se halla enfermo. En esta mañana llena de sol, junto con el frío tónico de la *tramontana,* invitan a un paseo.

Tomamos el tren. Partimos. Era en mitad de enero y el cielo resplandecía. El tren volaba a través de la campiña romana, entre el campo que parecía regocijarse con aquel baño de sol tras la lluvia.

—No sé —dijo de pronto el abate— qué ha podido quebrantar así, de improviso, la salud de nuestro noble amigo Delecluze.

No quise hacer alusión a las revelaciones del anciano.

—Esta semana lo hemos trasladado de su habitación a la casa de salud que las Hermanas de la Sabiduría tienen cerca de Porto D'Anzio... Diríase que un esfuerzo moral, una pena, un gran sacrificio... no sé qué... de improviso ha roto sus fibras, en medio de aquella vejez florida que aún nos prometía tenerle por largos años.

El abate, cansado de los monosílabos con que yo le contestaba, se puso a contemplar la cam-

piña, y luego, tarareando a media voz, fija la mirada en el techo del vagón, se absorbió en la composición de una Salmodia.

—¡Neptuno! —gritó el guarda de la estación. Descendimos, tomamos un carruaje y empezamos a recorrer el sendero que conducía, por la orilla del mar, a la quinta de las Hermanas. El cochero se detiene ante una verja de hierro sobre cuyas pilastras se lee en gruesos caracteres: "Villa Maris Stella".

—Es un antiguo palacio del príncipe Lancellotti —me dice el abate, mientras el cochero baja del pescante y va a sacudir la cadena de la campanilla—. Viven aquí estas buenas Hermanas lejos del tumulto y del ruido, consagradas a atender algunas personas distinguidas, o algunos ancianos que tienen necesidad de reposo moral, de paz y de silencio. En medio de la fiebre y agitación del mundo moderno, conservan aquí una atmósfera de fe y de contemplación, como un rincón de las edades remotas, como un recuerdo de las horas tranquilas de otros siglos.

Lanzo una mirada a través de la verja, y tras ella diviso, con sus troncos retorcidos y su follaje opaco, algunos grupos de olivos centenarios. Más allá, entre el ramaje, brilla a trechos la fachada de una mansión señorial; detrás el claro azul del cielo y un trozo del azul profundo del Mediterráneo.

El cochero sacude por segunda vez la cadena de la campanilla. Una Hermana, de cara fresca y sonriente bajo la toca de lino, aparece tras de la verja de hierro, reconoce al abate, saluda afa-

blemente, y hace girar la puerta. El coche penetra en el parque, hace crujir la arenilla del sendero y va caracoleando en pendiente suave, por entre los olivos, hacia la casa, edificada sobre una roca. Nos envuelve una atmósfera de paz y de reposo. Tal es la quietud de las olas, tal el reposo de aquel sitio, que nos detenemos un instante con recogimiento. Sólo interrumpen el silencio, el rumor lejano del rezo en la capilla, el murmullo de un hilo de agua que, en el jardín, brotando de una gruta rodeada de flores, al pie de la Virgen de Lourdes, se desliza blandamente sobre el tazón de mármol y parece murmurar una oración, remedar la plegaria balbuciente de un niño.

—Están ahora en la capilla —nos dice la Hermana, con una sonrisa que semeja una excusa— pero ya han terminado el rezo del medio día.

Nos detenemos un momento en el vestíbulo. Cesa el rumor lejano; ábrese la puerta y aparece la Madre Superiora; nos invita a entrar, sonriente y benévola. Cruzamos un salón, pasamos por frente a la capilla, de donde sale fragancia de rosas y de incienso; en el salón, que tiene vistas sobre el mar, un mueblaje de nogal, algunas imágenes en los muros, y en varios jarrones, manojos de flores.

Alberto llegó a saludarnos. Nos informó sobre la enfermedad inesperada del anciano.

Se presentó una Hermana, y dirigiéndose al sacerdote: —Le ruega el señor Delecluze —dijo en francés— que pase a su aposento.

En tanto que el abate Petrucci se alejó tras de

la Hermana, Alberto me tomó del brazo y me llevó hacia el balcón que da sobre el Mediterráneo.

—Ya puedes imaginar mi dolor —me dijo en voz baja— y al mismo tiempo puedes imaginar mis reflexiones.

—Explícate.

—¡Cómo! —exclamó— durante años, dominado por una idea, me he sentido víctima de fatal herencia, y de improviso descubro que yo no era víctima sino de una falsa doctrina.

—¿Lo crees? —le pregunté, mientras observé que su mirada se dirigía al horizonte, acaso en busca del peñón sombrío.

—Sí —me respondió en tono firme—. Falsa la teoría del atavismo para el mal, falso el hecho de que yo partía, y falso e imaginario el atractivo de la muerte.

Sus ojos se apartaron del horizonte y volvió la mirada al interior como para indicar el aposento donde yacía su abuelo.

*

* *

Algunas semanas después, entrado ya abril, se presentó una noche en mi casa el padre de Blanca. En su fisonomía adiviné la emoción que le embargaba.

—Amigo mío —exclamó sin tomar asiento— acabo de recibir telegrama de la "Villa Maris Stella"... Léalo usted mismo.

Me tendió la hoja de papel azul, y en el movimiento de sus labios y en el arco movible de sus cejas, se pintaban el dolor y el asombro.

—¡Cómo!... Acaso Alberto...

—No, no: lea usted... ¡Nuestro noble amigo Delecluze está moribundo!

El automóvil del Conde esperaba a la puerta. Partimos. Al cruzar las calles desiertas de Roma, en silencio, al lado de las ruinas solitarias del Palatino, el espectáculo es grandioso y trágico: las moles de los edificios se elevan iluminadas por la luna, y se destacan sobre un cielo profundo, sin estrellas, sin nubes. Cruzamos por el Foro Trajano; la selva de columnas truncadas descuella solemne y tristemente en la soledad de la noche. Tomamos la "Vía Nazionale" y en rápido ascenso, llegamos a la Piazza Esedra; las fuentes saltan en el espacio desierto, y los chorros de agua deshacen en la altura sus plumones, y reflejan con cambiantes de iris los rayos de la luna.

Salimos de la ciudad, nos lanzamos a la campiña romana.

—¡A toda máquina! —exclamó el Conde en su afán de llegar cuanto antes a estrechar la mano del amigo moribundo.

Rugía el motor; bramaba a trechos, en los recodos del camino, la trompeta; el automóvil devoraba el espacio en aquel sendero plano que los faros de la máquina, con su luz radiante, iluminaban haciendo surgir de pronto, y desaparecer de improviso, como en sueño ilógico, piedras, árboles, casas, ruinas de acueductos, formas que danzaban a nuestro lado en un desfile fantástico y que se borraban en seguida sobre el fondo de la noche.

—Es un hombre extraordinario —me decía el Conde, mientras cruzábamos así la campiña romana—. Y ahora que va a morir no hay inconveniente en revelar algunos rasgos especiales de su carácter. En medio de su silencio y su retiro, ha sido un propagandista fervoroso y fecundo... Cree, como Lacordaire, que la caridad de la doctrina es la más hermosa forma de la caridad entre los hombres. Me decía que cuando les damos la verdad a nuestros semejantes les ofrecemos algo que sobrevive a la muerte y que va a florecer en el sepulcro.

Se detuvo un momento, miró hacia la izquierda, al través de los cristales.

—Vea usted: ya estamos a mitad del camino; a nuestra izquierda queda ahora aquella masa oscura, que es la colina de Frascati y de Roca di Papa.

Un soplo fresco, el aletazo de la brisa marina; un rumor lento y cadencioso, la respiración del mar adormecido.

—Ya llegamos a Neptuno —dice el Conde— Sospecho que aquella luz... Vea usted, allá... entre aquellos árboles... es la "Villa Maris Stella". Estarán velando a esta hora.

La del alba sería cuando llegamos a Neptuno. Una Hermana esperaba en el vestíbulo. Cruzamos la callejuela del jardín y llegamos al pie de la escalera. Todo es silencio en torno: la fuentecilla, en la gruta rodeada de helechos y de flores, se desliza blandamente hacia el tazón de mármol; pero ahora parece que murmura su plegaria mezclada con un sollozo al pie de la

Virgen de Lourdes. Subimos. Alumbra el aposento del enfermo una lamparilla de aceite medio oculta por el velador de seda; en el techo, la luz y la sombra siguen las oscilaciones de la llama; en aquella penumbra entrevemos la figura del anciano. Su cabeza, severamente perfilada por la fiebre, bañada por la claridad moribunda de la lamparilla, y con la majestad de la frente y el brillo de las canas, parece una imagen de apóstol.

El anciano entreabrió los ojos, volvió la cabeza y nos saludó con una sonrisa.

Afuera empezaron los rumores de la mañana, cantos de pájaros y de labriegos, y en ese murmullo lejano, escuchado desde el aposento donde principiaba una agonía, en ese despertar de la vida había algo extraño, algo más triste que el silencio mismo.

A trechos interrumpen el silencio de la alcoba los hachazos de un leñador empeñado en tronchar un roble centenario. Hay cierta lúgubre analogía entre aquel anciano que se doblega hacia la muerte y aquel árbol que cruje y tiembla bajo los golpes del hacha.

Oyóse luego por el lado del camino el tañido de una campanilla, más sonora en el aire diáfano de la mañana.

El abate Petrucci llega a la verja del parque, en medio de aldeanos con cirios y linternas. Las oraciones de los acompañantes forman un murmullo que va creciendo, entrecortado por el tañido de la campana. El sacerdote cruza el jardín, desciende la callejuela de los viejos olivos

que, movidos por la brisa de mar, parecen saludarle. Llega al pie de la escalinata, ante el vestíbulo. La procesión se detiene. Reina el silencio que precede a las grandes catástrofes de la materia, a las grandes emociones del espíritu... y a lo lejos, en medio de aquel silencio, se oyen de nuevo los golpes del hacha en el roble que extiende hacia el suelo sus brazos centenarios.

Todos caemos de rodillas, todos inclinamos la frente, cuando se abre la puerta de la estancia y penetra en ella el sacerdote.

—*Pax huic domui*...

El enfermo volvió la cabeza, movió los labios e hizo un esfuerzo para incorporarse. El sacerdote roció el lecho con el hisopo.

—*Asperges me, Domíne.*

Continuó el sacerdote con lentitud, solemnemente, las oraciones en latín, que el anciano, como si la piedad le diera nuevas energías, contestaba con voz aún perceptible. El murmullo de las preces llenaba la estancia; el abate ungía con el santo óleo los ojos, la boca, las manos del enfermo.

—...*Indulgeat tibi Dominus quid quid per gressum deliquisti*...

Los labios del anciano se movieron:

—Amén.

Cuando el sacerdote hubo salido, el enfermo cerró los ojos, quedó inmóvil.

¿Dormía? ¿meditaba?... ¿era el letargo del cuerpo? ¿era el despertar del espíritu a la visión de otros mundos?... Abrió de pronto los ojos, cual si tornara con sorpresa a la vida de la tierra;

buscó en torno, y con acento que semejaba un eco, con voz que parecía venir de muy lejos.

—Alberto... —murmuró— Alberto...

Salió Alberto de la penumbra, se dirigió al anciano y se arrodilló a su lado. El abuelo, extendiendo el brazo, le colocó la mano sobre la cabeza.

—Oyeme... Me despido de la vida... Olvidarás lo que he sido...

Se detuvo un instante, en el cual acaso cruzó ante su mente la visión de toda su existencia.

Continuó con nueva energía:

—Recuerda lo que debes ser... Sé indulgente; y atrae a la luz a los que, como yo, como tú, hemos dudado...

Un silencio. A lo lejos los hachazos del leñador continuaban.

El anciano pareció recordar algo muy importante, e interrogó a Alberto.

—Has hablado con el abate Petrucci?

—Sí... —murmuró Alberto, y en voz tenue, inclinándose hacia el anciano, dejó oír una palabra: "Confesión".

—¡Ah!... ¡Feliz soy!... Gracias, Dios mío!... y la emoción le embargó la voz al moribundo. Calmado agregó:

—Alberto: óyeme, mañana se dirá aquí una Misa... Yo sé que viviré hasta el día de mañana... Tú asistirás... y luego que me cierres los ojos irás, como me has prometido, a la Trapa de las Tres Fuentes.

Alberto inclinó la cabeza y le besó la mano.

Sin duda aludía el enfermo a alguna conversación anterior y a una solemne promesa.

—Gracias... ¿Y orarás siempre por mí?... Tengo aún necesidad de oraciones...

La voz se fue apagando, cada vez más lenta, cada vez más sorda. La vida se concentraba en la mirada. La inteligencia aún alumbraba la pupila, aprisionada, como la suave llama de la lamparilla que oscilaba iluminando un rincón de la estancia.

*

* *

La noche siguiente fue tranquila.

—Concibo alguna esperanza —me dijo el Conde.

Al llegar a la alcoba los ruidos de la mañana, el anciano abrió los ojos, y con una expresión de gozo extraño.

—Es el alba —dijo— amanece el día que será eterno.

A una señal del enfermo, el Conde se dirigió hacia un estante, tomó la *Imitación de Cristo* y, según costumbre, abrió al acaso, se acercó a la ventana y leyó:

"...Vendrá la paz en el día que el Señor sabe. Por cierto no será día o noche como los de este tiempo, mas luz perpetua, claridad infinita..."

Habían las Hermanas dispuesto un altar entre las dos ventanas que daban sobre el jardín, junto al lecho. Entró el abate Petrucci, revestido para la Misa, y acompañado por el escultor, que le servía de ayudante. Abrióse de par en par

la puerta del salón contiguo; vi a las Hermanas de rodillas, y con sorpresa divisé a Blanca en medio de ellas, oculto el rostro entre las manos.

A la hora de la Comunión, el anciano, reuniendo las últimas energías de su alma, se enderezó, hizo una señal a Alberto, que salió de la sombra y se arrodilló al lado del lecho. El sacerdote se acercó, dio la comunión al moribundo, que pareció iluminado por un gozo y un resplandor de ultratumba.

Alberto recibió la santa Eucaristía pálido de emoción, los ojos bajos, cruzadas las manos sobre el pecho. Al concluir la Misa, el anciano volvió los ojos y buscó la mirada de Alberto; había tal expresión de nueva fe, de nueva esperanza, de nueva vida en el semblante del joven, que el anciano se estremeció, conmovido ante su obra. Las miradas se cruzaron, por última vez, en un diálogo de inefable ternura. ¡Ah! querían hablar, tenían aún tantas cosas que decirse... y era ya imposible, la vida se extinguía... El abuelo cerró lentamente los ojos; al través de los párpados se deslizaron dos lágrimas. Buscó a tientas, logró colocar de nuevo la mano sobre la cabeza de Alberto.

Los circunstantes en silenciosa espera no podían reprimir las lágrimas. Blanca, en el salón contiguo, siempre de rodillas, el rostro entre el pañuelo, sollozaba en un sollozo interminable, mudo, que se revelaba por el estremecimiento de los hombros y del cuello. Adivinábase la doble emoción de su alma al asistir a una resurrección y a una agonía.

El moribundo, de nuevo abrió los ojos, buscó en torno, me miró, quiso hablarme, quedó mudo; vi en aquellas pupilas toda la dulzura de un pensamiento que yo ignoraría para siempre. De pronto el brazo cayó inerte. Una contracción agitó el rostro y en él se extendieron las tintas de la agonía. Oyóse un suspiro.

—En tus manos... Señor...

La respiración se hizo más anhelante... se detuvo...

El murmullo de las oraciones en el salón contiguo, se alzó en crescendo como si quisiera acompañar el vuelo de un alma. El rostro del apóstol, inmóvil ya para siempre, iluminado por una luz que no era la luz de la mañana, resplandecía con la paz de la muerte.

*

* *

Yacía el ataúd en la capilla, entre los cirios. Las ventanas que daban sobre el mar estaban abiertas. Llegaba hasta allí, como un sollozo, el rumor blando de la ola al morir en la arena.

Alberto se encaminó a la capilla. Deslumbrado por la luz exterior, sin duda no vio, en la penumbra que formaban los paños mortuorios, que al lado del féretro estaba orando Blanca... El dobló la rodilla, hizo la señal de la cruz. Un gemido tenue le hizo volver la mirada; sólo vio un velo negro...

En una evocación a que necesariamente debía de entregarse su espíritu en aquella hora, vio de nuevo la figura del anciano como le viera dos años antes, cuando el primer encuentro,

en el jardín del Conde, al entrar con Blanca en la avenida de robles, la alegría en las pupilas y una canción en los labios. Recordó aquella fisonomía, llena de gozo espiritual, en las veladas en casa del Conde, las mejillas frescas, más frescas aún entre la barba y el cabello de plata. Y pensó Alberto —según pude leer en su semblante— que aquel gozo, aquella frescura, estaban ya encerrados aquí, en esta caja de encina, bajo el manto de terciopelo negro. ¡Ah! jamás esta vitalidad gozosa volverá a sonreír a la luz de aquel sol que tanto amaba, por aquellos jardines, por aquellos senderos que había llenado con su presencia. Recordó Alberto las revelaciones de los últimos días, la confesión a la orilla del mar, al pie del Crucifijo de bronce, y pensó que algo de su propia vida se iba con la vida del anciano.

La campana de Neptuno, a lo lejos, empezaba a doblar; el clero, precedido de un crucifijo, entró en el parque. Un coche, tirado por dos caballos negros, se detuvo ante la verja; todos se apartaron: entró el Cardenal Argelino y oró unos instantes. Alzaron el ataúd; todos se inclinaron con silenciosa veneración, en tanto que por las callejuelas del parque, cubiertas de flores, avanzaba el féretro, en brazos de los marinos, que se disputaban el honor de llevarlo. Formóse el cortejo en la calle que conduce a Neptuno; desfiló lentamente: primero los huérfanos de los asilos, luego la cofradía de la Buena Muerte, ceñido el estandarte de un crespón negro; las Hermanas de la Sabiduría y los ami-

gos venidos de Roma; después, en torno del cadáver, todos los pobres de la aldea, grupo abigarrado, en que a veces rompiendo el silencio se oía una bendición, vibraba un sollozo. Y entre la calma triste llegaba de lejos, como un gemido, el trémulo expirar del oleaje en la arena.

La iglesia estaba llena antes de que llegase el cortejo. Con lentitud solemne principió el servicio religioso, y Alberto se estremeció al oír las voces del *Dies irae*, que el abate Petrucci hacía vibrar en el órgano. Por la puerta lateral veíanse un trozo de cielo, un lado de la costa, los campos de flores bañados por el sol de primavera, cuadro de luz y de vida que contrastaba con la sombra de las naves, con el aparato de la muerte. El rumor del mar, la lejana cadencia de las olas, enviaban su acento a mezclarse con la cadencia gemebunda del órgano.

Sintióse Alberto lleno de religioso sentimiento, al oír el clamor final, aquella voz que a las puertas de la tumba hablaba de una claridad inmortal, superior a toda luz creada. —*Et lux perpetua luceat eis*... Del altar fue conducido el ataúd a las puertas del templo, y por tres veces rociado con el hisopo: los sacerdotes en voz baja pronunciaron las oraciones finales...

Luego, cuando todos creían que iban a encaminarse al cementerio de la aldea, con sorpresa general el Conde y Alberto, que estaban a la cabeza del cortejo, indicaron el sendero, que cruzando la playa, conduce a la costa.

—Fue su última voluntad: vamos a depositarlo en el sepulcro de Palmarola.

Ya esperaban en el muelle un centenar de barcas, dispuestas por el Conde. Colocaron el ataúd en una lancha, que se llenó de coronas. Caía el sol a plomo sobre las frentes: el olor de los campos llegaba con la brisa, llegaban en ráfagas los aromas de los jardines, como si la tierra hubiera deseado, por última vez, dar el adiós supremo a aquel que tanto le había amado, y que ahora sobre el agua ondulante del golfo, se alejaba a dormir su sueño eterno en medio de las olas.

Abordamos a la roca, en hombros de los marinos el ataúd empezó a subir las gradas del monumento. Comprendí entonces la intención de aquel hombre generoso aun en la muerte. El Conde, que iba a mi lado, me dijo:

—Creo que él habría querido dormir en la tierra tradicional del cementerio de la aldea, en medio de las otras tumbas y de las otras cruces, acompañado por el rumor de las oraciones que hasta allí llegan de la iglesia vecina. Pero aquí, en este sepulcro nuevo, va a llenar un vacío, va a colmar un abismo y a alejar una tentación para siempre.

—Es verdad —observé—; el alma de Alberto está redimida... al propio tiempo la tumba está sellada.

—Es el triunfo de la vida... en lo espiritual, en lo material.

El escultor colocó una cruz de bronce sobre la losa.

—Algo me dice —observó el artista— que un designio providencial, como una voluntad de lo

alto, preparaba este mausoleo para este apologista. El buscaba el olvido... un nombre borrado bajo el musgo de una piedra, en el rincón de un cementerio.

—¡Cómo! —interrumpió el abate—. ¿El así... una de las glorias de la literatura universal?... ¡No! aquello le haría honor a él, no a sus amigos, no a su causa... Duerme, como Chateaubriand en su mausoleo de Saint Malo, duerme así entre el mar y el cielo, sólo con su grandeza.

Colocamos la última corona sobre la losa; el abate Petrucci pronunció la última oración ante el sepulcro; luego los acompañantes, fueron bajando la gradería del islote; una a una, las barcas se alejaron. Alberto y yo permanecimos al lado de la tumba. El Conde, al pie de la escalinata, llamó a los marineros que conducían su bote, una elegante barcaza que impulsaban cuatro robustos mozos. El escultor y el abate, se colocaron en el centro; el Conde y Blanca se prepararon a embarcarse.

Alberto y yo bajamos lentamente, esperando embarcar en nuestro bote.

—¡No! —exclamó el Conde, de pie en su barcaza— y con un ademán de hondo afecto extendió los brazos:

—Aquí en mi barca... aquí todos reunidos.

Tendióle la mano a Alberto para ayudarle a entrar a la nave.

Salté y fui a colocarme al lado del escultor, que permanecía absorto, contemplando su obra, pasmado del destino que la Providencia le había

reservado a aquel sepulcro. A la luz oblicua de la tarde, se realzaban con nuevo vigor, los bajorrelieves de mármol y se destacaban los ramos de palmas y laureles de bronce.

El Conde, a popa, empuñó el timón de la barca. Era el momento de partir, el instante de los supremos adioses... Silencio en lo alto del peñón, silencio en nuestras almas... ¿Qué palabra podríamos decirnos capaz de interpretar la solemnidad de aquella hora? En nuestro espíritu se reunían, sin confundirse, las emociones de aquellos dos años llenos de zozobras, de aquel presente lleno de majestad y de tristeza, y las esperanzas de aquel porvenir que se iluminaba como una aurora.

El Conde hizo con la mano la señal de partida. Los cuatro marinos se encorvaron, y hundiendo los remos en las ondas con un movimiento rítmico que destacó los músculos del cuello y las venas de la frente, dieron impulso a la barca. Nos alejamos del islote; volviendo la mirada hacia el peñón, damos el postrer adiós a aquella tumba solitaria.

Mientras avanzábamos hacia el puerto, la tarde iba declinando.

Alberto conservaba en la mano una rosa blanca que como recuerdo había desprendido de una corona de la tumba. Sin una palabra colocó la flor entre las manos de Blanca. Todo, aún este pormenor, adquirió en tal momento una solemnidad extraña, y tomó carácter de símbolo. Pensé en la sucesión de las generaciones, pensé en los sepulcros y en las cunas, y consideré

con vaga melancolía cómo se enlazan en el mundo el amor y la muerte.

*

* *

Absorto en su dolor y en su promesa, Alberto se despidió de los acompañantes, tan pronto como llegamos a la playa. Un automóvil le esperaba. Le interrogué, quise detenerle:

—¿A dónde vas?

—A la Trapa de las Tres Fuentes.

Volví la cabeza y vi a Blanca no lejos de nosotros, más pálida y más hermosa en sus ropas de duelo: había oído la respuesta.

Alberto, sin ver ni oír, se arrojó en el automóvil y dio al conductor las señas de la Trapa. El automóvil bramó, serpenteó en las calles del parque, desapareció. Cuando pasé por frente a la capilla en la quinta de Blanca, vi que la joven, sola, de rodillas, la mirada en un Crucifijo, llenos los ojos de lágrimas, en el rostro una serenidad augusta, hacía el supremo sacrificio, ofrendaba su última ilusión y daba a su amor un adiós eterno.

—*Fiat voluntas tua*...

Inclinó la frente, pareció absorberse en una contemplación retrospectiva. ¿Acaso desfilaban en su mente las emociones y las escenas de los dos últimos años?... Veía, sin duda, la escena del salón, en la primera visita de Alberto; la noche estrellada en que ella cantó por vez primera la *Sonata heroica?* ¿Escuchaba de nuevo la conversación, en el marco de enredaderas, mientras los envolvían un mismo rayo de luna y una

misma onda de perfumes?... ¿Recordaba las misteriosas palabras que él había pronunciado, que ella sólo había comprendido más tarde: "Usted, principia la vida; yo, la termino?"... ¿Y luego, reconoce la ilusión que nace, y los paseos en el parque, o a la orilla del mar, en los tibios y perfumados crepúsculos de estío?... Después, ¿la separación inesperada, la ausencia, el regreso al castillo de los Abbruzzos, las melancolías del otoño, las tristezas del invierno, las estaciones, que se sucedían lentas, interminables, en la espera?... De pronto, el regreso a Neptuno, a acompañar al moribundo... Y aquella imagen de nuevo la conmovía, y corrían de nuevo sus lágrimas, lentas y mudas.

Me alejé en silencio, creyendo adivinar lo que pasaba en aquella alma: ¡Cómo!... haber conservado ella aquel afecto, ligado a una suprema compasión y una invencible esperanza; haber seguido durante dos años, largos como siglos, con emoción creciente la gradual evolución de aquella vida; haber orado con la fe que todo lo puede, con la caridad que todo lo alcanza, por la resurrección de aquel espíritu, y verle al fin, de pronto, regenerado, fuerte; encontrarle allí mismo, cumplido el plazo; reunirse los dos por una serie de aquellas circunstancias que hacen creer en la predestinación de las almas!... Sí, todo aquello le había conmovido, le había arrancado lágrimas de infinita dulzura. ¡Ah! mas de pronto en aquel día decisivo de su vida, en aquella hora solemne, tras un instante de hermosa ilusión... la palabra te-

rrible: ¡la Trapa! . . . Y aquella palabra, terrible y santa, le arrancaba aquellas otras lágrimas, que corrían lentamente, en la resignación del supremo sacrificio. . .

¿Todo había concluído?. . . Sí, las dos existencias separadas de nuevo, y ya separadas para siempre, sin que ninguna posibilidad las reuniera. . .Antes, mediante la conversión de Alberto, podían reunirse, y unidos en la fe, labrar juntos su dicha. . . ¿Y ahora? moría la esperanza, y en la muerte de la ilusión, ella debía sofocar toda amargura; debía gozar con la salvación de aquella otra alma, y llorar sólo lágrimas de júbilo; debía acompañar la decisiva y heroica resolución de Alberto con otra decisiva y valerosa resignación, con la inmolación de su propio afecto. . . Volví a la capilla, y la vi de nuevo así, en el reclinatorio, juntas las manos, mortalmente pálida, fija la mirada en la altura, iluminado el rostro con la serenidad augusta del martirio, en los ojos aquellas lágrimas, lágrimas lentas, lágrimas de supremo dolor, que ella ofrendaba como si fuesen lágrimas de júbilo por la resurrección de un alma.

*

* *

Transcurrió una semana. Recibí en Roma un telegrama del Conde invitándome a pasar la Pascua en Porto D'Anzio. Llegué allí en la mañana del domingo; las calles están llenas de labradores y marinos; las fachadas de las casas, la puerta de la iglesia con gallardetes y festones que oscilan al viento; las campanas echadas a

vuelo esparcen sus notas alegres en el aire azul de primavera. La procesión del Señor Resucitado va saliendo lentamente de la iglesia e invade la plaza cubierta de flores.

—¡Aleluya! . . .

Me adelanto y llego a casa del Conde: el jardinero, que gira en torno a los cuadros de lirios recién abiertos, viene a la puerta con un brazado de flores para regarlas sobre el camino.

—El señor Conde está en casa. La señorita aún no ha salido de la Capilla. . . ¡Ah! —dice—, ya se dirige hacia acá la procesión. . .

Cruzando la avenida de cedros, llegué ante el portal de la capilla. Blanca estaba allí ante el altar, de hinojos, entrelazados los dedos, fija la mirada en la altura. El perfil de la joven se destacaba como un medallón sobre el fondo claro de la ventana, sobre los matices multicolores de la vidriera gótica. Con ese perfil correcto, el trazo noble de la frente, la línea de la nariz, la ondulación delicada de la boca, la curva elástica del cuello, la esbeltez del busto, toda aquella cabeza de santa en la quietud del éxtasis, aquella figura en el reposo de la oración, al delinearse sobre el marco luminoso de los cristales, aparecía transfigurada, intangible, fuera de la vida real y envuelta por los resplandores de una luz ultraterrena.

El sol de primavera, al través de los vidrios de colores, entraba en la penumbra de la capilla y formaba una niebla irisada, salpicada de polvo de oro. Afuera, reverberaba la luz en los muros y en las callejuelas del parque, trocaba en lluvia

de diamantes y rubíes el surtidor de la explanada; las aves, las cigarras, ebrias de luz, aclamaban aquella fiesta de sol, precursora de los ardores del estío. Los mirtos y los jazmines, balanceándose con el soplo tibio que venía del golfo, tenían un murmullo de paz y de sosiego. ¡Qué alegría en la tierra cubierta de flores, qué esplendor en aquel cielo sin nubes! Y la brisa, y el sol, y los cantos rodeaban la capilla en que oraba la joven.

Ella, a veces, sólo por un instante, volvía la cabeza, distraída... Los brazos de los árboles, al rozar los cristales, parecían llamarla; aquellas voces de la brisa, parecían hablarle... ¿Qué pretendían decirle las aves desde las frondas? ¿qué murmuraban los follajes? ¿cuál la letra de esa canción de primavera? Todo parecía cantar una estrofa de vida, entonar un hosanna de resurrección, un himno de esperanzas...

A lo lejos, en la torre de Porto D'Anzio, vibraban con gozo las campanas. Llegaban los cantos de la procesión, los himnos de aleluya, con el tañido de los bronces; era la misma vibración que ella oyó en otro tiempo, llena de júbilo, en las mañanas de primavera... Mas ahora, para Blanca parece vibrar con timbre menos claro, más lento, como si doblara por todas las dichas que se fueron, por todo aquel pasado que murió para siempre...

La fiesta de primavera continúa, y la invita.

—¡Pst!... ¡pst!... —dicen los pájaros llamándola desde los ramajes—. Ven a cantar, que todo el mundo canta.

Y la frase musical de un mirlo se desgrana en la penumbra del parque. Blanca, arrepentida de su distracción, aparta los ojos de las ventanas donde las rosas de los cristales se encienden con el sol de primavera, fija de nuevo las pupilas en la penumbra del altar, hinca su pensamiento en la melancolía del recuerdo... Mas el altar a su vez se ilumina; el rayo oblicuo de sol, penetrando al través de los cristales, cruza la penumbra, la ilumina trazando una columna de polvo rosado, otra de polvo de oro, y va a encender sobre el tabernáculo una aureola de gloria, y esparce en torno de la joven una llamarada de luces orientales... Y de lejos, de muy lejos, cual ráfagas venidas de un mundo ultraterreno, siguen llegando los himnos que entonan la gloria de Jesús resucitado.

—¡Aleluya!...

Blanca suspira y continúa orando... ¿Para qué le habla así la naturaleza? ¿a qué dicha pueden invitarla aquellas voces y aquellos esplendores?... ¡Ah! ese pasado, tan cercano y tan remoto...! ese recuerdo que ella se empeña en borrar para siempre, parece volver, también resucitado por aquel soplo de primavera... Tras el velo de sus lágrimas, como el sol tras de la niebla, tornaban a brillar el cielo y la tierra, invitándola a la dicha.

—Señorita, la espera el señor Conde en la sala.

Blanca no oyo: de rodillas, juntas las manos, fijas de nuevo las pupilas en la altura, continuó rezando en silencio.

—Señorita, la espera el señor Conde —repitió

la doncella, mientras, con delicadeza, como temiendo sorprenderla, la tocaba en el hombro.

Blanca se santiguó, se puso en pie, hizo una genuflexión y se dirigió a la puerta.

—Está el señor Conde en la sala del torreón.

Bajó las tres gradas del portal; una vez en el jardín, antes de cruzar el sendero que conduce a la escalinata, se sintió deslumbrada, casi ciega; llevóse la mano a los ojos, acostumbrados a la penumbra de la capilla. La brisa la envolvió en una onda de aromas, olor de flores mezclados al perfume del incienso.

—¡Pst!... ¡pst!... —le decían desde las ramas los pájaros.

La vi cruzar el jardín, subir con prontitud la escalera central y penetrar en la sala. Su padre conversaba con el abate Petrucci. Al verla entrar, callaron, quisieron hablar de cosas indiferentes; y ella quedó muda, perpleja, adivinando que tras sus fútiles palabras se ocultaba un enigma. ¿Qué podía ser? Me interrogó con la mirada, mas en seguida, respetando el secreto, apartó los ojos, como resignada a todo...

El Conde seguía hablando de los tiempos pasados, y ante la magia de los recuerdos que evocaba, pareciónos que Blanca perdía un tanto su melancolía; mas contestaba sólo con monosílabos, con distracción, como si prestara solamente oídos a los aleteos de la brisa, al canto de las aves, o a un rumor sordo que, por el lado del camino, iba acrecentándose por instantes...

Los pajaritos saltaban de las ramas al antepecho del balcón florido, como llamándola confi-

dencialmente a mirar hacia el parque, a salir a la ventana, y sin que ella lo pudiera comprender, a medida que aquel rumor sordo se hacía más intenso, se iba iluminando vagamente el rostro de la joven y una vaga sonrisa, a pesar suyo, se esbozaba, más que en sus labios, en sus pupilas... Por el camino, un rumor, un soplo regular se iba acercando... se detuvo frente a la quinta, se convirtió en una respiración anhelante, como un coloso; después fue una trepidación, una vibración potente, como el palpitar de un corazón de acero. Me asomé y reconocí el automóvil de Alberto... Vi a mi amigo cruzar la explanada, pálido de emoción; le vi detenerse a respirar en la escalinata, como si se asfixiara, y llevarse dos o tres veces la mano al pecho... Entró en el salón, se detuvo, saludó... Aquella palidez era mayor que la lividez de sus mejillas cuando partió una noche, dos años antes, con la duda en el corazón, con la agonía en el alma.

Blanca se apoyó en un mueble, pálida y digna.

El Conde y el abate se adelantaron a recibirle. Blanca extendió la mano, que temblaba. Aunque tenía los ojos bajos, medio entornados los párpados, como en piadoso recogimiento, vi nuevo fulgor en sus pupilas, y una lágrima brotar, filtrarse al través de las pestañas... Movió los labios en silencio... ¿Oraba?... ¿acaso, dominando su emoción, oraba para ofrecer su gozo como había ofrecido su amargura?

Mi amigo se adelantó y estrechó aquella mano.

En tanto que Blanca pasó unos momentos a hablar con su padre, explicóme Alberto la razón de su viaje a la Trapa: según su promesa, debió hacer inscribir el nombre del anciano en el libro de sufragios que allí llevan los monjes para orar a perpetuidad por los muertos. Dejó una limosna y cumplió su última obligación para con el anciano.

Van llegando, cada vez más claros, los himnos de la procesión que pasa frente al parque:

—¡Aleluya!...

Salimos a la terraza, dilatamos la mirada sobre el infinito azul del golfo y del cielo, sobre aquel azul destella una llama; la aureola de mística lumbre que brilla en la frente de Cristo resucitado. A sus pies, el sepulcro, cubierto de blancos linos, tachonado de estrellas de plata y rodeado de lirios.

El humo se levanta de los incensarios, flota entre el ramaje y se une su aroma al perfume del parque. El himno de centenares de voces, se dilata sobre la tierra, se extiende sobre el golfo y sube al cielo.

—¡Aleluya!...

Alberto y Blanca comprendían que cuando el corazón siente estremecerse sus fibras más íntimas, más secretas, más sagradas, la palabra es una profanación. Se hablaron, sí, con las pupilas, y aquella mirada fue solemne como una promesa.

*

* *

Volví a la tarde y encontré en la casa del Con-

de a los antiguos amigos. El abate Petrucci me llevó aparte y me reveló el júbilo de su alma:

—Ya ve usted, amigo mío..., la fe y el verdadero amor todo lo vencen. Me acaba de prometer el Conde que el matrimonio de Blanca y Alberto se hará antes de concluir la primavera, y la ceremonia será aquí... en esa capilla donde tanto hemos rezado por la conversión de esa alma... y no lejos de aquella cruz, en cuyo pedestal hicimos esculpir aquellas tres palabras, tan breves, tan sencillas... pero con las cuales se iluminan todos los misterios y todos los enigmas de la existencia: EGO SUM VITA...

Salimos a la terraza.

El disco del sol se sumergía en el mar; la suave opacidad del crepúsculo se dilató blandamente sobre el golfo; las nubes y los collados conservaban todavía un tono de púrpura que lentamente se fundió en leves matices sonrosados, en delicadas tintas de azul marino; y luego se esparcieron en el inmenso espacio del Mediterráneo y en la bóveda del cielo, esas luces atenuadas, esas languideces del color que al morir el día le dan a un crepúsculo de Italia el encanto misterioso de un ocaso en la zona tórrida. Agregando delicados toques a aquellas languideces, van brotando uno a uno los luceros.

Al fin, a una pregunta de Alberto:

—Sí —contestó Blanca a media voz.

—Hemos sufrido...

—¡Ha sido una agonía de dos años!

—Blanca... ¡perdón!

Y con un movimiento de compasión amorosa quiso estrechar la mano de la joven.

Las sombras se extendieron por el golfo. Seguían brotando dulcemente las estrellas.

—Blanca... ¡perdón! —repitió Alberto.

—Sí —dijo ella cediendo a aquella simpatía; mas luego retiró con suavidad la mano, y señalando hacia el Oriente, que se iba iluminando:

—No hablemos del pasado, volvamos la mirada al porvenir. ¡Ah!...

Empezó a salir la luna; una línea de luz, delgado cerco de oro, como un anillo nupcial, brilló en el horizonte. Tan suave era su fulgor, que no apagaba el pálido fulgor de las estrellas.

Blanca extendió el brazo hacia el Oriente.

Como respondiendo a aquella evocación, la luna se fue elevando, se alzó sobre las olas. Con el reflejo, una franja de plata, en el agua del golfo, palpitó y se cubrió de chispas fosforescentes. Al fulgor de la luna y al reflejo del agua, el paisaje tomó aspecto de ensueño.

Era el mismo paisaje que, dos años antes, habíamos contemplado desde la terraza del jardín, en una noche perfumada por las magnolias y los jazmines.

A la luz opalina, se dibujaban las líneas de la costa, las quintas, entre sus ramilletes de palmeras y de mirtos; todo el paisaje se esfumaba en una niebla de misterio.

Alberto dejó vagar la mirada por el horizonte, luego volvió los ojos hacia Blanca, y contempló aquellas pupilas que tenían, como el golfo, como el cielo, una profundidad luminosa.

Y en el silencio melodioso de aquella noche, a lo lejos, con la sordina de la distancia, se alzó una voz llena de dulzura, entonando un aire lento y cadencioso, una romanza llena de poesía transmitida de generación en generación a través de los siglos; un himno místico a la paz de la tierra y al amor de las almas.

Atraídos por el canto, nos encaminamos hacia el mar, por las avenidas del parque.

Avanzamos. Nos llega el olor acre de las olas, mezclado en ráfagas con los perfumes de los rosales y de los jazmines.

Llegamos al confín del parque, donde la roca se yergue sobre las olas; nos detenemos ante el pedestal de mármol, alzamos los ojos hacia la cruz de hierro y vemos en la altura, sobre la azul profundidad del cielo, abiertos con amor los brazos, inclinada con amor la frente, el Crucifijo de bronce, rodeado de constelaciones.

FIN DE "EL TRIUNFO DE LA VIDA"

JULIETA

Germán Albornoz, joven sevillano a quien su padre había enviado a estudiar en Inglaterra, era uno de los más simpáticos compañeros que teníamos en *Silesia-College.* Su carácter español se había modificado algo entre las nieblas inglesas; había perdido un poco de locuacidad y chispa, pero su espíritu, en cambio, se había compactado y robustecido con la atmósfera del Norte. Cuando llegó, nos declamaba en voz alta y a todas horas, largos trozos del *Moro expósito.* Dos años después recitaba en voz baja el monólogo de *Hamlet.* Aquel temperamento meridional había reaccionado enérgicamente y criado músculos en el estudio de Bacon y Macaulay. Además, según decía él mismo en su lenguaje pintoresco y algo extravagante, "había descubierto la gigantesca floresta de Shakespeare, se había internado por sus profundidades y observaba con amor y pasmo sus grandezas sombrías.

Pero estudiaba a Shakespeare por su propia cuenta y para sí mismo: tomaba notas solo, en el fondo del parque; y siempre llevaba consigo un tomito de *Hamlet,* gastado *ya por el forro* y plagado de notas y borrones marginales.En cambio, nunca le vimos hacer un apuntamiento en las conferencias mensuales que, con relación a Shakespeare, dictaba en el colegio el erudito

Mr. Nonsense. A dichas conferencias, muy nombradas y anunciadas con anticipación en las revistas inglesas, asistían muchos literatos de campanillas, los *reporters* de los principales diarios, y aun damas de alta posición, que iban por seguir la corriente.

Era de ver cómo el crítico inglés discriminaba a Shakespeare con una erudición tan profunda que causaba vértigo: llevaba anotado, en grandes cuadernos que ponía con grave ademán sobre la tribuna, todo lo que había encontrado en las excavaciones practicadas por él en la obra de Shakespeare; nos enseñaba cuántas líneas de prosa y cuántas de verso tenían las obras del gran dramaturgo; nos decía con toda precisión cuántas veces ocurría el verbo *amar* en *Romeo y Julieta*, y cuantas el verbo *odiar* en el *Otelo;* sabía cuántos miles de palabras componían el vocabulario de Shakespeare; tenía la lista completa, con fechas y lugares, de todas las ediciones shakespearianas que se habían hecho en el mundo; y aun nos refería con cierto aire de misterio, y merced a largas investigaciones que él mismo había efectuado en Stafford-upon-Avon, qué había comido el poeta en sus últimos años y de qué color era el vestido que usara en sus últimos días. Entretanto los discípulos tomábamos notas, llenos de pasmo; los *reporters* esperaban el momento de correr a disputarse los manuscritos; y las damas abrían asombradas, sus grandes ojos azules, si bien es cierto que a veces disimulaban algunos bostezos mordiéndose la punta de los guantes.

Un día llegó Mr. Nonsense más erudito que nunca. Colocó a Shakespeare sobre la plancha anatómica, sacó el escalpelo y empezó el estudio; descuartizaba miembro por miembro, cortaba aquí, observaba allá, disecaba el corazón, contaba los nervios uno a uno. Jamás le habíamos visto tan implacablemente sabio. Hizo un estudio sobre *los animales de los dramas de Shakespeare*. Todos los animales que el poeta cita en sus obras pasaron por la tribuna del orador, clasificados y ordenados como en otra arca. Mr. Nonsense, nos enseñó que Shakespeare, en los epítetos y expresiones sobre ciertos animales, no había hecho sino plagiar a otros poetas ingleses, a Gower, a Chaucer, a Spencer, a Marlow. Demostró que también había plagiado, para el mismo fin, a Virgilio, Plinio, Ovidio, y aun muchas frases de la Biblia. La famosa descripción del león, que hay en uno de los dramas, resultó ser de Plinio; unos conceptos sobre el buitre eran del *Prometeo* de Esquilo; los célebres párrafos sobre el caballo, en *Venus y Adonis*, eran copiados de Du Bartas, y el conocido trozo de *Enrique V* sobre las abejas, era el *Euphues* de Lyly, quien a su vez lo había tomado de un hermoso pasaje de Virgilio, según lo probó el profesor leyéndonos el libro IV de las *Geórgicas*. ¿Y por qué alabar la nomenclatura de los perros que hallamos en *Macbeth* y en el *Rey Lear?* Nada de original tiene, pues está tomada de la *Vuelta al Parnaso*. Una imagen sobre los abejones que hay en el drama *Pericles*, le pertenecía a Suffolk, y otra sobre la reina de las abejas que trae

el *Timón de Atenas,* era de *Las Furias* de Du-Bartas. Los epítetos que Shakespeare les aplica a ciertas aves, tampoco son suyos, según lo probó nuestro profesor amontonando citas sobre citas y cogiendo libros tras de libros: la expresión de la "alondra matinal" resultó ser de Lyly; "la atrevida alondra", de William Browne; "la gozosa alondra", de Spencer; la alondra "mensajera del día", de Chaucer: y la alondra "que saca al día de su letargo", de Chester... Y así seguía Mr. Nonsense, aglomerando anotaciones, sacando tomos de su faltriquera, mareando al auditorio con su oleada de pasajes que se sucedían con monotonía implacable.

Todos, llenos de admiración, bostezábamos.

Sólo había allí un individuo que no admiraba a Mr. Nonsense: era Germán Albornoz, que entre dientes, decía, lleno de cólera mal reprimida: "¡Profanación, profanación!", y ponía la cara de un bonzo que viera profanada la pagoda y pisoteado el ídolo.

*

* *

Para desquitarnos de aquella *profanación* resolvimos Germán y yo ir aquella noche al teatro de *Durry Lane*, donde daban a *Romeo y Julieta.* Llamaban allí la atención de todo Londres la actriz miss Ethel Fox, que había hecho su estreno en esa temporada. Por los periódicos sabíamos que era hija de un irlandés casado con una hermosa napolitana. Su padre era harto acomodado, pero ella, por vocación irresistible, se

había consagrado a las tablas, y en el papel de *Julieta* había resultado admirable.

Cuando llegamos a nuestras butacas ya habían alzado el telón. En aquel momento Julieta no estaba en el escenario. Cuando se presentó, una salva de aplausos atronó el teatro.

El escenario representaba el cuarto de Julieta. Por un capricho de la actriz, en el mobiliario no resaltaba ningún color vivaz, ninguna tinta fuerte; no sólo había suprimido los colores hirientes, el rojo, el azul, el amarillo, sino hasta los matices sonrosados que el escenógrafo había deseado dejar en algunas cortinas.

El tono general del aposento, en las telas que cubrían los muros y el suelo, era de un gris suavemente opaco; sobre esa opacidad de los tapices se destacaban, en tinta más clara, los muebles venecianos, forrados en raso lechoso y bordados con escudos y cifras de plata oxidada. A un lado se abría un balcón con rica balaustrada de mármol blanco, y por ese ancho espacio entraba el fulgor de la luna que dibujaba sobre la alfombra gris un cuadro luminoso. Julieta, vestida de raso aperlado, se colocó al rayo de la luna y, con su blancura de azucena, formó como el centro radiante, como la nota principal en medio de aquellos tonos pálidos que, desde la claridad del balcón hasta las últimas sombras del fondo, iban decreciendo poco a poco en una escala melodiosa que se extinguía suavemente en las tinieblas.

El espectador experimentaba cierto deleite visual al recorrer con vaga voluptuosidad aque-

llas gradaciones de luz y sombra que producían en la retina vibraciones tenues y como aterciopeladas. Y se adivinaba que en aquel retrete aleteaba un alma llena de blandura, llena de languideces enfermizas, de cariñosas melancolías.

Y comenzó luego el diálogo de los amantes:

"JULIETA

—¡Cómo! ¿Ya quieres irte? Aún tarda el día.
Fue el ruiseñor; no fue, no fue la alondra
Quien alarmó tu receloso oído;
Todas las noches en aquel granado
Su canto ensaya: él era ¡oh dueño amado!
Crédito dame: el ruiseñor ha sido.

"ROMEO

—Fue la alondra del alba mensajera,
No el ruiseñor. ¿No ves hacia el Oriente
Cuál de las rotas nubes orla el borde
Ya la envidiosa claridad? Enfría
De la estrella las pálidas vislumbres:
De la montaña en las brumosas cumbres
Raya risueño y se levanta el día.
Si parto, vivo; si le aguardo muero..."

El aposento empezaba a iluminarse tenuemente con la luz del alba. Romeo estrechaba por última vez la mano de Julieta y se acercaba a la balaustrada de mármol. En las pupilas de la amada se dibujaba la agonía de los supremos adioses; el pecho y el cuello se le henchían con la oleada de un sollozo. Pendiente del balcón temblaba la escala de seda.

"JULIETA

—Bien sé que matutina luz no es esa,
Quédate aquí conmigo todavía..."

Germán, al verla, se sacudió en la butaca, herido por la emoción, y se puso súbitamente pálido. Nada me dijo, pero le temblaban los labios.

La belleza de aquella Julieta, mezcla de tipo inglés y de hermosura romana, era en verdad una belleza extraña, exótica; sobre la palidez transparente del cutis, a la luz de la luna, se destacaban sus ojos de italiana, unos ojos grandes, invadidos por cierta languidez soñolienta. Fuese o no sugestión, la joven los volvió hacia el lugar donde estábamos, y los detuvo en Germán que la miraba como un alucinado. Al cruzarse las miradas, Germán sufrió una nueva conmoción. Pasó una hora sin que hablara una palabra.

Temí que aquella conmoción extraña pudiera hacerle daño, pues con frecuencia sufría de fiebres nerviosas; y logré que al concluir el segundo acto saliéramos del teatro.

—Lo comprendo —me dijo después de que anduvimos largo rato al aire fresco—, te estarás riendo de mí. Estoy hecho un enamorado de novela, ¿no es verdad? Yo, que me burlo de todo romanticismo... Pero estas cosas pasan... No hablemos del asunto.

Caminaba él cabizbajo, con las manos hundidas en los bolsillos del sobretodo. Una oleada de luz y de ruido nos inundó de repente. Para distraer a Germán le propuse que entráramos

al *Café Ruso*. Nos sentamos. Mientras yo le hablaba largamente, el sevillano, sin apurar la media pinta de cerveza que tenía delante, clavaba los ojos, viendo sin mirar, en las venas azules del mármol de la mesa. De pronto se levantó agitado.

—No resisto más... ¿Me acompañas?

Caminamos precipitadamente, para alcanzar el final del drama. Cuando ocupamos nuestras butacas, concluía ya el último acto. Hechos nuestros ojos al resplandor de los mecheros, que ardían a la entrada del teatro, nada distinguíamos al principio entre la oscuridad del escenario. Poco a poco, de entre la sombra fueron surgiendo algunos perfiles vagos; de la cripta colgaba una lámpara de bronce, en que agonizaba una luz funeral; en el centro, la masa de una tumba de mármol negro; en los pliegues de un ancho manto de terciopelo, que se bebía la luz, se retorcían, en confusos bordados, los dragones de los Capuletos; sobre aquel manto un féretro; en el féretro, cadavérica y rígida, Julieta.

El escenario está lleno de angustioso silencio. Luego resuenan pasos en el panteón. Después de la escena con Paris, entra Romeo embozado en su capa, anhelante, desgreñado, con la fatiga del viaje en el semblante, se arroja hacia la tumba y se arrodilla al pie del féretro.

—"¡Ah, Julieta, mi amada! ¡Julieta! ¡Todavía tan hermosa... ¡Julieta! ¿Me atreveré a creer que la muerte misma te ama y te respeta?" Y el amante, con la fiebre de la angustia, le al-

za la cabeza, que cae descoyuntada sobre el hombro de Romeo.

—"...¡Julieta! ¡Los gusanos de la tumba son tus camareras...!"

Y vuelve a alzarle la cabeza, que de nuevo se descoyunta y golpea el lecho mortuorio.

*

* *

En los días siguientes Germán no obtuvo permiso del director para salir del colegio; nada me decía, pero se paseaba por su cuarto, por el jardín, por las aulas, con la inquietud febril de un tigre enjaulado. Una mañana le encontré pálido; estaba leyendo el *Graphic:* el periódico anunciaba que la admirable Ethel Fox —la célebre *Julieta*— por indicación de los médicos cortaba la temporada de Drury-Lane, y pronto saldría para Niza en busca de clima abrigado. Germán tiró a un lado el periódico, se puso el gabán, y sin temer la violación de la disciplina, salió del colegio. Tomó un coche y llegó precipitadamente a Drury-Lane. El teatro estaba desierto; los pasillos sombríos; el escenario devolvía la voz de un modo cavernoso. Un viento mudo hacía tiritar los lienzos de las decoraciones. Una vieja, que se arrastraba por aquellas sombras como una lechuza, le dio a Germán las señas de la casa de Julieta. Acudió allí. Ella había salido, y no pudo verla, aunque aguardó una hora. Germán pidió papel y le escribió cuatro líneas torcidas y temblorosas, en que le decía que la amaba; luego pensó que aquello era ridículo, bueno sólo para novelas románticas,

pero no para la vida real, y rompió la carta. Dejó la tarjeta con su dirección, y volvió al colegio.

Al día siguiente recibió otra tarjeta, de Ethel Fox, en que se despedía para Niza, donde, decía, "esperaba verlo".

Germán le escribió a su padre manifestándole el deseo de descansar un poco en una vuelta por el Continente. No sé si le hablaba de enfermedad, pero si lo hacía, no se alejaba de la verdad, pues una fiebre nerviosa le estaba minando sordamente. Dos semanas tardó la respuesta. "Si es para viaje de provecho, viaja, hijo, y gástate medio olivar", decía el sevillano viejo. Germán me dio un abrazo y se marchó.

Un mes estuvo ausente. Cuando regresó estaba aún más pálido; pero ya no tenía aquella inquietud nerviosa. Le embargaba una melancolía profunda y serena. Me abrazó en silencio. Nada me dijo: nada quise preguntarle. Estuvo taciturno; escribió, retirado al fondo del parque, algunas estrofas; pero reanudó con toda formalidad sus estudios. ¿Qué le había sucedido durante el viaje?

*

* *

En la misma semana de su llegada nos citaron para la conferencia de Mr. Nonsense. El salón se llenó, más que nunca, de selecto público, entre el cual se destacaban algunos ilustrados *reporters,* numerosas damas y los directores de la *Kensington Review* y del *Marlowe Magazine.* Los estudiantes, lápiz en mano, estaban afano-

sos por llenar de notas sus cuadernos. El estudio del sabio profesor iba a versar, según lo apuntaban los iniciados en tan altos secretos, sobre "las onomatopeyas" que se hallan en *Romeo y Julieta.*

De pronto se presentó el Rector en el salón, y algo confuso anunció que Mr. Nonsense, con su acostumbrada puntualidad había llegado a la hora exacta, pero que no podía dictar la conferencia por habérsele extraviado en el camino sus cartapacios, donde venían encerradas las esperadas onomatopeyas. Añadió que para suplir, y como un estímulo para los estudiantes, alguno de los discípulos del colegio, sirviéndose de notas tomadas anteriormente, diría algo sobre el mismo drama de Shakespeare. Y al efecto, el Rector nos invitó uno por uno, pero todos nos fuimos excusando, temerosos de salir a la tribuna delante de aquel imponente auditorio. Cuando se llegó a Germán, éste aceptó y modestamente atravesó aquella concurrencia que, entre chasqueada y curiosa, le apuntaba con todos los binóculos. Yo me estremecí al verlo ya en la tribuna, aislado en aquel puesto de honor, en medio de una multitud dispuesta más a la burla que al aplauso. Aunque él conocía perfectamente el idioma, ¿cómo iba a desarrollar su asunto, sin prepararse debidamente? ¿Cómo reemplazaría a Mr. Nonsense sin llevar un arsenal de anotaciones? ¿Qué iba a agregar sobre Shakespeare después de que el profesor ya había escrutado, analizado, desmigajado todos los asuntos? ¿Qué sabía él sobre las *onomatopeyas?* Y todo

aquello me lo preguntaba yo mientras veía, alarmado, a los *reporters* y eruditos codearse y enarcar las cejas con cierto aire de desprecio perfectamente británico. Las damas, sin embargo, habían simpatizado con el joven; la fisonomía interesante, el aspecto meridional, hasta cierto desorden artístico del cabello, la expresión de soñador intenso que revelaban los ojos, todo era para ellas una novedad, y desde lejos lo saludaban con amables sonrisas, que Germán, recogido en su interior, como repasando sus sentimientos, no alcanzaba a notar.

Principió el exordio. Reinaba un silencio de tumba; se alcanzaba a oír el leve aleteo de un abanico. Anunció Germán que tomaba por tema, según estaba señalado, el drama de *Romeo y Julieta;* pero agregó, con acento en que algún *reporter* creyó encontrar cierta ironía disimulada, que no se hallaba dispuesto a hablar sobre las onomatopeyas. Con cierta veneración religiosa entraba en el asunto.

"...*A Shakespeare deseo estudiarlo recorriendo*, por mi falta de anotaciones, un camino distinto del que transita el respetable Mr. Nonsense *(movimiento de disgusto entre los reporters).* No soy capaz de analizarlo en esa forma: sólo me siento capaz de sentirlo, particularmente si se trata de un drama como *Romeo y Julieta*, drama que es todo amor, ternura y agonía." *(aprobación entre las damas).*

"Es sin duda un atrevimiento el querer explicar lo Shakespeare pretendiera simbolizar en algunas de sus creaciones, y aun se llega a creer

que él no se propusiera formar símbolos con ellas, si se atiende a la vida real que tienen, hasta en los menores detalles, todos sus personajes. Hamlet mismo, entre las vaguedades y nieblas de su locura luminosa, camina, habla, come, bebe, suda, con toda la realidad de nuestra carne. Sin embargo, esas creaciones a veces parecen símbolos colosales: Otelo es la pasión que mata en el ánimo la reflexión; por el contrario, Hamlet es la reflexión excesiva que destruye la pasión. El Rey Lear es la generosidad, pagada con la ingratitud; Yago, la traición; Kent, la amistad. Y tal parece que en este poema-tragedia de *Romeo y Julieta,* el genio taciturno de Shakespeare, disgustado acaso ante tantas pequeñeces de la existencia; enamorado quizás de la paz de la tumba; despreciador de este mal enredo dramático que se representa en el teatro del mundo, y arrobado talvez ante las armonías que restablece el sepulcro, tal parece que hubiera querido, con su ironía trágica, escarnecer la vanidad de la vida y ensalzar la grandeza solemne y reparadora de la muerte.

"Dulce y melancólico argumento aquél en que van del brazo el Amor y la desgracia. Al canto alegre del idilio responde allí, a medida que la escena avanza a su final catástrofe, la voz gemidora de la elegía. Al canto del ruiseñor que trina al pie de la ventana donde platican los dos enamorados, responde luego el chillido del buho en el cementerio donde Romeo va a buscar, dormida en el féretro, a la pálida Julieta..."

La voz de Germán temblaba un poco, y en su emoción tal parecía que estuviera tocando una historia enlazada de algún modo con su propia vida. Su voz meridional, alternativamente sonora y amortiguada por la sordina de una oculta melancolía, llenaba el salón con tonos musicales. El auditorio estaba atento y simpatizaba hasta con esas imágenes, algo extravagantes a veces, que el sevillano expresaba con acento conmovido.

"¡Pobres almas —proseguía el sevillano— pobres almas, pobres almas esas dos, formadas acaso desde la eternidad para cruzar juntas el valle de la vida, unidas en un mismo vuelo amoroso, tocándose las puntas de las alas; y destinadas, sin embargo, para agonizar a distancia, revoloteando inútilmente por juntarse; y se abaten al cabo, una en pos de otra —rotas ya las plumas de las alas cansadas— en el playón solitario de la muerte.

"El tenía el alma de poeta; ella era la inspiración misma; con poco habrían sido felices; fácilmente habría sido realizado su ensueño; les habrían bastado unas horas tranquilas a la sombra de ese árbol del jardín donde cantaba la alondra; una barca para deslizarse con sus ilusiones por las aguas tranquilas de algún canal solitario de Venecia. Ellos tenían el amor, la juventud, la inspiración, la belleza; y sólo le pedían a la suerte lo que el mundo les concede a otros con tanta facilidad: el olvido."

Las repeticiones, ciertas antítesis exageradas, el colorido meridional, algunos brochazos de

efecto inesperado, todo esto, mezclado en la ingenua improvisación del sevillano, tenía para aquellos espíritus ingleses el atractivo de lo exótico. El hielo de esos temperamentos, que en otras ocasiones se alumbraba con la fría aurora boreal de Mr. Nonsense, ahora se deshacía al calor de esa imaginación fervorosa.

Las señoras aplaudían. El redactor de la *Kensington Review* protestaba contra tales novedades. Las opiniones se dividían, discutían los discípulos y los profesores, los *reporters* tomaban notas sobre aquel estado del auditorio. Albornoz, sordo a ese oleaje que se formaba en torno suyo, sólo parecía oír los ecos de alguna voz lejana.

"La vida —continuó— tan serena para otras existencias menos puras, fue toda de tempestades para ellos, y sólo al morir se unieron, cuando ya los labios estaban demasiado fríos para la frase de amor, y las manos, crispadas por la agonía final, ya habían olvidado las delicadezas de las caricias. Y así como a veces vemos en la playa, tras la borrasca, a alguna vieja triste y caritativa que recoge los restos de un naufragio y saca a la arena con la mano huesosa los cadáveres que el mar arroja, así vemos, en las postrimerías de este drama lúgubre, a la Muerte con mano compasiva recogiendo y abrigando bajo su manto negro los dos cadáveres desencajados que le arrojó el oleaje de una existencia tormentosa. Y tal parece que la Muerte dice: Comparad la acción de mi rival, la Vida a quien todos alaban, con la acción de la temida Muerte,

de quien todos maldicen. La Vida persiguió a los amantes: si la alondra cantaba, era para turbar sus ensueños; si despuntaba el día, era para truncar las entrevistas de amor. Yo acojo a los amantes; les doy para sus citas mis sombras eternas; uno aquí para siempre sus manos pálidas. Hasta mí no llegarán los enredos vulgares de la suerte. Aquí, en mi sótano oscuro, yo junto sus cabezas para siempre, y como una madre amorosa, echo sobre ellos mi manto. La lamparilla del panteón alumbrará la cámara nupcial... Dormid, castos esposos... La vida, con sus días y sus noches, con su sol y sus cielos estrellados, con sus granados en flor y sus ruiseñores cantando, no supo brindarles ni una aurora risueña, ni una sombra apacible, ni una canción alegre. Yo, la temida Muerte, con sólo mi sombra eterna les brindo aquí para su unión la paz solemne, el silencio inmutable."

*

* *

Pasaron meses. Germán no había querido referirme lo sucedido en su viaje a Italia; yo respetaba su reserva, pero adivinaba una honda tristeza, y que él guardaba con cierto egoísmo amargo, el secreto y el desenlace de aquella pasión que había principiado inesperadamente una noche en el teatro Drury-Lane. Sólo con mirar a Germán se notaba que todo era dolor en su alma de poeta. Sus ojos tenían una fijeza a la vez dulce y trágica; y el mirar esa mirada daba amargura.

Una tarde mi amigo se me llegó y me tomó

del brazo. Era una tarde de otoño, esplendorosa y fría. El sol, ya declinado, untaba con suaves brochazos de oro el techo de la casa y las copas de las encinas. Resplandecía una hermosura helada en el paisaje; todo el esplendor moribundo del pasado estío flotaba mezclado con las tristezas venideras del invierno.

—¿Quieres remar un rato?

—Vamos a remar.

Y seguimos del brazo por las praderas que embalsamaba el heno recién segado. Íbamos en silencio, y en silencio nos seguían nuestras sombras, dilatadas por la llanura de un modo grotesco e inexplicablemente triste.

Llegamos al bote, que se balanceaba entre un nido de matas silvestres; Germán tomó los remos; con vigoroso impulso arrancó hasta la mitad del río; luego bajamos, y anduvimos hasta una revuelta donde se internaba un brazo de agua por entre sauces. Entramos en aquel canal y llegamos hasta el arco de un puente, de cuyos estribos, a uno y otro lado, nacían las yedras y madreselvas, que cubrían los costados y cegaban los ojos del puente con dos pesados telones de verdura.

—Tú no conoces este sitio. Aquí me gusta escribir mis versos y releer a Shakespeare.

—¿Y analizar el *Romeo y Julieta?*

—Sí, aquí pienso en *Julieta*. ¿Te acuerdas de Julieta... la de mi viaje a Niza?

Germán me preguntaba con cierta indiferencia, tratando de fingir una sonrisa; pero en el fondo se notaba la úlcera abierta.

Atamos el bote a una argolla, bajo el arco del puente. El lugar tenía una solemnidad extraña. A uno y otro lado colgaban las cortinas de hojas, que se balanceaban suavemente al tocar en las aguas. Sobre nuestras cabezas, aquel arco inmenso de piedras negras, en cuyas grietas colgaban hilos de helechos y musgos pálidos. Debajo de nosotros, el mismo arco reflejado de un modo fantástico. Del lado del poniente, al través de las hojas verdes, brillaba la franja roja del ocaso, con resplandor de incendio. El sol moribundo ensangrentaba las aguas del río.

—¿Quieres saber detalles de aquel viaje? Te vas a reír de mí... *Yo mismo me burlo de esas cosas.* Te autorizo para reírte.

Y empezó a contarme el viaje con pormenores sobre su partida, un disgusto con el cochero, la pérdida de la maleta en Calais, la pésima travesía de la Mancha; todo esto referido con rodeos, alargando las circunstancias, deteniéndose en mil cosas insignificantes, como temeroso de llegar al cabo del viaje... Por fin se vio precisado a entrar más de lleno en el asunto.

—"Llegué a la estación de Niza a las once de la noche. Sin tiempo para más, lleno de impaciencia, me envolví en mi capa española y corrí al teatro. Dado mi vestido, no podía ocupar una butaca en el redondel; pero pude entrarme por los pasillos de los cómicos, y me coloqué entre bastidores, donde lo extravagante de mi capa era menos notable, pues se confundía con los vestidos de los actores que se paseaban por allí aguardando a que los llamase el traspunte.

"Me asomé al escenario. Daban el *Romeo y Julieta,* y ya iban en el quinto acto. Era la escena aquella en una calle de Mantúa, en que Romeo recibe la noticia de que Julieta ha muerto. Me estremecí y sentí que la sangre se me helaba. Acostumbrado a ver a Ethel en el papel de Julieta, formaban para mí una sola persona. ¡Qué lenta se me hizo la escena en que Romeo alquila los caballos y se prepara a correr al lado de su amada! Ya debía llegar la escena del panteón, en que Julieta aparece en el féretro, con su vestido de desposada. Temblaba yo, deseoso de verla, pero a la vez angustiado, juzgando de mal augurio el verla, después de nuestra ausencia, haciendo de muerta, tendida en la caja mortuoria. Y como estaba enferma, ¡qué terrible verdad no se vería, al fingirse como muerta, en sus facciones adelgazadas por la tisis!

"Pasó luego la escena de la celda de Fray Lorenzo; y en seguida vino el anhelado cambio de decoración. Apareció el cementerio, oscuro y triste; de la cripta colgaba una lámpara de bronce, en que agonizaba una luz funeral; en el centro, la mesa de una tumba; en los pliegues del manto de terciopelo se retorcían los dragones de los Capuletos; sobre aquel manto un féretro, en él mi Julieta, con una palidez mortal en el semblante y un par de círculos morados alrededor de los ojos. ¿Eran aquellas ojeras efectos de la pintura o de la enfermedad? No sospechaba ella que allí mismo, a pocos pasos, estaba yo ob-

servándola, detenido el aliento y apretándome el corazón con ambas manos.

"De cuando en cuando Julieta se estremecía, con un estremecimiento del pecho, como si contuviera la tos. La tisis obligaba a aquel esfuerzo a la fingida muerta. Aquella lucha debía de serle angustiosa. Para verla más de cerca me deslicé por detrás de un telón que simulaba uno de los muros del cementerio. Allí pude verla a pocos pasos. ¡Qué pálida, qué cambiada estaba! Las ojeras amoratadas eran ojeras de enferma. La tos reprimida con violencia, sacudía interiormente aquel cuerpo adelgazado. Entre los paños mortuorios se destacaba su cara con una expresión de verdadera muerte. En la lividez de las mejillas se destacaban dos puntos de color encendido, como si tuviera una hoja de rosa en cada pómulo.

"De pronto la sacudida del pecho fue más violenta, y Ethel se puso morada primero, luego súbitamente pálida. Comprendí que sufría un accidente. Salí de allí y llamé en los pasillos, pero todos en el vaivén de las maniobras u ocupados en repasar sus papeles, estaban sordos o no entendían.

"Volví a las tablas, tiré a un lado el sombrero, y envuelto en mi capa, sin pensar en el público, anhelante, atravesé el escenario y corrí hacia Julieta. Estaba todavía más demacrada..."

Germán calló por algunos momentos. El ocaso que divisábamos por entre el encaje de yedra, de rojo, se había puesto verdoso. La sombra se cernía sobre nosotros con melancolía creciente.

Soplaba un viento mudo, que a compás golpeaba tristemente el agua contra el costado de la barca.

—"*Me arrodillé* al lado del féretro (continuó Germán). Le tomé las manos a Julieta; las tenía frías, y fría también la frente. Le había dado un síncope. Le alcé la cabeza, que volvió a caer, descoyuntada, sobre mi hombro. Entonces llamé, con un grito de angustia terrible y fuerte:

—"¡Julieta!

"En el redondel contestó el trueno de un aplauso.

—"¡Ah... mi amada Julieta! —volví a gritar enloquecido por la angustia.

—"Bravo, Romeo! —clamaba el público.

—"¡Julieta...! —grité con mayor agonía, queriendo dominar el clamoreo de los espectadores.

"Ella, a mi voz, abrió al fin los ojos, que se llenaron de asombro al verme.

—"Me muero —dijo débilmente, y volvió a cerrar los ojos.

"Su cabeza, desmadejada, golpeó la caja mortuoria..."

EL CONQUISTADOR DE ROMA

I

El sol de la tarde baña con reflejos de oro la barba del anciano, que deteniéndose fatigado, en una de las colinas del Lacio, pasea lentamente la mirada sobre la Roma de los Césares y sobre la inmensa campiña que la circunda.

Es un peregrino del Oriente, pobre y humilde; pero el fuego del ocaso hace resplandecer con majestad su frente y pone suave fulgor de aureola en la plata de sus cabellos.

El anciano contempla las pendientes de los montes Albanos y Sabinos, cubiertos de anfiteatros, circos y termas, que se destacan entre los bosques de mirtos y de olivos. En el cultivado y fértil Valle Latino, interrumpido por rítmicas ondulaciones de collados, se dilatan magníficos jardines, cuyas rosas, célebres por su aroma, van a adornar las frentes de los convidados en los banquetes de los Césares.

El Lacio está de fiesta. El César ha salido de Roma y se encamina a la suntuosa morada campestre que se alza en unión de aquellos floridos cármenes. Es el cuarto día de las calendas de mayo, y los fastos de Roma recuerdan tradiciones seculares. Robigo reclama sus sacrificios anuales de blancos corderos y de canes rojos pa-

ra preservar las mieses. Flora, la cortesana, que ha reemplazado en el culto a la antigua Flora, la diosa de los jardines, convida al pueblo romano a los "juegos florales" y a las fiestas de Venus.

El peregrino oye el rumor de la comitiva que se va acercando, y comienza a vislumbrar al través del boscaje la muchedumbre que sube por la colina. Refúgiase en un soto lleno de misterio y de sombras, donde la voz de los arroyos esparce armonía y frescura. Ve pasar a su lado la litera del César, que parece adormecido, mas en su pupila resplandece la llama sombría del orgullo, y el enjuto labio se contrae con un pliegue de desdén y de hastío. Tras el amo del mundo desfilan en sus literas el Pontífice Máximo, las sacerdotisas, los augures, los patricios romanos.

Pasan, entre un nubarrón de polvo, las legiones de gladiadores, los grupos de atletas, la teoría de los cómicos y una abigarrada muchedumbre de libertos, plebeyos y soldados. Van pasando encadenados entre doble fila de esclavos, los leones de Africa, los tigres de Asia, que en violentas sacudidas y en saltos reprimidos por el firme pulso de los domadores, hacen rechinar y crujir ásperamente el hierro de la cadenas... Pasa Roma con su pompa, su orgullo, su majestad, su esclavitud, sus ídolos y sus placeres...

Aléjase el cortejo, y el anciano pasea en torno la mirada: sobre todos los collados, sobre todos los montes, del fondo de los valles, asciende con lentitud por la atmósfera azul y somrosada, el humo de los sacrificios, que blandamente se di-

suelve en el aire tibio de la campiña y tiende sobre los bosques pálida niebla de oro.

—Roma impera... —dice el peregrino.

Su compañero pasea también con asombro la mirada, y ve dondequiera majestuosos templos; el de la Fortuna, el de Júpiter, que domina los Montes Albanos; el de Juno, libertadora del antiguo Lavinio, el de Marte, protector de la familia de Augusto. Cada ciudad, cada barrio, cada quinta, tiene sus divinidades; cada collado, cada bosque, cada arroyo, su ídolo protector, y cada ídolo, sus ritos, sus fiestas, sus altares. Y los dos peregrinos contemplan con ojos de dolor aquel vasto santuario del Paganismo, donde reinan los ídolos, y aquella inmensa comarca donde gozan los Césares...

—¡Ah, Roma!... ¡Infortunada Roma! —exclama el anciano, y extiende la diestra hacia la ciudad imperial, que el sol poniente envuelve con sus rayos de púrpura.

El compañero alza la mirada hacia el anciano, y en aquellas pupilas y en aquel movimiento de la diestra y en aquella voz de trágica ternura, halla una reprobación y una profecía.

Y el discípulo cree ver una visión extraña: parécele que aquellas murallas, y aquellos palacios, y aquellas termas, y aquellos templos, se balancean todos, oscilando con las sacudidas que hacen temblar la tierra bajo las plantas de los dominadores.

—¡Ah Roma!... Ay de ti, Roma... —prorrumpe de nuevo el anciano, y extiende con profético ademán el brazo por el lado del Norte.

Y el humilde discípulo cree ver otra visión extraña: ve nublarse el horizonte con la fosca nube que viene del Norte; ve oscurecerse el firmamento con el polvo levantado por las huestes de un ejército de bárbaros; ve estremecerse los soberbios palacios y temblar el suelo al galopar de los hirsutos bridones; ve cuartearse el mundo romano, desprenderse las piedras de los muros, y caer las torres con un gran derrumbamiento, y llenarse todos los abismos con las ruinas y despojos del Imperio.

II

—Roma!... ¡Roma mía!... —exclama el peregrino, y extiende la diestra con augusto ademán de protección y de dominio.

Y el discípulo cree ver otra visión profética. Ve detenerse aquel ejército de bárbaros ante la aparición de un anciano vestido de blanco; ve disiparse la nube y alejarse las legiones del Norte; ve surgir un mundo nuevo entre las ruinas del antiguo mundo. Primero, es la lucha en que chocan con violencia las dos épocas, son las convulsiones del mundo que no quiere morir y los estremecimientos del mundo que debe nacer, y la energía griega y el poderío romano y la violencia bárbara que luchan en conflictos de muerte, y luego, tras el drama universal, surge la unión de las razas en los dominios de la nueva idea.

Ve el discípulo que un anciano vestido de blanco —nuevo Señor de la nueva Roma— eleva a dogma la unidad de la especie humana, y bo-

rra para siempre las fronteras que separan a señores y esclavos; y caen en pedazos las cadenas, se ligan con vínculos de amor todas las razas, bárbaros y romanos, griegos y judíos, hermanos todos, en la igualdad de un mismo amor, en la comunión de un mismo pan, en la nobleza de unos mismos destinos inmortales...

Ve el discípulo que sobre las ruinas del palacio de los Césares nuevos muros se levantan, y ve, en el horizonte del futuro, surgir inmensa cúpula, nimbada por nubes luminosas, y un nuevo signo resplandece sobre aquella cúpula, en tanto que los pueblos todos de la tierra se congregan y saludan a los ojos asombrados de los hombres; y todos se llegan y se abrazan, y las palabras de amor y de paz van resonando de uno a otro extremo del mundo...

—Vamos —dice el anciano—, y alza el bastón de peregrino, que al fulgor del ocaso brilla como un cayado de oro...

—¿A dónde, señor? —pregunta el discípulo, lleno de pasmo.

—A Roma.

Y el anciano y su humilde compañero descienden el collado, en tanto que el sol, con majestad, se hunde en el horizonte.

Cruzan al fulgor indeciso del crepúsculo un trozo de la llanura, y se encaminan hacia los muros de la ciudad, que destaca ya su severo perfil sobre el cielo, en cuyo fondo van brotando una a una, con misteriosa dulzura, las estrellas.

Al descender la noche, se levanta en el horizonte una brisa que hace cabecear los cipreses

entre las tumbas de la Vía Apia. El discípulo siente frío y tiene miedo. Ya se ha borrado la visión profética; ya el discípulo no contempla los tiempos venideros, ni dilata su mirada por todos los espacios, ni ve ya con asombro que el anciano toma posesión de Roma y extiende su imperio de amor a todas las naciones y a todos los siglos. . . Oscura está la Vía Apia, y los negros cipreses cabecean melancólicamente entre los sepulcros.

El discípulo se detiene amedrentado.

—Señor. . . ¿qué harás en Roma?

El anciano, en voz baja, le responde:

—Seré martirizado. . .

Llegan al pie de las murallas; un soldado les detiene y pregunta su nombre al anciano.

—Me llamo Simón Pedro.

—¿Tu oficio?

—Pescador de Galilea.

Con gesto de supremo desdén el legionario mira a los dos pescadores, y señala con la punta de la espada una puerta de la muralla.

—Pasad. . .

Y los peregrinos entran en la ciudad de los Césares.

EL HERMANO DE MONSEÑOR

(Costumbres rusas)

Monseñor Paudeyuwski, arzobispo del rito griego, dio orden de que engancharan el trineo con los tres caballos de raza *orloff*, que acababa de comprar en Moscova. Aquel día iba a inaugurar un nuevo tramo en el asilo de las "Hermanas Blancas". Así llamaba el pueblo de la comarca a las Hermanas de la Caridad que habían llegado a regentar allí un asilo de huérfanos.

Monseñor Paudeyuwski bajó gravemente la escalera del palacio se colocó en el fondo del trineo y se cubrió con la capa de piel de marta. Debía de hacer gran frío, a juzgar por los paisanos que cruzaban la calle zapateando entre el hielo. Sonó un alegre campanilleo, partieron los caballos. Monseñor se embozó en las pieles para no oír los clamores de los chiquillos que, muriendo de hambre entre la nieve, le tendían al paso las manos descarnadas. Monseñor recordó al pasar que la comarca estaba devastada por el hambre y por la guerra de los *moujiks*. Pensó que era oportuno aquel nuevo asilo de huérfanos, cuya "piedra angular" iba a bendecir con su mano episcopal, en la cual brillaba el enorme

rubí del anillo episcopal como una lágrima de sangre.

Cuando Monseñor llegó al asilo, todas las miradas se volvieron, todas las frentes se inclinaron. El trineo, con sus bulliciosas campanillas, hizo resonar los muros del edificio, y penetró en el parque. Monseñor se alegró de haber hecho enganchar sus caballos *orloff:* había allí dos o tres ministros extranjeros, un periodista polaco, y era justo que vieran ellos, en aquella provincia devastada por el hambre y la lucha, en que no había sino ruinas y harapos, alguna marca de distinción y de buen tono. Monseñor pasó entre dos filas de invitados, sonriendo con su sonrisa semioficial, muy adecuada a aquellos "festivales" mitad profanos, mitad religiosos.

Cuando llegó la hora solemne, el arquitecto dio una voz, los operarios templaron el cable, y la enorme "piedra angular", haciendo rechinar la grúa y crujir los maderos, se alzó en el aire, se balanceó, bajó luego lentamente a reposar sobre el plinto recién tallado. Rompió la banda militar en un himno. El Prelado, quitándose el guante de gamuza carmesí, se dignó tocar la piedra, que quedó así sólidamente cimentada por la autoridad del pastor griego. Este pronunció algunas frases alusivas: "el edificio social se derrumba porque no está cimentado... la justicia y la caridad son las piedras angulares", etc. Comentó luego la inscripción sobre la piedra, una leyenda complicada, con el año, el día y un párrafo en griego del tiempo de Hipiérides.

Pasaron al templete, en el centro del parque,

donde circuló el *samovar* y se sirvió el lunche. Monseñor quedó instalado entre la esposa del gobernador Ivan Splovicht y el ministro de Servia. El ponche hirviente le quemó al Arzobispo los labios; dos lágrimas brotaron. Entonces él habló de la miseria pública, del trigo escaso y se enjugó los párpados. Los *reporters* recogieron, como rasgo de la fiesta, ese caso de emoción ante las desgracias del rebaño.

A los postres, una chicuela del asilo le presentó al Prelado un ramo de miosotis. El se dignó tocarle la mejilla con el índice. La huérfana alzó los ojos, y todos quedaron deslumbrados ante la belleza virginal de esa cara, fresca y rosada como un estudio de Rubens.

Monseñor, por decir algo, la preguntó cómo se llamaba.

—Elsa Lermontoff, dijo la chicuela con su voz timbrada.

—Lermontoff... ¡ah! sí... apellido de nobleza... —dijo el Prelado enarcando las cejas. Todos vieron en esa expresión una censura a ciertos deslices de los nobles.

—Lermontoff... —repitió el Prelado con distracción— ¿no hubo un gobernador de ese nombre, hace treinta o cuarenta años?...

Todos admiraron la memoria de Monseñor: efectivamente, había habido un gobernador de tal nombre. La superiora, que conducía a la chicuela, explicó que ésta era nieta del gobernador de antaño. El ministro de Servia olfateó una novela: ¿nieta? ¿y cómo había llegado hasta la pobreza del asilo?

Monseñor, a quien no preocupaba la *novela,* se volvió hacia el ministro de Servia y aprovechando la ocasión próxima, le pidió en voz íntima que le ayudase a obtener del zar el título de "Pastor del Báculo Doble". Era necesario supeditar a los obispos de Krakovia y de la Moscova, que no podrían firmarse con ese título. El ministro ofreció su apoyo, pero volvió a lo que él llamaba "su novela". La superiora explicó el caso: el hijo del gobernador Lermontoff se había casado con una joven noble; poco después murió él, dejándoles a su esposa y a dos hijas, en propiedad, una hermosa finca, una casa. La casa (según le habían contado a la superiora cuando llegó a dirigir el asilo) había tentado la codicia de algún mercader. La ley protegía a las huérfanas, pues nadie podría adquirir la finca sino en remate público, con pregones ordenados por el Presidente de Justicia. De esta suerte la finca, pregonada y discutida por los compradores, debía subir a su precio máximo. Pero el mercader obtuvo el día de los pregones que sus amigos no le hicieran competencia. Remató la casa por la décima parte de su valor real. La viuda y las dos huérfanas consumieron esa suma exigua, lucharon con la miseria, fueron descendiendo a la sombra, a la miseria, al olvido. La madre colocó sus hijas en el asilo. Tal era la *novela.*

—*¡Oh tempora!* —dijo Monseñor entre dos galletas de vainilla.

El ministro de Servia observó para sí que a Monseñor, aunque pastor del rito griego, le gustaban las frases en latín y las galletas de vainilla.

—Yo costearía un juicio contra el mercader, dijo indignado el periodista polaco. ¡Raza de víboras!

—No hagáis tal, hijo mío —dijo dulcemente el Arzobispo—. Las luchas en estrados siembran la discordia en el aprisco.

Todos se inclinaron. Monseñor Paudeyuwski no quería que el lobo de la discordia revolviese su rebaño.

—Al menos, ¿quién era el mercader? —preguntó de nuevo el periodista, mientras los criados vertían el champaña helado—. ¿Quién remató tu casa, pobre niña?

La chicuela levantó los ojos, contrajo por un instante las cejas, hizo un esfuerzo... Sí, si ya recordaba, le había oído varias veces ese nombre a su pobre madre. Y con su voz de escolar en examen, algo confusa, sin comprender bien por qué atraía tanto las miradas, dijo el nombre:

—Iván Paudeyuwski.

¡Iván Paudeyuwski!... Todos enmudecieron, sobrecogidos... ¡El hermano de Monseñor!... Y todos evocaron, en secreto, la historia aquella, olvidada por todos, entre las mil peripecias de los negocios rusos.

*

* *

Dos días después el Arzobispo griego, para cumplir con sagrados deberes de familia, escribía de su puño y letra una carta en que destituía a las Hermanas de la dirección del Asilo; y selló la orden con el anillo en que brillaba el rubí como una lágrima de sangre.

BODAS DE ORO

A la sombra de los tamarindos, en un vasto cenador, tapizado por telones de enredaderas tropicales, la esposa va y viene en torno de la mesa, y en cada puesto deja un ramo de azahares, que embalsaman el ambiente.

Vuelve del trabajo el marido, después de una visita al ingenio de azúcar, y sonríe y aplaude al ver la mesa aderezada como para un banquete.

—¿Te admiras? —dice ella—. Hemos de reunir hoy a los hijos y a los nietos... ¿Qué menos puede hacerse?... Hoy hace cincuenta años... ¡Cómo pasa la vida!

El anciano se sienta, entorna los ojos, mira cincuenta años atrás y evoca las escenas de otro tiempo.

—¡Sí..., dulce recuerdo!... ¡Nuestra boda!...

Sonríe el anciano; su pensamiento vuela lejos, vuela a España; evoca la imagen de la joven montañesa, las hermosas facciones, la mirada llena de inteligencia y de ternura, una belleza original que se ignora a sí misma. La ve de nuevo en lo alto de la colina como la vez primera, destacándose sobre el cielo, circundada por un nimbo de nubes luminosas.

—¡Sí... grato recuerdo!... —repite el anciano—. ¡Qué bella te vi entonces!

La esposa se acerca, le toma las manos e in-

clinándose besa al anciano en la frente. Ambos callan y no se oye en torno del vasto cenador sino el murmullo del río, el rumor sedoso en las anchas hojas del platanar y el zis-zas de abanico que produce la brisa al balancear el follaje de las palmeras.

Continúa ella adornando la mesa, y él de nuevo se hunde en sus recuerdos, sumergido a la vez en la dulce modorra del ambiente que engendra el verano sempiterno de la zona tórrida. Recuerda las circunstancias de su matrimonio; él era un joven recién graduado, con diploma y sin destino, autor ignoto de un poema inédito. Había hallado a la joven en aquel rincón de la montaña, como una flor que el viento sembró al azar, en un peñasco agreste, donde nadie iba a respirar su aroma... Vivía ella con su abuelita, entre las ruinas de un molino arrasado por la inundación, catástrofe que había sepultado a toda su familia... Dijéronse las palabras de siempre, fueron a la parroquia, recibieron la bendición nupcial, y los dos, buscando fortuna, como quien se escapa con su ilusión hacia un país de ensueños, partieron hacia el Nuevo Mundo... Llevaban como único tesoro su amor, su juventud, y soñaban con fe en el porvenir, mecidos por las olas del océano, arrullados por la esperanza, en tanto que descubrían en el cielo nuevas constelaciones y que veían dibujarse en el horizonte las playas coronadas de palmeras. En las comarcas vírgenes del trópico hallaron tierras baldías, regiones sin límites, selvas ignotas regadas por ríos anchos como mares... El

empezó la lucha, la recia lucha, descuajando los bosques tropicales. ¡Ah, el gozo suyo al ver los troncos resecados y presa del incendio que fecunda con sus despojos la tierra, donde las semillas arrojadas con fe producen luego ubérrima cosecha!...

Pasaron los días, los meses, los años. Su corazón se dilataba al ver que cada hijo traía una nueva bendición, y aquel hijo, creciendo en el trabajo, hombre ya, tomaba posesión de otra comarca, y descuajaba otros bosques opulentos a la sombra de los Andes. Luchaba, ensanchando sus dominios, con la tenaz fortaleza, con la expansiva constancia de los antiguos conquistadores españoles. Y al cabo de medio siglo, rodeado de sus nietos, disfrutaba la paz y la opulencia de un patriarca bíblico.

*
* *

Despierta en el presente, abre los ojos, mira en torno suyo, ve a su esposa la compañera de sus alegrías y de sus pesares; con ella y por ella había comprendido la dicha del hogar cristiano, el gozo de ser útil, no de recibir, sino de prodigar el bien, la felicidad y la alegría; ambos habían comprendido lo que es el verdadero amor, no el delirio fugaz de un solo día, sino el don mutuo y constante de toda la existencia.

—Sí... hace cincuenta años...

Y cediendo el anciano a la emoción, le habla a su esposa con frases lentas y profundas.

Cincuenta años... Qué fortaleza he hallado

en ti, qué dulzura y qué consuelo... Esa alma grande, ese corazón noble y cristiano que en ti adiviné desde el primer día, me ha sostenido y acompañado durante medio siglo.

—¿No es verdad que nos amamos también en estas bodas? —pregunta la anciana conmovida.

—Nos amamos, sí..., es cierto...; pero, ¿cómo expresarlo?... No es con un amor fugaz que se enfría con la vejez, que se muere con la muerte... No; te amo, nos amamos con un amor más fuerte todavía, más alto, más puro...; un amor que habrá de acompañarnos más allá de la tumba.

Y los dos ancianos miraron a lo lejos, al pasado, al futuro, hendiendo la mirada en lo infinito, como si buscaran los horizontes de ese nuevo mundo, de se mundo ignoto que se abriría al vuelo de sus almas.

—Ahora —dijo el anciano— déjame expresarte un último deseo... Llámale, si quieres, un capricho...

—Ya creo adivinarlo...

—¿Por qué? ¿Qué imaginas?

—Desde que te vi comprar aquel buque...

—Ah, sí... Pues bien, sí... quiero volver a España, regresar a la patria con toda la tribu... los hijos, los nietos.

—¿Y dirigido el buque por el mayor de nuestros hijos?

—Sí, ¡Magnífica idea! Llegar así los dos, con un centenar de descendientes, e instalarnos en la misma región donde nos conocimos... Este sería mi poema...

—Reconstruir con las mismas piedras —dijo la anciana—; y enjugó de pronto una lágrima.

El quedó un momento pensativo, y luego suspirando. Con todo —observó—, te confieso que duele arrancarme de esta tierra, que también es nuestra patria; ella fue descubierta, conquistada por nuestros abuelos, y podemos repetir con uno de sus poetas:

—Mío es su hablar, su religión la mía.

Entre llamaradas de oro y grana, el sol se iba hundiendo con un cálido color de topacio. Llenaban el cielo en ocaso, de uno a otro extremo del horizonte, dos franjas luminosas de oro y púrpura.

—¡Ah! —dijo la anciana—, mira, ¡qué esplendor!... ¡Es por nuestras bodas!...

—Sí —dijo el abuelo—; mira: ¡rojo y gualda!...

Y poniéndose en pie, conmovido, exclamó:

—Es el saludo de la patria... son sus colores: rojo y amarillo, ¡la bandera española!...

*

* *

Uno de los principales diarios de España, algunos meses después, publicaba esta noticia:

"De La Habana ha venido un barco cargado de...

"No sabemos si de La Habana, pero, en fin, de América ha venido, en un barco suyo, un opulento indiano, que en medio siglo de voluntario destierro, ha reunido un caudal inmenso y regresa con una familia de más de cien deudos... Bajo epígrafes sugeridos por el fácil ingenio que tanto nos perjudica, aparece en los diarios la no-

ticia, que estimamos trascendental, porque nos trae una lección y nos presenta un símbolo: una lección para los que miran con miedo el porvenir y a sus hijos como enemigos de la prosperidad y del sosiego; un símbolo para los que dan esta ubérrima raza por agotada."

"De La Habana ha venido un barco cargado de las esencias de la raza, conducido por un patriarca moderno, un anciano venerable, en que reviven, para nuestro consuelo y legítimo orgullo, las viejas historias bíblicas..."

*

* *

Va a concluir el año de las bodas de oro. En la colina donde cincuenta años antes los dos jóvenes se vieron por vez primera; donde él la admiró, tan hermosa, circundada por un nimbo de nubes, se ha levantado, con las ruinas del molino, una capilla, que se eleva ennobleciendo el paisaje.

Sentados en un banco de piedra, envueltos en el aroma sutil y penetrante del otoño, desde el pórtico de la capilla los dos ancianos contemplan, en una tarde tibia y melancólica, la puesta del sol, que va declinando entre nieblas sonrosadas. Huyen las golondrinas, las hojas amarillas van cayendo... Flota sobre el paisaje una dulce melancolía; es la melancolía de la tarde que se muere, de la estación que agoniza, y de esas dos existencias que llegan a su ocaso...

El viejo estrecha la temblorosa mano de su compañera.

—Aquel sol no muere: su ocaso es un Oriente. Va a alumbrar a otras regiones.

Sus ojos, cansados, se hunden en los infinitos horizontes de otros mundos, que ya se abren al futuro vuelo de sus almas.

—Tú has querido compartir conmigo la vida... Yo quiero compartir contigo la eternidad...

E inclina su hermosa cabeza de patriarca, como si fuera a dormir, sobre el hombro de su compañera.

El sol llega a la línea del horizonte... Inmensa oleada de sombra va saliendo de los valles, sumerge la colina, envuelve a los dos ancianos, asciende por los muros de la capilla; pero la cruz, bañada por un último rayo de sol, resplandece en la altura, como un símbolo de fe, de amor y de esperanza.

LA NOVELA EN LA HISTORIA

I

—¡Adelante! —dijo el conquistador a sus soldados, y con la punta de la tizona señaló hacia el Oriente.

Después de tomar posesión de aquella tierra en nombre del Emperador Carlos V, y de trazar los cimientos de la ciudad llamada a ser, según sus ensueños y ambiciones, la capital de la nueva Andalucía, don Melchor de Avila, con un puñado de valientes, diezmados por la fiebre, por el hambre, por las fieras y por los indios salvajes, continuó su marcha hacia el Oriente.

—Asaz sería desdichado —decía don Melchor a su segundo, don Nuño de Toledo—, asaz desdichado sería, si no hallase aquellas tierras del Dorado, donde espero encontrar millones de súbditos para la Corona y millones de almas para la Iglesia... Y en hallándolas, tendremos por acabada esta noble empresa e iremos al Emperador y dirémosle dónde queda esa hermosa comarca.

La leyenda de aquellas regiones la había oído don Melchor de labios de un viejo Mohán, y así como los soldados de Vadillo y Heredia buscaban ese país de ensueño, con sus fértiles comar-

cas y sus lagunas encantadas, en las nacientes de los ríos Atrato y Cauca, y Jiménez de Quesada, Federmán y Belalcázar en la altiplanicie de Bogotá, del propio modo el audaz conquistador don Melchor de Avila y Mejía, creyéndose con mejor fortuna y siguiendo con noble afán el imán de sus deseos, se encaminaba siempre hacia el Oriente.

—¡Adelante! —y cada día, al despuntar el alba, señalaba con el acero la línea sonrosada de la aurora.

Cien leguas anduvieron don Melchor y sus soldados, rompiendo selvas seculares, cruzando ríos caudalosos, escalando escarpadas cordilleras. Cien leguas... y el fantasma de aquella tierra de promisión retrocedía siempre, más allá de otros ríos, de otros bosques, de otras cordilleras...

Determinó don Melchor hacer alto, dar descanso a su tropa y enviar en exploración con ocho compañeros a don Nuño de Toledo. Debían regresar con noticias antes de dos semanas; mas transcurrió el término fijado, y no vio regresar a los exploradores. Una tarde, impaciente, don Melchor se apartó del campamento siguiendo la trocha abierta por los comisionados, y empezó a vagar por las márgenes de un río sin nombre, que venía de una región desconocida para ir a perderse en una selva ignota... El aire estaba perfumado y caliente, con las emanaciones de aquellos bosques tropicales.

La tarde se moría... Amplio silencio flotaba sobre aquellas soledades, y sumergía el alma del

conquistador en una sensación de calma, de abandono y de ensueño... Apoyóse el guerrero en el tronco de una palmera, y su espíritu abrió las alas de la fantasía... Soñaba, no sólo alcanzar el título de Adelantado, sino los lauros de poeta, cantando, como otros exploradores, su propia epopeya...

II

Una voz a lo lejos y ruido de pasos en la maleza, vinieron a sacar a don Melchor de su ensueño...

—¡Dios os guarde, don Melchor!...

—¡El os proteja, don Nuño!... Y a fe que al veros me da solaz y contento...

Mas se contuvo en su alegría: a la luz del crepúsculo observó a don Nuño y con gran sorpresa creyó ver una mirada de loco bajo el casco de acero.

—¿Qué os acontece?..., ¿estáis herido?

—Buen corazón, señor, quebranta mala ventura...

—¿Y vuestros compañeros?

—Todos han muerto... Duermen ya los que vivieron en la inquietud y las armas andando por el mundo...

Y continuó don Nuño un incoherente discurso. Don Melchor le tomó una mano.

—Tenéis calentura, don Nuño... Deliráis... Veo que traéis una herida en el brazo... acaso alguna *latorrada* de esos indios... Alguna saeta envenenada... Venid al campamento.

Cuando llegaron, don Nuño continuó febril su relato.

—Pasamos mucha mala aventura, acometidos de aquellas bárbaras tribus; anduvimos sedientos y afanando y combatiendo, puestos por blanco de los rayos del sol y de las saetas de los indios... Mas hallé la fuente prodigiosa, imán de mis deseos...

—¿De qué fuente habláis?

—La Fuente de Juvencio...

—¿Y las tierras del Dorado?

—Hallélas también, señor... y son medio mundo... todo él para vos, y toda la gloria... mas para mí la fuente...

—No os comprendo.

—¡Ah, don Melchor!, quedaría defraudado de mis deseos y bien engañado de mis ilusiones, si no hubiese hallado las aguas de esa fuente...

—Tomad reposo... estáis herido, enfermo...

—¿Reposo?... No lo he menester... Hallé la fuente de la juventud, y ello me basta... ¡Ah! todos los ensueños antiguos, las tradiciones y leyendas de los griegos, trocándose van en realidades, merced al arrojo de nuestros pechos... La leyenda de la Atlántida pasó a ser realidad cuando nuestras carabelas se lanzaron al mar desconocido y descorrieron el velo del misterio... También los griegos soñaron en la Fuente de Juvencio, y os prometo a ley de bueno y honrado que la he hallado...

Quiso don Melchor calmarle, pero todo fue en vano.

—En medio de una sombría floresta (continuó

don Nuño con exaltación creciente), descubrí un arroyuelo de aguas cristalinas que corrían a perderse en un lago cuyas orilllas estaban rodeadas de palmeras... Muchedumbres de ancianos acudían allí de apartadas regiones... Sumergíanse en las ondas... salían rejuvenecidos... con cuya vista se alegró mi espíritu... La calentura me había quebrantado... bebí del agua... nuevo vigor fortaleció mi cuerpo...

—La noche se va entrando a más andar...

—Seré breve... —dijo don Nuño, bajando la voz—; mas decidme... ¿No comprendéis por qué este mi gozo al hallar aquella fuente? Escuchadme... Amé en Sevilla a vuestra noble prima doña Laura de Mejía, y pienso que fui correspondido... Quise antes poner algunos lauros a sus plantas, y vine a este Nuevo Mundo... No digo yo penar un año, pero mucho más hiciera a trueco de tornar cubierto de honra y gloria... Era yo de disposición gallarda, mas, en tantos combates y asperezas, quedé de mala traza y peor talante... Cuando torné a la capital del Virreinato y miré mi figura en un espejo, se me nubló el cielo... No quería ni debía ir a Sevilla hasta que hubiese remozado... y era menester para ello descubrir la Fuente de Juvencio. ¡La he hallado!... Mañana, con vuestra venia, regreso a mi patria...

Desfallecido, dejóse caer sobre la hojarasca. Cerró los ojos. Acercóse el capellán de la tropa y le tomó las manos ardientes.

—Don Nuño, escuchad... a la hora de ahora debéis pensar en vuestra alma.

Tras largo sopor, el guerrero abrió con lentitud los ojos, miró en torno, reconoció al religioso...

—Padre —dijo con voz desfallecida—, yo deliraba... Eran los sueños de la calentura...

—Verdad decís, hermano mío.

—Ahora comprendo... torno a la vida... No, no, razón tenéis, Padre... siento que me hallo a punto de muerte... Cristiano nací... cristiano he de morir... Oídme, Padre, en confesión...

Cuando el religioso le hubo escuchado y absuelto, miróle el guerrero con ojos de gratitud, de suprema ternura, radiante de cristiana esperanza.

Acercóse don Melchor conmovido.

—Vais a tornar a la patria... pero a la patria verdadera —díjole al moribundo—. Allí seréis galardonado...

—Malgasté acaso mi vida...

—No es tiempo malgastado —replicó don Melchor con ternura— el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos de él, sino sus asperezas y fatigas... Habéis luchado como bueno por la gloria de la patria y del rey; habéis sufrido por la fe, por el bien de las almas, por la civilización de un mundo...

La luz de la luna, melancólica y solemne, hendiendo calladamente el follaje y bañando con quieta majestad aquel rincón de la selva, envolvió en una aureola de azulino esplendor la faz del moribundo.

A la mañana siguiente, el religioso y los sol-

dados clavaron una cruz sobre la sepultura de don Nuño y esparcieron en torno ramos de palma y flores silvestres.

—¡Adelante! —exclamó don Melchor de Avila—. ¡Adelante!

Su tizona brilló al sol y la punta del acero señaló hacia el Oriente.

PALABRA DE REY

Contento de la situación y satisfecho de sí mismo, con pie ligero saltó don Tirso del automóvil y se encaminó hacia el edificio que, en letras de oro sobre fondo negro, ostentaba la razón social de su casa: *Arbós y Oloc. Fundada en 1888.*

Un chicuelo se lanzó hacia el comerciante:

—¡Señor!... *La Corres... El Universo...* ¡Ultimas noticias de la guerra!

—¡Nada!... ¡Nada!...

—El chicuelo volvió a agitar en el aire los periódicos...

—¡Señor... la gran corrida de ayer! ¡Cogida de "Molinete" en Zaragoza!

—Déjame...

—*La Nación*... Señor, cómpreme... tengo hambre... tengo un hermanito... aún no se ha desayunado...

—Deja, te digo...

—El gran éxito teatral de *La Romería*... ¡El choque de trenes en Burgos!

—¡La caída del ministerio!

Llevó don Tirso la mano al bolsillo y sacó una peseta.

—Toma... y dame el cambio.

—No tengo suficiente calderilla...

—En ese caso...

—Señor, vea... sólo he vendido tres diarios...

—Entonces, toma tu diario, dame mi peseta...

—No, señor... ¡espere!... Un momento... voy a cambiar... ¡Vuelvo corriendo!...

—¡Hum!... ¿volverás?... ¿volverás?...

El muchacho levantó la cabeza con vago asombro y miró al comerciante con cierta noble altivez ofendida. Varios sentimientos se reflejaron en sus ojos, que se abrieron desmesuradamente, luego relampaguearon con un chispazo de protesta y por último se oscurecieron con la sombra de la melancolía, con la muda humillación de la pobreza:

—¡Ah!, señor, no lo dude... Vuelvo.

Y para afianzar su promesa, con gravedad, solemnemente, apeló a una frase que, sin saber dónde, había cogido al vuelo:

—Vuelvo, señor... ¡Palabra de rey!

Desapareció el chicuelo a todo correr, y el comerciante, receloso, le siguió con la mirada; viole hundirse entre la ola de paseantes, reaparecer a lo lejos, en mitad de la calle, girar entre los automóviles y los carros, pasar a la otra acera, y doblar por último la esquina.

—¡Hola!... —exclamó don Tirso— peseta que no vuelve!

Acordóse del conductor del automóvil, que esperaba órdenes.

¡Ah! es verdad, Pedro... aquí, a las dos en punto.

Partió el automóvil, y don Tirso se detuvo a desdoblar y recorrer el periódico, en el portal de la casa.

—Nada... ese chicuelo no regresa...

Subió al despacho, se hundió en el blando sillón y pasó algún tiempo en conferencia con un amigo.

Un campanillazo en el teléfono. Don Tirso empuñó la bocina.

—Listo... digo... no oigo bien. ..¿Qué dice? ¡Cómo!... el automóvil... ¿de quién?... ¿de quién?... Exlíquese... ¿Un atropello?... ¿qué?... ¿a un chicuelo?... ¿mi automóvil?... ¿Está usted seguro?... ¡Vaya, vaya!... Por andar a ese paso... ¡Adiós!

Aquella noche uno de los diarios publicaba las siguientes líneas:

"*Sucesos.*—"Atropello de automóvil.—Esta mañana ha ocurrido un desgraciado suceso producido por atropello de automóvil, del que resultó un niño herido de gravedad.

"En la presente ocasión ,y a juzgar por las referencias que hemos obtenido de fuente autorizada, no se puede atribuir la desgracia a la excesiva velocidad del automóvil, sino por una parte a la fatalidad, y por otra, a la imprudencia e imprevisión del niño atropellado. Bajaba a buena marcha, por la calle de Alcalá, el automóvil en referencia, y al llegar por frente a la calle de Peligros, cruzóse en su camino una joven madre con un niño en brazos, y entonces el mecánico, con objeto de evitar un atropello, viró rápida y bruscamente para salvar aquel obstáculo... En ese crítico momento, un chicuelo, como de unos doce años de edad, salió corriendo de la calle de Peligros para atravesar

hacia la de Sevilla, y el coche desgraciadamente le arrolló, pasándole por encima de un brazo... El mecánico paró el automóvil y recogiendo al atropellado lo condujo en seguida, y con el mayor esmero al Hospital de la Princesa..."

Una semana después, al penetrar don Tirso en su despacho, un empleado le interrumpió tímidamente.

—Señor... Usted perdone... Un chicuelo desea verle.

—¿Un chicuelo?... ¡Hola!... Ya supongo... ¿Le ha preguntado usted de dónde viene?...

—Sí, señor: dice que sale ahora del Hospital de la Princesa...

—¡Ah!... el mismo... ¡no queda duda!...

—Tiene un brazo en cabestrillo...

—¡Hola!... y ¿qué dice?... ¿pide algo?... ¿Le dijo a usted si necesita algo? ¿una limosna?...

—Nada me ha pedido... nada ha explicado...

—¿Qué pretende?

—Dice que desea hablar personalmente con usted...

—En fin, en fin... hay que verle... ¡Que suba!...

El chicuelo, bajo la mirada compasiva de los empleados, empezó a subir con lentitud la escalera, pálido, con cierta noble dignidad en el andar, con cierta gravedad prematura en la mirada.

—¿Qué quieres, chicuelo? —díjole don Tirso.

—Yo... señor... ya sabrá usted lo que ha sucedido...

—Más o menos... Y ahora ¿qué deseas?

—Explicarle a usted primero... y después...

—Ya me imagino... acaba...

—Sabrá usted que cuando yo volvía aquella mañana con el cambio... un automóvil...

—Bueno... bueno... ya lo sé... termina...

—Y he pasado una semana en el hospital... curándome este brazo...

—En fin, ¿qué pides?...

—Pues, sí, señor... vengo a pedirle...

—Acabáramos... te animas... ¿cuánto quieres?...

—Vengo a pedirle... perdón... por la tardanza...

—¡Cómo!... —exclamó don Tirso con sorpresa.

—Pensaría usted que ya no volvía... Eso, no señor... ¡eso, nunca!... Tenga usted... cuente usted mismo... Lo dicho... Palabra de rey...

CUENTO ORIENTAL

Cien elefantes, cien caballos y cien camellos abrían la marcha; luego venía la litera del Príncipe, y cerraban el cortejo cien esclavos negros cargados de perlas, cien esclavos indios cargados de oro, y cien guardias cargados de hierro.

Tras un viaje que había durado treinta lunas, tornaba el Príncipe a recibir en herencia el reino por muerte de su padre, el más grande de los reyes de Oriente.

Entre el amor y la alegría de los súbditos, atravesó las comarcas del reino, cubiertas de mieses, cruzadas de canales, pobladas de rebaños.

Entre el respeto y la admiración de los cortesanos, cruzó la ciudad, llegó al mausoleo de su padre, acercóse a la tumba, besó tres veces la piedra de granito.

Atravesó luego las magnificencias de los jardines, cruzó por las suntuosidades de los vestíbulos y penetró en los esplendores de su palacio.

Entre doble fila de alabarderos, que temblaron al presentar las armas, llegó a la sala del trono.

Y se sentó en el trono.

Llegóse la muchedumbre de cortesanos a disputarse una sonrisa.

Llegóse la multitud de sacerdotisas a solicitar una mirada.

Llegóse la turba de brahamanes a mendigar una palabra.

El Príncipe lanzó en torno una mirada, tuve para todos uno sonrisa, pronunció tres palabras: —Salud... paz... concordia..., y colocó en sus sienes la triple diadema de hierro, de plata y de oro.

Los cortesanos, las sacerdotisas, los magnates, el pueblo, inclinaron la cabeza, doblaron la rodilla, en tanto que el nuevo rey ciñó la diadema y empuñó el cetro.

*

* *

El Monarca inauguró su reinado anunciando que durante tres días las puertas del palacio estarían abiertas para todo el que desease llegar hasta su trono a hablarle sobre las necesidades del pueblo y sobre las reformas que debía iniciar en el reino.

El primer día nadie fue osado a presentarse ante el trono del Monarca.

El segundo día, por entre la multitud de los áulicos se vio pasar un anciano, cuyos cabellos de plata, agitados por el viento, le formaban aureola.

—¡Salud al nuevo Rey! —dijo el anciano.

—Acércate y habla.

—Señor: por largos años fui el confidente de vuestro padre. El fue tres veces grande, por la fuerza con que defendió su imperio y establa-

ció el orden; grande por la riqueza que desarrolló en sus Estados; grande por la justicia con que trazó el límite del deber y del derecho, y distinguió el bien del mal, separando la verdad y la mentira. Por esto ciñó a sus sienes triple diadema... Jamás puso el pan al lado del veneno, ni toleró al tigre al lado del cordero.

—Sabré recompensar tus servicios.

—Señor, sólo pido en pago que conservéis la justicia establecida por vuestro padre. Para ello evitad que suba las gradas de este palacio un sofista a quien vuestro padre desterró como enemigo de la justicia y del trono.

—He promulgado la amnistía. Volverá del destierro.

—Señor, el sofista vendrá. Está al servicio de los enemigos de vuestro reino. Oidme: otros os ofrendan cofres de perlas y pieles de armiño. Yo, antiguo confidente de vuestro padre, puedo ofreceros un presente que vos no poseéis y que vale más que todos aquellos dones. Os brindo un tesoro que sin dar la felicidad a quien lo posee, puede darla a quien lo recibe.

—¿Cuál es aquel tesoro?

—La experiencia.

—Continúa.

—Recordad esta sola sentencia: el error *no* tiene derechos.

El anciano salió. En el vestíbulo recogió el bastón de peregrino y se alejó con lentitud, la paz en la conciencia y la tristeza en el rostro.

El sol, al bañar su cabeza, lo circundó de una aureola.

Y se alejó interponiendo la triple muralla del silencio, de la distancia y del olvido.

*

* *

El día tercero declinaba y nadie había llegado a la sala del Rey. El Rey esperaba: tenía curiosidad y sentía miedo de conocer al sofista.

El sol ya se ponía, y la fachada del palacio se bañaba en reflejos de púrpura y oro.

El viajero se presentó ante el trono cuando el sol ya se hundía, cuando las sombras invadían los salones y llenaban los jardines de misterios.

A la luz de las antorchas el Rey vio un rostro en que alternaban la tristeza y la ironía, las pupilas llenas de sombras, los labios abiertos a la risa, y mezcladas la risa y la tristeza bañaban el rostro en un crepúsculo de trágica melancolía.

—¿Quién eres?

—Soy el sofista... Oh gran Rey, ya veis que empiezo por presentarme con el título que me dan mis enemigos... Acepto mi título, pues no me creo en posesión de la verdad absoluta ni en presencia del Bien supremo.

¿Existen acaso el bien, la verdad y la belleza?... Los busco, y eso me basta. Si ellos existen, acaso en el fondo de mis errores hay un fondo de verdad mayor que en el fondo de las verdades de mis adversarios. Todo es relativo, y todo es discutible, y en la duda todo es respetable.

El Rey no comprendía el discurso, mas parecía cautivado por aquella voz que venía del abismo y atraído por la melancolía de la sonrisa.

—Vuestra Majestad desea oír qué reformas sean necesarias para la prosperidad de este reino. Hablaré sin ambages. Vuestro padre fue tres veces grande y sus antiguos consejeros os pedirán que continuéis sus obras. Si vuestro padre fue más grande que sus antepasados, vos podéis superar en grandeza a su reinado. ¿Hízose grande por la fuerza de su ejército? Licenciad vuestro ejército y mostraréis que tenéis fe en la sola fuerza de vuestro derecho.

Acaso un movimiento de impaciencia se leyó en la mirada del Rey, mas el consejero continuó su discurso.

—¿Vuestro padre fue grande porque amparó a sus súbditos con leyes protectoras? Tiempo es ya de que entréis por más amplios senderos y adoptéis otro sistema; dejad hacer, y veréis que la libertad resuelve todos los problemas.

Una sombra de duda en las pupilas del Rey y un cambio en el discurso del consejero.

—Si por la justicia reinó vuestro padre, reinad vos por la clemencia. . .

Fatigado el Rey, autorizóle a regresar al día siguiente.

Fue la entrevista en los jardines que el antiguo Rey había llenado de plantas traídas de remotos países. Contenidos por rejas de hierro o por fosos llenos de agua, centenares de leones, tigres y lobos dormían tranquilamente al sol de la tarde. Los había cazado el viejo Rey en sus dominios y encerrado allí para seguridad de sus vasallos y para la prosperidad de sus rebaños.

—Mirad, Rey tres veces grande —dijo el So-

fista—. Esos animales yacen en la soledad y la melancolía. ¿No tienen, como todos los seres, derecho a la libertad? ¿Por qué esos hierros, por qué esas leyes de excepción, impuestas por el odio o la inclemencia? El odio engendra el odio. La persecución les ha afilado la garra y despertado el instinto de venganza. Si estos seres se vieran libres, si se vieran amados, serían tiernos e inocentes como los corderos que balan en pos de los pastores.

El Rey le escuchaba en silencio.

—¿Deseáis la paz, señor, una paz eterna?... Romped con las antiguas tradiciones, igualad en sus derechos a las ovejas con los tigres, y en un reinado de paz y de armonía veréis al león retozar inocentemente al lado del cordero.

El nuevo Rey, cuyo corazón se inclinaba más a la compasión que a la justicia, dio al siguiente día la orden de clemencia.

Se rompieron los hierros y se colmaron los fosos.

En silencio, como sombras, se deslizaron los lobos y huyeron hacia el Norte.

Uno a uno, con lentitud, con arrogancia, estirando las garras y sacudiendo la melena fueron saliendo los leones, y con desdén se encaminaron hacia el bosque del Mediodía.

Con saltos de alegría los tigres se lanzaron hacia una selva que se alzaba en el Oriente.

Las fieras durmieron en libertad, y el Rey durmió confiado en la bondad de su obra.

—Oh sombras de mis abuelos —se decía, mientras se daba al sueño—, no supísteis encontrar

lo que yo he hallado para mi reino: la paz en la clemencia.

Durante tres lunas los leones, los lobos y los tigres se extendieron por las comarcas. Los balidos de las ovejas y los gemidos de los aldeanos no llegaban al Rey.

Nadie se atrevía entre los cortesanos a referir los destrozos que las fieras empezaban a hacer en los rebaños del Norte, al Oriente y al Mediodía.

Cierto día el Rey sintió un estrépito y vio un caballo árabe cruzar por los jardines, loco de furor y de espanto, con un león que le hundía las garras en la grupa. Era el caballo de guerra de su padre. El bridón, degollado por la fiera, murió en la explanada del palacio a la vista del Monarca.

El Rey convocó a consejo.

Presentóse el antiguo consejero de su padre, que regresaba de lejanas tierras, con su bordón de peregrino y su aureola de canas.

—Señor, la libertad del tigre es la esclavitud del cordero.

—¿Qué pretendes?

—Señor: con vuestros alabarderos y vuestros lebreles organizad la caza. Si tenéis piedad de los lobos, no tenéis compasión de los corderos; si tenéis piedad con los leones, no tenéis misericordia con los aldeanos.

—¡A la caza!, exclamaron los antiguos soldados.

—No, dijo el sofista; ¡deteneos!

—Habla, dijo el Rey, habla por la vez última.

—¡Basta ya de sangre!... Investigad los hechos; entiendo que en ciertas comarcas los pastores han sido los primeros en provocar el conflicto... En la duda, absteneos. Basta de sangre...

—Basta de sangre, dijo el Rey.

—Reflexionad: los leones ya se han duplicado, los tigres se han decuplicado, los lobos se han centuplicado. Son tan numerosos como los rebaños de ovejas... Consigno un hecho y reclamo un derecho. Tienen ya el derecho del número y son una de las fuerzas del Estado... Además, lo que preparáis no sería una caza, sería una hecatombe... Morirán tigres y lobos y también morirían aldeanos y soldados... No: ¡basta de sangre!...

—Continúa.

—Oh grande y clemente Monarca! Si vuestros pastores y vuestras ovejas no duermen en paz como antes, propongo un remedio: pueden pasar al otro lado del río Ain-Zader, que divide por mitad vuestro reino.

Y el Rey, seguido de su pueblo, pasó el río.

El reino quedó dividido en dos regiones, separadas por un abismo. De un lado los hombres, del otro lado las fieras. Pero las fieras no estaban satisfechas. Rugían y aullaban sobre la orilla izquierda y pretendían pasar a la otra orilla a confundirse con los hombres y a habitar al lado de los rebaños.

—Tended, oh Monarca, el puente sobre el abismo.

El pueblo se estremeció de horror al oír el consejo del sofista. El Rey pareció vacilar.

—Lo que aconteció en el pasado acaso no acontezca en el futuro. Cada tiempo puede dirigirse por nuevas leyes y producir nuevos sucesos —replicó el sofista—. Los tigres y los leones piden la fraternidad y la concordia con los hombres. Señor, si deseáis el imperio de la paz y la clemencia, tended el puente sobre el abismo.

Hallábase presente el viejo consejero del antiguo Rey, y al ver que no eran escuchados sus consejos, exclamó con voz que era un lamento:

—Adiós, ¡oh Rey de los tristes destinos!

El viejo servidor se alejó para siempre.

Y se tendió el puente sobre el abismo...

*

* *

Los días siguieron a los días, los años a los años... ¿Qué fue del Príncipe débil, qué de su reinado, qué de toda su raza?

Han pasado siglos...

Paisaje, un desierto del Oriente; hora, la del ocaso melancólico; personajes, unos viajeros que llegan a clavar la movible tienda junto a las ruinas de un palacio sin nombre. Aquellos escombros, bañados a tal hora por un último fulgor de púrpura y de oro, se alzan como una evocación de glorias muertas. Los camellos doblan la rodilla y los viajeros descienden a reposar entre las ruinas. Encienden fogatas y colocan en torno centinelas: la región es famosa por sus leones, sus tigres y chacales. El sol se hunde, la tarde se muere. Repártense los viajeros algunos

puñados de dátiles, algunas escudillas de trigo, y fórmase una rueda, en tanto que los hombres preparan las armas presintiendo el asalto nocturno de las fieras. La más joven de la tribu nómade principia una danza en que el tintineo de los anillos y de las pulseras, triste como un rumor de cadenas, acompaña monótonamente el gemido de una música de guzlas que sollozan. Es la música lánguida de las razas despojadas. Sin alegría, sin alzar los pies de la arena, con aquel movimiento melancólico que consiste sólo en ondular los brazos agitando cascabeles y pulseras, continúa aquella danza lúgubre, evocación de alegrías muertas, en la somnolencia del crepúsculo que agoniza y en la indolencia de una raza que se extingue.

Cesa el rumor de la danza, y el más viejo de la tribu, ojos de fuego, barba de nieve, puesto en pie en medio de la caravana, relata la historia de un Rey que abdicó de sus destinos, de una raza cuyos últimos descendientes están condenados a vagar por las arenas del desierto en medio de las fieras.

Remontando el curso de los días, de los años, de los siglos, aquel anciano llega a evocar la era de grandeza en que el pueblo tuvo paz y gloria y abundancia merced a la sabiduría de un Monarca que ciñó la triple diadema de hierro, de plata y de oro. Relata en seguida la historia de un Príncipe débil e inexperto que vio sus rebaños degollados por las fieras, sus campos despoblados, sus ciudadas derruídas, y cuyo nombre cayó primero en el oprobio, y se hundió luego en el olvido...

Y el viejo, embargada la voz, suspende la narración, en tanto que dos lágrimas caen de sus pupilas de fuego a su barba de nieve.

Avanza la noche, en la sombra se alza el grito de los centinelas y a lo lejos el rugido de las fieras empieza a rodar sordamente por la oscuridad del desierto. La tribu enmudece, una quietud de muerte impera entre las ruinas, una calma de terror sube de la tierra y una paz de infinita tristeza baja de las estrellas.

EL VASO DE AGUA

La sirena del vapor lanzó un bramido y el buque empezó a deslizarse blandamente al lado del muelle.

Uno de los pasajeros, el poeta Jaime Roselló, de codos en la borda, contemplaba el panorama del puerto cuando uno de los oficiales le invitó, en nombre del capitán, a subir al puente de vigilancia.

—Desde aquí —díjole el capitán— puede usted ver mejor todo el golfo, uno de los más hermosos del Mediterráneo.

Sin desatender las maniobras, tendió la mano retostada por el sol y la brisa, hacia varios puntos del golfo, dio el nombre de algunos parajes, y luego detuvo la mirada en una columna de mármol rojo, que en el centro del malecón se levantaba, con una inscripción en letras de oro.

—Capitán —preguntó el poeta—, ¿cuál es la inscripción de esa columna?... Resplandece con esta luz de Oriente, pero no distingo...

—¿No distingue usted las palabras?

—Con dificultad, capitán... Como el buque se va alejando...

—Verdad es... ya está lejos del muelle... Los marinos tenemos la vista anormal, educada para las grandes distancias... Pues bien, la inscripción dice así:

"Todo el que diere de beber a uno de aquellos pequeñitos un vaso de agua fría... no perderá su galardón." (S. Mateo, X, 42.)

—Excúseme, capitán —observó el escritor—. Usted no ha leído.

—Es cierto —contestó el otro con una sonrisa enigmática, y a la vez conmovido.

—¿Sabe usted de memoria el texto evangélico?

—Lo sabía. . .y aún lo recuerdo...

Se detuvo el marino, talvez a evocar un episodio de su vida y contrajo las cejas en tanto que la sombra de una idea hizo aún más oscuras sus negras pupilas.

El caso resultaba extraño: un capitán árabe que sabía de memoria textos del Evangelio, y que al citarlos tomaba esa expresión meditabunda... Cruzado de brazos sobre la barandilla, se abismó en una contemplación retrospectiva.

Y aquel hombre de acción, todo músculos, todo nervios, sorprendió al escritor con esta frase:

—A veces pienso que los elementos desencadenados... son quizás los justos vengadores de una verdad sencilla, de una doctrina desdeñada...

Y vueltas las miradas a la línea de tierra que se adelgazaba en el horizonte, continuó abismado en su meditación y en su recuerdo.

La curiosidad y la impaciencia impulsaron al poeta a interrogarle.

—Sí —contestó al fin el marino—, es un antiguo recuerdo... Va usted a oírlo.

"Hace quince años, la goleta *Abdul Mejid,* de quinientas toneladas, con tripulación de do-

ce hombres, todos árabes, se daba a la vela en este mismo puerto, con rumbo a Nakri, una isla del Egeo, como usted sabe... La goleta conducía víveres y agua destinados al personal de servicio de una hermosa propiedad que el Khedive tiene en Nakri. Llevaba, pues, agua suficiente, durante largo tiempo, para ellos y para la gente del islote.

"Uno de los árabes de la tripulación comenzó a hacer burla de una pobre mujer paralítica que en el muelle, bajo los rayos ardorosos de este sol de Oriente, le pidió un sorbo de agua.

"—¿Agua?... ¿no la ves?... ¡Bébela!...

"Y el marino señaló las ondas del golfo.

"—¡Bebe! —gritaron de buen humor los demás tripulantes.

"La vieja se quedó en el muelle. La nave salió del puerto.

"Los dos primeros días fueron de mar sereno, cielo despejado, viento favorable... Cambió luego el viento y empezó a soplar con fuerza, con tal violencia, que obligó al comandante del *Abdul Mejid* a reducir el velamen. El huracán fue aumentando; la goleta no pudo ya avanzar y cambió de derrotero. Así la nave en medio de la tempestad huía ante los vientos que le arrebataban casi todo el velamen, en tanto que las olas, cada vez más violentas, saltaban a bordo... Aconteció que hallándose agrupados sobre cubierta los toneles de agua y no habiendo tenido la tripulación tiempo ni respiro para sujetarlos, una oleada de costado los arrebató; y como en aquellos iba también el agua de consumo para

la travesía, es fácil comprender la dolorosa sorpresa de los hombres, al verse así, en alta mar, en medio de la tormenta, privados del agua...

"—¡A mal tiempo, buena cara!... —dijo aquel marinero que había hecho burla de la vieja en el muelle.

"Y pretendió lanzar una carcajada. Creyeron que la tempestad cesaría y que al fin permitiría volver la proa hacia Nakri, distante sólo algunas millas. Mas no sucedió así, y tras una hora de relativa calma, la tormenta se alzó de nuevo, cada vez más terrible, empujando la nave fuera del acostumbrado derrotero. El comandante, al ver que se dirigían a una muerte inevitable, volvió la proa a Nakri, desafiando el viento; pero el huracán sopló más y más, rompiendo los palos y reventando los cables, se llevó el velamen que había quedado.

"Desde aquel momento los tripulantes permanecieron sobre el puente, paralizados, entre el temor y la esperanza, ya viéndose abandonados para siempre, ya confiando en que alguna otra nave viniera a darles socorro... Mas seguía la racha impetuosa, la nave sin dirección se alzaba, y se hundía, y todos temían de un momento a otro sumergirse en aquel borrascoso mar...

"Empezó luego el tormento de la sed que se fue apoderando de aquellos cuerpos extenuados ya por la fatiga y el insomnio... Diéronse a buscar en todos los rincones, bajaron a la bodega, escudriñaron los sótanos... Y el tormento cada vez más angustioso... y murmuraban con

la lengua árida una sola palabra: ¡Agua!... ¡Agua!

"Tenían en torno el agua, y no querían mirar la inmensa mole líquida, que era como un escarnio.

"Pasó uno y otro día; los marinos, secas las fauces, la fiebre en los ojos, uno en pos de otro, cayeron sobre el puente... y sus labios marchitos se abrían sólo para decir una palabra: ¡Agua!

"Después de tres días el vapor *Corfú* con derrotero a Alejandría, en lucha con mar tempestuoso, recibió un radiograma de una nave francesa en el que se daba noticia de que a cien millas al sur de Nakri una goleta desamntelada se hallaba en peligro... Añadía el radiograma que el vapor francés se dirigía en auxilio del buque náufrago... Forzando la máquina, el comandante se dirigió al bergantín y arrojó al mar las barcas de salvamento... mas nadie a bordo del velero pedía socorro; no se alzaba una voz, no se agitaba una mano, no había señal de vida. Creyóse que la nave hubiera sido abandonada... Cuando lo marinos del salvamento lograron subir a bordo de la goleta, comprendieron la causa de aquel silencio...

"Doce cuerpos exánimes yacían sobre el puente. Sólo uno de ellos se movió. De su boca árida, que parecía abrirse para exhalar el último suspiro, salió una palabra: ¡Agua!

"Un sacerdote, que había subido del barco salvador para prestar auxilio a los tripulantes, acudió con un vaso de agua.

"—Gracias —murmuró, reconfortado, el moribundo.

"El sacerdote replicó:

"—Hermano, no a mí las gracias, sino a Aquel que ha dicho: *"Todo el que diere a beber un vaso de agua... no perderá el galardón..."*

"Llegados al puerto, el árabe —único sobreviviente— pidió al sacerdote que le instruyera en la doctrina del Evangelio, y, bautizado, hizo levantar esa columna con la inscripción en letras de oro..."

Enmudeció el capitán.

—¿Y ese árabe convertido era?... —preguntó el poeta.

—Ya usted lo ha adivinado...

Bajaban las sombras y oscurecían las olas del Mediterráneo.

Los velos del crepúsculo envolvieron la fisonomía de aquel hombre soñador, cuya vida solitaria se deslizaba entre dos abismos, el del mar y el del cielo.

VICTIMAS DE LA GUERRA

El sol de la mañana dora el campanario de la aldea. Antonia y Mirli piden permiso a su padre para ir a pastorear las cabras.

—Pero hoy será la última vez —contesta el aldeano—. Ya lo he dicho: es mejor no salir en este tiempo, no alejarse de la casa... Uno de estos días, en el momento menos pensado, estalla la guerra...

—*¿Y qué es la guerra?*

—Todavía me acuerdo de la última guerra, hace medio siglo, cuando yo era un chicuelo... El tío nos recomendaba siempre que no nos alejásemos del pueblo, y decía, como yo: "Puede suceder cualquier cosa..." Y en efecto, estábamos en el golfo, remando, recogiendo las velas, cuando sin anunciarse, de pronto, en aquel fuerte una llamarada, y en nuestra barca, un minuto después, un estallido... una bala de cañón... Volved pronto... Sea la última vez...

Mirli y su hermana partieron alegremente con las cabras, y en tanto que subían la colina, *comentaban a su modo las palabras de su padre.*

—"La guerra..." —decía la hermana mayor—. Era evidente que algo nuevo, algo extraordinario se preparaba; pero en realidad no podían explicarse qué cosa era la guerra, que el padre nombraba con voz temblorosa y abriendo desmesuradamente los ojos... Cómo era la gue-

rra? No la habían visto nunca, no podían imaginarla; sabían que iban y venían los soldados, que disparaban los fusiles, y que tronaba el cañón en el fuerte de la montaña; pero si la guerra se reducía a esto, no sería muy distinta de las alegres maniobras que habían presenciado en aquella comarca, el año anterior, durante el estío. Brillaban al sol los uniformes, relucían las espadas, relampagueaban las bayonetas, y los regimientos iban y venían, divirtiendo al vecindario... En las maniobras disparaban, es cierto, los fusiles, lanzaban cañonazos que retumbaban de valle en valle, y que hacían revolotear las palomas en torno de la torre... pero todo pasaba, y volvían los vecinos al pueblo y tornaban las palomas al campanario...

Seguían así discurriendo a su modo las dos hermanas, mientras subían la cuesta; sentáronse en una piedra...

—Sin embargo, Mirli, la guerra no es así... los soldados, en verdad, como el año pasado, llenan estas tierras; jamás habíamos visto tantos; pero no sólo giran en el día, sino que pasan y pasan durante la noche... Padre dice que van más lejos, a cubrir otros puntos, a ocupar todos los fuertes de la costa... Y toda la noche resuenan las calles de la aldea con el paso de carruajes, y es un ruido de cadenas que nos quita el sueño... Y ya ves cómo han descuajado aquel trozo del bosque y han amontonado los troncos de pinos junto a ese foso... Es una trinchera...

Quedáronse unos momentos pensativas... La hermana mayor observó:

—El año pasado no destruían los árboles, ni se llevaban todos los caballos como ahora. Se han llevado con uno de los regimientos todos los caballos del dueño del molino y le obligan a vender todos los sacos de harina... Gracias que hemos logrado salvar nuestras vacas y las ovejas y estas cabras... ¡Esto es la guerra!...

Mirli escucha con asombro... y una expresión de dulzura triste le humedece las negras pupilas... Antonia para no entristecerse calló, y las envolvió el silencio majestuoso de la montaña.

Mirle había empezado a comprender que "la guerra" de que hablaba el padre era triste cosa, y pensaba en la próxima partida de Pedro, anunciada ya, y causa del llanto de su hermana toda la noche.

Aquella mañana, desde la altura, notaban nuevos sucesos: los soldados se alineaban en el flanco de la montaña, y rodeaban la fortaleza... Parecían largas filas de hormigas, vistos así, desde lejos... Luego en el fondo del valle veían varios automóviles lanzarse a toda máquina, a lo largo de la costa; y cerca de ellas un grupo de soldados, se presentaba, dejando aquí y allá algunos centinelas junto a las piedras que marcaban la frontera... Algunos de esos centinelas les eran conocidos, las saludaban, les preguntaban "si habían visto algo"... No, ellas nada habían visto y nada comprendían de esas maniobras extrañas; pero adivinaban que algún enemigo se acercaba... ¿Quién?... ¿Dónde?... Y miraban en torno, y nada descubrían... Las

ovejas, las cabras, tan inconscientes como ellas, continuaban tranquilas, seguras de que nadie vendría a perturbar su apacible pastoreo...

Poco después las dos hermanitas comenzaron a sentir que algo les oprimía el corazón, cuando vieron, en el fondo del golfo, avanzar algunas naves, y observaron que se alzaban dos, tres, cuatro columnas de humo... Algunos momentos después, Mirli preguntó a su hermana:

—¿Truena?...— Y miró al cielo, que estaba limpio, de un azul profundo.

Uno, dos, tres, cuatro largos truenos resonaron del lado del golfo, se extendieron por el valle, rodaron por la garganta del monte. De las naves partían las granadas que iban a caer sobre el monte, en torno de la fortaleza...

—¡Es el cañón... partamos!...

—Coloquémonos en la gruta del torrente...

Empezaron a andar hacia la gruta...

—¡Atrás! —gritó un centinela—. No se pasa.

No comprendían ellas: ¿por qué no se pasa? ¿Todos los días no pasaban el torrente? ¿Por qué se les prohibía ir a la gruta?

Encontraron un pajarito muerto, un pobre tordo, que yacía sobre una piedra...

—Mira —dijo Mirli, contemplándole—. Sin duda muerto de susto... ¡El cañonazo!..

—El señor cura, gran conocedor, dijo hace días, conversando a la puerta de la iglesia: "Los pajaritos huyen... adivinan la guerra..."

—Sí, yo noté que hay menos tordos en las enredaderas de la torre...

—Este talvez murió de tristeza al ver que sus compañeros lo dejaron olvidado.

Una gasa de humo empezó a extenderse por el fondo del valle; parecía que la naturaleza se cubría de luto...

De pronto en el silencio que de nuevo imperaba en el monte, un profundo rimbombo se oyó en el fuerte, y pasó de cima en cima despertando los ecos de la montaña.

Mirli se detuvo sobrecogida; jamás había oído un estruendo tan formidable, ni los días de invierno cuando la tempestad rugía y las obligaba a volver a casa corriendo entre el rebaño que las seguía azotado por la lluvia.

Empezaron a huir hacia la gruta, quisieron pasar el torrente...

—¡Atrás! —gritó un centinela—. Era Miguel, el hijo del molinero. Las reconoció.

—¡Atrás! ¡Volved a la casa! ¡Huye, Mirli, huye!

El rimbombo de los cañones del puerto respondió al trueno de la fortaleza...

—¡Huye! —gritó de nuevo Miguel...

Empezaron a bajar, conduciendo afanosas el rebaño.

Nuevo relámpago, nuevo fragor, un estruendo cercano. Las cabras se dispersaron, espantadas, saltando de piedra en piedra.

La chicuela, aturdida, cayó de rodillas; un hilo de sangre salió de los cabellos, corrió por la frente, le tiñó el semblante.

Quiso alzarse, cayó de nuevo, pálida, cerró los ojos como muerta.

—¡Anda! —gritó la hermana— ¡Mirli!... ¡Mirli!... no responde...

—¿Muerta? —exclamó Miguel, acercándose—. La tomó en los brazos, y a saltos, enloquecido de angustia, bajó hacia el pueblo.

Cuando la colocaron en su camita, pálida como la almohada, cayó de su pecho el tordillo muerto...

UN DISCIPULO DE NIETZSCHE

Juan Nicasio del Olmo era poeta, pero poeta "fin de siglo", decadente, neurótico y axangüe. Había cierta relación entre su temperamento, sus lecturas y sus producciones. Toda la vida parecía haberse concentrado en la cabellera, larga, negra y lustrosa y en las pupilas, grandes, oscuras y brillantes.

En cambio la muerte parecía haberse reflejado en las mejillas, de palidez amarillenta y en las manos, de transparencia azulina.

Aquella mañana su amorosa madre entró a saludarle y le vio más pálido que nunca, tendido en una mecedora, abismado en la lectura de un libro que el poeta había recibido la víspera.

—Madre —dijo con cierta solemnidad—, estoy encantado con este libro, es la última palabra sobre Nietzsche.

Su madre dirigió una mirada de compasión hacia el joven y una ojeada de disgusto y de recelo hacia la obra.

—Hijo mío, ¿por qué cuando necesitas descanso pasas así la noche leyendo?...

—¡Ah! ¡si vieras qué admirable estudio!... No diré que sea una obra para todo el mundo... sino para un grupo de iniciados...

—¿Y qué libro es?

—Un trabajo del profesor Farmann sobre Nietzsche y Schopenhauer...

—¿Quieres que te lea algo del prólogo en que lo recomienda el editor? Oye... "Muchos estudios se han consagrado a estos dos grandes filósofos; pero ninguno superará al presente en originalidad, en novedad, en arte... El autor, como un dios majestuoso y benigno, hace comparecer ante su trono a los dos filósofos juzgándolos con lealtad, y les distribuye la gloria y las coronas a que son acreedores..."

—Basta, hijo, te fatigas...

—Espera, madre, oye: "La posición trágica que toman los dos filósofos de la desesperanza, los torturadores poemas, últimos de su pensamiento, palpitan en estas páginas..."

—No, hijo mío, no me gusta... No sigas... No conozco esas cosas pero comprendo que te hacen daño.

—"...Lleno de ironía el uno y de energía el otro, surgen como un Hércules y un Teseo, tallados por Farmann como dos héroes de la Hélade..."

—No comprendo...

—Mejor, madre; lo que menos se comprende, más sugiere, y en la sugestión está para mí el arte...

—Dame ese libro... dijo la madre, y con dulce violencia lo tomó de manos del poeta. Es hora de salir al paseo... Mira, qué hermosa mañana!... Alabado sea Dios!...

—Cielo azul... pero ya verás, madre... Mis nervios me dicen que tendremos chubasco.

—Arréglate... Recuerda que Elvira nos espera a comer. Supongo que el general habrá invitado hoy a varios amigos... Voy a arreglarme... Pero no vayas con esa cara de melancolía... ¡Cómo!... faltan ocho días para tu matrimonio, vas a casarte con una joven tan buena, tan hermosa, tan cristiana, y, sin embargo, ese pesimismo... esa tristeza... Nada, hijo, alegría, esperanza.

Cuando volvió a quedar solo en el vasto salón, ante la mesa de estudio, en medio de aquellos libros que habían sido sus compañeros en las largas vigilias, dobló la cabeza sobre el pecho, cerró lentamente y con suprema laxitud los ojos, dejó caer los brazos con desesperanza y abandono, y de nuevo sintió, más honda que nunca, la indefinible ansiedad, la fúnebre zozobra que tendía un velo de tristeza sobre todos sus pensamientos.

Cuando el poeta y su madre llegaron a casa de Elvira, ella y su padre los esperaban en el jardín, con otros convidados. Sentáronse a la mesa. Empezaron a redoblar algunas gotas de lluvia en los cristales.

—Ya me lo decían estos nervios —dijo el decadente—. Hay electricidad en las nubes...

Elvira dirigió una mirada de inquietud hacia el jardín.

—¡Ah, mis rosas!... mis rosas... Espero que no las azote demasiado la lluvia...

—¿Te gustan las rosas?... Son preferibles los iris de Oriente... Yo canto los iris en mis *Rimas faraónicas*...

—Las rosas —contestó ella ingenuamente— son mi flor predilecta. En el Colegio del Sagrado Corazón formé un templete de rosales para la imagen de la Inmaculada.

—¡Si vieras qué bellas eran esas rosas, recién abiertas, cuando celebrábamos allí el mes de María!...

Pasó la nube; concluyó la comida. Mientras el general conversaba con la madre de Nicasio, los dos novios salieron a la terraza. Elvira se apoyó en el antepecho y contempló sonriente el matiz fresco de los rosales, y ella misma, tan fresca, tan pura, parecía una flor más en la fiesta de luz de aquella hermosa tarde de primavera.

Elvira aspiraba con delicia todos aquellos efluvios de tierra, en el tibio vapor que el sol hacía surgir de las plantas recién mojadas, el bálsamo de los pinos cargados de resina, las emanaciones que surgían del terciopelo húmedo de los musgos, el olor acre del ramaje de los cedros, la esencia oriental de los jazmines y el místico perfume de las rosas.

—¡Ah, qué bueno es Dios! ¡Qué hermosa es la tierra!...

*

* *

—Madre —dijo al día siguiente el joven cuando ella entró a saludarle—, óyeme.

—¿No estás bien, hijo mío?... ¿Cómo te sientes?

—¡Ah! cada hombre, en ciertos momentos de su vida, se encuentra en medio de la *Selva Oscura*...

—Explícate... me sorprendes...

—Sí..., en mitad de la existencia, como en la divina epopeya del Dante, vemos con dolor que el sendero se oscurece, la selva se enmaraña, y el viajero de la vida, sobrecogido de angustia, se detiene, vacila, se pregunta: ¿dónde está mi camino?

—No te comprendo... tu camino está sembrado de flores. Vas a casarte con una joven tan buena, tan sencilla, tan piadosa...

—¡Ah! no, ese matrimonio... ¡jamás!

—¡Cómo, hijo mío!... ¡Habla!...

—Sí, hablaré... te suplico que no me interrumpas en la relación que voy a hacerte...

Se detuvo un instante y continuó con voz de misterio:

—Has de saber, madre, que ayer tarde, después de que regresamos, me tendí en esta mecedora para descansar un rato... y compensar algo el insomnio de la víspera... Al cabo de algún tiempo desperté sobresaltado... Recordé de pronto la otra invitación a tomar el té en casa de una tía de Elvira... Me arreglé de prisa, aunque estaba débil y malhumorado, y acudí a la visita... La reunión habría sido insufrible sin la presencia de Elvira... Cuando iba a despedirme, ella me dijo: "Papá tiene que ir al Club... y por hallarnos aquí tú y yo en vísperas del matrimonio, te da una muestra de confianza: tú vas a acompañarme hasta mi casa..." Ya comprendes, madre, cuánto me sorprendería, dadas las severas costumbres del general y de su hija... Continúo... Salimos de la casa...

Ya es de noche, nos ilumina una luz pálida; yo siento una emoción extraña, y Elvira guarda silencio a mi lado, un silencio que me anuncia palabras decisivas y solemnes...

—Voy a confiarte —dice ella— un gran secreto... Tú me crees una mujer piadosa... No; yo he querido establecer la similitud en nuestros gustos, en nuestras ideas... Deseo también colorear la vida, que de otro modo sería de una tonalidad gris, de una tristeza glauca, como tú mismo dices.

—¿Qué significan esas palabras?... Son el resultado de una conversión? ¿Son una burla?

Me propone luego Elvira ir a la Pagoda de Nietzsche... un lugar distinguido, dice ella, donde se reúnen varios iniciados... Vacilo, me resisto... Elvira me conduce precipitadamente, sin que yo pueda detenerla... Cruzamos, a derecha, a izquierda, en una marcha ilógica, y por un laberinto llegamos ante el pórtico de un monumental edificio.

—Es aquí —dice ella—, entremos.

—No... tu padre espera... óyeme...

Ella sacude un aldabón de bronce cincelado —una sierpe de Osiris—, y la enorme puerta se abre de dentro hacia fuera, al revés de todas las otras. Entramos en una cripta siniestra, iluminada por antorchas que con sus reflejos bañan los muros, donde al pasar entreveo mosaicos romanos, jeroglíficos egipcios, frescos pompeyanos, entre un vapor húmedo y perfumado, mezcla de olor de catacumba, de camarín oriental y de se-

pulcro faraónico. Leo, al pasar, inscripciones en letras de plata sobre mármoles negros:

A los desengañados de la gloria, Los conocidos de la tumba. A los desesperados de la vida, Los esperados por la muerte.

Varios hombres y mujeres silenciosos, llegan a recibirnos a la puerta de otra cripta, nos saludan con solemnidad, llevando la mano derecha a la frente, la izquierda al corazón, según su rito.

—Es mi prometido —dice Elvira—; acogedle.

Todos se inclinan, sonríen con sonrisa macabra.

—Acogedle —dice ella—, es un genio ignoto, que renuncia a la gloria... Quiere hacerse hermano de la hermana locura...

Me estremezco, quiero protestar... Nos conducen a otra sala donde sobre columnas de pórfido arden varios manuscritos...

—Son los sacrificios de los poemas inéditos... La renunciación que hacen para siempre los genios ignorados... Ahora nos presentaremos ante el gran Zaratustra...

—¿Qué pretendes?... ¿Dónde estamos? —pregunto.

—Estamos —me dice Elvira— más allá del bien y del mal...

No puedo más; con angustia febril tomo a Elvira del brazo, rompo la fila de los concurrentes, y con ella, que protesta indignada, huyo por los varios salones, llego al callejón de las antorchas, y, al fin, nos encontramos en la calle... La acompaño hasta su casa...

—Adiós —exclamo—, adiós... para siempre...

El joven calló, se pasó la mano por la lustrosa cabellera...

—Como ves, madre... nos engañábamos...

—Pobre hijo mío —dice la madre llena de compasión, pero a la vez sonriente—. Debes saber lo que el médico me ha dicho: en el estado de tus nervios, tienes la facultad de continuar en sueños las escenas de la vida... Sí, sí, no lo dudes... Has soñado todo eso que me cuentas... Desde que regresamos ayer tarde, has dormido, y yo he velado tu sueño...

—Madre, ¡qué dices... un sueño!...

—Sí... cree en tu madre... cree en tu Elvira... y déjame arrojar al fuego estos libros que te enferman...

La madre abrió la ventana que daba sobre el jardín y una oleada de aromas y de sol entró en el aposento.

—Hijo, ¿no ves cómo sonríe la vida? Mira la primavera, la luz del cielo, la alegría de la tierra... Piensa que tienes el corazón de una mujer pura y creyente, que te ama... y recuerda (agregó la anciana, mientras le daba un beso en la pálida frente) ¡recuerda también que tienes el corazón de tu madre!...

EL "AGUILA DE ACERO"

En el amplio salón de estudio, queriendo dar una nota risueña en medio de los viejos infolios, Elena adorna un jarrón de flores, rosas de primavera, llenas de color y de aroma, blancas unas, con un candor satinado; rosadas otras, con fulgor de aurora; otras de un rojo oscuro, casi negro, con el granate sombrío de los terciopelos antiguos.

Vuelve la cabeza y encuentra los ojos de Josué fijos en ella, con la mirada soñadora y vaga del que persigue el vuelo de una idea. Sorprendido, él aparta los ojos ante la mirada de su esposa, que parece interrogarle con sus grandes pupilas, llenas de inteligencia y de dulzura.

—¿En qué piensas? —le pregunta la esposa.

El se estremece, como si le sorprendiera en una falta.

—¿Sueñas?... ¿Meditas?... —agrega ella—. Ya comprendo...

—Sí..., ya lo sabes...

—¿Tu secreto?...

— Sí..., mi secreto... Pensaba en hacer construir aquel nuevo sistema de aeroplano...

—¿El "Aguila de acero"?...

—Llamémoslo así... Con el nombre que le has

dado... Acaso no soy sino un soñador, un visionario...

—No —replica la esposa—, debes tener fe en ti mismo... Con los largos estudios que has hecho, tu ensueño de hoy será una realidad mañana. Mira, yo te ayudaré a copiar tus planos.

Pone en el jarrón la última rosa, se inclina a respirar con delicia el aroma, y luego, acercándose a su esposo, le dice con acento en que vibra una confianza noble y serena:

—Valor... ¡Sí, valor y esperanza!...

El le explicó de nuevo su sistema, "su secreto", en términos sencillos: proyectaba un aeroplano en forma de águila; además de la hélice al frente debía llevar dos hélices en alto, para ascender con vigor, para flotar con firmeza, para permanecer inmóvil en el aire, como el águila cuando se cierne en el espacio... Quería obtener y centuplicar la resistencia del aire, no sólo por el impulso horizontal, sino por el movimiento vigoroso de aquellas hélices altas...

—La resistencia... —decía como soñando—, la resistencia... Se ha dicho con razón que nadie se apoya sino en lo que resiste... Y obteniéndola con aquellas hélices nuevas, salvaré muchas vidas... Evitaremos tantos sacrificios... ¡Cuánto sufrimos siempre que otra víctima de la aviación viene a aumentar la lista de héroes muertos en cumplimiento del deber!...

Así, aquellas dos almas se comprendían, se amaban y vivían felices en el estudio y el trabajo en aquella atmósfera de fe y de ensueño, en que la inspiración agitaba sus alas invisibles.

*

* *

Aislado en su taller, sumergido en su labor, reformando siempre los diseños, Josué vio poco a poco dibujarse con mayor claridad su pensamiento. Cuando ya todo estuvo trazado, previsto en el conjunto, en los detalles, llamó a un mecánico para que le ayudase a dar forma, en recia armazón de leños y de alambres, al "Aguila de acero".

Josué pasó varios días ejercitándose en el manejo de su "Aguila", primero a flor de tierra; luego, girando sobre el jardín; más tarde dando impulso a las hélices, que le levantaban sobre la colina, en línea vertical, con asombro de los aldeanos.

Cuando ya estuvo seguro de su obra, anunció un ensayo en público.

El mecánico, orgulloso de haber contribuído a aquella obra, queriendo en algún modo participar de la gloria, ansiando compartir los triunfos que alcanzarían la imaginación y el arte de Josué, pasó a la ciudad, giró por la redacción de los periódicos, invitando al ensayo del "Aguila".

Llegó el día de la prueba.

Empezaba a apuntar el alba; una densa niebla rodeaba la quinta. Todos dormían. No se oía sino el rumor lejano del mar sobre la arena.

De pronto, al lado de la casa, un estrépito, un resplandor que ilumina la niebla con reflejos de púrpura. Una ventana se abre con violencia.

—¡Fuego!... ¡Fuego! —grita el jardinero.

—¿En dónde?

—Señor, en el cobertizo del taller...

—¡Ah... sí... acudamos!...

—¡A la fuente! ¡Agua! ¡Agua!

Acudieron algunos aldeanos, atraídos por el reflejo purpúreo y por la columna de humo.

El mecánico se había ausentado; pero los criados y los aldeanos se aprestaron a luchar contra el fuego. Fue un vaivén general, todos corrían en opuestas direcciones.

—¡Agua! ¡Agua!...

—¡Ah! ¡Mi "Aguila"!... ¡La máquina!

Fue preciso contenerlo, a viva fuerza, para impedir que se precipitase entre las llamas.

—¡Mi máquina!... ¡Salvadla! —decía, como si hablara de una persona—. ¡Salvadla!

¡Inútiles esfuerzos!... Media hora después, sobre un montón de escombros que humeaban, en un conjunto informe de hierros retorcidos por la llama, de alambres destrozados por el fuego, yacía el esqueleto carbonizado del "Aguila".

—¿Cómo pudo ser?... —preguntaban los aldeanos.

—Una chispa... talvez la bencina... —observó el jardinero.

—Quizás el motor mal apagado.

Pero Josué tenía en el fondo del alma una sospecha, una idea fija...

A la hora de la comida, silencioso, miró a su mujer; ella también tenía una idea fija, y callaba... Mas de pronto cada cual adivinó la sospecha del otro, y a un tiempo, en voz baja, pronunciaron las mismas palabras:

—El mecánico.

Josué buscó entre las cenizas, no halló vestigios de sus planos y diseños, que adornaban los muros. ¿Los había devorado por completo el fuego?...

Transcurrieron los meses... Un diario anunció el próximo ensayo de un nuevo aparato. Describía el aeroplano con doble juego de hélices horizontales y verticales... el periódico anunció que el piloto de la nueva máquina era el mecánico Ruperto...

Los amigos que conocían los estudios y los esfuerzos de Josué presentáronle el diario, comentaron con curiosidad e indignación la noticia.

—¿Cómo es posible? ¿No es acaso el mismo aparato que tú inventaste?

—¡Ah, no! ¡Cómo! ¡Sustraer así la idea, la imaginación, la personalidad de otro!...

Josué, en el primer momento, aconsejado por algunos amigos, pensó protestar; mas luego, pasados los días, sobreponiéndose a la cuestión personal, que consideraba como secundaria, pensó en la cuestión científica, que era la permanente, la que interesaba a todos.

—¿El mecánico? —decía— un accidente, un ser desconocido ayer, talvez olvidado mañana... El "Aguila de acero", mi idea, mi ilusión, en unas o en otras manos, eso es lo importante, eso lo duradero, lo trascendental, por el progreso de la ciencia, por la seguridad que daría a la aviación, por la salvación de tantas y tantas vidas...

—¡Cómo! —decía Elena— ¡perder tu trabajo!...

Y él replicó magnánimo:

—Encomendémoslo a Aquel que todo lo ve... y que nos habla de este modo, según el libro de *La imitación:* "Mira que yo conozco a todos, veo cuánto se hace debajo del sol y sé de qué manera está cada uno, qué piensa, qué quiere y a qué fin mira su intención... Por eso se deben encomendar a Mí todas las cosas; mas tú consérvate en santa paz y deja al bullicioso hacer cuanto quisiere. Sobre él vendrá lo que hiciere o dijere, porque no me puede engañar."

Tuvo luego, con sorpresa de Elena, una idea, un capricho, llevado por la curiosidad vehemente de ver su obra.

—Iremos al campo de aviación.

—¡Cómo es posible! —exclamó ella—. ¡Eres demasiado noble!...

—Sin anunciarnos, sin hacer ruido, confundidos con los espectadores, veremos la prueba decisiva, el vuelo de mi "Aguila". Sentiré algo de lo que experimenta el autor dramático que, oculto en el pasillo del teatro, asiste al estreno de una obra suya, y goza oyendo la interpretación apasionada, siente que le palpita el corazón al par de las vibraciones de la multitud, y se estremece al ver cómo su pensamiento agita y conmueve a los espectadores y arranca lágrimas y conquista los aplausos; lágrimas y aplausos que son en realidad, no para el actor que se pavonea en la escena, sino para el autor que dio alma y vida a las criaturas de su fantasía.

*

* *

El campo de aviación. Una tarde serena de

julio. Josué y Elena, envueltos en nubarrones de polvo, que el sol abrillanta y dora, van en su carruaje entre la oleada de gente que avanza y se revuelve en una palpitación de vida y de alegría. En el centro del campo, el mecánico se agita, gira en torno del "Aguila", distribuye apretones de manos... Un toque de atención; ocupa el aviador su puesto, hace girar las hélices y se levanta en magníficas espirales...

Josué, lleno de emoción, sigue los movimientos, observa los detalles de la máquina... De pronto, nervioso, estrecha el brazo de Elena.

—Está perdido —murmura—. Ha olvidado lo esencial... ¡No comprendió mis planos!...

Levanta la voz, hace señas al aviador, quiere salvarlo... Todos se fijan en él, algunos le interrogan.

De pronto se eleva entre los espectadores un murmullo; ven que en la altura, el "Aguila", como herida, se inclina sobre un ala, desciende, torna a girar desconcertada, baja de nuevo, se revuelve, y entre un grito de sorpresa general se precipita...

Semanas después, Elena, al ver a su esposo pensativo —¿en qué meditas? —le pregunta—. ¿Piensas reconstruir tu "Aguila de acero"?... ¡Animo!... Ya ves que todos te invitan a hacerlo... todos te reconocen como el verdadero autor de esa obra...

—Es verdad... Acaso me decida algún día...

—Debes volver por tu gloria...

—¿La gloria humana?... ¡Vanidad de vanidades!

—Pero te veo pensativo... meditabundo... Una idea fija...

—Sí, te lo confieso... es otra idea.

—¿Otro invento?... Habla... —exclama ella con júbilo.

—Sí... acaso mejor que el otro... Voy a explicarte: el automóvil submarino...

LA HORA EXACTA

En el castillo de Sant'Angelo, antiguo sepulcro del Emperador Adriano, retumba un cañonazo, y el rimbombo, cruzando el Tíber, pasando sobre medio millón de cabezas, se extiende por la Ciudad Eterna. En aquel instante todos los romanos se detienen, todos exclaman:

—¡Medio día! . . .

Todos en la calle llevan la mano al reloj y observan la muestra, mueven las manecillas para coincidir con la hora oficial. Saben que aquel cañón da la hora exacta, y todos a una ajustan la hora de su reloj a la del Castillo de Sant'Angelo. Cada reloj se ajusta al cañonazo; el cañón a su vez obedece a una señal del observatorio astronómico; el observatorio no hace sino obedecer a la señal del sol en el meridiano; el sol obedece a las leyes de Dios en el universo.

Y así hay jerarquía perfecta, unidad absoluta, acuerdo en las inteligencias, armonía en las voluntades, y exactitud en las citas. El ritmo de los astros contribuye a la armonía de los hombres. Un rayo de luz que viene de lo alto pone de acuerdo a todos los romanos; y ese rayo de luz, dando la señal en un punto elevado, central acompasa todos los movimientos de la Ciudad Eterna. Por él hay exactitud en la hora de abrirse los tribunales, de cerrarse los bancos, de par-

tir los trenes, sin disputas, sin choques, sin catástrofes.

*

* *

En cierta República intertropical se imitó la sabia costumbre de Roma: en lo alto de una torre se puso un reloj, que se regía por el meridiano, y a las doce del día se disparaba un cañonazo.

Muchos hombres, respetuosos del orden, amigos de la tradición, confiados en las leyes eternas que rigen el universo, aceptaron con gusto la costumbre, y cada día ajustaban su reloj a la hora anunciada por el observatorio y por el cañonazo. Muchos otros hombres, tocados por el espíritu revolucionario, por el prurito de reformas, protestaron contra el sistema.

—¡El cañonazo! ¿Las doce?... No: yo tengo la una y cuarto... ¿Quién me dice que mi reloj es el malo? Bien puede equivocarse el reloj del observatorio... Yo no someto mi criterio al criterio de otro tan falible como yo mismo... Además, yo no me equivoco: mi reloj va adelantado. Así debe ser: en este siglo todo debe andar aprisa. El que se adelanta al fin tiene la razón: como dice Víctor Hugo, "la utopía de hoy mañana es un ser de carne y hueso". Los que sólo tienen las doce cuando yo tengo la una y cuarto, al fin, cuando pase algún tiempo, cuando transcurran sólo cinco cuartos de hora, confesarán que están en la una y cuarto. Me darán la razón, porque el porvenir es de los que vamos adelante, siempre adelante, sin someternos a la

esclavitud de la rutina, a la humillación de la obediencia... ¡Viva la libertad!... Entre las grandes conquistas de la época moderna, al lado de los dogmas de 1789, para completar la libertad absoluta de conciencia y de palabra, entre los derechos del hombre, debemos consignar esta máxima sagrada, como una conquista del pensamiento emancipado: "Libertad absoluta en materia de relojes.

Levantó tribuna en la plaza pública, fundó periódico —*La Hora Libre*—, hizo *meetings*, organizó juntas clandestinas, desarrolló en elocuentes discursos y en extensos artículos su programa de libertad, de rebelión contra la hora oficial; observó que aquel reloj venía marcando las horas desde los tiempos de la dominación española, siglos de oscurantismo en que los frailes estaban encargados de las observaciones astronómicas; recordó el caso de Galileo, la mazmorra inquisitorial, la frase *E pur si muove;* declaró que era preciso romper el yugo del pasado, y aun los yugos del presente; demostró que no había verdades absolutas, ni en religión, ni en política, ni siquiera en astronomía, menos aún en materia de horas, pues que en el Japón es media noche cuando en la República intertropical es medio día.

Todos los que tenían los relojes adelantados o desarreglados de cualquier manera —media ciudad— lo aclamaron como jefe. El ofreció derramar su sangre en la lucha contra la dictadura de la "hora oficial". Y un gran tumulto, con bandera desplegada, en que había pintado un

reloj con trece horas, se encaminó al palacio presidencial para pedir "garantías" en nombre de "media nación de relojes adelantados".

El presidente, hombre de ciencia y de carácter, se negó a escucharlos, y fundó un periódico —*La Hora Exacta*— para demostrar las verdades de la astronomía. En el Observatorio y en la Torre del Reloj no dejó entrar sino a hombres disciplinados, convencidos de la necesidad de la hora exacta. Pidiéronle los agitadores que los dejase ir al parlamento para dar una ley fundamental que suprimiera los relojes públicos, la hora oficial, y la creencia en un solo sol y en un solo meridiano. El presidente, apelando a una comparación, les replicó severamente: "No se hacen concilios católicos con cardenales protestantes". Entonces apelaron a las armas. En el campamento revolucionario cada cual quiso imponer la hora de su reloj. Ningún batallón se movió a hora fija. Sonó la hora de la derrota. Fueron vencidos. El jefe de la revolución cronométrica fue expulsado de la República intertropical, y murió de pena al ver que en todas las naciones existían observatorios y relojes y órdenes de gobiernos tradicionales.

Durante veinte años la República intertropical conservó la "hora oficial", merced a la cual se observaba completo orden en el mecanismo. Algunos protestaban contra la "vieja iniquidad" del Observatorio, pero todas las cosas se hacían a su tiempo, y el pueblo adquiría el sentido del ritmo.

Dado el sistema de la alternabilidad republi-

cana, entró al gobierno otro presidente. Los partidarios de "la hora libre" vieron un rayo de luz en el horizonte. El nuevo presidente era hombre de corazón magnánimo, de escasos estudios en materia de astronomía y de mecánica, y deseaba ante todo la armonía entre los gobernados. Los de la "hora libre" se presentaron como víctimas. Celebraron *meetings:* "Señor: hace veinte años que se nos impone la hora, la hora fatal; por lo cual tenemos que adelantar nuestros relojes unas veces, y otras, tenemos que atrasarlos..., sólo porque hay un relojero público, partidario exclusivo de la "hora exacta"... Y con ese sistema de la "hora exacta" a veces encontramos cerrada la caja de los bancos, que no oyen razones ni admiten los cheques pasado cierto instante. Y tenemos que afanarnos y correr por atrapar los trenes, los buques, los correos, que parten infaliblemente en cierto momento, por complacer a los partidarios de la hora exacta, a los sectarios de la hora única, de la hora infalible... Pedimos compasión, imploramos misericordia, contra aquel despotismo de veinte años. Pedimos garantías, en nombre de media nación, porque por lo menos media nación se adelanta o se atrasa... Invocamos la razón del número... Cuando los relojes de media nación se desarreglan, alguna razón poderosa existirá para ello...

El presidente, conmovido, convocó una Gran Junta Central Nacional Universal y declaró que en ella debían estar representados todos los ciudadanos. Los partidarios de la "hora libre" di-

jeron: "Señor: romped la constitución, violad la ley, pero dadnos participación en los negocios públicos y en el manejo del Reloj Nacional."

El presidente dictó en seguida el siguiente Decreto:

CONSIDERANDO:

1º—Que todos los ciudadanos contribuyan en las Rentas Nacionales al pago del Relojero Oficial;

2º—Que la Torre Central en que se muestra el Reloj Oficial no es ni puede ser propiedad de un solo partido, sino de la nación entera;

3º—Que todos los ciudadanos tienen derecho a mirar el Reloj Nacional y de consiguiente todos deben intervenir en la manera como se ponen en movimiento las ruedas de ese complicado mecanismo,

DECRETA:

Convócase un Gran Cuerpo Central Nacional en que estén equitativamente representados todos los ciudadanos sin distinción de relojes.

La reunión tendrá lugar el 1º del mes entrante a las 12 en punto."

El presidente llamó a elecciones libres y en consecuencia hizo él mismo la lista de los miembros que debían concurrir al Gran Cuerpo Central Nacional. Consideró la nación dividida en tres partidos: el de la "hora exacta", el de los "relojes atrasados" y el de los de la "hora futura".

Con sorpresa general, el día señalado para la

reunión todos concurrieron... a las "doce en punto". Es de advertir que el presidente en un decreto orgánico había ordenado que se descontaría el sueldo a los que no estuvieran a la hora precisa.

El presidente permitió discutir todo, menos en lo tocante a la hora oficial; y dirigió al efecto un mensaje al Cuerpo Central, en pocas palabras: "Hace años que gastáis vuestro tiempo y vuestra salud en discutir sobre el sol, el observatorio, el meridiano, los relojes. ¡Basta! Menos astronomía y más alimentación."

Todos enmudecieron, y como las grandes nóminas de los padres conscriptos se pagaban siempre a las *doce en punto,* los "atrasados" y los "adelantados" adaptaban su reloj a la opinión del reloj colocado en la Tesorería.

—¡Ahora sí hay derechos! —exclamaba el periódico *La Hora Libre.* Pasó la hora de tinieblas. Estamos en la Hora Blanca. Ya hay patria amable; ya hay Reloj Grande, y Hora para todos.

—Ahora sí se nos dan garantías, exclamaban los antiguos agitadores, y salían de la Pagaduría Central con un paquete de "garantías" en la cartera y con una bolsa de "derechos" en la mano.

Y todos reían, "sin distinción de relojes", y declaraban que ahora sí había "Patria grande". Se decretó la presidencia vitalicia, y los más encarnizados enemigos de la "hora oficial" rompían en público sus viejos cronómetros desarreglados, y asistían a todas las fiestas de Palacio ciñéndose a las horas precisas del añejo reloj y

muchos pedían que se adoptase la hora de Roma.

El presidente, aumentando las "garantías" y repartiendo aún más los "derechos", para mejorar el Reloj Oficial nombró en vez de uno, tres Grandes Relojeros, y escogió los tres jefes de los tres partidos. Les asignó enormes sueldos. Luego, en la misma forma, nombró tres inspectores, treinta subinspectores, trescientos contrainspectores, tres mil cooperadores y treinta mil espectadores, todos bien remunerados y escogidos por partes iguales entre los tres partidos. Así, todos resultaban interesados en la buena marcha del Reloj. Sin embargo, muchos en silencio y con disimulo pretendían, según su opinión antigua, atrasar o adelantar el Reloj, y cada cual, sin ruido, empujaba a su adversario para hacerlo caer del Observatorio.

Los de la "hora libre" no estaban satisfechos con la tercera parte de los sueldos. Y para ganar el todo inventaron la fórmula: evolución sin revolución. Y empezó una guerra sorda de intrigas y calumnias.

El presidente vigilaba a todo instante el Reloj, daba él mismo la hora..., y pasaba diariamente la lista de los relojeros, inspectores, subinspectores y espectadores. Por último, al que no estaba contento con sus garantías mensuales y pretendía trastornar el Reloj, se le enviaba a la cárcel o al destierro.

El sistema de la "hora exacta" parecía un hecho admitido. Las convenciones remuneradas se contaban a millares. Pero el vicepresidente,

que antes había hecho correr la sangre en defensa de la "hora exacta", empezó a conspirar con los de la "hora libre". Momento de crisis... Aplicóse la fórmula: "Menos astronomía y más, etc.". El vicepresidente reflexionó patrióticamente y vendió su puesto por un plato de lentejas. Diósele un plato que valía tres millones de maravedís, o sean treinta mil pesos en oro, con lo cual se desmintió que el peso y el maravedí estaban "a la par". El vicepresidente declaró por escrito que renunciaba a todos sus derechos porque él era un verdadero peligro para la República; prometió solemnemente que no conspiraría por ningún dinero, y se retiró a devorar en silencio su afrenta (y sus lentejas). Desde entonces su lealtad fue ejemplar y su nombre no volvió a sonar en las conspiraciones sino dos o tres veces por año.

Los de la "hora futura" pedían cada día algo más, nuevos sueldos, nuevos inspectores, nuevos espectadores remunerados. Y el pueblo trabajaba más, y se alzaban más las contribuciones, pechos y alcabalas para darles mensualmente mayores "garantías". No bastó el sistema de las garantías mensuales. Se apeló a los contratos: contratos para componer el Reloj, para suministrar ruedas, ejes, resortes y campanas de repuesto, por miles, y por toneladas. Y el periódico *La Hora Libre* repetía: "Ahora sí hay Reloj grande, Reloj para todos, con una muestra nueva que es nueva muestra de la sabiduría presidencial, etc."

El presidente había inventado, en favor de la

"hora exacta", tres cosas falsas: una falsa tranquilidad, una falsa seguridad y una falsa prosperidad. Al año aquello no bastaba, porque los contratos se dividían por terceras partes, y los de la "hora libre" querían monopolizar todos los "derechos". Amenazaban con descomponer el Reloj. Se les dieron varios monopolios, y, por último, el monopolio de los monopolios. No bastó. Y el presidente, agotadas las combinaciones, viendo que los de la "hora libre" amenazaban pidiendo nuevos "derechos", tuvo miedo, y prefirió el destierro al entierro.

Y en el destierro se decía: Tarde comprendo que es mala táctica aquella de "al enemigo entregarle la llave"; que hay verdad política en el refrán: "quien da pan a perro ajeno, pierde el pan y pierde el perro"; y que salen mal las cuentas cuando se pretende sumar cantidades heterogéneas...

Vino la reacción: reacción de los dictatoriales contra la dictadura.

El vicepresidente se presentó a reclamar su puesto, en virtud de la renuncia que había hecho. En suma, lentejas y progenitura. Ignoraba la astronomía y no podía asegurar si sabía leer o no, pues nunca había hecho la prueba de abrir un libro. Ese hombre era una esperanza para los de la "hora libre". Y se repitieron entonces los discursos que repetían cada vez que entraba a palacio un nuevo presidente: "Excelentísimo: hace veinte años que estamos en la "hora gris". Pero ya amanece la "hora blanca". Los más comprometidos en los antiguos contratos clamaron

contra el sistema de "menos astronomía y más alimentación". Todos pusieron cara de astrólogos en ayunas, de astrólogos sólo preocupados con "la libertad absoluta en la hora del ciudadano".

Los monopolizadores de monopolios clamaron: "Excelentísimo: suprimid el vetusto monopolio de la Hora Oficial. Abolid el sol, que monopoliza el día, y que es un recuerdo de la Dictadura. El sol pretende dictarnos todavía las horas fijas. ¡Abajo el sol!"

Y el vicepresidente rural contestaba:

—¡Abajo el sol!

—Excelentísimo: dejadnos atacar por la prensa todas las creencias en un solo sol.

Y el vicepresidente rural replicaba:

—Yo creo en el sol. Pero atacad el sol. Dad la ley y yo firmo, y respetaré la ley que irrespete todas las leyes astronómicas. —Y se fundaron cien periódicos enemigos de Newton, Keplero y sobre todo del P. Secchi.

En nombre de la "libertad astronómica" se atacó a mano armada a los discípulos del P. Secchi.

Continuaron los *meetings* ante el palacio del presidente:

—Excelentísimo: decretad en nombre del pueblo que el Reloj Oficial en vez de doce tenga veinticuatro horas.

—Decretado. Nada más justo. Así hay más horas, y cada cual escoge la que quiera.

Nuevo *meeting:* "Excelencia: decretad que se simplifique el mecanismo del Reloj público."

—Decretado. Que cada cual se lleve las ruedas sobrantes.

Otro *meeting:* "Ciudadano presidente: tenemos nuestros relojes parados desde 1863. Desde entonces no les damos cuerda; decretad que la hora de entonces es la misma de ahora."

—Decretado.

Otro: "Excelentísimo ciudadano: entre nosotros hay ciudadanos que usan reloj de arena. Otros emplean el reloj de sol; otros, reloj de agua. Convocad una Gran Corporación Central Nacional en que todas las opiniones prevalezcan, para adoptar una constitución equidistante. Así habrá paz."

Al día siguiente apareció el decreto:

CONSIDERANDO:

1º—Que desde hace cien años los ciudadanos tienen relojes de sol, de agua, de arena y de cuerda;

2º—Que es preciso buscar una solución que consulte la opinión nacional sumando todas las opiniones contradictorias, y fabricando un Reloj mixto que marque a un mismo tiempo todas las horas de todos los relojes particulares, por distintas que sean,

DECRETA:

Artículo único. En vez de los Congresos suprimidos por la antigua odiosa Dictadura, habrá como antes una Gran Junta Central Nacional para que mande fabricar un Reloj público de cuerda, de agua, de sol y de arena, que dé las doce a toda hora del día y que indique el meridiano a cualquier hora de la noche."

Todos exclamaron: "Ahora sí hay Reloj grande, Reloj para todos." Y pidieron luego:

—Excelencia: entregadnos el antiguo Reloj para hacer justicia.

—Entregado.

Todos corrieron a la torre del reloj colonial. Cada ciudadano llevó su escala. Cada cual quiso poner el reloj público según la hora de su reloj de bolsillo, y todos, subidos en las escalas, movían las manecillas a su antojo o según la voz del pueblo. *Vox populi,* etc.

—¡Adelantarlo!

—Ya está.

—No, ¡atrasarlo!

—Bien.

—¡Son las doce!

—No, las dos y media. ¡Adelante!...

—Las diez... las cinco... ¡las tres!

—¡Adelante!... ¡Atrás!... Es de día... Es de noche.

—¡Viva mi hora!

—¡Viva!... ¡Muera!...

En vez del antiguo disparo del cañón que anunciaba tranquilamente el medio día, se oyeron cien disparos de revólver, en todas direcciones, para anunciar la anarquía cronométrica. Clamores, heridos, muertos en torno del antiguo reloj hecho pedazos, en tanto que a lo lejos se oye, por falta de hora fija, el terrible choque de las locomotoras y el estrépito de los trenes que se precipitan al abismo.

El presidente dio su mensaje de despedida: "¡Ciudadanos! Como concluye ya el año impro-

rrogable para el cual fui nombrado, doy una prueba de desprendimiento retirándome. Yo que sólo sabía arar en la tierra, he aprendido a arar en el mar. En el año de mi gobierno se han celebrado trescientos sesenta y cinco *meetings*, no se ha pagado el sueldo de ningún relojero, se han cerrado todas las escuelas de astronomía y es aflictiva la situación de mis conciudadanos. Este grave mal en las circunstancias presentes se ha hecho sentir en proporciones no alcanzadas antes. Se han desarreglado todos los relojes y descarrilado todos los trenes. Si quedare alguno por descarrilar, nombrad a un pariente mío para sucederme en el ejercicio del Supremo Desgobierno ¡Viva la genuina República Intertropical!"

INDICE

Págs.

José María Rivas Groot 7
La obra y el autor 21
Prólogo de la Primera Edición 27
Carta dirigida a la señora Condesa Maurice de Courville sobre la novela "Resurrección" 32
Valioso testimonio 35
Preámbulo a un libro de amor y de fe 37
"Resurrección" 43
El triunfo de la vida 109
Julieta 255
El conquistador de Roma 276
El hermano de Monseñor (costumbres rusas) 282
Bodas de oro 287
La novela en la historia 294
Palabra de rey 301
Cuento oriental 306
El vaso de agua 317
Víctimas de la guerra 323
Un discípulo de Nietzsche 329
El "Aguila de Acero" 337
La hora exacta 345

Se imprimió este libro siendo
Ministro de Educación Nacional
el doctor Rafael Azula Barrera,
bajo la dirección de la Revista
"Bolívar"

Este volumen se imprimió siendo Presidente de la República el Excmo. Sr. Dr. Laureano Gómez, y Ministro de Educación Nacional el Dr. Rafael Azula Barrera, bajo la dirección de la Revista "Bolívar".